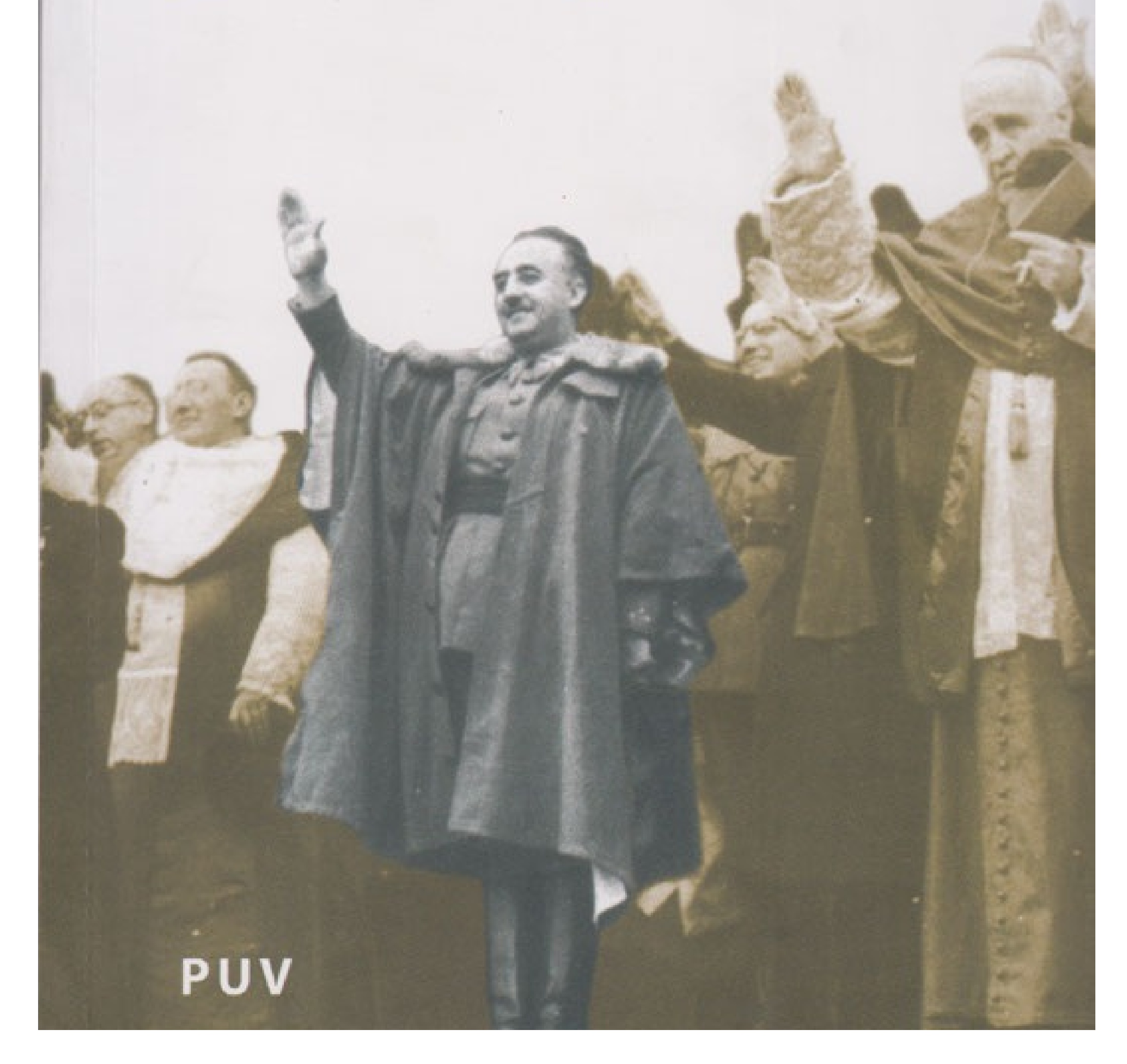
Ismael Saz Campos

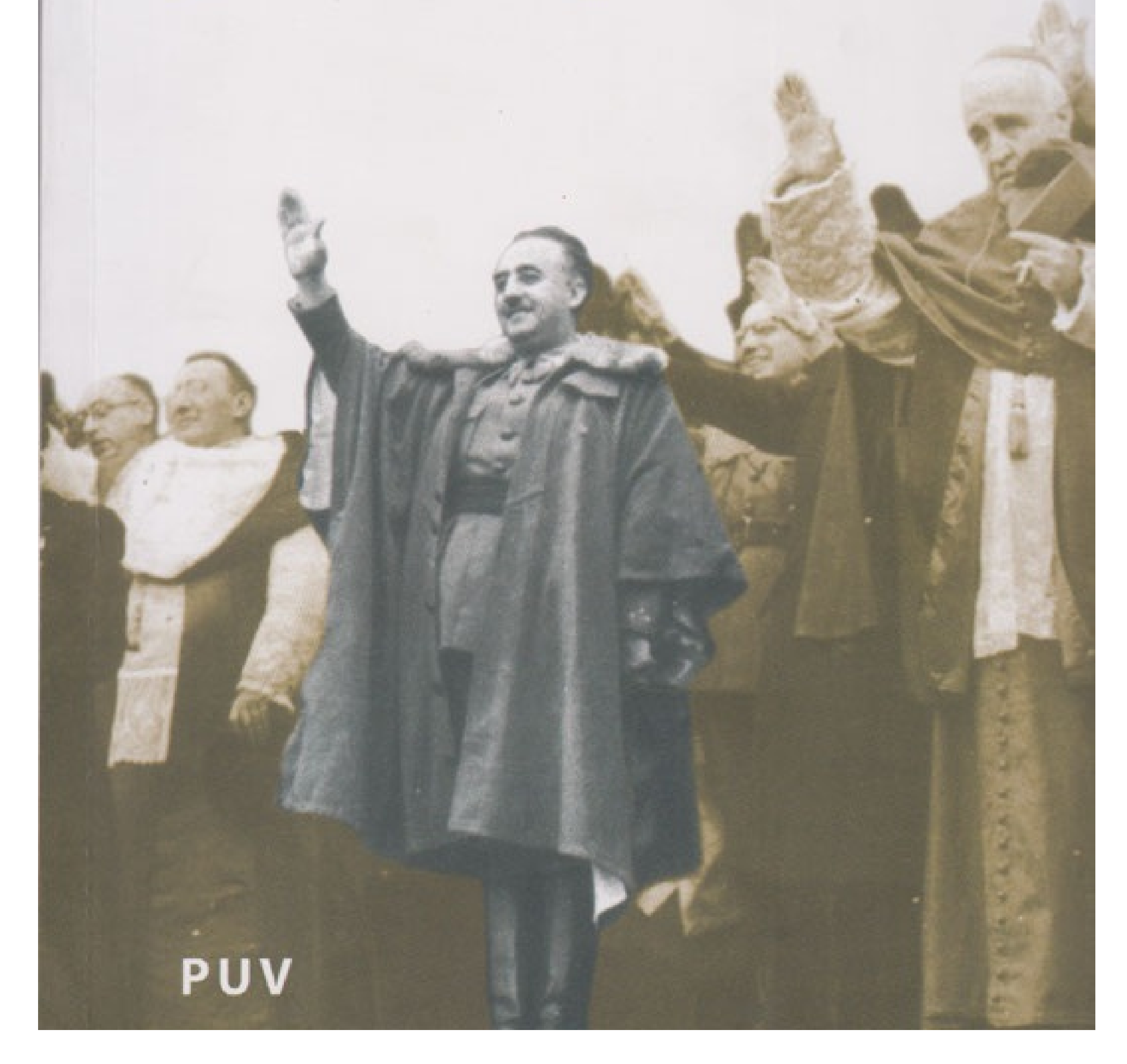
Fascismo y franquismo



PUV

Ismael Saz Campos

Fascismo y franquismo



PUV

FASCISMO

Y

FRANQUISMO

FASCISMO

Y

FRANQUISMO

Ismael Saz Campos

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

2004

Fotografia de la cubierta: Franco y sus obispos

www.uv.es/publicacions/

publicacions@uv.es

Fotocomposición y maquetación: Addenda, 08010 Barcelona

Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

Impresión: GUADA Impressors, SL

ISBN: 978-84-370-9418-2

Depósito legal: V-1776-2004

A Amparo.

A Víctor.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: ¿QUÉ HACEMOS CON EL FRANQUISMO?

Una encuesta publicada por el diario El Mundo el 20 de noviembre de 2000 reflejaba que la imagen de Franco era «mala» o «muy mala» para el 38,1% de los encuestados, «regular» para el 33,1%, «buena o muy buena» para el 22,5%, mientras que un 6,2% se refugiaba en el «no sabe/no contesta». Otras encuestas nos hablan de la escasa, por no decir mala, consideración que merece en el imaginario de los españoles la experiencia de la Segunda República.[1] Un libro que retoma las más rancias tesis franquistas parece hacer estragos. Y ni siquiera falta quien se permite el lujo de arremeter contra una historia «políticamente correcta», por antifranquista –supuestamente la del gremio de los historiadores.[2] Parece claro que algo pasa en un país democrático que parece valorar mejor, o menos mal, una experiencia dictatorial que su más directo precedente democrático, la Segunda República; o que, peor aún, contempla impávido un auténtico proceso de demolición de la práctica totalidad de sus experiencias y actores democráticos anteriores a 1975.

Nos guste o no, parece perdurar en el imaginario de los españoles la asociación República –Guerra Civil– Franquismo como una concatenación de hechos según la cual la primera habría conducido a la segunda y ésta se habría resuelto con la imposición del tercero. Durante este último, además, se habrían producido las grandes transformaciones económicas y sociales que habrían hecho posible al fin el triunfo de la democracia en España. Por supuesto, esta cadencia de imágenes parte más o menos correctamente de la percepción de que la Segunda República fue muy conflictiva, con graves errores por parte de su izquierda –la democrática y la revolucionaria–, con procesos violentos, etc. Pero reduce la experiencia republicana a sus episodios más conflictivos y, sobre todo, obvia el contexto europeo. Esto es, que las turbulencias en la República se producían en el marco de una Europa turbulenta, en lo que se ha venido en denominar, desde perspectivas muy distintas, la guerra civil europea de los treinta o treinta y un años.[3] La nota general, dominante, en este proceso es que la democracia fue sometida a un asalto formidable. En 1936 habían caído las democracias en Italia, Portugal, Polonia, Alemania, Austria, Yugoslavia, Grecia y la práctica totalidad de la Europa centro-oriental –la acechada Checoslovaquia era la excepción. En ningún sitio cayeron solas. En todos hubo errores de la izquierda y de los

demócratas, crisis, turbulencias y episodios violentos. Pero en todos hubo enemigos de la democracia y ejecutores de la misma.

También en España. Aquí la República resistió tres años. Esa es la singularidad española. En esos tres años se desató una violencia inusitada en la zona republicana, el Estado se descompuso por efecto del Golpe de Estado, los conflictos y crisis entre los partidos de gobierno y en el interior de los mismos se multiplicaron, la vida cotidiana de los ciudadanos, en el frente y en la retaguardia, sufrió el impacto brutal, la democracia acusó severas distorsiones. Pero también es verdad que hubo una paulatina recomposición del Estado republicano y que ésta tuvo como uno de sus efectos más claros la drástica, casi fulminante, disminución de la violencia indiscriminada. Sobre todo, y a pesar de todo –es lamentable que todavía haya que recordarlo–, la Segunda República siguió siendo, en plena Guerra Civil, una democracia pluripartidista. Pero vencieron los otros, los que querían destruir la democracia a cualquier precio, el franquismo: éste y quienes le apoyaban fueron los ejecutores de la democracia en España.

Todo esto en el marco de una represión salvaje, iniciada con el golpe mismo y que creció exponencialmente adoptando sus perfiles más siniestros conforme se avanzaba en el proceso de construcción del nuevo Estado. Fue una represión más salvaje incluso que la fascista italiana o la nazi. Tan salvaje como para que un fascista radical como Farinacci o un genocida todavía no estrenado como tal, Himmler, quedasen sencillamente horrorizados. Conviene reiterarlo. El genocidio nazi fue inmensamente superior al franquista, aunque no lo fuera como represión por motivos políticos. Y fue posterior: a la altura de 1940 el régimen franquista poseía el récord criminal absoluto entre las dictaduras europeas de derechas. Por supuesto, la destrucción no fue solamente física. El régimen se planteó y llevó a término con una determinación inflexible la tarea de erradicar la tradición y la cultura liberales, todo rastro de los valores de la Ilustración, de la democracia, el socialismo, el comunismo o el anarquismo, toda sombra o residuo de la pluralidad nacional española. En el plano económico, se experimentó a lo largo de los años cuarenta un retroceso sin precedentes en toda la España contemporánea y en ningún otro país europeo. La involución social fue paralela.

En los años cincuenta la economía retomó una línea de crecimiento en absoluto despreciable; pero sin recuperar el terreno perdido respecto de los países de su entorno en la década precedente. Mucho mayor, casi revolucionario, fue el

crecimiento económico en la década de los sesenta y primer tercio de los setenta. Ahora sí, se recuperaron distancias a un ritmo acelerado, pero para dejarlas más o menos donde estaban en 1935-36, después de varias décadas –las primeras del siglo XX– de lenta pero sostenida dinámica de convergencia con otras sociedades europeas. Y sin embargo, esto es lo que se recuerda como el «milagro español». El «lado bueno» del franquismo, lo que éste tuvo de «positivo».

Socialmente, los cambios fueron en la misma dirección. El proceso de urbanización fue extraordinario, la industria y los servicios experimentaron cambios estructurales, crecieron unas clases medias más numerosas y formadas, así como una «nueva clase obrera», también más numerosa y cualificada. Una vez más, conviene recordar, sin embargo, que todas esas transformaciones tienen un directo precedente en términos relativos en las experimentadas en el primer tercio del siglo XX y que, por lo tanto, tenían bastante de recuperación de un proceso, de una línea, que el propio franquismo se había ocupado de quebrar.

Algo similar puede decirse desde el punto de vista de la Administración del Estado. Tomada como botín por los vencedores, destruida de raíz su vieja pluralidad, tras décadas de ruptura, enchufismo y corrupción la Administración empezó a racionalizarse, a mejorar, a ser más operativa, aunque no menos corrupta. Muchos de los nuevos funcionarios que trabajaban para ella pudieron verse como servidores del Estado y no del régimen franquista. Los tecnócratas del Opus Dei se atribuyeron el mérito; y así les ha sido reconocido posteriormente. Sin embargo –hay que recordarlo de nuevo– la distinción entre Estado y régimen no era nueva en España. Funcionarios y burócratas de derechas, centro o izquierdas los había habido en la España de la Restauración y en la Segunda República. También aquí se recuperaba por tanto, aunque de forma muy limitada, un proceso que el régimen había quebrado brutalmente. Poner todo esto en el haber de los tecnócratas y proyectarlo, además, hacia el futuro de la transición y la democracia no deja de constituir una ironía. Aunque sólo sea porque estos eran reaccionarios políticos e integristas religiosos. Y porque su proyecto no difería en lo sustancial del de sus más directos antecesores, los reaccionarios de Acción Española de los años treinta: una sociedad sin política, un país económicamente modernizado, un régimen institucionalizado como Monarquía y opuesto por definición a la democracia liberal.

Que haya que recordar todo esto es casi sangrante. Es revelador, como apuntaba, de que algo pasa en este país. En su cultura política, en el trabajo de los partidos

políticos democráticos, en muchos más ámbitos. También seguramente en el historiográfico. O al menos, esto deberíamos preguntarnos los historiadores. Es decir, si hemos sido capaces de transmitir a la sociedad el resultado de nuestras investigaciones. Si hemos sabido conectar con sus inquietudes. O si por el contrario, nos hemos mirado en exceso el ombligo. Y todo esto tiene mucho que ver, especialmente, con lo relativo al franquismo.

Nos hemos enredado con frecuencia, en efecto, en nuestras querellas historiográficas. Una de ellas ha sido precisamente la relativa a la normalidad o no de la historia de la España contemporánea en relación con la trayectoria histórica de otras sociedades europeas. Entiendo que estos debates eran –son– necesarios y han sido con frecuencia fecundos. De ellos se ocupan varios capítulos de este libro. Sostengo ahí, sustancialmente, que, para lo bueno y para lo malo, nuestra historia contemporánea es a la vez tan normal como cualquier otra y tan peculiar como cualquier otra. Hasta el punto de que incluso cuando se defiende la existencia de una peculiaridad española, por supuesto negativa, se hace utilizando argumentos similares a los que han utilizado con el mismo objetivo negativo las distintas historiografías. En este sentido podríamos decir que somos más normales de lo que a menudo pensamos. También en el plano historiográfico. Los historiadores españoles, en efecto, nos planteamos los mismos problemas, las mismas preguntas que nuestros colegas de allende los Pirineos. Estamos por completo al tanto de las grandes líneas de renovación historiográfica. Estudiamos los aspectos traumáticos de nuestro pasado de modo similar a como lo hacen franceses, italianos o alemanes.

Entiendo sin embargo que, con frecuencia, este tipo de debates suelen enmascarar problemas del presente –de nuestros sucesivos presentes- remitiéndolos a supuestas taras del pasado. O, dicho de otro modo, que lo que puede haber de singular y problemático en dichos presentes se remite a las tinieblas del pasado para desdibujarse en ellas. Es lo que sucedía con la II República, cuyos problemas tendían a remitirse a los fracasos del siglo XIX, o con la tendencia a achacar los eventuales problemas de nuestra democracia a las debilidades y concesiones de la transición. Creo que es lo que ha venido sucediendo también desde hace mucho tiempo y sigue aún sucediendo con el franquismo y su lugar histórico. Hasta el extremo de que la peor experiencia de la historia contemporánea de España ha podido quedar diluida, y hasta brillar, contra el trasfondo de una irreconocible contemporaneidad española hecha de una no menos inverosímil cadena de peculiaridades, atrasos y fracasos.

Algo similar puede decirse, en mi opinión, respecto del problema actual, presente, de las relaciones entre la historiografía y la cultura política de los españoles. Es posible, en efecto, que hayamos tomado como un dato de hecho algo que estaba lejos de serlo: la existencia de una cultura democrática que en tanto que tal no podía no ser antifranquista. Sin embargo, la actual democracia española no tiene como referente legitimador el antifranquismo, como en cambio lo tienen –o tenían– las democracias italiana, alemana o francesa en el antifascismo. Sobre esta base, o desde este contexto, las historiografías de los mencionados países han desarrollado su labor, superado paulatinamente sus complejos y abordado progresivamente cuantos aspectos o procesos de sus historias respectivas merecían la atención de la crítica historiográfica.

También nosotros lo hemos hecho. Es verdad que no han faltado ejemplos de lo que podría llamarse una historiografía resistencial y simplificadora. Pero la nota dominante ha sido seguramente la contraria. Lo hemos hecho, podría decirse, cada vez mejor: ninguna benevolencia acrítica ha presidido los enfoques de nuestra historiografía acerca de los movimientos políticos y sociales de izquierda de los últimos cien años; nada se ha obviado en el análisis de la experiencia republicana; las debilidades y carencias del socialismo español desde Pablo Iglesias a la actualidad han sido estudiadas y desmenuzadas sin compasión; lo mismo ha sucedido con nuestros republicanos; del que fue el partido de referencia de la resistencia antifranquista –el comunista– disponemos de todo menos de una historiografía complaciente. Para nada se han ocultado los cambios y transformaciones de la sociedad española a lo largo de los cuarenta años de franquismo. Nada nos ha frenado a la hora de someter a la discusión más feroz los grandes o menos grandes mitos de la historiografía democrática, radical o marxista.

Así ha procedido a grandes rasgos nuestra historiografía y, podíamos añadir, así es como debía proceder y debe seguir haciéndolo. Con todo esto, sin embargo, parecemos haber olvidado que una tarea crítica y de demolición de viejos mitos historiográficos debe ir acompañada de otra de creación, de reconstrucción, de elaboración de nuevas propuestas interpretativas de conjunto que intenten trazar un mapa en el que el lector no profesional pueda situar las nuevas adquisiciones, los nuevos logros historiográficos. Y es aquí donde la especificidad española se hace presente. Ese marco o contexto general que era en otros países el referente legitimador del antifascismo no lo ha sido en España el antifranquismo; y por esta razón, en España, hemos operado sobre un marco de referencia inexistente –como cultura política generalizada– sin acertar a construir otro.

A esto debe añadirse que los últimos años han conocido en la historiografía europea una auténtica espiral revisionista que debe identificarse claramente como conservadora o, por utilizar el término que va imponiéndose, neoconservadora. En Italia han sido el antifascismo y la memoria de la Resistencia los que se han situado en el punto de mira.[4] Desde Alemania, Ernst Nolte lanzaba una andanada revisionista que no excluía una cierta comprensión de algunos aspectos de la Alemania nazi.[5] En Francia era François Furet el que ponía en cuestión los referentes históricos del antifascismo europeo, presentándolo como una especie de compañero de viaje del comunismo.[6] Ahora bien, eran desafíos respecto a una cultura política hegemónica, la del antifascismo, y a unas historiografías que habían operado siempre sobre la base de ese trasfondo cultural. Por eso, han encontrado en dichas historiografías las oportunas resistencias o han podido servir, como reto, para una renovación que, sin romper el marco original, ha contribuido a limpiarlo de algunos de sus aspectos míticos o menos críticamente percibidos. Para devolver, en suma, a la historia la complejidad que le es inherente sin dejarse ganar por simplificaciones alternativas, y peores.[7]

Es precisamente la inexistencia de este marco lo que hace a la historiografía española, y especialmente a su proyección sobre la ciudadanía, más vulnerable. El asalto revisionista en España, al que no le faltan apoyos mediáticos e institucionales, no es a una cultura hegemónica antifranquista, sino a una cultura democrática escasamente fundamentada desde el punto de vista histórico y que nunca ha tenido en el antifranquismo su mito fundacional y legitimador. Por si fuera poco, este asalto revisionista coincide en España con una cierta tendencia a la reivindicación, pretendidamente neutra y objetiva, aunque en realidad, esta sí, acrítica y benovelente, de la derecha histórica española, de sus personajes, de sus actores sociales, políticos y culturales, y en la que el franquismo aparece como un extraño y molesto paréntesis a obviar. La paradoja que se dibuja así es particularmente llamativa: la derecha historiográfica reivindica a la derecha histórica y con ella toda una historia de España de la que, eso sí, es convenientemente expelida la izquierda; la izquierda historiográfica reacciona en cambio arremetiendo contra toda la historia de España; esa historia hecha de carencias y fracasos. Un regalo extraordinario que, por supuesto, la primera nunca agradecerá.

Es evidente que todo esto plantea un reto que, en lo que atañe a los historiadores, no podemos dejar de asumir. Debemos ser conscientes del problema, plantearnos la necesidad de proceder en esa tarea de recomposición o reconstrucción a la que

aludía antes. Paradójica y afortunadamente, es la misma sociedad, sectores cada vez más amplios de la misma los que están reclamando este esfuerzo a través de esa extraordinaria demanda social de memoria que caracteriza nuestro tiempo presente.[8] Tal vez en esta exigencia esté implícita la idea de que algo ha fallado en el proceso de construcción social de la memoria, de que de algún modo no hemos sido capaces de transmitir a la sociedad una visión de conjunto de la historia de España y de la historia de la España franquista.

Todo esto no quiere decir, naturalmente, que nuestra historiografía deba lanzarse a alguna suerte de antifranquismo retrospectivo, abandonar o distorsionar la agenda de las investigaciones que le es propia o limitar estas últimas para evitar su utilización por falsificadores interesados. Tampoco es cuestión de ignorar o rechazar frontalmente todo lo que nos puede llegar de la historiografía revisionista italiana, francesa o alemana: es mucho lo que hay que aprender de estos historiadores. Pero no se puede tampoco importar acríticamente y en bloque, e ignorar que ninguna innovación es neutra, que todas ellas se sitúan en unos contextos culturales y políticos específicos. Se trata por tanto de asumir críticamente las mejores innovaciones pero sin olvidar que eso mismo exige abordar con mayor intensidad y rigor otros retos que también son propios del oficio de historiador, como son el de proporcionar a la sociedad marcos interpretativos globales y análisis de conjunto de los grandes procesos históricos. Unos retos que, en la medida en que se hacen más apremiantes por todo lo que llevamos dicho, podían ser como un aldabonazo sobre lo que de ensimismamiento complaciente puede haber en nuestra historiografía.

El volumen que aquí se presenta no pretende resolver estos problemas. Su objetivo es más modesto: se trata de una sencilla recopilación de trabajos del autor, algunos de ellos difíciles de localizar, sobre fascismo y franquismo ordenados cronológicamente por fecha de aparición. En la medida, sin embargo, en que intenta recomponer una trayectoria investigadora e historiográfica sobre temas bien definidos, obedece a una lógica que marca perceptiblemente la evolución en el tratamiento de determinados problemas en relación con los sucesivos contextos historiográficos. Por esta razón tiene una función reflexiva relativa a la trayectoria del propio autor, pero que puede entenderse también como una contribución a esa reflexión general sobre nuestras prácticas historiográficas que se demandaba más arriba.

La propia división del volumen en tres partes apunta en la dirección mencionada. La primera de ellas despliega, por así decirlo, el abanico de las cuestiones

fundamentales. Aborda en el primer capítulo el problema de los orígenes del fascismo español, su pluralidad y relaciones con la cultura española del primer tercio del siglo, su fracaso final durante la Segunda República. El segundo capítulo –único que altera el orden cronológico– se ocupa de la figura más prominente del fascismo español, mostrando la evolución –de fascistizado a fascista– de ese mito en que se convertiría la figura de un José Antonio que terminaría por volver en los últimos días de su vida a las posiciones más reaccionarias. El tercer capítulo trata ya del régimen franquista desde una perspectiva crítica respecto de las interpretaciones del franquismo como régimen autoritario o dictadura fascista para plantear por primera vez de forma explícita su caracterización como régimen fascistizado. El cuarto capítulo, relativo a la historiografía sobre el fascismo, constituye al mismo tiempo un punto de llegada y un punto de partida. En él se hacen explícitos muchos de los conocimientos que habían orientado algunas de las investigaciones anteriores, pero también se procede a una sistematización de los mismos al incorporar las grandes líneas de renovación historiográfica y señalar, más implícita que explícitamente, líneas de investigación futuras. Por estas razones, creo que sigue constituyendo un estado de la cuestión sobre el fascismo que hace perfectamente inteligibles las últimas aportaciones de la historiografía internacional al respecto.

La segunda parte aúna, por así decirlo, los problemas teóricos y la investigación empírica centrándose en el estudio del régimen franquista en sus relaciones con la sociedad y desde una perspectiva crecientemente comparativa. El primero de sus capítulos, el quinto, se centra en el problema de la unificación política de las fuerzas nacionalistas durante la Guerra Civil en lo que fue una auténtica captura política del partido fascista por parte del Estado y el inicio de lo que sería su definitiva subordinación. Pero presta especial atención al juego de los distintos actores, constata lo que hubo de contingente y nada predeterminado en el proceso y subraya lo que todavía permanecía abierto y por definir. Esto último era básicamente –como se observa en el capítulo sexto– la contraposición existente entre un partido subordinado pero todavía fascista y un régimen crecientemente fascistizado pero con fuerzas poderosísimas, como el Ejército y la Iglesia, dispuestas a frenar el empuje fascista del partido. Un empuje que se produjo como ofensiva, y como ofensiva fascista fracasada, en la crisis de mayo de 1941, dando así pie a la sedimentación de los equilibrios del compromiso autoritario. La definitiva subordinación del partido, él mismo ahora fascistizado del revés –es decir, privado por imposición de algunos de los elementos fuertes y decisivos de toda ideología fascista–, permite constatar que el régimen franquista fue el régimen fascistizado por excelencia, mucho más que la Francia de Vichy,

por ejemplo, que buscó más inspiración en el ejemplo español que no a la inversa.

Los capítulos séptimo y octavo introducen un relativo cambio de perspectiva. Si los anteriores podrían considerarse como de historia política desde arriba, estos podrían ser de historia política desde abajo, historia social o historia de la vida cotidiana. Pero hablan de lo mismo, en la medida en que se considera que un régimen no se caracteriza sólo desde la perspectiva de la alta política o de sus relaciones con los principales grupos de poder. Se caracteriza también por su relación con la sociedad en su sentido más amplio y no únicamente en la dirección de abajo arriba cuanto también en la inversa. No otro en el fondo es el elemento esencial de la problemática del consenso. De esto se ocupa el capítulo siete en el que se da cuenta de los resultados de un proyecto de investigación colectivo y se subraya la importancia de aquella noción de consenso en el sentido de lo que pueden ser las ofertas del régimen, su voluntad o no de movilizar a la población, su capacidad para hacer ofertas simbólicas de integración. El mayor potencial en todas estas direcciones de los regímenes fascistas, el italiano y el alemán, respecto del franquismo, encontró su justa correspondencia en el carácter mucho más ferozmente represivo de este último en tanto que represión política. Pero el tipo de consenso –activo o pasivo– que busca un régimen no se corresponde necesariamente con la receptividad de la población, con las actitudes sociales de la misma. De ahí las insuficiencias de la noción de consenso y de ahí la necesidad de indagar en estas últimas. Del mismo modo, el hecho de que el franquismo tuviera una menor voluntad movilizadora o sus ofertas, simbólicas o no, de integración fueran menores no se deduce que no existieran en absoluto, que no se dieran de forma parcial y selectiva. De todos estos extremos se ocupa el capítulo octavo, en el cual se indaga en el problema de las actitudes sociales de aquellos trabajadores a los que se dirigieron dichas ofertas y la extraordinaria complejidad que mostró su respuesta. Sin conseguir quebrar su discurso de clase anticapitalista y político en un sentido antifranquista, aquellas ofertas consiguieron abrir líneas de aceptación parcial, bien de la figura del empresario disociándolo de la del capitalista, bien de la figura de tal o cual ministro por contraposición a la imagen del régimen. De este modo los discursos de clase y antifranquista quedaban a salvo, no sin mostrar sin embargo la gran capacidad corruptora y la potencialidad generadora de asentimiento que contenían aquellas ofertas de integración que el régimen, por su propia naturaleza y equilibrios de poder, sólo practicó selectivamente. La complejidad de las actitudes sociales de los españoles, la existencia de una inmensa zona gris, la amplitud de un asentimiento más negativo y resignado que

simplemente pasivo son otras de las conclusiones del conjunto de trabajos a que se refieren estos capítulos.

Aunque derivada ya en parte hacia problemas relacionados con la memoria histórica y las percepciones de la dictadura, el conjunto de las investigaciones anteriores se mantenía en un plano estrictamente académico alejado, por así decirlo, de toda preocupación por la dimensión social relativamente directa de los logros alcanzados. Podrá decirse, entonces, que adolecían de ese mismo ensimismamiento al que se aludía más arriba. O, mejor, se movían en el supuesto de lo que parecía un sólido terreno de fundamentación inequívocamente democrático de todos los sectores fundamentales, sociales, políticos y culturales de nuestra sociedad. El historiador escribe siempre, lo sepa o no, desde algún sitio, que no es otro que su propia sociedad. Algo estaba cambiando en ésta, sin embargo, en los últimos años de la década de los noventa, al menos desde el punto de vista de la aparición de los primeros síntomas de una ofensiva revisionista neoconservadora. Esto dibujaba el tipo de reto al que hacíamos referencia más arriba. Obligaba a plantearse lo que era en sí mismo una necesidad, pero que ahora se hacía más apremiante. De eso se ocupa el capítulo noveno en el cual se analizan los cortes y, en opinión del autor, desenfoques de una línea de interpretación de la historia de España, que podríamos llamar radical-democrática, que separaba el problema del franquismo del conjunto de la historia de España o que, peor aún, lo situaba como la culminación casi necesaria o inevitable de una cadena de debilidades, taras y fracasos históricos. Pero se alertaba también contra una normalización de la historia de España, que no era otra que la de su derecha histórica política y social, radical y acríticamente absuelta de cualquier responsabilidad en el advenimiento del franquismo. Este venía a presentarse como una especie de paréntesis sin responsables que en el mejor de los casos se saltaba y al que en el peor se le atribuían insospechados elementos benéficos para el advenimiento de la posterior democracia.

La otra cara de la ofensiva neoconservadora y revisionista era la que, expresamente o no, parecía no reconocer más nacionalismo en la España del siglo XX que el de los nacionalistas alternativos, los llamados periféricos para volver a situar el nacionalismo franquista dentro del tantas veces citado paréntesis, esto es, sin precedentes y sin efectos posteriores. No es que el capítulo décimo fuese concebido en modo alguno como respuesta a estos nuevos planteamientos. Se trata en realidad de una síntesis de una investigación más amplia acerca de los nacionalismos franquistas.[9] Con todo, sin embargo, al localizar la existencia de dos nacionalismos franquistas y por tanto de dos

ideologías nacionalistas en el franquismo, la de origen fascista y la nacionalcatólica finalmente dominante, no sólo se daba respuesta al viejo problema acerca de si en el franquismo había una ideología o una mentalidad. Se venía a poner también de manifiesto, casi involuntariamente y con el pudor del profesional de la historia, que muchas de las actitudes nacionalistas del presente, de los nacionalismos periféricos democráticos, en casos limitados, pero también y sobre todo del más agresivo y dominante nacionalismo español actual tienen más puntos de contacto con los nacionalismos franquistas de cuanto imaginan o están dispuestos a reconocer.

El capítulo que cierra el volumen se sitúa claramente en la problemática estrictamente actual de la memoria y el olvido del franquismo. Se incide en él en lo que puede haber de positivo en la actual demanda social de memoria, en tanto que demanda de una sociedad que quiere saber y que quiere saber más sobre el franquismo de cuanto hasta el momento hemos sido capaces de transmitir los historiadores y otros generadores de memoria. La nota más distintiva de todo esto sería seguramente el hecho de que el franquismo, su memoria, estaría beneficiándose de su propio legado. No hay una conciencia nítida, general y, en el plano institucional, absoluta de rechazo de la dictadura. Pero es difícil imaginar que una conciencia democrática, una cultura democrática pueda coexistir sin daño con una relativa ambigüedad respecto de un pasado dictatorial. Ambos aspectos se condicionan mutuamente. Y parece obvio que en ambos terrenos hay todavía mucho trabajo por delante.

Se apuntaba más arriba que no se trataba de que la historiografía se orientase en dirección antifranquista o renunciase a la agenda que le es propia. Espero que este volumen contribuya a centrar esa idea. Las más puras preocupaciones académicas muestran que el franquismo constituye el episodio más negro de nuestra historia contemporánea, al igual que los procesos que lo generaron, los actores sociales y políticos que lo apoyaron, los mecanismos y discursos de que se sirvió. No hay, por tanto, necesidad alguna de forzar las investigaciones o distorsionar los conceptos. La agenda del historiador se basta para ello. Falta sólo que éste sepa hacer frente también a la dimensión pública, en beneficio de la ciudadanía y de una cultura política democrática, de su propio trabajo.

[1] Véase para todo esto E. Moradiellos, «Un incómodo espectro del pasado: Franco en la memoria de los españoles», y P. Águilar, «La presencia de la guerra

civil y del franquismo en la democracia española». Ambos en Pasajes, 11 (2003), respectivamente, pp. 5-11 y 13-25.

[2] P. Moa, Los mitos de la guerra civil, Madrid, La Esfera de los libros, 2003. Véase también la reseña de Stanley G. Payne a esta publicación en Revista de libros, 79-80 (2003); así como las contestaciones del mismo Payne, Pío Moa y César Vidal a la encuesta de El Cultural, 17-23 de julio de 2003.

[3] A. Mayer, La persistencia del Antiguo Régimen: Europa hasta la Gran Guerra, Madrid, Alianza, 1984; E. Hobsbawm, Historia del siglo XX, 1914-1991, Barcelona, Crítica, 1994; E. Nolte, La guerra civil europea, 1917-1945: nacionalsocialismo y bolchevismo, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

[4] Véase por ejemplo, R. De Felice, Rojo y negro, Barcelona, Ariel, 1996.

[5] E. Nolte, La guerra civil europea...; íd, Después del comunismo: aportaciones a la interpretación de la historia del siglo XX, Barcelona, Ariel, 1995.

[6] F. Furet, El pasado de una ilusión: ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

[7] Quizás el ejemplo más afortunado sea C. Pavone, Una guerra civile: saggio storico sulla moralità nella Resistenza, Turín, Bollati Boringhieri, 1995.

[8] Véase para todo esto Pasajes, 11 (2003).

[9] I. Saz Campos, España contra España. Los nacionalismos franquistas, Madrid, Marcial Pons, 2003.

NOTA DEL AUTOR

Casi todos los estudios reunidos en este volumen han sido escritos y publicados entre 1986 y 2003. Dos de ellos, el quinto y el undécimo, se publican aquí por primera vez; algunos de los restantes tuvieron su origen en contribuciones a congresos y reuniones científicas; otros fueron concebidos directamente para su publicación como artículo; y otros, en fin, constituyen la aportación del autor a proyectos de investigación colectivos. Todos ellos responden en cualquier caso a una misma investigación unitaria dirigida a profundizar en el conocimiento del fascismo español y el franquismo desde una perspectiva siempre comparativa. De hecho, el criterio de selección seguido ha sido, precisamente, el de mostrar la unidad de dicha línea, y no el de la exhaustividad de las publicaciones del autor en estas dos décadas.

Capítulo primero. «Tres acotaciones a propósito de los orígenes, desarrollo y crisis del fascismo español», en Revista de Estudios Políticos, 50 (1986), pp. 179-211.

Capítulo segundo. «José Antonio Primo de Rivera y el fascismo español». Texto inédito de la conferencia impartida en el curso Los protagonistas de la Guerra Civil (1936-1939): Entre la ética y el extremismo, Universidad Complutense de Madrid, El Escorial, 2-6 de julio de 2001.

Capítulo tercero. «El franquismo. ¿Régimen autoritario o dictadura fascista?», en J. Tusell, S. Sueiro, J.M. Marín, M. Casanova, (eds.), El régimen de Franco (1936-1975). Política y Relaciones Exteriores, Madrid, UNED, 1993, 2 vols., I, pp. 189-201.

Capítulo cuarto. «Repensar el feixisme», en Afers, 25 (1996) pp. 443-473. Publicado posteriormente en Brasil con el título «Repensar o fascismo», en Perspectivas, 22 (1999), pp. 241-272.

Capítulo quinto. «Salamanca, 1937: Los fundamentos de un régimen», en Revista de Extremadura, 21 (1996), pp. 81-107.

Capítulo sexto. «El primer franquismo», en J.C. Gay Armenteros (ed.), Italia-

España. Viejos y nuevos problemas históricos, Ayer, 36 (1999), pp. 201-221.

Capítulo séptimo. «Entre la hostilidad y el consentimiento: Valencia en la posguerra», en I. Saz y A. Gómez Roda, El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra, Valencia, Episteme, 1999, pp. 9-36.

Capítulo octavo. «Trabajadores corrientes. Obreros de fábrica en la Valencia de la posguerra», en I. Saz y A. Gómez Roda, El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra, Valencia, Episteme, 1999, pp. 187-233.

Capítulo noveno. Publicado originalmente como «Hi hagué franquisme a Espanya? Reflexions impertinents sobre el lloc històric de la dictadura», en L'Espill, 3 (1999), pp. 120-132. Posteriormente se publicó en Argentina con el título «¿Franquismo en España? Reflexiones impertinentes sobre el lugar histórico de la dictadura», en J. Casali y M.V.a Grillo (comps.), Fascismo y antifascismo. En Europa y Argentina – Siglo XX, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras U.N.T., 2002, pp. 39-56. La versión que aquí se presenta, corregida y muy ampliada, se publicó, ya como «Algunas consideraciones a propósito del debate sobre el franquismo y el lugar histórico de la dictadura», en J.M.a Thomàs, (ed.), Franquismo/Fascismo, Tarragona, Fundació d'Estudis Socials i Nacionals Josep Recasens i Mercadé, 2001, pp. 29-51.

Capítulo décimo. «Los nacionalismos franquistas». Texto inédito de la ponencia presentada en el congreso Nación y nacionalismo en la España contemporánea, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2-5 de diciembre de 2002.

Capítulo undécimo. «Franquismo, el pasado que aún no puede pasar», en Pasajes, 11 (2003), pp. 53-59.

Todos los capítulos se han mantenido, salvo corrección de erratas o pequeños errores, tal y como aparecieron en su momento, lo que incluye también las referencias bibliográficas que, más allá de su unificación en términos de presentación formal, son siempre las del texto original sin ampliación ni actualización de ningún tipo. Entiendo que ello es esencial porque este volumen es en buena parte una reconstrucción de la trayectoria investigadora del autor y debe reflejar por ello tanto el contexto en que aquella fue avanzando como el modo en que los problemas abordados han podido ir ganando en complejidad, asumiendo nuevos retos, formulando nuevas preguntas, alejándose de viejos

enfoques y abriéndose a nuevas perspectivas historiográficas; el proceso en suma a través del cual se ha ido articulando una interpretación propia del franquismo. La fidelidad al texto originario permitirá al lector, por otra parte, apreciar lo que ha habido de original en los enfoques del autor y cuales han sido sus contribuciones a la renovación de los estudios sobre el fascismo español y el franquismo en las diversas vertientes, interpretativas y de investigación, que en el volumen se abordan.

Quisiera agradecer a los editores de los textos originales su amabilidad por permitir su publicación en este volumen. A lo largo de estos años de investigación he contado con diversas ayudas universitarias e institucionales; los trabajos de los últimos cuatro años en particular se han beneficiado de las concedidas a los proyectos de investigación PB98-1503 y BHA2002-01703.

FASCISTAS, FASCISMOS Y FRANQUISMO

TRES ACOTACIONES A PROPÓSITO DE LOS ORÍGENES, DESARROLLO Y CRISIS DEL FASCISMO ESPAÑOL

UN PRECURSOR Y UN DISCÍPULO CONSECUENTE

Tarea harto frecuente y a menudo ingrata es la de rastrear los orígenes del fascismo español. Problema que, obviamente, no se plantea para aquellos que, desde posiciones interesadas, comienzan por negar que tal cosa existiera nunca en España. No es éste el caso de quienes, desde una aceptación clara y rotunda de la existencia de un fascismo español propio y verdadero durante la década de los treinta, han debido interrogarse acerca de lo que de autóctono y de foráneo había en las diversas organizaciones fascistas hispanas; o, más exactamente, acerca de sus antecedentes y «precursores».

Existen, a nuestro juicio, dos excelentes estudios que, desde presupuestos ciertamente divergentes, vienen a constituirse en las más fructíferas de las indagaciones que hasta la fecha se han realizado. Nos referimos, evidentemente, a las obras de Jiménez Campo y Manuel Pastor.[10] El primero ha sabido poner adecuadamente de manifiesto la existencia de todo un «temario para el fascismo» en la «cultura política española del primer tercio del siglo». La ajustada aproximación que realiza desde esta perspectiva a Costa y el maurismo, al surgimiento de un nuevo nacionalismo español, a los elementos de populismo y tendencias corporativas existentes en la sociedad y pensamiento españoles de la época constituyen, sin lugar a dudas, una aportación de la que no es posible prescindir a la hora de reconstruir la prehistoria del fascismo español. Sorprendentemente, este autor olvida casi completamente la figura de Ernesto Giménez Caballero, un personaje cuya importancia en la introducción del fascismo en España es, como veremos, todo menos desdeñable. Tal vez por eso, Jiménez Campo haya llegado a una subvaloración de la importancia de lo exógeno en la configuración misma del fascismo español.[11]

No es éste el caso, desde luego, del otro trabajo al que nos referíamos, el de Manuel Pastor. Aquí encontramos, en efecto, una de las más acertadas aproximaciones a la figura del propietario de La Gaceta Literaria y un brillante análisis del proceso que habría de conducirlo a abrazar el fascismo. Sucede, sin embargo, que el autor parece establecer la existencia de una solución de continuidad entre la introducción de la «idea» fascista y el hecho mismo del surgimiento del fascismo en nuestro país. Una solución de continuidad que, en

todo caso, contribuye a que tras la localización de un pretendido «eslabón perdido» en el Partido Nacionalista Español, del doctor Albiñana, el autor pueda interrogarse acerca que quién fue el verdadero precursor.[12]

Lo que nos proponemos demostrar aquí es que en la introducción del fascismo en España, como idea y como hecho, existe un nombre propio cuya importancia va mucho más lejos de cuanto hasta el momento se haya podido apreciar: Giménez Caballero. Dicho de otra manera: intentaremos poner de manifiesto el proceso que conduce directamente de Giménez Caballero a Ramiro Ledesma, de La Gaceta Literaria a La Conquista del Estado.

En esta dirección, comenzaremos por enunciar una hipótesis de difícil demostración en la brevedad de estas líneas, aunque confiamos en que al final de ellas quede lo suficientemente reforzada. Tal es que la distancia que separaba al pensamiento español de la época del pensamiento reaccionario o prefascista europeo era lo suficientemente amplia como para que sólo pudiera salvarse mediante una inyección «brutal» de los elementos de una ideología cuyos antecedentes europeos tenían una larga historia. De Costa –aun del «peor»– y Maura, o incluso de los más ambiguos escritos de Ortega, por no hablar de Unamuno, había hasta el fascismo un largo trayecto que nadie se había mostrado interesado en recorrer y que con las simples bases que aquéllos proporcionaron tal vez no se hubiese recorrido jamás.[13]

Por otra parte –sirva para concluir este pequeño inciso–, cabe señalar aquí cómo la dictadura de Primo de Rivera en lo que pudo tener de pretendida «revolución desde arriba», o la no menos pretenciosa identificación con el «cirujano de hierro» no hicieron sino, en cierta medida, bloquear el camino al nacimiento del fascismo hispano. Y esto a pesar de que –o precisamente por ello mismo– el dictador fue posiblemente el primer gran fascistizado de nuestro país y la dictadura misma la primera manifestación de la incoherencia y dificultades que la introducción del fascismo habría de arrostrar en España. Como experiencia, en lo que tuvo de desafortunado intento por copiar algunos de los aspectos de la experiencia italiana, la dictadura abrió el paso, facilitó el camino, para la sucesiva fascistización de amplios sectores de la derecha conservadora española. Pero al fascismo mismo le hizo un flaco servicio. No es casualidad, desde este punto de vista, que los primeros fascistas españoles –Giménez Caballero y Ledesma Ramos– procedieran de sectores especialmente críticos hacia la dictadura. Y que en la crítica a la dictadura empezaran a asentar sus primeros criterios.

El precursor...

En efecto, a diferencia del doctor Albiñana para quien la dictadura de Primo de Rivera habría solucionado los tres grandes problemas de España –el terrorismo, el separatismo y Marruecos–, Giménez Caballero estaba dispuesto a mostrarse menos condescendiente y, por supuesto, a negar que todo ello tuviera mucho que ver con el fascismo. Ya en 1928, en lo que puede considerarse su primera aproximación pública a la nueva doctrina, el director de La Gaceta había opuesto la España del dictador, que «descansa, engorda y se abanica», a la Italia de Mussolini, que consideraría como únicos pecados, «la quietud, la falta de ardor, el silencio, la ironía y la panza». En la primera habría una situación, por liberal, burguesa; el fascismo, por el contrario, «movimiento de nuevas valoraciones», sería auténticamente revolucionario y, por su «vejamen violento de lo burgués», claramente antiliberal.[14]

La primera característica que merece destacarse en el proceso que conduce a Giménez Caballero al fascismo es su carácter genuino, en el sentido de que la suya no es una búsqueda de nuevos métodos políticos o formas de gobierno al objeto de salvaguardar o proteger viejas instituciones, como la Monarquía y la Iglesia, o privilegios; práctica que, por el contrario, sería habitual en los fascistizados españoles. Es el suyo, por el contrario, y de ahí que pudiera aportar una síntesis fascista de elementos culturales preexistentes, un intento de dar respuesta a una problemática específicamente nacional, reiteradamente abordada por la intelectualidad española: el «problema de España».[15]

No es éste, desde luego, el lugar para proceder a una reconstrucción de las relaciones entre «Gecé» y los hombres de generaciones anteriores. Bastará subrayar, por ahora, el hecho de que la problemática inicial que se plantea Giménez Caballero es exactamente la misma que Ortega, e incluso, en un primer momento, lo es también la respuesta. Él mismo lo recordará en más de una ocasión. Especialmente cuando rememoraba que España invertebrada había sido para él como «un devocionario de ideas, como una intangibilidad de puntos de vista, como una especie de dogma intelectual».[16] Problemática común, pues, pero que no compromete necesariamente al maestro en la evolución del discípulo. Este último se distanciaría ya de aquél, antes aún de aproximarse al

fascismo, pero ya en el camino que le llevaría a él, en dos cuestiones fundamentales: la no aceptación del planteamiento orteguiano sobre la naturaleza casi congénita de los males de España y el rechazo de la germanofilia de Ortega. Por otra parte, no es necesario insistir en lo que de unamunesco habría en la propia concepción fascista de Giménez Caballero. Algo que, en buena parte, hubo de contribuir a la aproximación de éste al fascismo antimodernista de Malaparte.[17]

¿Qué fascismo era entonces el que Giménez Caballero introdujo en España? Si tomamos en consideración sus dos primeros escritos en los que la nueva doctrina venía expuesta -Circuito imperial y En torno al casticismo de Italia- se observa cómo el punto de partida es el que hasta aquí hemos venido considerando: España y Europa, Italia y Europa. Y, en este contexto, viene dada inmediatamente una respuesta que quiere ser a la vez europeista y antieuropeísta, nacionalista e internacionalista:

El mejor modo de ser europeo es ponerse frente a esa tradicional Europa y dar una nota original: comunismo, fascismo. En el fondo, dos fórmulas fascinadoras de una nueva Europa, de otra Europa. Quizá, de otra cosa que Europa. Si por Europa la vieja se entiende lo que entendieron rusos e italianos: reformismo, criticismo, democracia, liberalismo, laisser faire del individuo.[18]

Rusia e Italia marcarían, en consecuencia, el camino que debía seguir España, el otro país de la periferia que habría sufrido el peso de una Europa nórdica, victoriosa en los últimos siglos y que habría impuesto, precipitándolos en la decadencia, sus propias ideas a los pueblos del sur y del este. Eran, como puede apreciarse, las tesis de Malaparte, bastante similares, por lo demás, a los enunciados de la ideología alemana del volk.[19] Venia dado así el primer elemento, el esencial, en el proceso que conduciría a Giménez Caballero del nacionalismo al fascismo: el rechazo del liberalismo y de los valores culturales propios de las culturas «nórdicas». Naturalmente, para llegar ahí, se ponía el acento en lo que de «eslavófilo» habría en la Rusia bolchevique y en lo que de strapaesismo habría en el fascismo italiano. Que esa visión no correspondía exactamente a la realidad es de todo punto evidente y ahí radicará, en buena parte, el hecho de que nuestro autor fuera a acogerse al fascismo y no,

precisamente, al comunismo.

Lo que hacía, de hecho, Giménez Caballero no era sino asumir lo esencial del fascismo para proyectarlo, como si de un elemento común se tratara, también hacia el comunismo:

Y así se ha dado en esos dos países el admirable caso de la generación joven, que saliendo derrotista, ácrata, pacifista y desconcertada de la guerra, se rehace y construye una revolución, un higiénico entusiasmo destructor y afirmativo.[20]

Desde este punto de vista, el fascismo sería, como el bolchevismo, una vuelta de los países hacia sí mismos, hacia sus propias esencias, tradiciones o, como diría más adelante, su «genio». A partir de ahí, podía afirmar que «todo gran movimiento nacional ha sido siempre fascista». Pero, por la misma razón, el fascismo italiano, en tanto que movimiento nacional específico de Italia, no sería exportable. España debería, en consecuencia, descubrir su propio fascismo concreto, ya que, decía, «el pueblo que no encuentra en sí su propia fórmula de fascismo es un pueblo influido, sin carácter, sin médula».[21]

Naturalmente, aunque estuviera dispuesto a conceder el carácter de fascista a todo «gran movimiento nacional», no parecía abrigar Giménez Caballero muchas dudas acerca del hecho de que la «fórmula española» habría de parecerse bastante a la italiana. Ya hemos visto cómo el nacionalismo (fascismo) de los países de la periferia debía ser antiliberal y antidemocrático, así como las comparaciones que establecía entre Unamuno y Malaparte. Por aquí iba a venir, precisamente, una de las líneas maestras en la búsqueda de la «fórmula española». ¿Cómo localizar, en efecto, las verdaderas tradiciones, lo auténticamente específico, del ser español? Evidentemente en aquellos lugares y sectores menos permeabilizados por la influencia extranjera: en el pueblo mismo. Y, efectivamente, el fascismo italiano venía presentado como un «movimiento de pueblo, de masas». Aunque para Giménez Caballero tales conceptos adquirían una connotación muy específica:

Si el fascismo es aristárquico por su estructura de partido y monárquico por su

representación de poder ejecutivo, es, en el fondo, archidemocrático: el pueblo mismo. ¿Archidemocrático? No: popular. La palabra democracia huele a burguesía, a ciudad, a cosa mediocre. Mientras popular es lo del campo, lo de la taberna, y el mercado, y la plaza, y la fiesta. Popular no es el hombre como obrero, ni como ciudadano, ni como funcionario. Sino simplemente como hombre elemental. Como campesino. Como hombre eterno. De ahí el fervor del fascismo por la política agrícola, del agro. Y toda su propaganda que huele a trigo, a pan. A pan, a vino, a garrote.[22]

La segunda línea fundamental iba a venir dada, lógicamente, por la fijación del momento de máximo esplendor para el propio país, su momento «fascista». Que Giménez Caballero situará en el siglo XV:

Nudo y haz, Fascio: o sea, nuestro siglo XV, sin mezclas de Austrias ni Borbones, de Alemanias, Inglaterras ni Francias; con Cortes, pero sin parlamentarismos; con libertades, pero sin liberalismos; con santas hermandades, pero sin somatenismos.[23]

Dos líneas fundamentales que serían en buena parte recogidas por el posterior fascismo español, pero que apuntan claramente en una dirección en la que la componente tradicional(ista) parece sobreponerse en forma contradictoria al pretendido carácter revolucionario, moderno, del fascismo. Lo que no implica que tal proyección de modernidad fuera abandonada. La mirada retrospectiva hacia siglos precedentes no será óbice, en efecto, para que se afirme: «... son sorprendentes las relaciones del fascismo con el clero, la religión, las costumbres y el pasado. Los aprovecha en lo que tienen de fuerza motriz. Como saltos de agua. No como estanques. De ahí que muy pocos fascistas sean católicos de corazón, ni morales, ni pacatos». Del mismo modo, la reivindicación de lo popular-agrario, del hombre eterno y del anti-industrialismo no le impedirá hacer el elogio de la Barcelona industrial y moderna, a la que augura un papel semejante al desempeñado por Milán en Italia.[24]

En realidad, estas contradicciones reflejan un momento en la evolución de Giménez Caballero. Cuando piensa todavía en una unidad nacional más real y

profunda que la existente, hecha a partir del reconocimiento de los hechos diferenciales; cuando, siguiendo aún a Ortega, afirma que «son precisas todas las divergencias previas, todos los regionalismos preliminares, todos los separatismos –sin asustarnos de esta palabra– para poder tener un verdadero día el nodo central, un motivo de hacinamiento, de fascismo hispánico». Es el momento en que todavía identifica a la auténtica tradición española en los comuneros, a los que describe como comunistas y antieuropeos, casticistas y universalistas, en definitiva, como «nuestros primeros fascistas».[25]

En 1932 no serán ya los comuneros quienes representen el «Genio de España», sino «un César para el servicio de un Dios»;[26] ni frente a la Cataluña separatista se adoptará postura tolerante alguna; ni se glosará, tampoco, la modernización industrial y técnica. No es el momento de explicar las razones de la evolución del personaje, pero acaso valga la pena recordar que Giménez Caballero, nacionalista desde 1923, era el director y propietario del órgano de expresión más importante del vanguardismo español. Y era desde aquí desde donde se había ido produciendo también su aproximación, al fascismo, «en un proceso de interacción –ha señalado J. C. Mainer– tan significativo como el que unió en su día al futurismo con la ideología mussoliniana o el surrealismo francés y el comunismo». El mencionado estudioso ha sintetizado muy bien el proceso por el que la «alegre despreocupación de la vanguardia –respuesta a un estado de inadaptación en una sociedad tensional– se refugiará complacida en un programa que, de algún modo, sublima y regula la rebeldía».[27] Por nuestra parte, sólo nos queda añadir que ese mismo proceso es el que, muy probablemente, lleva a Giménez Caballero de Marinetti –su primer contacto directo con el fascismo– a Malaparte, de Milán a Roma, de la modernidad al agrarismo, de los comuneros al César. Un proceso que, por lo demás, el propio Giménez Caballero quiso ver seguido por el mismo Mussolini, quien sólo al «romanizarse» habría llegado a comprender la verdadera misión universal del fascismo.[28]

En 1929 creía Giménez Caballero que el fascismo español, la «fórmula española», podía ser una síntesis propia, que como tal lo sería, a la vez, de lo que de «cristianismo» habría en el bolchevismo y de «casticismo» en el fascismo italiano; en 1932 era ya éste, en sí mismo, el que constituía la síntesis entre el «Genio de Oriente» y el «Genio de Occidente». En 1933, al fascismo, definido ya como «una nueva catolicidad sobre Europa, sobre el mundo», se le asignaría la tarea que siglos atrás habrían desarrollado Roma y España, el catolicismo. Como tal idea y factor de universalidad (catolicidad), la fascista sería, junto con la capitalista de Ginebra, y la «oriental, bárbara y de masas absolutas», la

comunista de Moscú, una de las tres internacionales existentes en el mundo. Sólo la internacional fascista, la de Roma, podría aportar al mundo el triunfo del sentimiento de justicia, constituyendo la necesaria síntesis entre capital y trabajo, entre el materialismo y la razón pura, entre el individuo y el Estado. La vieja síntesis augurada en 1929 para la «fórmula española» estaba ya, pues, dada en la romana. ¿Qué papel había de jugar, entonces, el fascismo español? No ya definir una fórmula específica, sino ser el más perfecto ejecutor de la existente:

Y España deberá ser otra vez en la historia, tras realizar su propia unidad interior, el brazo diestro de este ideal humano... Esa es la misión que puede otra vez asumir una España unida y fuerte. Una misión que realizará mejor que Italia y Alemania, que el fascio y que la svástica, como en otros tiempos de gloria la realizó...[29]

Giménez Caballero era ya plenamente fascista, pero su fascismo, en lo que quería tener de españolismo y universalismo, y a la vez, y por ello mismo, de romanidad, parecía aproximarse cada vez más a una suerte de fascismo de «derecha» en la que la componente tradicional(ista) adquiría cada vez mayor peso. Sería este Giménez Caballero el que desempeñaría una influencia notable sobre el José Antonio Primo de Rivera de los primeros momentos de la Falange. Pero antes, el de 1929 y en 1929, había ejercido una influencia mucho más importante y decisiva sobre el fundador de la primera organización fascista en España.

... y el héroe

En efecto, si Giménez Caballero fue el primer fascista, Ramiro Ledesma fue el fundador del primer grupo organizado estable de dicho carácter: el de La conquista del Estado. Un grupo y una empresa, la de la revista, que venía a constituir, al mismo tiempo, una proyección de la anterior labor de La Gaceta Literaria y una fractura con la misma. En cierto sentido, la traducción política de

la experiencia precedente.

Tal relación puede ejemplificarse en el papel desempeñado en cada una de esas experiencias por los dos hombres mencionados. Ambos colaboraron en las dos, pero mientras Giménez Caballero fue el responsable máximo de La Gaceta, Ledesma lo sería, como es ampliamente conocido, de La conquista del Estado. No era, naturalmente, el único factor «personal» de continuidad, y entre los nombres de los firmantes del manifiesto de La conquista del Estado se descubre el de algunos colaboradores habituales de la otra publicación.

Más interesante, sin embargo, que constatar la existencia de estos lazos personales de continuidad es discernir lo que de ésta, y de ruptura, había en el terreno político-ideológico. Lo que nos conduce nuevamente a la problemática inicialmente planteada: ¿De dónde venía el fascismo de Ramiro Ledesma? ¿Qué peso tuvo la influencia de Giménez Caballero en su formación como tal?

No hay ninguna duda acerca de la influencia que en la formación de Ledesma, y en su futura visión del fascismo, tuvieron determinados intelectuales o corrientes culturales españolas preexistentes. En tal sentido se ha subrayado, siempre con justicia, el influjo que sobre él pudieron ejercer Costa, Unamuno y Ortega, por citar a los más importantes y significativos, y el propio Ledesma reconocerá con frecuencia tales deudas. Cabe preguntarse, no obstante, si estas influencias pudieron conducir por sí mismas al fascismo al joven Ledesma o si, por el contrario y con todos los matices que se quiera, la síntesis que realiza del pensamiento de aquellos intelectuales y su desarrollo en sentido fascista le llega ya dada a partir, precisamente, de Giménez Caballero.

Esta última es, como hemos señalado, nuestra opinión, fundada esencialmente en la comprobación de dos órdenes de elementos. A saber: los testimonios del propio Ledesma en el período inmediatamente anterior a su «conversión» y, lógicamente, su propia evolución ideológica durante este período.

Fue Ledesma, en efecto, uno de los redactores de La Gaceta que prosiguió –y aun acentuó– su colaboración en ella tras la primera declaración de fe fascista de Giménez Caballero. Y fue también en el transcurso de un homenaje al director de La Gaceta Literaria, en el conocido incidente del Pombo, cuando Ramiro Ledesma se manifestó por primera vez como fascista. Cinco meses antes, en agosto de 1929, Ledesma había calificado de «heroico» y de «providencial figura» de la historia española a Giménez Caballero.[30] Y, en julio de 1930, lo

salvaba de la rotunda condena que hacía del vanguardismo español, presentando al «clarividente y magnífico» director de La Gaceta como el único, «auténtico y superior vanguardista».[31] Recuérdese, en fin, que Ledesma reconocería como único antecedente, aunque fuera de –«índole exclusivamente literaria», de La conquista del Estado a la campaña desarrollada por Giménez Caballero a partir de 1929.[32]

En lo que al segundo aspecto apuntado se refiere, sería absurdo, obviamente, presentar al Ledesma anterior a 1928 como absolutamente ayuno de ideas susceptibles de evolucionar en sentido fascista. Su novela El sello de la Muerte, publicada en 1924, dedicada, por cierto, a Unamuno, es claramente nietzscheana y con una cita del pensador alemán se inicia; conocía a Heidegger y admiraba a Ortega; en sus concepciones históricas podía apreciarse con claridad la existencia de «resonancias nietzscheanas y atentas lecturas de Burckhardt», de donde vendría su admiración por Maquiavelo y por las «épocas de gran estilo», tales como el mundo griego y el Renacimiento.[33] Pero todas esas influencias y lecturas no conducirán a Ledesma directamente al fascismo, aunque podrán facilitar su tránsito hacia él y contribuir posteriormente a la orientación futura de su propio fascismo. Los interrogantes –que sus más próximos colaboradores y biógrafos se pondrán a la hora de explicar la rapidez y radicalidad de su proceso en tal dirección– constituyen la mejor demostración de ello.[34]

Pues bien, creemos que la influencia más clara y determinante en ese proceso iba a ser, como hemos anunciado reiteradamente, la de Giménez Caballero. Y no sólo en cuanto a la toma de contacto con la nueva ideología, sino también en cuanto a la misma determinación del abrazar sin reservas la militancia política se refiere. Ello se podrá apreciar con toda nitidez en una rápida lectura de dos de los artículos más importantes de la etapa «prefascista» de Ledesma.[35]

Desde agosto de 1928, el director de la más importante revista de «la vanguardia» había comenzado a distanciarse críticamente de tal movimiento, reivindicando para una determinada forma de militancia política la más auténtica y real manifestación de vanguardismo: «Hoy los solos auténticos “vanguardistas” son esas juventudes de la milicia itálica que nada tienen que ver con la literatura».[36] Poco después localizaría al movimiento, para negarle toda validez posterior, en un momento histórico bien determinado: «El vanguardismo como escuela literaria fue un producto de la guerra y de la inmediata posguerra... Pero tales “incendiarias” posturas han sido reemplazadas hoy por otras de un orden frío, heráclida, dominador... Como el maximalismo en Rusia fue seguido

por el orden soviético y el comunismo itálico por el fascismo, así ha ocurrido en la literatura».[37] Ya en junio de 1930, en la encuesta realizada por La Gaceta sobre la vanguardia, la respuesta de Giménez Caballero se hacía más explícita y contundente, aunque siempre en la misma dirección. La vanguardia, decía,

ya no existe. El momento actual es la llegada de todas las retaguardias. En España sólo queda el sector específicamente político, donde la vanguardia (audacia, juventud, subversión)... La vanguardia fue un término bélico, nacido de la gran guerra. Primero adoptó un aire subvertidor, irracional, literario (dadaísmo, futurismo, maximalismo, cubismo... Todos los ismos). Después un aire constructor, ordenador (tomismo, clasicismo, bolchevismo, fascismo, gongorismo... Todos los demás ismos).

Hoy lo literario del primer grupo fecunda el movimiento llamado superrealista, príncipe heredero de la vanguardia demoledora.

En política, la vanguardia del grupo segundo (el disciplinador) se injerta en el fenómeno juvenil de «lo universitario», de «lo estudiante». Misticismo irracional, por un lado. Disciplina federada, por otro. Esos dos cabos son el fin de "la vanguardia" y el principio de un nuevo movimiento de «adelantados».

Todo lo demás, basura. Reservismo. Jóvenes españoles: ojo con todos los reservistas del país. ¡Alerta a todas la madureces emplastadas![38] (s.o.)

La respuesta de Ledesma a la misma encuesta iba a ser, un mes después, sensiblemente parecida, incluso en muchas de las expresiones utilizadas. Consideraba éste, en efecto, que el movimiento vanguardista era de una «angustiosa opacidad». De una «esencial frivolidad», no se habría interesado por la «cosa política». Carente de toda validez, no habría significado «para la vida española la llegada de una juventud bien dotada y animosa, que guerrease en todos los frentes». No habría dado a España «una sola idea nueva», ni logrado «recoger y atrapar las innovaciones europeas más prometedoras». Tras reconocer al propio Giménez Caballero el mérito de «declarar liquidada la vanguardia» y situarlo al margen de las derrotas, concluía:

¿Y los escarceos políticos –finales– de la vanguardia? Bien poca cosa: algún grupito quiso ser liberal y demócrata, esto es, retaguardista, y se afilió a doctrinas políticas del más viejo ochocientos. Ni siquiera se han hecho socialistas. ¡Son liberales y revolucionarios de Ateneo! Otros, quizá más avisados, parece que no quieren mezclar la política con la literatura. Son los irresponsables y los puros. ¡Dios los bendiga! Otros, catolicísimos, y no sé si monarquísimos, se dice también que ejercitan unos ademanes...

Desde luego, decimos nosotros, a todos se les escapa el secreto de la España actual, afirmadora de sí misma, nacionalista y con «voluntad de poderío».[39]

La condena de Ledesma era más radical y omnicomprensiva que la de Giménez Caballero, pero las razones de fondo eran idénticas. Eran las mismas apelaciones a lo nuevo e innovador, a la intervención política, a la juventud, la audacia y la subversión; el mismo rechazo frontal del liberalismo supuestamente caduco y superado. Pero lo que interesa subrayar ahora es la violenta condena que hace Ledesma del apoliticismo de los intelectuales. Algo que prefigura claramente su vocación política. Ya Giménez Caballero lo había hecho –además de en los párrafos transcritos–, con no menor violencia, unos meses atrás, al acometer contra los intelectuales, «los divorciados, los ausentes de la vida cotidiana y hundida de la nación española».[40]

Y lo había hecho, precisamente, en un contexto en el que la crítica de la «vieja» intelectualidad enlazaba con la del elitismo liberal, para defender, reivindicar, la actuación de las masas. Unas posiciones que ya había defendido, pero que se expresaban ahora, tal vez, con mayor fuerza y coherencia. Así, en diciembre de 1929 Giménez Caballero se declaraba «demoliberal», pero para exponer a continuación las limitaciones de ese liberalismo en el que fingía reconocerse: «Nos sobrecoge la violencia. Tenemos horror de la acción directa y de fuerzas sociales formadas en nuevas jerarquías. Aunque sea magnífico el fenómeno de un mundo nuevo llamado sindicalismo. O más bien la conquista del Estado por una violencia disciplinada. La conquista del Estado por el hombre masa».[41] Ramiro Ledesma no dirá más.

No se rechazaba, obviamente, la existencia de jerarquías o minorías rectoras. Sólo que la relación entre éstas y las masas debía producirse de una forma muy distinta a como se habría dado en el liberalismo. Los estudiantes –y a ellos se

dirigía «Gecé»– debían alumbrar una minoría que tendría que «distinguirse de las anteriores históricas de España en única y sublime cosa: en no desdeñar a las masas, sino en enfervorizarlas, entrañarse a ellas, dirigirlas, fecundarlas». Y añadía: «Nada de ser más listos, ni más potentes, ni más santos que los demás. Lo fundamental no es la táctica ni el programa, sino el entusiasmo. La política del entusiasmo, del fervor, de la abnegación, del sacrificio, del heroísmo, única que ha faltado en España desde el Cid y el Quijote».[42] Era la apelación al irracionalismo, a lo poético, de la que más adelante daría abundantes muestras Primo de Rivera.

Pero era también una lúcida exposición de lo que en la relación masasminorías separaba al liberalismo del fascismo. En ello iba a insistir, precisamente, Ramiro Ledesma en el segundo artículo al que nos referíamos; en el que, por cierto, se adoptaba una visión sobre el catolicismo no en exceso diferente de la que predicaba Giménez Caballero:[43]

El viraje decisivo que han efectuado las masas para su entrada en el mundo actual constituye quizá su primera intervención con signo y caracteres positivos. Hasta aquí la corriente humana de estirpe inferior ha venido consagrándose bien a negar –por influjo demagógico– bien a acatar pasivamente –por influjo de pastores– las obtenciones valiosas que hacían las minorías sobresalientes y aristocráticas. Hoy, no. Hemos entrado en un tipo de vida en el que cabe la acción positiva de la gran masa. Y véase, en la política ello supone no la exaltación de la cadaverina liberal y democrática, que descompone pueblos y destinos, sino la franca colaboración activa, jerárquica, en las empresas de alto porte que el Estado inicie. Ahí están los magníficos ejemplos de Italia y Rusia, los dos únicos pueblos que hoy viven una auténtica política y un auténtico destino (todos los demás, vejez y escombros).

Condena de la intelectualidad políticamente abstencionista y preconización de una nueva relación entre masas y minorías, eran dos elementos fundamentales que tenían que llevar a Ledesma, siguiendo y desbordando las huellas de Giménez Caballero, a la militancia fascista. Buena parte del camino estaba ya recorrido y pronto se llegaría a su concreción práctica y pública: el manifiesto de La conquista del Estado y la subsiguiente aparición de la revista del mismo

nombre.

Poco habrá en la nueva publicación, como en las posteriores experiencias fascistas españolas, que no haya sido ya planteado por Giménez Caballero; de los dos aspectos señalados, a la reivindicación de la violencia o la de ese magnífico nuevo mundo que sería el sindicalismo; de la simultaneización de populismo agrarista y exaltación de la técnica y lo nuevo, al culto a la juventud; del rechazo del liberalismo al exaltado nacionalismo; del revolucionarismo a lo «Rusia e Italia» a la denuncia del comunismo como enemigo fundamental.

Tras el recorrido que acabamos de realizar por los escritos de ambos personajes en un momento crucial, no será difícil convenir en que el brusco cambio producido en la trayectoria política y existencias de Ramiro Ledesma debe bastante más a la guía de Giménez Caballero que a sus anteriores experiencias literarias y filosóficas. Lo que no implica, ni mucho menos, negar la importancia de éstas. Si las primeras demostraban la existencia de un excelente campo de cultivo, otras, como por ejemplo el contacto intelectual con Heidegger,[44] le situaban en un terreno desde el que el «salto» al fascismo era, si no altamente probable, sí al menos perfectamente posible.

Giménez Caballero «llevó», pues, a Ledesma al fascismo. Pero una vez aquí fue precisamente cuando sus caminos comenzaron a diverger. Por una parte, las diferencias culturales entre ambos dejaron sentir todo su peso, determinando, por ejemplo, la escasa propensión de Ledesma por seguir a Giménez Caballero por las rutas de la «romanidad». Por otra parte, el discípulo se aprestó a llevar a la práctica aquello que el maestro estaba predicando pero que se mostraba sustancialmente incapaz de realizar.

Al reivindicar la esencia nacional que el fascismo español había de tener –por lo que, en consecuencia, no se le designará con tal nombre–, Ledesma acertaba a deslindar con mayor claridad lo que de general había en el fascismo de lo que en él había de específicamente italiano. Pero ello no dejaba de ser una aplicación –eso sí, más consecuente– de lo que Giménez Caballero había preconizado ya en 1929. Es decir, la necesidad de hallar una «fórmula española».

Cuando Giménez Caballero abandonó La conquista del Estado, se le reprochó su «exclusivo sentido literario ».[45] La crítica, aun cuando pudiera eludir las posibles divergencias en torno al problema de la «romanidad», era esencialmente justa. La retórica «literaria» de Giménez Caballero le convertía, sin duda, en un buen

propagandista del fascismo, pero en ella existían excesivos elementos poco acordes con las necesidades de propaganda y acción política de una fuerza que se definía por su acentuada radicalidad. Por otra parte, seguía siendo, al fin y la cabo, un «intelectual», en cierto modo un representante de aquella actitud que él mismo había anatematizado y que su otrora discípulo parecía dispuesto a combatir hasta sus últimas consecuencias.

Tampoco parece que Giménez Caballero se resintiese demasiado de su salida. Más preocupado por asegurar la difusión del fascismo en España que de figurar en cualquiera de sus concreciones organizativas, el «poeta» parecía satisfecho con su labor:

Nosotros los poetas –escribía en 1933– hemos creado la atmósfera densa y apta que el fascismo encuentra en nuestra nación... Somos nosotros los que hoy debemos vigilar y exigir el que las posibles masas fascistas de España encuentren su cauce heroico en un héroe.[46]

FASCISMO DE «DERECHA», FASCISMO DE «IZQUIERDA».

LA CONFUSIÓN DE UNA CRISIS

Hacia 1933 el «héroe» que tenía en la cabeza Giménez Caballero no era ya su viejo discípulo, sino el joven hijo del ex dictador, José Antonio, a quien el antiguo «Robinson» no dudaba en aconsejar que en su camino hacia el liderazgo de la nueva España no dejase de seguir la táctica de... Augusto.[47] A lo largo del año que vio la subida de Hitler al poder, José Antonio Primo de Rivera había conseguido, en efecto, aparecer como el primer abanderado de la idea fascista en España; o, al menos, como el más prestigioso de sus posibles líderes. Y es verdad que durante dicho año no había perdido, ciertamente, el tiempo. Con una participación más destacada de la que generalmente se admite en la preparación misma de la experiencia de El fascio, la rentabilizó mejor que cualquier otro, merced en buena medida a su polémica con Luca de Tena.[48] Entró pronto en contacto con Ruiz de Alda y Valdecasas para constituir el Movimiento Español Sindicalista-Fascio Español. Aún tuvo tiempo, a lo largo del verano-otoño de 1933, para pactar con los monárquicos alfonsinos en el famoso –aunque generalmente mal fechado– Pacto del Escorial y para viajar a Roma, donde pudo pedir consejo a Mussolini y hacer instructivas visitas al partido y organizaciones fascistas.[49]

Falange nace a derecha

Cuando el nuevo partido apareció a la luz pública el 29 de octubre de 1933 –para adoptar en seguida el nombre de Falange Española–, puede decirse que lo hizo perfectamente arropado. Contaba con el apoyo, previamente concertado, de los monárquicos alfonsinos; recibió el espaldarazo de los más importantes órganos de expresión de la derecha -Informaciones, La Nación, Época...–; y entre sus más cualificados miembros había una nómina prácticamente intercambiable con la de la derecha monárquica fascistizada y antiguos «upetistas»: Tarduchi, Rada,

Arredondo, Alvargonzález, marqués de la Eliseda, Sánchez Mazas, Eugenio Montes... A mayor abundamiento, el propio acto de La Comedia se había inscrito en el contexto de la campaña electoral para las elecciones de noviembre de 1933 y los dos miembros del nuevo partido que en tales elecciones resultarían elegidos lo fueron por las listas de la derecha y no por su calidad de fascistas.

Pero en ese casi perfecto arropamiento iban a radicar precisamente buena parte de las limitaciones de Falange Española. El partido nacía claramente situado a la derecha y prácticamente confundido con ella. Pero esa misma derecha había ganado «sus» elecciones, lo que le hacía automáticamente menos necesario.

Tampoco el ideario o programa tomaba demasiado las distancias respecto de otros partidos de la derecha. Se declaraba explícitamente fascista, pero además de faltar en su discurso elementos fundamentales de la retórica fascista, se hacía lo posible por presentarlo en la forma más semejante posible al de otras fuerzas de la derecha.

Así, polemizando a su regreso de Italia con unas declaraciones de Gil Robles en las que se calificaba al fascismo de «moda extranjera», Primo de Rivera empezaba por lamentarse de que en unos momentos de «unión sagrada» para la lucha contra «marxistas y masones», el líder de la CEDA criticase a los fascistas, «gentes llenas de amor a la patria y a sus tradiciones». Gil Robles había opuesto al fascismo la tradición católica. Pues bien, decía Primo de Rivera, ¿qué cosa más católica y más tradicionalista que el fascismo mismo? El fascismo, escribía, en lo que tenía de universal, era una «revitalización de los pueblos todos», una «actitud de excavación enérgica en sus propias entrañas». Del mismo modo, pues, que «con espíritu fascista los italianos han encontrado Italia», los españoles habrían de encontrar a España. El fascismo, además, a diferencia del hitlerismo, sería esencialmente católico:

Nadie puede con razón confundir el movimiento alemán «racista» (y, por tanto, «antiuniversal») con el movimiento mussoliniano, que es, como Roma –como la Roma imperial y como la Roma pontificia–, universal por esencia; es decir, «católico».

Tras esta argumentación, en la que la influencia de Giménez Caballero es más

que evidente, José Antonio hacía una exposición de lo que era el fascismo, tal que no se diferenciaría en nada del pensamiento de... Gil Robles:

Porque es fascismo, llámesele como se quiera, la decisión de no seguir creyendo en la aptitud de las formas liberales para el descubrimiento de las venas genuinas. Ante un Estado liberal, mero espectador policíaco, la nación se escinde en pugnas de partidos y guerra de clases. Sólo se logra la unidad fuerte y emprendedora si se pone fin a todas esas luchas con mano enérgica al servicio de un alto pensamiento y un entrañable amor. Pero esa manera fuerte y amorosa de pilotar a los pueblos se llama hoy, en todas partes, «fascismo». Así, pues, cuando el señor Gil Robles, en contradicción consigo propio, dice que la democracia habrá de someterse o morir, que una fuerte disciplina social regirá para todos y otras bellas verdades, proclama principios «fascistas». Podrá rechazar el nombre; pero el nombre no hace a la cosa.[50]

Curiosa forma de buscar un espacio político ésta de presentarse identificado con el principal partido de la derecha. Y si alguna necesidad tenía Falange Española ella no podía ser otra que la de presentarse como fuerza independiente y diferente de las formaciones ya existentes. Una necesidad que vendría acrecentada por el hecho, que venimos señalando, de que la forma en que había salido a la luz contribuía, precisamente, a velar ese carácter diferenciado y autónomo. Más aún, si se considera que la inmediata victoria de la derecha podía paralizar el proceso de radicalización de algunos sectores que pudieran sentirse atraídos por una alternativa inequívocamente fascista. Y no solamente potenciales simpatizantes del fascismo. El propio embajador italiano, que acababa de organizar la visita a Roma de Primo de Rivera, se preguntaba inmediatamente después de las elecciones si el llamado a encabezar una alternativa de este tipo no sería el prestigioso exiliado de París, Calvo Sotelo.[51]

Fuera o no consciente de tal problemática, Primo de Rivera iba a encontrar una vía de solución en el proceso que conduciría a la fusión con las JONS. Si el triunfo de las derechas había venido en cierto modo a coartar las posibilidades de expansión de Falange, otro tanto había sucedido con la organización de Ledesma, notablemente afectada ya por la simple aparición del nuevo partido. Ambas organizaciones tenían problemas de desarrollo y financiación, perseguían

fines similares y se disputaban el mismo espacio político. La unificación parecía, en consecuencia, una necesidad casi insoslayable. Con la fusión, el grupo de Ledesma y Redondo ganaba en proyección pública y capacidad de incidencia, además de una posible solución a sus endémicos problemas de financiación. Falange, por su parte, además de beneficiarse de la infraestructura, cuadros y experiencia que ya poseían las JONS, adoptaría su simbologia y signos externos, así como, progresivamente, buena parte del temario ideológico desarrollado por la otra organización.[52]

Todo ello no sirvió, sin embargo, para que FE de las JONS consiguiese progresos sustanciales. Atrapada entre la necesidad de ganarse las simpatías de los campesinos y la de obtener fondos de los terratenientes, sus actividades de organización no eran especialmente brillantes; Ledesma y Primo de Rivera discutían acerca de la necesidad de prestar mayor atención a la capital y grandes ciudades, como sostenía el primero, o a las zonas agrarias, como defendía el segundo; la utilización de la violencia era, en ocasiones, «insuficiente» y, en otras, desmedida y contraproducente; los sindicatos fascistas de Sotomayor tocaron rápidamente techo entre la indiferencia general y la hostilidad de las organizaciones obreras.[53]

Tras la fusión, la crisis

Nada de particular, pues, que en estas condiciones las contradicciones internas en el seno de Falange se agudizasen. Apenas concluido su primer Consejo Nacional y pasada la efervescencia de octubre, el partido iba a verse sometido a una situación límite: en el breve espacio de dos meses fue abandonado por buena parte de sus más destacados dirigentes, tales como Eliseda y Ansaldo, Ledesma y Sotomayor.

Pues bien, de este proceso se ha dado siempre una explicación de una lógica aplastante y, por tanto, en apariencia, absolutamente satisfactoria. Dicha en forma lapidario, ésta sería la siguiente: la derecha se fue por la derecha y la izquierda por la izquierda. Sin embargo, la documentación italiana existente al respecto y una más atenta lectura de las fuentes básicas nos demostrará que tal explicación, más que insuficiente, es, en lo fundamental, errónea. Veamos por

qué.

A la altura de septiembre de 1934, la existencia de un progresivo «giro a la izquierda» de la organización fascista era ya claramente apreciable. Al menos para el encargado de negocios italiano en Madrid, ante el que habría sido explicado, ilustrado y defendido nada menos que por el marqués de Eliseda:

Me ha expresado su sentimiento por la ceguera e incomprensión de los monárquicos y me ha expuesto las ideas más optimistas ante la lucha política que, casi con seguridad, se desarrollará en el otoño próximo. Según el marqués de Eliseda, el alejamiento de los nobles y la orientación popular de Falange Española había coincidido con un notable aumento de las inscripciones; las provincias se encontrarían preparadas para los próximos acontecimientos y las escuadras armadas de acción contarían con unos 6.000 organizados, aunque existiría, por otra parte, una grave ausencia de fondos.[54]

La situación no era, no obstante, tan dramática como parece desprenderse de la conversación. No tanto, al menos, como para impedir que Primo de Rivera y Goicoechea firmaran el pacto del 20 de agosto de 1934, por el que unos contribuían a la financiación de Falange y los otros se comprometían a no cuestionar la restauración de la monarquía. Dos meses más tarde, sin embargo, las subvenciones se suspendieron[55] y el propio Eliseda abandonaba el partido.

Desde luego, parece poco creíble que la enérgica defensa realizada por el marqués de Eliseda del giro a la izquierda de Falange fuera abandonado por el supuesto carácter no católico del famoso «punto 25». Sobre todo porque tal punto era, en lo sustancial, idéntico al aprobado un año atrás en los «puntos iniciales», sin que entonces planteara problema alguno de conciencia al referido marqués.[56] Descartado el problema del «izquierdismo» y el de la supuesta falta de catolicidad, ¿dónde radicaba el problema que había de llevar a Eliseda fuera de la organización? En nuestra opinión, en un solo y exclusivo punto: en la negativa de José Antonio a incorporarse al «Bloque Nacional». El 28 de noviembre, en efecto, Primo de Rivera publicaba en ABC una nota encabezada con el siguiente titular: «Falange Española no se fundirá con ningún otro partido». Dos días más tarde, la prensa publicaba la nota en la que el marqués de

Eliseda anunciaba su salida del partido.[57]

La segunda cuestión de importancia se refiere a la actitud de Álvarez de Sotomayor e, indirectamente, a la de Ramiro Ledesma. El primero había mostrado, en efecto, ya con anterioridad al 29 de noviembre, su voluntad de incorporarse al «Bloque Nacional» de Calvo Sotelo, con lo que llegamos a la paradójica conclusión de que la razón concreta de la salida de FE de las JONS de Sotomayor –la «izquierda»– y Eliseda –la «derecha»– fue prácticamente la misma, aunque no lo fueran, necesariamente, las razones de fondo. Es posible, en efecto, que más que un acuerdo político total con la iniciativa del «Bloque», la actitud del antiguo miembro de la CNT viniera determinada por la convicción de que la colaboración en aquella iniciativa era un precio político que bien valía la pena pagar a cambio del mantenimiento de una ayuda económica vital para el sostén de «sus» sindicatos.

Que ésta era la verdadera razón lo demuestra indirectamente el testimonio de Ledesma cuando, rememorando el inicio del intento de desplazar a Primo, señalaba:

La casualidad quiso que a la salida de la junta tomen el mismo rumbo tres de sus miembros: Ledesma, Onésimo Redondo y Sotomayor. Con este último iba, además, uno de los dirigentes sindicales, Mateo, antiguo comunista... Todos coincidieron en que si no se hacía algo con rapidez para evitar la descomposición total del movimiento, ésta era inevitable. Sotomayor y Mateo informaron acerca de la situación lamentable de los sindicatos, que en los últimos cuatro meses, en vez de acrecentar la captación de los trabajadores, se habían desnutrido, hasta el punto de que de los 15.000 obreros inscritos en septiembre no quedaban ni 2.000. Afirmaron, asimismo, que los motivos de la enclenquez sindical eran de origen político, procedían de la palidez política del Partido. Y dijeron más, y es que ellos dos venían ya desde hace algunos días estudiando el medio de alzar la independencia de los sindicatos, a cuyo efecto habían gestionado algunos medios económicos[58] (La cursiva es nuestra).

Desde esta perspectiva, la actitud del propio Ledesma puede ser analizada de un modo distinto al habitual. Es decir, aquél que permitiría apreciar su radicalidad

formal como algo no reñido con la posibilidad de mantener relaciones privilegiadas con la derecha, con tal, naturalmente, de que ésta le proporcionase recursos económicos. Su poco clara actitud, en mayo de 1934, a propósito del ingreso de Calvo Sotelo en Falange[59] y su confesada intención en los meses siguientes de mediar en el conflicto entre Ansaldo y Primo de Rivera con el propósito de salvar la permanencia del primero en la organización y desplazar al segundo de su situación preeminente apuntan claramente en dicha dirección.[60]

El mismo pacto suscrito el 20 de agosto de 1934 entre José Antonio y Goicoechea cobra, a la luz de lo expuesto, una nueva significación. Se establecían en él, como se recordará, tras la reafirmación de los «diez puntos de El Escorial» y el compromiso por parte de FE de las JONS de no obstaculizar una posible restauración de la Monarquía ni atacar a Renovación Española, una serie de cláusulas referentes a la ayuda económica del partido monárquico y el destino que a tales fondos debería darse. Que en ellas se estableciese que un porcentaje de tal ayuda, a partir de una determinada cantidad, debiera destinarse a las milicias y otra a los sindicatos, junto con el establecimiento de una serie de mecanismos que permitían a Renovación el control sobre el fiel cumplimiento de tales cláusulas, admite varias lecturas aparentemente distintas pero que responderían a una misma problemática de fondo.[61]

Podría ser una de ellas que la ayuda económica de Renovación Española viniera ahora condicionada a que Primo de Rivera diera satisfacción a las dos alas de su partido –a tal fin, posiblemente coordinadas-; otra, que Primo de Rivera intentara anticiparse, mediante la firma del pacto, a las iniciativas existentes en ese sentido en su propio partido, evitando de este modo que pudieran resolverse al margen de él o en su contra; no debe descartase, finalmente, que el acuerdo firmado tuviera una doble significación: de pacto entre las dos organizaciones y de compromiso entre las diversas tendencias existentes en el seno de la organización fascista.[62]

En lo que respecta a Ledesma, las actitudes anotadas y otras posteriores, no la menos importante entre ellas el hecho de que conspirase con Sotomayor, constituyen una ulterior confirmación de lo expuesto. Como lo constituirá, también, la no despreciable «anécdota» de que en los meses sucesivos pudiera seguir beneficiándose de la ayuda económica de algunos sectores monárquicos y de financieros vascos.[63]

Pero si éstas pudieron ser las razones últimas de la actitud de sus rivales, ¿cómo

explicar la firmeza de Primo de Rivera manteniendo unas posiciones que terminarían por privar a su organización de los más destacados jefes de las milicias, del principal organizador de los sindicatos y del propio Ledesma, hombre, como se sabe, con un nada despreciable prestigio entre un sector de las bases del partido?

La evolución de Primo de Rivera

En nuestra opinión, dos procesos simultáneos y entrelazados explican la evolución de Primo de Rivera durante el período comprendido entre octubre de 1933 y diciembre de 1934. El primero se refiere a la progresiva toma de conciencia de que la alternativa fascista, para tener alguna virtualidad de éxito, debía presentarse con unos contornos definidos y propios que la diferenciaran claramente de las otras fuerzas de la derecha. El segundo concierne al proceso de radicalización, real, de Primo de Rivera. Es decir, a aquél que daría un contenido efectivo y plenamente asumido a la aludida necesidad política de diferenciación. Ambos procesos pueden seguirse con facilidad en los distintos escritos y discursos públicos del hijo del dictador. Del primero, sobre el que no es necesario extenderse en demasía, bastará recordar sus crecientes críticas a las fuerzas de la derecha, acusadas frecuentemente de caducas, conservadoras y «egoístas», así como su afán de presentar los rasgos fascistas de la propaganda o actuación de dichas fuerzas como una mano de pintura superficial que no afectaba al contenido real de sus discursos.[64] La evidente continuidad existente entre la oposición de Primo al ingreso de Calvo Sotelo en FE de las JONS y la posterior a la incorporación de Falange al «Bloque Nacional» constituirían la más neta plasmación práctica de lo expuesto.

Eran, como decíamos anteriormente, respuestas a las exigencias de diferenciación de una organización fascista que, con una peculiar «marca» de nacimiento, aspirara a conquistar un espacio político propio. Pero era también la consecuencia directa de la evolución real del pensamiento de Primo de Rivera. No hay más que seguir cronológicamente su trayectoria para apreciarlo claramente. Antes ya de su fusión con las JONS, puede advertirse una cierta acentuación de los matices anticapitalistas, junto con una aún muy relativa pérdida de los tonos paternalistas al referirse a los trabajadores. Así, por

ejemplo, en Cáceres, el 4 de febrero de 1934, los objetivos de Falange venían enunciados ya de un modo fascista «clásico». La Falange Española, decía, quiere dos cosas: «Primero, una justicia social que no se nos conceda como regateo; una justicia social que alcance a todos..., y, en segundo lugar, queremos tener una nación, puesto que hoy no la tenemos. Y una de dos: o imperamos a languidecemos...».[65]

Será, sin duda, con la fusión cuando estos todavía tímidos matices respecto de posiciones anteriores se incorporen plenamente a su discurso. El propio Primo de Rivera así lo reconocerá en el artículo en que se daba cuenta de la fusión con la organización de Ledesma: «El movimiento de las JONS había, sobre todo, insistido en una cierta crudeza de afirmaciones sindicales, que en nosotros habían quizá retardado su virtud operante y expresiva, aunque estuviesen bien dibujadas en nuestras entrañas».[66] Y ciertamente, como reiteradamente se ha puesto de manifiesto, la mencionada fusión iba a imprimir un giro esencial en el pensamiento y actitud de Primo de Rivera. Toda la temática «sindicalista», el rechazo del capitalismo, empobrecedor de las masas y «usurero», la necesidad de cambios revolucionarios, el reconocimiento de la llegada del proletariado a la vida pública y su necesaria participación en el poder[67] serán en lo sucesivo elementos esenciales en el discurso de Primo de Rivera.

Hay, junto a todo ello, un aspecto nuevo que creemos debe subrayarse. Y es la adopción de los contenidos laicos y modernizantes presentes en el fascismo. Algo que vendrá claramente puesto de manifiesto con relación a la proclamación de la República misma, presentada como la gran ocasión perdida para la realización de la revolución nacional. Así, en junio de 1934, comparando dos fechas históricas, el 13 de septiembre de 1923 y el 14 de abril, Primo de Rivera quería ver en ambas un punto de arranque frustrado de dicha revolución. En ambas fechas se habría producido la misma «alegría popular», la misma ilusión de ruptura con un orden social y político viejo y caduco que haría que España llevara «... una vida chata, una vida pobre, una vida triste, oprimida entre dos losas que todavía no ha conseguido romper: por arriba, la falta de todo interés histórico; por abajo, la falta de toda justicia social».

Su discurso quería enlazar así con la «música» de la revolución del 14 de abril –la que le habría puesto la Agrupación al Servicio de la República–a la que iba a dar un contenido y posibilidades muy próximas a los que les diera Ortega. La revolución del 14 de abril habría llegado, en efecto, por la sana vía del patriotismo crítico y, «en cuanto al fondo social», habría traído su «aportación

más profunda e interesante»: «La incorporación de los socialistas a una obra de gobierno no exclusivamente proletaria... Los socialistas, por una vez, interrumpían su rumbo de movimiento exclusivamente proletario y se matriculaban en un movimiento que tenía todo un aire nacional».[68] Apreciaciones de este tipo, que no podían resultar, ciertamente, gratas a oídos monárquicos, constituirían en lo sucesivo un eje básico de la actitud y programas del fascismo español.

En todo ello era evidente la recepción del pensamiento de Ortega. Pero, a la vez, tomado en su conjunto, el discurso era ya netamente fascista: la necesaria revolución había de ser, a la vez, nacional y social; se rechazaba el capitalismo –que no la propiedad privada– y del comunismo se admitía su fondo «solidario», para rechazar sus contenidos «antipatrióticos» y «materialistas». La reforma agraria, de contenidos claramente regeneracionistas, pero no sin una punta revolucionaria, «moderna», pasaría a constituir, también, pieza básica del discurso falangista. La Monarquía, finalmente, estaba camino de ser declarada «gloriosamente fenecida».[69]

La asunción de una problemática plenamente fascista, lejana ya de aquellos tonos derechistas que caracterizaron los primeros momentos de la actuación política de Falange, no suponía, obviamente, que esta organización se «abriese» efectivamente a la izquierda. Además de asumir el conjunto de aspectos de la ideología fascista que la alejaban de toda concepción política progresista –elitismo, agrarismo, irracionalismo...–, su hostilidad era implacable no ya sólo hacia el comunismo o el socialismo, sino hacia las mismas formaciones republicanas. Las últimas eran condenadas por burguesas y, por tanto, por no revolucionarias cuando parecían oponerse al socialismo revolucionario, pero serían consideradas antinacionales si se aproximaban a aquél; los socialistas, si revolucionarios, eran «masas rencorosas», si reformistas, como Prieto, defensores de la burguesía y el capitalismo y, por tanto, anti-revolucionarios. Un triunfo de los socialistas era equiparado a una «invasión extranjera», lo que por encima de cualquier supuesto rechazo de la violencia bien valía el recurso a todas las violencias.[70]

Enemigo por definición de todas las fuerzas progresistas y revolucionarias, el fascismo español y su jefe tenían en común con todos los partidos derechistas su temor a la revolución; se diferenciaban de ellos por auspiciar, como única posibilidad para frenarla, su propia revolución. Pero lo que les diferenciaba de otras fuerzas derechistas no era únicamente esto o su incidencia en el carácter

nacional y social de la revolución que preconizaban. La diferencia radical y fundamental estribaba en la forma de Estado que habría de sustituir al denostado Estado liberal. Ello es claramente apreciable en algunas de las aparentes críticas de Primo de Rivera al «totalitarismo» y al «corporativismo». Críticas que, en realidad, lejos de ir dirigidas contra tales conceptos, lo iban contra la utilización que de los mismos hacían las fuerzas derechistas. Así, reprochará a pretendidos defensores del totalitarismo que enarbolen esta bandera sin asumir la necesidad de la existencia de un dictador genial, como Mussolini. O, a «otros bloques de esos» que hacían profesión de corporativismo, espetaba que éste sólo tenía sentido como «una pieza adjunta de una perfecta maquinaria política», como en Italia.[71]

Creemos, en definitiva, que este doble proceso de Primo de Rivera aquí reconstruido –necesidad de diferenciación respecto de las otras fuerzas de la derecha y progresiva y plena asunción de los elementos diferenciales del fascismo– explica suficientemente la negativa de aquél a una nueva disolución de los contornos de su organización en otra de carácter suprapartidista e inequívoco signo derechista, cual era el «Bloque Nacional».

DOS FASCISMOS Y UN FRACASO

A partir de lo expuesto, será más fácil identificar las razones de fondo de las divergencias entre Primo de Rivera y Ledesma. Diferencias que no estriban en el mayor o menor «izquierdismo» o «derechismo» de uno de ellos, pues, como se ha visto, es difícil trazar una línea divisoria a partir de esos criterios. Sí podría afirmarse, en cambio, que de algún modo ambos dirigentes fascistas portaron siempre con ellos el «sello» de la forma en que se produjo su respectiva conversión al fascismo.

Ledesma, desde presupuestos radicales, descubriría en el fascismo unos valores igualmente radicales, con ese antiburguesismo «anómico» del que ha hablado Jiménez Campo.[72] Era la suya, desde este punto de vista, una revuelta contra los valores «caducos», contra la presunta decrepitud de las generaciones que los encarnaban y contra los supuestos racionales, «intelectuales», que estarían en su base. El fascismo de Ledesma sería, en consecuencia, violentamente antiliberal, con una defensa no menos vehemente de lo «nuevo», de la juventud y del irracionalismo. Su antisocialismo y anticomunismo –que respondían, en el fondo, a motivaciones conservadoras– asumía también tonos de «rivalidad revolucionaria»; es decir, defendiendo frente a una revolución «materialista» y «antipatriótica» otra «nacional» e idealista. Hasta aquí, Ledesma habría sido más o menos «llevado» por su maestro Giménez Caballero; a partir de aquí, seguiría profundizando en dicha dirección en busca de su plasmación real. Ya no seguiría a «Gecé» en lo que, en cierto modo, podría considerarse una «involución». Este último, en efecto, «capturado» por Roma, abandonaría progresivamente sus esfuerzos por profundizar en la búsqueda de un fascismo hispano, propio, y asumirá plenamente, sin sombra de crítica, como modelo y guía indiscutible el fascismo mussoliniano.

Primo de Rivera, por su parte, llegaba al fascismo por la vía de la fascistización desde una perspectiva de derecha conservadora.[73] Su camino, mucho más largo que el de Ledesma, fue, en cierto modo, inverso al de Giménez Caballero. No sería casual, por ello, que ambos se encontraran a lo largo de 1933, período en el que el influjo del último sobre el hijo del dictador es más que evidente. Pero el fundador de Falange prosiguió su evolución hasta convertirse –como el propio

Ledesma reconocería-[74] en un auténtico fascista. Pero no por ello perdió su «marca de origen», como se aprecia claramente en algunas de sus diferencias con Ledesma: la sistemática apelación a la razón, la búsqueda de la elegancia en pretendida oposición a la demagogia, el menosprecio sistemático de las masas y el rechazo casi visceral de la revolución en lo que tenía de ruptura del orden.[75]

No quiere decirse, entiéndase bien, que las diferencias entre ambos fueran, en los puntos mencionados, abismales. El irracionalismo de Primo de Rivera no era muy inferior al de Ledesma. Sus apelaciones a lo «poético» escondían una sublimación del irracionalismo[76] y otro tanto puede decirse de su naturalismo, definido siempre en oposición al «naturalismo» de «nefastas» consecuencias revolucionarias del abominado Rousseau.[77] Tampoco la demagogia estaba ausente del discurso joseantoniano y de ella se pueden encontrar en sus discursos abundantes muestras. La diferencia radicaba en que, a pesar de todo ello, Primo de Rivera gustaba de presentarse como defensor de la razón y la elegancia intelectual. En cualquier caso, no eran sólo diferencias de matiz. Sin llegar a afectar al fondo de la ideología, podían condicionar seriamente la eficacia del producto.

Consecuencia en buena parte de lo anterior sería la forma respectiva de situarse ante la problemática de la «revolución». No, evidentemente, ante la socialista, frente a la que la posición de ambos era prácticamente idéntica, sino ante la «revolución pendiente». Era la de Primo de Rivera, en efecto, una revolución que debería resolverse sin grandes convulsiones y a la mayor brevedad en un orden «clásico», una sociedad perfectamente jerarquizada con un «César» en la cúpula.[78] Una revolución, en definitiva, muy diferente de aquella con cierto sabor de revuelta imaginada por Ledesma. No sería de extrañar, en este sentido, que en las frecuentes alusiones de Primo de Rivera al carácter «romántico» y de heredero de la Revolución Francesa del nazismo hubiera una crítica larvada a las concepciones de Ledesma.

Eran, con todo, dos concepciones del fascismo que, con mayores o menores contradicciones, hubieran podido, tal vez, coexistir en una misma organización en condiciones más favorables. Sucedía, sin embargo, que las de la España republicana no lo eran. Y ante las evidentes dificultades que el fascismo español encontraba en su desarrollo, las posiciones respectivas se radicalizaron hasta conducir a la escisión.

De alguna manera, tal radicalización de las respectivas posiciones indicaba una

toma de conciencia de la naturaleza de las resistencias encontradas: Primo de Rivera pareció advertir que las clases medias sintonizaban con los contenidos renovadores y anti-Antiguo Régimen de la República y buscó su espacio político en la adopción de tales elementos; completándolos con una propaganda machacona –a la que se suponía que tales sectores sociales debían ser muy sensibles– sobre la inevitabilidad de la revolución socialista; y asumiendo la necesidad de la realización de una reforma agraria al objeto de ganarse la adhesión de amplios sectores del campesinado. Que tal política pudiera favorecer, más que contrarrestar, a corto plazo el aislamiento político de la organización y dificultar –por falta de medios económicos–la acción del partido de cara a las masas es algo que, por lo demás, resultaba congenial a la concepción elitista de Primo de Rivera.

Ledesma, por el contrario, quiso ver en la insuficiente aplicación de sus presupuestos esenciales –apelación a las masas, obrerismo, irracionalismo y violencia– la razón del fracaso. Y estaba dispuesto, en consecuencia, a pagar en términos de supeditación política el apoyo económico que precisaba para realizar aquella política.

La crisis de la organización falangista en los momentos finales de 1934 implicaba, a la vez, a las tres tendencias fundamentales existentes en su seno y a las organizaciones derechistas, que hasta entonces habían tenido una influencia externa –a través de pactos y subvenciones económicas– e interna –militantes reaccionarios de fidelidad predominantemente monárquica. Lo que en dicha crisis se planteaba era, pues, en buena parte, un problema de relación entre el grupo fascista y uno de los más importantes grupos «fascistizados» del país.

Descomponiéndolo en sus dos elementos fundamentales, tal problema se manifestaba, por una parte, en la exasperación de significados militantes falangistas por el escaso desarrollo alcanzado por la organización y, por otra, en el intento por parte de los monárquicos de conseguir una supeditación absoluta de FE de las JONS a sus iniciativas políticas.

En lo que se refiere a las causas del fracaso –tal y como se presentaba a finales de 1934– del partido fascista español, es conveniente hacer, para mejor determinarlas, dos precisiones: en primer lugar, el hecho de que hasta el momento de su fusión con Falange, Ledesma había dispuesto de casi tres años, el último de ellos coincidiendo con las grandes perspectivas que para el desarrollo del fascismo abrió la subida de Hitler al poder, sin que los resultados

obtenidos pudieran calificarse sino de mediocres. Es más, las JONS hicieron ostentosa demostración de incapacidad para utilizar la violencia en forma sistemática y rentable, así como para penetrar en los medios obreros. Es decir, de las dos deficiencias esenciales que luego reprocharían al liderazgo de Primo de Rivera.[79]

Por otra parte, no puede hablarse de la ausencia de un entorno político adecuado. Un proceso de fascistización de cierta envergadura se dio en la España de los años treinta. No había prácticamente ninguna fuerza de la derecha que no estuviera, en mayor o menor grado, fascistizada; y entre esas mismas fuerzas no faltaron las que estuvieron dispuestas durante un período de tiempo relativamente amplio a apoyar y asistir al partido fascista español. Otro tanto puede decirse, pero es en buena parte lo mismo, de los sectores industriales y financieros del país. Jiménez Campo ha diferenciado entre dos momentos en la actitud política de dichos sectores económicos: uno en el que se pretendería «instrumentar el fascismo como punta de lanza en el conflicto de hegemonía, al margen del aprovechamiento de sus virtualidades contrarrevolucionarias», y otro, en el contexto ya de un abierto «conflicto de dominación», en el que las preocupaciones de la burguesía española serían estrictamente defensivas, que dejaba poco lugar para una política diferenciada y en muchos aspectos «radical» como la del fascismo español.[80]

Tal análisis se resiente, en nuestra opinión, de una visión del fascismo en la que prima su carácter «instrumental» respecto de determinados sectores de la burguesía sobre el carácter autónomo de ese mismo fascismo. Antes, en efecto, que instrumento de un sector de la burguesía en los conflictos de hegemonía y/o dominación, el fascismo es una fuerza autónoma que cuenta con bases sociales propias: la pequeña burguesía. A partir de ahí, su colusión con los sectores industriales y financieros del país en cuestión es necesaria, hasta el punto de que sin su colaboración es imposible el acceso al poder. Pero esa colaboración es siempre contradictoria. Una cosa es que el fascismo en el poder tenga que defender necesariamente los intereses de una fracción de la burguesía y, a través de ella, de la sociedad burguesa en su conjunto, y otra muy distinta que esté dispuesto a aceptar la sumisión política a esos sectores. La historia de los movimientos fascistas antes y después de su llegada al poder está llena de incidencias que demuestran cabalmente lo expuesto. En la fase previa a encaramarse en el poder, el fascismo necesita del apoyo –en la forma en que lo explica Kühnl– de la clase dominante, y ésta, a su vez, necesita del fascismo, bien para asegurar su dominación destruyendo la organización democrática en

beneficio de una alternativa autoritaria, bien para defenderse o atacar a las organizaciones obreras, bien para ambas cosas a la vez. Lo que en realidad determinará el mayor o menor peso de uno u otro de los amigos-enemigos en la alianza será, en definitiva, la fuerza propia de que cada uno de ellos disponga.

En la España republicana lo que fracasa no es el proceso de fascistización, si como tal entendemos una creciente receptividad por parte de amplios sectores sociales de buena parte del ideario fascista y el apoyo a una solución de este tipo, siempre en función de sus propios intereses, por parte de sectores fundamentales del capital. Lo que fracasa en realidad es el partido fascista mismo. Y es ello lo que le colocará en unas condiciones de neta inferioridad respecto de sus aliados naturales. Una inferioridad que le situaría, a finales de 1934, ante la necesidad de optar entre dos soluciones igualmente dramáticas: o la supeditación casi absoluta o la ruptura. Tan es así, que los suministros económicos a FE de las JONS no se cortan porque sus antiguos financiadores hayan perdido todo tipo de interés en la existencia de una organización fascista, sino porque ésta se niega a integrarse en el «Bloque Nacional». En efecto, nadie pidió que cesase el discurso radical y obrerizante de los fascistas españoles. Como lo demuestra, sin más, el sobreentendido que parece estar en la base de la actitud del más radical e izquierdista de ellos, Sotomayor.

Pasada la crisis, Ledesma intentó infructuosamente poner en marcha nuevas aventuras; mientras que Primo de Rivera, líder indiscutido ya de la única organización fascista, concebía para ésta planes más o menos ambiciosos e irrealizables. Para su financiación recurriría ahora a Roma; para sus proyectos «insurreccionales», a los militares.[81] A pesar de sus esfuerzos por desmarcarse de los monárquicos o por amagar una aparente neutralidad en las elecciones de febrero de 1936, Falange acabó siendo, sin más, en los meses sucesivos, la fuerza de choque de la reacción.[82] Su suerte con Franco no sería mucho mejor.

Más oportunista y realista, o simplemente perspicaz, quien había sido el gran profeta del fascismo en nuestro país, Giménez Caballero, andaba ya preparándose para cantar las excelencias del nuevo «Caudillo». Tal vez porque, quien supo acompañar a Ledesma primero y a Primo de Rivera después, fue también el primero en descubrir sus límites. Quien supo, por fin, descubrir que para que hubiese fascismo en España, aunque sólo fuera una apariencia de tal, había que apostar por un «gran fascistizado».

[10] J. Jiménez Campo, El fascismo en la crisis de la II República, Madrid, CIS, 1979; M. Pastor, Los orígenes del fascismo en España, Madrid, Tucar, 1975.

[11] «Casi estamos tentados de afirmar que, en nuestro país, el fascismo no hizo sino sintetizar una serie de direcciones ideológicas preexistentes (...) prestándoles la retórica y la simbologia peculiares a las "nuevas derechas" europeas de los años veinte y treinta». Cf., El fascismo en la crisis..., op. cit., p. 89.

[12] Cf., M. Pastor, Los orígenes..., op. cit., pp. 36 y 63. Sobre el supuesto carácter fascista del partido de Albiñana, coincidimos con la tesis de Jiménez Campo -op. cit., p. 79-en el sentido de que el pensamiento de dicho grupo fue a inscribirse en los «circuitos ideológicos tradicionales del conservadurismo». Convenimos, igualmente, con H. Southworth cuando señala la ausencia de imperialismo en la ideología albiñanista. Cf., Antifalange. Estudio crítico de «Falange en la guerra de España», de M. García Venero, París, Ruedo Ibérico, 1967, pp. 29-30. Vale la pena señalar al respecto que incluso en las «españolistas»polémicas mexicanos del doctor Albiñana parece estar más presente el odio al México revolucionario que la defensa de eventuales intereses españoles. No parece muy propio de un imperialismo fascista, en efecto, abogar por la acción del imperialismo americano sobre una ex colonia española. En este sentido, resulta clarificador lo que sobre el propio México escribiría Giménez Caballero, éste sí, auténtico fascista: «Si México va significando algo frente a Yankilandia es porque en México no hacen caso ya de meridianos, y potencian por vía rusa o india la esencia cristiana, humana, universal de la sangre hispana de sus venas». Cf. «En torno al casticismo de Italia. Carta a un compañero de la joven España», en La Gaceta Literaria, 15 de febrero de 1929.

[13] Sobre la larga trayectoria ideológica que conduce al fascismo, véase, a título de ejemplo, el excelente trabajo de Zeev Sternhell, La droite révolutionaire, 1885-1914. Les origines français du fascisme, París, Seuil, 1978. Acerca del Ortega «político» resulta ya imprescindible el estudio de Antonio Elorza, La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset, Barcelona,

Anagrama, 1984.

[14] Cf, E. Giménez Caballero, Circuito imperial, Madrid, 1929, p. 52.

[15] En este sentido cabe apuntar que las comparaciones que el propio Giménez Caballero establecía en 1929 entre Costa y Oriani, entre Rajna o D'Ovidio y Menéndez y Pidal, entre Croce o Missiroli y Ortega -o entre La Voce y España-, entre D'Annunzio o Marinetti y Gómez de la Serna, entre Pirandello y Azorín o Baroja, entre Gentile y Maeztu o Araquistáin, entre Unamuno y Malaparte, señalaban -con independencia del carácter más o menos afortunado de algunas de las comparaciones- un camino para la investigación de determinados antecedentes culturales del fascismo español. Cf. «En torno al casticismo...», op. cit. Naturalmente, al margen de las coincidencias existentes entre los respectivos emparejamientos, existen también esenciales diferencias. Aquellas que, precisamente, señalan el mayor o menor grado de proximidad existente respecto del fascismo.

[16] E. Giménez Caballero, Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional.Y del mundo, Madrid, Jerarquía, 1939 (1932), p. 50.

[17] Cf., «En torno...», op. cit. Sobre Curzio Suckert (Malaparte) puede verse E. Gentile, Le origini dell'ideologia fascista, Bari, Laterza, 1975, pp. 279 y ss.

[18] Cf., Circuito..., op. cit., pp. 17 y 18.

[19] Cf., G.L. Mosse, The Crisis of German Ideology, Nueva York, Grosset and Dunlap,1968.



[20] Cf., Circuito..., op. cit., p. 18.

[21] Ibidem, p. 55.

[22] Ibidem, p. 56.

[23] Cf., «En torno...», op. cit.

[24] Cf., Circuito..., op. cit., p. 42.

[25] «En torno....», op. cit.

[26] Cf., Genio de España..., op. cit., p. 31.

[27] J.C. Mainer, Falange y literatura, Barcelona, Labor, 1971, pp. 24-26.

[28] Cf, Genio de España..., op. cit., pp. 135-136.

[29] E. Giménez Caballero, La nueva catolicidad. Teoría general sobre el fascismo en Europa: en España, Madrid, Ediciones de La Gaceta Literaria, 1933, pp. 180-181.

[30] Cf., H.R. Southworth, Antifalange..., op. cit., p. 65.

[31] La Gaceta Literaria, 1 de julio de 1930.

[32] R. Lanzas (Ramiro Ledesma), ¿Fascismo en España? (Sus orígenes, su desarrollo, sus hombres), Madrid, Ediciones «La Conquista del Estado», 1935, p. 52.

[33] Véase el «Estudio preliminar» de Santiago Montero Díaz a R. Ledesma Ramos, La filosofía. Disciplina imperial, Madrid, Tecnos, 1983, pp. XIII-XXX; también, G. Sobejano, Nietzsche en España, Madrid, Gredos, 1967, pp. 654-655.

[34] Así, por ejemplo, Santiago Montero, tras reconocer el «fuerte viraje» que conduce a Ledesma a la actividad política, señala que «en esa transición, en apariencia tan brusca, no existe nada que se parezca a la improvisación». Y añade: «Su vocación política es una profunda determinación de todo su ser. No llega por imitación, por deslumbramiento o por influencias externas a sentirse elegido para iniciar un movimiento nacional». «Estudio preliminar», cit., p. XXXI.

[35] Nos referimos, fundamentalmente, a «El concepto católico de la vida», en La Gaceta Literaria, 15 de septiembre de 1930 y 15 de octubre de 1930, y a su contestación a la encuesta de dicha revista sobre «la vanguardia», publicada el 1 de julio de 1930.

[36] Cf., La Gaceta Literaria, 1 de agosto de 1928.

[37] Ibidem, 1 de febrero de 1929.

[38] Ibidem, 1 de junio de 1930.

[39] Ibidem, 1 de julio de 1930.

[40] Citado en D.W. Foard, Ernesto Giménez Caballero (o la revolución del poeta), Madrid, 1975, p. 161.

[41] Ibidem, p. 154.

[42] Ibidem, p. 161.

[43] Cf. «El concepto católico...», op. cit. Sostenía Ledesma, en efecto, que el catolicismo no sólo había sido la religión de varias naciones «prepotentes» e «imperiales», sino que, además, el espíritu real de los nuevos tiempos sería «auténticamente católico, universal, que aparece no en este o en aquellos pueblos, sino en todo el orbe humano, forjando sus ilusiones y sus mitos» (subrayado en el original).

[44] Véanse sus «Notas sobre Heidegger», ahora en R. Ledesma Ramos, La filosofía..., op. cit., pp. 15-34; así como las excelentes reflexiones al respecto de Manuel Pastor, op. cit., pp. 70-73.

[45] Cf., La conquista del Estado, n. 6.

[46] E. Giménez Caballero, La nueva catolicidad..., op. cit., pp. 210-211.

[47] Ibidem, pp. 206-210.

[48] Sobre el papel de Primo de Rivera en la génesis de El fascio, véase nuestro trabajo«Falange e Italia. Aspectos poco conocidos del fascismo español», en Estudis d'Història Contemporània del País Valencià, 4 (1983), pp. 242-243.

[49] Ibidem, pp. 246-253.

[50] «Al volver. ¿Moda extranjera el fascismo?», La Nación, 23 de octubre de 1933.

[51] Cf., I. Saz, «Falange e...», op. cit., pp. 254-255.

[52] Cf. S. Ellwood, Prietas las filas. Historia de la Falange española, 1933-1983, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 42-44. Sobre la distinta forma en la que los dirigentes de las dos organizaciones enfrentaron la unificación pueden verse, para un enfoque favorable a Primo de Rivera, F. Bravo, Historia de la Falange Española de las JONS, Madrid, Editora Nacional, 1940, pp. 13-24; F. Ximénez de Sandoval, José Antonio (Biografía apasionada), Madrid, Fuerza Nueva, 1980, pp. 150 y ss.; Ledesma explicó su propia posición en ¿Fascismo en..., op. cit.,

pp. 145-157. Véase también J.M.a Sánchez Diana, Ramiro Ledesma Ramos. Biografía política, Madrid, Editora Nacional, 1982, pp. 181 y ss.

[53] Cf., S. Ellwood, Prietas..., op. cit., pp. 46-47; I. Saz, «Falange e...», op. cit., pp. 256-257.

[54] Citado en I. Saz, «Falange e...», op. cit., p. 267.

[55] Según Gil Robles, el acuerdo fue mantenido por Falange, mientras que Renovación hubo de suspender su ayuda hacia finales de año por dificultades financieras. Cf., No fue posible la paz, Barcelona, Planeta, 1978, p. 443n. Como se verá, la tesis que sustentamos es que la ayuda cesó por motivos políticos y no económicos.

[56] Véanse tales «Puntos iniciales» en J.A. Primo de Rivera, Textos de doctrina política, Madrid, Delegación Nacional de la Sección Femenina del Movimiento, 1971, pp.85-93.

[57] Para la comunicación de Primo de Rivera, véase I. Gibson, En busca de José Antonio, Barcelona, Planeta, 1980, pp. 109-110; la del marqués de Eliseda en X. Ximénez de Sandoval, José Antonio..., op. cit., p. 243.

[58] Cf., ¿Fascismo en..., op. cit., pp. 218-219.

[59] Nótese, en efecto, la radical ambigüedad con que Ledesma explicaba la diversa actitud de Ruiz de Alda y Primo de Rivera a propósito de la adhesión de

Calvo Sotelo: «Primo, que se iba radicalizando, tenía, sin duda, razón. Ruiz de Alda se inclinaba más bien a la admisión, guiado por la proximidad de la revolución socialista y la necesidad en que se encontraba el Partido, si quería intervenir en ella con éxito, de vigorizarse y aumentar, como fuese, sus efectivos reales. No carecía de solidez esa actitud de Ruiz de Alda; pero Primo se mantuvo firme». ¿Fascismo en..., op. cit., p. 167; subrayados nuestros. Como ha hecho notar justamente Ricardo de la Cierva, a «Lanzas» se le olvida en esta ocasión explicar cuál fue la actitud de Ledesma. Cf. Historia de la guerra civil española. 1. Perspectivas y antecedentes, Madrid, Librería editorial San Martín, 1969, p. 561.

[60] Cf. R. Lanzas, ¿Fascismo..., op. cit., pp. 185-189. Parece ser que Ruiz de Alda, que según Ledesma «vaciló ante ciertas proposiciones suyas», no fue del todo ajeno a las conversaciones que se produjeron al objeto de desplazar a Primo, aunque finalmente se inclinara por este último. De cuáles pudieron ser tales proposiciones no sabemos sino lo que Ledesma dice en las páginas referidas. Pero, por un informe de Cesare A. Gullino –fiduziarío para España de los CAUR- fechado en julio de 1934, pueden intuirse algunos de los puntos fundamentales de la solución de Ledesma. En tal escrito, en efecto, se afirma que, en el curso de una previsible escisión, Primo de Rivera, junto con Eliseda, serían seguidos por un 25 % de los afiliados, mientras que «el movimiento típicamente español, jonsista..., quedaría confiado a Julio Ruiz de Alda, Ramiro Ledesma y Juan Antonio Ansaldo». Cf. Relazione n.° 2. Organizazzione "FE de las JONS", julio de 1934, Archivio Centrale dello Stato, Ministero della Cultura Popolare, busta 423.

[61] Como se recordará, la cláusula 4a del acuerdo establecía que hasta 10.000 pesetas de la ayuda percibida podían ser libremente utilizadas por FE de las JONS; pero, a partir de tal cantidad, el 45 % debería destinarse a los «gastos de organización de las milicias» y otro 45 % alos de la «organización sindical obrera anti-marxista». En la 5a se establecía que Goicoechea podía designar «un elemento técnico», con el «fin concreto y fijo de comprobar el incremento que Falange Española de las JONS pueda alcanzar merced a estas ayudas». Tal elemento, que debía actuar en contacto permanente con el mando de Falange, «principalmente en su aspecto militar y de choque», no debe confundirse con el

«agente de enlace» del que se habla en la cláusula 7. El papel del último, que desempeñaría Pedro Sainz Rodríguez, era fundamentalmente político, mientras que el del anterior era más técnico y militar. Véase el texto del acuerdo en I. Gibson, En busca..., op. cit., pp. 103-105.

[62] Véanse las dos notas anteriores. Como se habrá observado, las mencionadas cláusulas del «control» establecidas en el acuerdo parecían denotar una falta de confianza por parte de los alfonsinos en el destino que pudiera darse a los fondos. Tal voluntad de fiscalización venía a incidir, curiosamente, en uno de los motivos básicos de enfrentamiento en el seno de Falange. Por otra parte, la proximidad en el tiempo entre la crisis de julio -recuérdese la información de Gullino- y el pacto del mes siguiente parece indicar también la existencia de una relación entre ambos hechos.

[63] Tras su ruptura con Primo de Rivera, Ledesma fue a Bilbao a informar de lo ocurrido a Areilza, a quien puso al corriente de sus intenciones de sacar un nuevo semanario, La Patria Libre, y de publicar dos libros; lo que, teniendo en cuenta la anterior financiación a Ledesma de los «amigos bilbaínos» de Areilza, resulta bastante significativo. Cf. J.M.a Areilza, Así los he visto, Barcelona, Planeta, 1974, p. 94. Sainz Rodríguez, por otra parte, tras afirmar que leyó «en pruebas» el Discurso a las juventudes de España, señala que «de vez en cuando Ledesma recibía alguna ayuda para su organización, le regalamos una motocicleta para sus desplazamientos propagandísticos». P. Sainz Rodríguez, Testimonio y recuerdos, Barcelona, Planeta, 1978, p. 220. Ricardo de la Cierva ha llamado también la atención sobre el hecho significativo de que en el número 2 de La Patria Libre se hicieran grandes elogios de Gil Robles y Goicoechea. Op. cit., pp. 563-564. Primo de Rivera fue posiblemente el primero en acusar a Ledesma de estar financiado por «millonarios archiconservadores», en su duro artículo polémico «Arte de identificar revolucionarios», en Textos..., op. cit., pp. 441-442.

[64] Cf., Textos..., op. cit., pp. 437-438.

[65] Ibidem, pp. 151-154.

[66] Ibidem, pp. 171-173.

[67] Ibidem, p. 161.

[68] Ibidem, pp. 239 y ss.

[69] Ibidem, pp. 557 y ss.

[70] Ibidem, pp. 585-587, 706-708, 311, 852-853, 299.

[71] Ibidem, pp. 424-425.

[72] Cf., J. Jiménez Campo, El fascismo en..., op. cit., p. 126.

[73] Recuérdese su pertenencia en 1930 a la Unión Monárquica Nacional. El mismo 14 de abril de 1931 le veía reunido, en lo que parecía «un velatorio de la Monarquía», con personajes tan significativos como el marqués de Quintanar, Maeztu, Yanguas, Vegas Latapie y el conde de Guadalhorce, entre otros. Cf. E. Vegas Latapie, Memorias políticas. El suicidio de la Monarquía y la II República, Barcelona, Planeta, 1983, p. 106.

[74] Cf., ¿Fascismo en..., op. cit., pp. 223-226.

[75] Cf. Textos..., op. cit., pp. 105, 117, 266, 423 y 915.

[76] Al recurrir a la «poética de la revolución», Primo no hacía sino seguir un camino ya trazado por un D'Annunzio, un Mussolini o un Brasillach. Como ha señalado Mosse, «la política de la belleza se basa no sólo en la liturgia, sino también en la asunción como algo propio por parte de todos los fascismos de la necesidad de vitalismo, de élan, que hacia finales del ochocientos encontramos en Bergson, en Nietzsche y en tantos otros». Cf. G.L. Mosse, Intervista sul nazismo, Bari, Laterza, 1977, p. 126.

[77] Cf., Textos..., op. cit., p. 189.

[78] Ibidem, pp. 229, 421-422, 669.

[79] Un informe del embajador italiano de mayo de 1933, referido a las JONS, es bastante explícito al respecto: por ahora la acción de las «JONS, aparte de la propaganda intelectual, se desarrolla en los numerosos conflictos estudiantiles... No toma parte activa en los conflictos sociales, no osa hacer frente a las organizaciones obreras socialistas y comunistas, ni emprender ninguna contraofensiva frente a las organizaciones terroristas anarquistas o comunistas-libertarias». Citado en I. Saz, «Falange e...», op. cit., p. 245.

[80] Cf., El fascismo en la..., op. cit., pp. 195 y ss.

[81] Cf. S. Ellwood, Prietas las filas..., op. cit., pp. 54-58.

[82] Cf. I. Saz, «De la conspiración a la intervención. Mussolini y el Alzamiento Nacional», en Cuadernos de Trabajo de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, 15 (1981), pp. 334-339.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA Y EL FASCISMO ESPAÑOL

¿Quién fue José Antonio Primo de Rivera? La pregunta parece sencilla y sin embargo la respuesta podría merecer casi un tratado. Basta recordar algunos de los conceptos que aparecen en las múltiples biografías, completas o parciales, del personaje para reparar en ello. «El hombre, el jefe, el camarada» dice una de ellas.[83] De su «pensamiento» en sus diversas vertientes, nos hablan varias.[84] Al «jurista» o al «pensador» se refieren otras aproximaciones.[85] No faltan referencias a su «ética» y aun a su «personalidad religiosa».[86] El autor de la más clásica de sus biografías no pudo evitar el calificativo de «apasionada».[87] Pero no faltan tampoco biografías «polémicas» o «no autorizadas».[88] Algunos aluden explícitamente al enigma y nos hablan de «ese desconocido» y otros parecen partir «en busca» de nuestro personaje.[89] Casi todos parecen coincidir en lo que nuestro hombre tenía de idealista y uno de sus últimos biógrafos traza el «retrato de un visionario».[90]

Se comprenderá que tras esta simple muestra de referencias –en realidad casi infinitesimal en relación con el volumen de las existentes– renuncie yo aquí a todo intento de trazar una especie de perfil biográfico del personaje, de su vida o del conjunto de su obra, de su psicología o aptitudes. Mi propósito es más sencillo y tratará de ajustarse tanto al título de mi conferencia, esto es, a la relación entre José Antonio Primo de Rivera y el fascismo español, como al propósito general del curso, es decir al problema del lugar del personaje en relación con la guerra civil española.

Pero esta, si se quiere, «pequeña triquiñuela» no es suficiente para eludir la complejidad del problema. Porque de todas formas nos enfrentamos aquí a un personaje que fue un hombre, un dirigente fascista y un mito. Y es ésta última dimensión la que se proyecta sobre las dos anteriores sobreponiéndose al propio personaje hasta el punto de hacerlo en ocasiones irreconocible. Un mito, como se sabe, puede cumplir múltiples funciones. Puede ser movilizador y puede ser legitimador. Puede ser utilizado para justificar permanencias e inmovilismo o para impulsar evoluciones y cambios. Pero puede ser también revisitado periódicamente en función de las necesidades políticas o de todo tipo del presente, de los sucesivos presentes.

Tenemos pruebas más que suficientes de todo ello. El gigantesco y formidable espectáculo del traslado de sus restos mortales de Alicante a El Escorial en noviembre de 1939 reunió casi todas las facetas del mito: la propiamente mística del componente religioso y culto a los caídos de todos los fascismos; la, a la vez, movilizadora y legitimadora de una Falange que aún confiaba en ver hecho realidad el sueño del Estado totalitario; la propiamente legitimadora de un régimen, el franquista, y su máximo exponente, Franco, bastante distantes del revolucionarismo falangista. Mito y culto de José Antonio, pues, como legitimadores de una dictadura y de sus cambios. Si el fundador de Falange sirvió para fundamentar la retórica totalitaria y fascista del régimen hasta 1941-42, pronto iba a servir para lo contrario. Y a partir de estas fechas, como se sabe, algunas manifestaciones del dirigente falangista serán utilizadas para negar el carácter fascista y totalitario de su movimiento y, por supuesto, del régimen que decía inspirarse en él. Sucesivamente, el mito siguió cumpliendo sus funciones entre los distintos sectores del régimen y aun entre sus oponentes. Por supuesto, Franco nunca renunció a su utilización y lo mismo hicieron los falangistas «franquistas»; pero el José Antonio «revolucionario» siguió alimentando a las sucesivas «falanges auténticas» más o menos antifranquistas; y hasta un José Antonio cuasi liberal y omnicomprensivo pudo acompañar la evolución hacia el antifranquismo, o el a-franquismo, de hombres como Ridruejo, Tovar, Laín y un largo etcétera. Ni faltó, en fin, como de todos es sabido, un intento de pseudoapropiación-distorsión de su figura por parte de hombres de la oposición que, como Prieto, creyeron encontrar en el fun dador de la Falange un elemento deslegitimador de la propia dictadura franquista.

Luego volveremos sobre algunas de estas cuestiones. Pero por el momento nos concentraremos en la pregunta y los aspectos que anunciábamos, es decir «¿Quién fue José Antonio Primo de Rivera en su relación con el fascismo español?». A tal fin seguiremos la trayectoria política de nuestro hombre en tres fases o momentos. La primera abarcaría desde 1930 hasta los primeros meses de 1934; la segunda se extendería desde aquí hasta julio de 1936; y la tercera desde esta fecha hasta su muerte.

Podríamos decir que nuestro personaje inició su vida política en las filas de la derecha monárquica reaccionaria y contrarrevolucionaria –en la Unión Monárquica Nacional- que agrupaba a muchos de los hombres de la que había sido el régimen de su padre, la dictadura de Primo de Rivera. Una derecha

reaccionaria y contrarrevolucionaria que en términos generales le acompañaría y arroparía en su proceso de creciente fascistización hasta la fundación misma de Falange Española en octubre de 1933 y los primeros pasos de la nueva formación.

No hay, en efecto, ninguna duda de ese proceso de acompañamiento y arropamiento: estos derechistas son los patrocinadores de la primera candidatura de José Antonio al Parlamento allá por 1931, cuando presentado por Madrid como único candidato de todas las derechas obtendrá 28.560 votos, poco más del 31%. Este es el tipo de apoyos con el que se cuenta cuando en marzo de 1933 se lanza el semanario El Fascio, primer intento frustrado de creación de una plataforma conjunta de todos los fascistas españoles –de José Antonio Primo de Rivera a Ramiro Ledesma, de Sánchez Mazas a Giménez Caballero. Los monárquicos alfonsinos apoyaron económicamente y pactaron políticamente en agosto de 1933, en el llamado «Pacto de El Escorial» con el Movimiento Español Sindicalista-Fascismo Español, precedente inmediato de la Falange joseantoniana. El famoso mitin de la Comedia del 28 de octubre de 1933, considerado como el referente fundacional de Falange Española, se anunció como un «acto de afirmación españolista» enmarcado en el conjunto de los actos electorales de la coalición derechista. Con esta coalición, en la que ni siquiera se presentaba como candidato de Falange, alcanzaría su escaño parlamentario por la circunscripción de Cádiz. Hasta su salida en el verano-otoño de 1934, hombres de absoluta fidelidad monárquica, como el marqués de la Eliseda o el aviador Ansaldo ocuparon lugares de privilegio en el aparato político y militar del nuevo partido.

Pero debe incidirse también en que este acompañamiento y arropamiento no implicaba identidad. En cierto modo José Antonio Primo de Rivera partía de una formación liberal conservadora, con elementos regeneracionistas y fundamentos laicos, no obstante sus convicciones religiosas inequívocamente católicas. No era tampoco un fiel absoluto de la Monarquía y si en su campaña de 1931 aceptó su condición de derechista no quiso hacer lo propio respecto de la de monárquico. Sobre estas bases pudo proseguir además un proceso de fascistización en el que jugaría un papel importante su fascinación por Mussolini, a quien visitó en búsqueda de apoyo y consejo unos días antes del mitin de la Comedia. Estudioso ya del fascismo italiano, recibe en esta época la influencia de Giménez Caballero, introductor y primer propagandista en España de la idea de fascismo. A retener también que en este proceso de fascistización iba a entrar en contacto con hombres que estaban realizando el mismo trayecto

desde posiciones mucho más laicas y modernas como los orteguianos García Valdecasas, García del Moral o Bouthelier. El mismo Ortega ejercía una creciente influencia sobre él y lo mismo puede decirse de su admirado Unamuno. Estos dos últimos configuraban la necesaria conexión con el discurso de la decadencia y la regeneración propio del 98 y décadas sucesivas.

El segundo periodo, el comprendido entre febrero de 1934 aproximadamente y julio de 1936 es el que contempla, por igual, la conquista del liderazgo de José Antonio en el fascismo español; su radicalización en un sentido genuinamente fascista y la conquista de su autonomía respecto de los aliados derechistas. La fusión con las JONS, en febrero de 1934, y aun la salida de Ramiro Ledesma de FE de las JONS, casi un año después, constituyen hitos fundamentales en este proceso.

Lo primero, la fusión con las JONS de Ledesma y Redondo, coadyuvó a la radicalización del discurso y actitudes de Primo de Rivera en un sentido revolucionario tanto desde el punto de vista mítico –esto es, el mito de la revolución en tanto que tal– como del social y nacional. Lo dirá claramente en su discurso de proclamación de FE de las JONS pronunciado en Valladolid el 4 de marzo de 1934: «... Hemos preferido salirnos de ese camino cómodo e irnos, como nos ha dicho nuestro camarada Ledesma, por el camino de la verdadera revolución. Porque todas las revoluciones han sido incompletas hasta ahora en cuanto ninguna sirvió, juntas, a la idea nacional de la Patria y a la idea de la Justicia social. Nosotros integramos estas dos cosas: la Patria y la Justicia social, y resueltamente, categóricamente, sobre estos dos principios inconmovibles queremos hacer nuestra revolución».[91]

Lo segundo, la salida de Ramiro Ledesma, confirmó definitivamente el liderazgo de José Antonio. No fue un proceso fácil, ni faltaron en él las más terribles y crueles descalificaciones. Pero fueron pocos los que siguieron a Ledesma y las diversas iniciativas impulsadas por éste en los meses sucesivos se cerraron con el más rotundo de los fracasos. En lo sucesivo nadie discutiría ya la jefatura absoluta de nuestro hombre. Puede decirse, pues, que a la altura de 1935 un José Antonio ya plenamente fascista era el líder indiscutible de la única organización fascista existente en España.

Bajo este liderazgo, además, FE de las JONS había reafirmado el carácter

nacional-sindicalista de su revolución, había roto abiertamente con los hombres del Bloque Nacional, se había distanciado ostentosamente de la Monarquía «gloriosamente fenecida» e incluso había pretendido conectar, de modo retrospectivo, claro es, con «la alegría del 14 de abril». En uno de sus más famosos discursos, el pronunciado en el cine Madrid el 19 de mayo de 1935,[92] abundaba en estos conceptos, reafirmaba el anticapitalismo del movimiento, reivindicaba los derechos de obreros y campesinos y proclamaba ostentosamente su independencia frente a antiguos acompañantes y patrocinadores: «Tenemos en contra a todos: a los revolucionarios..., y de otra parte, a los contrarrevolucionarios, porque esperaron al principio, que nosotros viniéramos a ser la avanzada de sus intereses en juego, y entonces se ofrecían a protegernos y a asistirnos, y hasta darnos alguna moneda, y ahora se vuelven locos de desesperación al ver que lo que creían la vanguardia se ha convertido en el Ejército entero independiente».[93] Reafirmación de independencia sincera, sin duda, pero que seguramente se vería extraordinariamente facilitada por la subvención de 50.000 liras mensuales que había conseguido en Roma apenas quince días antes.

Pero ¿qué fascismo era el de José Antonio Primo de Rivera? Era, por supuesto, un fascismo pleno, basado en una concepción mítica de una revolución regeneradora, populista y ultranacionalista, orientada a la construcción de un Estado totalitario como base y cimiento de una comunidad nacional ordenada y entusiasta, jerárquica y conquistadora. Este es el mínimo común denominador de todos los fascismos, y el de Primo de Rivera lo cubría más que suficientemente. No hay que hacer caso por tanto de las protestas de no-fascismo contemporáneas o posteriores. Primero, porque casi ningún movimiento fascista se definía a sí mismo como fascista, aunque se afirmara, como hiciera el propio Primo de Rivera, que se compartían con el fascismo los valores generales y universales. Segundo, porque cuando se criticaba el totalitarismo o el corporativismo se hacía con el objeto de denunciar la utilización interesada por la derecha de estos conceptos. Así, cuando rechazaba el totalitarismo si éste carecía de un «genio de mente clásica» al frente (Mussolini), o el corporativismo si éste no era, como en Italia, «una pieza adjunta a una perfecta maquinaria política».[94] Tercero, porque ese fascismo que se negaba era automáticamente reivindicado frente a cualquier posible usurpador de la idea, como se hacía en el ya mencionado discurso del cine Madrid: «Surge en el mundo el fascismo con su valor de lucha, de alzamiento, de protesta de pueblos oprimidos contra circunstancias adversas y con su cortejo de mártires y con su esperanza de gloria, y en seguida sale el partido populista y se va, supongámoslo, para que nadie se dé por aludido, a El

Escorial, y organiza un desfile de jóvenes con banderas, con viajes pagados, con todo lo que se quiera, menos con el valor juvenil revolucionario y fuerte que han tenido las juventudes fascistas».[95] Y, cuarto, porque como fascista y único representante del fascismo español se definía en los contactos con la Italia fascista: «La Falange Española de las JONS –decía en el informe remitido a los italianos en el verano de 1935– ha logrado convertirse en el único movimiento fascista en España».[96]

Dicho esto, conviene precisar las características específicas del fascismo joseantoniano. Y, aquí sí, hay que mencionar sus contradicciones, dudas y vacilaciones. Aspiraba a la construcción de un Estado totalitario, pero éste habría de ser fundamentalmente ordenado; aspiraba a integrar a las masas en el Estado y su populismo hacía del pueblo la referencia ineludible, pero las masas le repelían y nunca abandonó su prevención un tanto aristocratizante respecto de las mismas; tenía una concepción estética de la política, pero le disgustaba la apelación irracional y demagógica; reivindicaba la violencia, pero mantenía respecto de ella posiciones ambivalentes; su propia condición de «señorito», de la que nunca consiguió distanciarse por completo, le alejaba de uno de los mayores elementos de fuerza de los fascismos: el plebeyismo. Y conviene decir que una de las personas más conscientes de esta limitación era el propio dirigente falangista. Así, por ejemplo, cuando confesaba sus dudas a Ximénez de Sandoval: «Para dirigir un movimiento fascista no se puede ser un señorito. Hay que haber sido, como Mussolini o Hitler, obrero, socialista y simple soldado de las trincheras. Es preciso conocer la mordedura del hambre y el amargor de la injusticia social. Es menester conocer lo que el pueblo quiere por habérselo oído gritar al mismo pueblo».[97]

Paradójicamente, o precisamente por todo ello, el máximo dirigente de Falange parecía confiar más en la capacidad de convicción de su discurso que en unas prácticas fascistas que, por otra parte, constituían lo esencial de la actividad de su partido. En suma, podríamos hablar de una especie de fascismo naif basado en la convicción de que, al final, los españoles serían ganados por la claridad benéfica de su mensaje.

Pero los españoles, como lo demostraron las elecciones de febrero de 1936 en las que FE-JONS apenas alcanzó el 0,4% de los votos (unos 45.000, poco más de la mitad de los 80.000 militantes que afirmaba tener el partido) estaban bastante lejos de dejarse seducir por los cantos de sirena del fascismo. Nadie fue más consciente de ello que José Antonio Primo de Rivera, quien amagó en poco

tiempo todas las estrategias imaginables: se desmarcó de las derechas e hizo finta de conceder un margen de confianza a Azaña. Pero pronto dio por cancelado dicho margen y convirtió a su partido en una organización terrorista al servicio de lo que llamaríamos hoy «la estrategia de la tensión». Falange declaró, en efecto, «una santa cruzada de violencias»[98] que aunque le costó alrededor de 40 muertes propias causó en el enemigo muchas más. Según el biógrafo de José Antonio, Ximénez de Sandoval: «El Depósito judicial acogió por cada uno de los nuestros a diez de los contrarios».[99] De creer, además, en un Rapport enviado por Goicoechea a Mussolini el 14 de junio de 1936 en el que se pedía ayuda para el inminente pronunciamiento, tal espiral de violencia formaría parte de una estrategia de conjunto:

El ambiente de violencia y la necesidad ineludible de organizaría ha hecho nacer en el seno de los partidos nacionales pequeños grupos de acción directa que por atentados personales, asaltos a edificios, etc., etc., han actuado contra la revolución. Muchos de estos grupos se denominan fascistas y es notorio un gran aumento en las inscripciones de los jóvenes en las organizaciones de Falange Española. El presente escrito está hecho previo acuerdo y autorización con los jefes de Falange Española y los partidos similares del Frente Nacional.[100]

Sobre todo, y en línea con lo anterior, José Antonio Primo de Rivera apostó decididamente por la guerra civil. Y aquí se halla sin duda el mayor testimonio de la conciencia de un fracaso. Dos años antes, en noviembre de 1934, en su Carta a un militar español, el dirigente falangista había solicitado la colaboración del ejército en una eventual insurrección que habría de dar el poder a Falange[101] y esa misma estrategia, en sus líneas generales, inspiró la reunión en el Parador de Gredos de junio de 1935 o el ya mencionado informe remitido a los italianos poco más tarde. Pero las cosas ahora eran distintas. En su carta «A los militares de España» del 4 de mayo de 1936, José Antonio llama ya simplemente a los militares a pronunciarse, renunciando por tanto a toda tutela o protagonismo por parte de la Falange. Un mes más tarde, hacia el 29 de mayo, aún parecía albergar alguna esperanza de que los militares cediesen, tras conquistarlo, el poder a Falange, pero el General Mola a quien visitaba un emisario de Primo de Rivera fue rotundo al respecto. A finales de junio ya no se trataba de reivindicar ninguna dirección para Falange sino de, mucho más modestamente, prevenirse

frente a una previsible hegemonía política de monárquicos y carlistas. Motivo por el que con fecha 24 de junio se prevenía a los militantes contra toda posible participación en la conspiración sin orden expresa de la jefatura. Pero incluso estas reservas desparecieron en los días sucesivos. El 1 de julio la «inteligencia» entre Falange y el «director» (Mola) de la conspiración era plena. Y a la altura del 14 de julio, lo único que parecía importarle al líder falangista es que la sublevación fuese inmediata y a cualquier precio.

Por supuesto, todo este proceso confirma la existencia de fuertes recelos en José Antonio frente a la capacidad política de los militares y una prevención aun mayor a que estos se enfeudaran con la derecha de siempre. Pero demuestra también que en el momento decisivo ninguna instancia pudo más en él que la puramente contrarrevolucionaria. En cierto modo, la suerte de Falange había quedado sellada.

La última fase de la vida de nuestro personaje transcurre en prisión donde había ingresado ya en el mes de marzo y donde pasaría los primeros meses de la Guerra Civil hasta su fusilamiento en Alicante el 20 de noviembre de 1936. Unos meses, los que van de julio a noviembre, que son para nosotros sumamente interesantes porque de algún modo nos revelan las múltiples caras del personaje, sus dudas y vacilaciones, su idealismo y su realismo, su vertiente «heroica» y su vertiente «humana». Veamos algunas de las cuestiones más relevantes.

José Antonio Primo de Rivera y su Falange han apoyado el golpe de Estado. En la medida que pueden, testimonia su hermano Miguel, siguen con entusiasmo los avances de las tropas nacionalistas. Pero poco después, hacia la primera quincena de agosto, veremos a nuestro protagonista hacer propuestas de mediación al gobierno republicano. Intenta una entrevista con Martínez Barrio y, en su defecto, es visitado en la cárcel por Martín Echevarría (subsecretario del Ministerio de Agricultura y secretario de la Junta Delegada por Levante) a quien se ofrece para negociar con Mola el cese de las hostilidades. En un escrito redactado por esas fechas se hace un análisis de la guerra que hoy llamaríamos equidistante: «Si gana el gobierno –afirma– 1.°) fusilamientos; 2.°) predominio de los partidos obreros... 3.°) consolidación de las castas de españoles». Pero si ganan los sublevados, continúa, «Un grupo de militares de honrada intención; pero de desoladora mediocridad política»; y detrás de ellos «1) el viejo carlismo intransigente, cerril, antipático; 2) las clases conservadoras, interesadas, cortas

de vista, perezosas; 3) el capitalismo agrario y financiero, es decir: la clausura en unos años de toda posibilidad de edificación de la España moderna. La falta de todo sentido nacional de largo alcance». ¿La solución? Cese de las hostilidades, amnistía general, reposición de funcionarios, desarme de las milicias... y formación de un gobierno presidido por Martínez Barrio del que formarían parte entre otros Maura, Portela, Ventosa, Melquiades Álvarez, Ortega y Gasset, Marañón y Prieto.[102]

Más tarde, en su defensa ante el tribunal popular, Primo de Rivera llegará todavía más lejos, hasta el punto de insinuar que el fracaso de la sublevación en la zona en que estaba preso no era en absoluto accidental o que sus fuerzas, «medio engañadas», estaban siendo lanzadas «detrás de un confuso movimiento de líneas políticas e históricas indescifrables».[103]

¿Equidistancia, arrepentimiento, estrategia de supervivencia en previsión del juicio que habría de condenarlo a muerte? Tal vez un poco de todo ello. El propio José Antonio reconoció en su testamento que posiblemente había ido demasiado lejos en su defensa, que sus sospechas acerca de que le habían dejado aislado «adrede en medio de una región que a tal fin se mantuvo sumisa» carecían de fundamento, o que nunca había afeado «a mis camaradas de Falange el cooperar en el movimiento insurreccional con «mercenarios traídos de fuera».[104] Todo esto pudo suceder, pero es cierto también, como hemos tenido ocasión de ver reiteradamente, que sus temores ante un triunfo de la contrarrevolución militar y reaccionaria eran genuinos.

Si un hilo de coherencia puede hallarse en todo ello es precisamente el revolucionarismo fascista: aquél que pretende superar las divisiones de izquierdas y derechas, aquél que apuesta por una alternativa distinta por igual de la «derecha reaccionaria» y la «izquierda antinacional». Sin embargo, fascistas y reaccionarios tenían en común su voluntad de destruir antes que nada a esa izquierda, a toda la izquierda, y ese, y no otro, era el objetivo común de todos los alzados contra la República. Las diferencias vendrían después y buena parte de la impaciencia y desesperación de José Antonio provenía posiblemente de ahí: de la conciencia de que en la segunda fase, aquella en que se dirimiría la evolución del nuevo Estado, su proyecto fascista y revolucionario tenía todas las de perder.

Sin embargo, sorprendentemente, el último José Antonio, no sabemos si por pesimismo o desesperación, parece alejarse del fascismo para volver sobre

supuestos aristocratizantes, católicos y neotradicionalistas. Así, en su Cuaderno de notas de un estudiante europeo[105] dirá del fascismo que «es fundamentalmente falso», porque «acierta al barruntar que se trata de un fenómeno religioso, pero quiere sustituir la religión por una idolatría»;[106] o porque lleva a «la absorción del individuo en la colectividad» y a una «exterioridad religiosa sin religión»[107] (p. 174). En esta dirección renunciará incluso a la raza y la patria si no es como instrumentos de un orden universal superior, religioso y cristiano.[108]

Por supuesto, el máximo enemigo seguía siendo el bolchevismo, mientras que del fascismo, especialmente del alemán, aun podría esperarse una evolución salvadora: la que le apartaría de la tradición nacionalista y romántica, para devolverlo al «destino imperial de la casa de Austria». Estamos lejos, pues, de todo fascismo radical y mucho más cerca, si acaso de un fascismo «neotradicionalista» en el que van entrando en juego las concepciones más conservadoras, reaccionarias y aristocratizantes del personaje.

Nos hallaremos así súbitamente ante un perfil de la historia de España -España: germanos contra beréberes, lo titula-[109] que parece la peor de las versiones o desarrollos imaginables de la España invertebrada de Ortega. Aquí, la noción de unidad de destino se utilizará ahora contra la de territorio, pero sólo para reivindicar la raza gótico-católica que constituye frente al «fondo popular indígena (celtibérico, semítico en gran parte, norteafricano por afinidad...)» la verdadera esencia de España. Son esos godosarios los que conquistan la Hispania romana y los que la reconquistan frente a los árabes mientras «aborígenes y bereberes» profusamente mezclados contemplan el combate entre dos razas superiores.

No es esto lo peor, sin embargo. La lucha entre la constante germánica y la bereber, dominada y resentida explicarían el resto de la historia de España. Y nuestro hombre no tiene el más mínimo empacho en identificar con la primera a Monarquía, aristocracia, Iglesia y milicia. Y con la segunda, a toda la intelectualidad de izquierda, desde Larra cuanto menos en adelante. En suma, lo liberal, lo popular y lo bereber formarían un todo histórico en contraposición a lo conservador, aristocrático y germánico».[110] Y la República de 1936 no sería sino «el desquite de la Reconquista», «la nueva invasión bereber».[111]

No es de extrañar por tanto que en otro escrito, cuando de la «Aristocracia y la Aristofobia»[112] se trata, José Antonio Primo de Rivera constate y lamente la decadencia de la aristocracia. Ciertamente, no deja de reconocer que buena parte

de la responsabilidad de esa caída recae sobre los propios aristócratas. Y que frente a la «confusión y ordinariez imperantes» y el «callejón sin salida» en el que se sitúan las masas, nuestro ensayista apuesta por la acción de las minorías selectas. Pero no deja de sorprender su apelación a la aristocracia de sangre: «Por ahora, y por bastante tiempo, si es que la ola turbia no nos anega del todo, la más llamada entre esas minorías a recobrar las condiciones de mando es la aristocracia de la sangre»[113] (p. 183). Y, por supuesto, no hace falta decir que José Antonio Primo de Rivera se consideraba miembro de pleno derecho de ella.

José Antonio Primo de Rivera fue fusilado en la prisión de Alicante el 20 de noviembre de 1936. A partir de aquí empezó a construirse el mito. Posiblemente uno de los más resistentes en la España contemporánea. Un mito que, además, parece «gozar de buena salud». Como el Che, tuvo la fortuna de morir pronto y alcanzar la condición de mártir. Esto le mantuvo a salvo de la responsabilidad o múltiples responsabilidades de lo que hicieran después los falangistas o de lo que fuera el propio régimen franquista. Su legado, como decíamos al principio, pudo ser aprovechado prácticamente por todos. En el más elemental de los niveles, muchos españoles pudieron decir siempre aquello de que «con José Antonio habría sido distinto». Curiosamente, muchos antifranquistas de base, incluso los que volcaban su odio sobre la denostada «Falange», suscribieron juicios similares que podrían sintetizarse en el «Franco y Falange, el régimen, fueron los enemigos del pueblo, pero había uno que lo mataron pronto y que era un verdadero idealista, con él hubiera sido distinto».

No vamos a entrar en el análisis del cómo y el por qué se construyó este mito ni en el de las razones por las que se mostró tan resistente. De hecho, el tratamiento de esto exigiría otra –u otras– conferencias. Sí nos interesa, en cambio, decir algo, casi a título de recapitulación, de la relación del personaje real, el de carne y hueso, con la Guerra Civil. Y en este sentido no se puede abrigar duda alguna: como líder de un movimiento extremista José Antonio Primo de Rivera hizo cuanto pudo por propiciar la Guerra Civil. Lo hizo con el recurso a la «estrategia de la tensión» en la primavera de 1936 y lo hizo apremiando, siempre que pudo y cuanto pudo, al ejército para que se pronunciase.

Otra cosa es que la Guerra Civil real fuese la soñada y deseada por los fascistas españoles. Desde luego, ésta no dio todo el poder a Falange y su revolución quedaría definitivamente pendiente. ¿Existía, por otra parte, algún ánimo de

reconciliación en Falange y en su Jefe? Seguramente sí, pero en un sentido específicamente fascista. Esto es, en el de un ideario que pretende lograr la síntesis entre izquierda y derecha, entre la revolución social y la nacional; que pretende integrar a las masas en el Estado; que aspira a superar las fracturas de clase y regionales. Pero ese mismo ideario exige como procedimientos la guerra civil, la violencia extrema, la destrucción completa de la democracia liberal, de los partidos obreros y de los sindicatos de clase. Sobre esa base, y la de una represión brutal, habrían de levantarse las futuras promesas de integración y ofertas de reconciliación con unos vencidos a los que se podría ofrecer entonces la «auténtica y completa revolución nacional y social». Objetivo utópico que, como revelan los casos de Italia y Alemania, sólo puede conducir a la barbarie y la catástrofe. Objetivo doblemente utópico en el caso español porque la forma subordinada en la que los fascistas concurrieron a la Guerra Civil hacía prever que su revolución tenía muy pocas posibilidades de materializarse. De modo que todo quedó en la destrucción de la democracia y la represión brutal del enemigo. Lo de la integración y la reconciliación quedaría para siempre en pura retórica. Pero, ciertamente, para entonces, José Antonio Primo de Rivera «ya no estaba».

[83] F. Bravo Martínez, José Antonio, El hombre, el jefe, el camarada, Madrid, Ediciones Españolas, 1939.

[84] A. del Río Cisneros, El pensamiento de José Antonio, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1973; J. Díez Clavero, El pensamiento jurídico de José Antonio, Madrid, Ediciones y Publicaciones populares, 1965; M. Fuentes Irurozqui, El pensamiento económico de José Antonio Primo de Rivera, Madrid, José Capel y Cía, 1957.

[85] A. del Río Cisneros, y E. Pavón Pereyra, José Antonio, abogado, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1969 (2a); A. Muñoz Alonso, Un pensador para un pueblo, Madrid, Almena, 1974.

[86] M. Argaya Roca, Entre lo espontáneo y lo difícil (Apuntes para una revisión

de lo ético en el pensamiento de José Antonio Primo de Rivera), Oviedo, Tarfe, 1996; C. de Miguel Medina, La personalidad religiosa de José Antonio, Madrid, Almena, 1975.

[87] F. Ximénez de Sandoval, José Antonio (Biografía apasionada), Madrid, Fuerza Nueva, 1980 (8a).

[88] A. Gibello, José Antonio. Apuntes para una biografía polémica, Madrid, Doncel, 1974;C. Vidal, José Antonio. La biografía no autorizada, Madrid, Anaya y Mario Muchnik, 1996.

[89] A. Gibello, José Antonio, ese desconocido, Madrid, Dyrsa, 1985; I. Gibson, En busca de José Antonio, Barcelona, Planeta, 1980.

[90] J. Gil Pecharromán, José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario, Madrid, Temas de hoy, 1996.

[91] J.A. Primo de Rivera, Textos de doctrina política, Madrid, Delegación Nacional de la Sección Femenina del Movimiento, 1971, p. 194.

[92] Ibidem, pp. 557-570.

[93] Ibidem, p. 569.

[94] Conferencia pronunciada en el Teatro Calderón de Valladolid, 3 de marzo de 1935, en J.A. Primo de Rivera, Textos..., op. cit., p. 425.

[95] J.A. Primo de Rivera, Textos..., op. cit., p. 568.

[96] A. Viñas, La Alemania nazi y el 18 de julio, Madrid, Alianza, 1977, p. 423.

[97] F. Ximénez de Sandoval, José Antonio..., op. cit., pp. 123-125.

[98] No importa, 2 (6 de junio de 1936).

[99] F. Ximénez de Sandoval, José Antonio..., op. cit., p. 483.

[100] I. Saz, Mussolini contra la II República, Valencia, IVEI, 1986, p. 168.

[101] J.A. Primo de Rivera, Textos..., op. cit., p. 317.

[102] I. Prieto, Convulsiones de España, México, Oasis, 1967, 3 vols., I, pp. 138-142.

[103] Primo de Rivera y M. Urquijo, Papeles postumos de José Antonio, Barcelona, Plaza y Janés, p. 188.

[104] J.A. Primo de Rivera, Textos..., op. cit., pp. 954-955. Lo de la conducta «afeada»hace referencia a la entrevista con el periodista norteamericano Joy Alien el 3 de octubre.

[105] Primo de Rivera y M. Urquijo, Papeles..., op. cit., pp. 168-175.

[106] Ibidem, p. 171

[107] Ibidem, p. 175

[108] Ibidem, p. 176

[109] Fechado el 13 de agosto de 1936, Ibidem, pp. 160-166.

[110] Ibidem, p. 164.

[111] Ibidem, p. 166.

[112] En ibidem, pp. 180-183.

[113] Ibidem, p. 183.

¿RÉGIMEN AUTORITARIO O DICTADURA FASCISTA?

Como es perfectamente conocido, dos son los grandes modelos desde los cuales se han estudiado las dictaduras europeas del siglo XX: el del totalitarismo y el que –marxista o no– estudia el fenómeno desde la perspectiva de la lucha de clases.[114] En un caso, el primero, el núcleo de la aproximación viene constituido por el grado de cercanía o lejanía respecto al paradigma de la democracia liberal. En el otro caso, el énfasis viene puesto en lo que podríamos denominar la función social de las dictaduras. Desde el primer punto de vista, tendríamos unas pautas taxonómicas para la clasificación de los distintos regímenes las cuales irían del máximo grado de totalitarismo (la URSS de Stalin) a otros progresivamente menores (nacionalsocialismo, fascismo), para llegar finalmente a los autoritarios (franquismo y otros). Enfocado el problema desde la perspectiva de la lucha de clases y la función social de las dictaduras, la tendencia dominante ha sido durante mucho tiempo la de una generalización indiferenciada del concepto de fascismo para caracterizar a todo tipo de dictaduras antimarxistas y antiliberales del siglo XX.[115]

Es verdad que por debajo, o más allá, de estos modelos se han ido perfilando progresivamente determinados elementos de consenso, hasta el punto de que podría decirse que desde conceptos distintos todos nos referimos a lo mismo o, más aún, todos sabemos que aquello a lo que nos referimos es lo mismo. Así, por una parte, existe un consenso cada vez mayor en la identificación de los regímenes italiano y alemán como las dos únicas experiencias específicamente fascistas del periodo de entreguerras. Por otra, muchos de cuantos siguen instalados en un concepto amplio de fascismo tienden a recoger con cada vez mayor énfasis los elementos distintivos de unas dictaduras fascistas respecto de otras. Dicho de otro modo, al concepto de fascismo se le añaden toda una serie de matizaciones acerca del peso de los sectores tradicionales, las ideologías conservadoras u otra serie de consideraciones que permiten diferenciar con claridad los prototipos italiano y alemán de otros como, por ejemplo, el español. Citaré, en este sentido, dos casos. Uno el de N. Tranfaglia, quien define el franquismo del primer decenio como una de las variedades de fascismo, pero que señala también las diferencias ideológicas, institucionales e incluso de base social, que separan al ejemplo italiano del español.[116] Otro, una de las últimas caracterizaciones del fenómeno que nos vino de la ex RDA, en la que se

diferenciaba la forma excepcional de fascismo, aquella basada en un partido de masas (Italia y Alemania únicamente), de la forma normal, generalmente basada en una dictadura militar (la práctica totalidad de las dictaduras de derecha del siglo XX).[117] Finalmente, no han faltado los estudiosos que han logrado la ecléctica cuadratura del círculo al diferenciar entre fascismos totalitarios y fascismos autoritarios.[118]

También desde la otra perspectiva teórica se ha empezado a reconocer que los regímenes autoritarios pueden pasar o haber pasado por fases o periodos totalitarios o quasi, fascistas o quasi. El ejemplo clásico en este sentido lo encontramos –y no por casualidad, por las razones que se apuntarán más adelante– en el caso de España. En efecto, Linz, Payne o Tusell, reconocen ya con bastante claridad la existencia de dicha fase o subperiodo en el franquismo.[119]

Creo, sin embargo, que estos avances inequívocos en la dirección de una mayor precisión en la utilización de los conceptos, con todo lo que tienen de incuestionablemente positivo, no han conseguido superar, si se me permite la expresión, las taras de origen de cada uno de los modelos.

Por decirlo claramente, creo que el modelo del totalitarismo puede explicar –o ha explicado hasta ahora– mucho del qué –desde una perspectiva formalista-funcionalista– y poco o nada del por qué –desde una perspectiva histórica que es precisamente la que nos interesa.[120] Dicho de otro modo, describe bien algunos aspectos del objeto de estudio, pero explica poco del mismo. Añadiré para evitar posibles equívocos que esto no debería ser necesariamente así, que existe una potencial complejidad en el modelo, la cual es apreciable en estudios como los de H. Arendt o J. Talmon.[121] Sin embargo esta línea se ha visto por lo general desatendida en las aplicaciones posteriores del modelo, que, o bien lo han reducido a una mera función taxonómica,[122] o bien a un expediente descalificador de los antecedentes ideológicos y tradiciones de la izquierda democrática y socialista.[123]

Opino que, frente a dichas limitaciones, la potencialidad explicativa del marxismo es muy superior. Y ello porque, a fin de cuentas, desde el marxismo se explica bien una de las facetas fundamentales constituyentes del fenómeno fascista: los elementos que lo hicieron históricamente posible, aquellos sin los cuales ningún movimiento fascista habría llegado nunca al poder –me refiero, claro es, al apoyo de las clases dominantes y dirigentes tradicionales. El

problema de este tipo de aproximación radica, sin embargo, en que toma la parte –por mucho que ésta sea decisiva– por el todo. Reduce, por así decirlo, el fenómeno a su función histórica. Digamos que, también en este caso, se han dado desde el marxismo aportaciones esenciales que permiten una ruptura con estas limitaciones: Aquellas que incidieron en la línea del bonapar-tismo.[124] Pero también aquí tropezamos con una limitación o tara de origen. Cuando se abre el espacio al tercero entre dos litigantes,[125] llámese este Bonaparte, pequeña burguesía o fascismo, aparecen todas las dificultades imaginables para explicar el por qué del surgimiento, desarrollo y ascenso de este tercer contendiente. Anotaré sin embargo que algunas observaciones de O. Bauer –sobre el papel histórico de la pequeña burguesía-[126] y, sobre todo, de A. Gramsci –las referidas a la problemática de la hegemonía y la nacionalización de las masas– admiten un desarrollo que podría contribuir decisivamente a solventar este problema.[127]

Todas estas consideraciones me han llevado quizás excesivamente lejos para lo que es el objeto de esta comunicación. Pero creo que eran necesarias para enmarcar lo que me propongo señalar: la existencia de un agujero negro que ninguna de las aproximaciones dominantes consigue explicar satisfactoriamente. El que se refiere a las dictaduras europeas del siglo XX que no son totalitarias, pero que no son meramente autoritarias, que no son fascistas, pero que no son meramente conservadoras. Y de entre ellas, por supuesto, una paradigmática: la dictadura franquista.

Antes de desarrollar este punto, creo conveniente enfatizar que precisamente el franquismo constituye una experiencia esencial, única, que hace de él un rompiente para las distintas teorías. El mismo éxito del modelo de Linz de Estado autoritario construido a partir de la experiencia franquista, o la centralidad que el franquismo adquiere en el modelo de Gino Germani, lo demuestran suficientemente. Pero esa centralidad entraña, por otra parte, un reconocimiento tanto de la especificidad como de la dificultad del problema. En este sentido, podría decirse que, al igual que sucedía respecto del fascismo, un cierto consenso se está delineando en torno al franquismo. Así, una definición por aproximación nos hablaría del franquismo como el menos fascista de los regímenes fascistas o el más próximo al fascismo de entre los no fascistas; o, desde otra perspectiva, el más totalitario de los regímenes autoritarios, o el menos totalitario de entre los de esta categoría.

Y, sin embargo, parece evidente que tampoco así habríamos avanzado mucho. Seguiríamos avanzando en aquel punto de encuentro al que nos referíamos más

arriba. Pero nada más. Creo que el problema estriba en que tanto desde una perspectiva como desde la otra, desde la que describe sin explicar y desde la que explica sólo parcialmente, queda fuera un fenómeno que desde mi punto de vista es esencial en el proceso. Tal es el de la fascistización. Un fenómeno que sólo puede entenderse a partir de lo que Nolte llamó la época del fascismo.[128]

Ahí aparecía planteado, aunque en mi opinión, no bien resuelto, el núcleo del problema. Como señala Nolte, el fascismo definió un época; pero a diferencia de Nolte considero que no todo lo que hubo en esa época fue fascismo.[129] ¿Qué quiere decir esto? En mi opinión, que el fascismo constituyó en el periodo de entreguerras un punto de referencia inexcusable tanto para las fuerzas de la izquierda como de las de derecha. Por supuesto, desde ópticas diversas. Desde la izquierda, naturalmente, para combatirlo. Desde la derecha, bien para asumir algunas aportaciones del mismo, bien para utilizarlo, bien para, en su caso, si esto era posible, evitarlo.

Pero de aquí surge un aspecto del problema que no puede ignorarse: el de los elementos dinámicos del proceso. Una primera pregunta parece esencial desde este punto de vista. ¿Era la derecha, las diferentes fuerzas de la derecha en los distintos países europeos, igual en, pongamos, 1933 que en 1918? Si había experimentado algunos cambios significativos ¿en qué medida eran estos debidos al ejemplo fascista? Creo que ese es el problema central, desde la perspectiva que nos ocupa, del periodo de entreguerras. Podemos hablar de derecha conservadora, tradicional, autoritaria y fascismo. Pero estaremos ignorando la dinámica de los procesos –y sus consecuencias– si prescindimos del hecho de que todas y cada una de esas fuerzas de la derecha fueron susceptibles de fascistizarse en mayor o menor grado.[130]

En mi opinión, esto añade una nueva dimensión al problema. Una dimensión que además suele ignorarse. Tal es, que la relación entre las diversas fuerzas de la derecha, de aquella coalición o alianza contrarrevolucionaria de la que hablábamos antes, no se daba sólo entre las fuerzas clásicas de la derecha y los fascistas, sino que en ese conjunto hay que incluir como un elemento esencial a las fuerzas de la derecha fascistizada.

SOBRE EL CONCEPTO DE FASCISTIZACIÓN

Son mucho los estudiosos que reprochan al concepto de fascistización su carácter confuso o poco claro, razón por la que tienden a descalificarlo.[131] La paradoja estriba en que con más frecuencia de la esperada muchos de esos mismos estudiosos terminan por utilizar el término que acaban de desechar.[132] En este sentido, la primera constatación que puede hacerse es si no sería tal vez más racional romper con esta circulación del concepto –consistente en ese recurrente echarlo por la puerta para dejarle entrar por la ventana– reconociendo su potencialidad explicativa y llevando a cabo el necesario proceso de clarificación y delimitación. En este sentido, un reciente y excelente trabajo de P. Bourrin sobre el fascismo francés proporciona un magnífico ejemplo de la utilidad, y necesidad del concepto.[133]

Pero hay una razón no menos importante en favor de cuanto aquí se defiende y es la que se refiere al empleo que se hizo del término precisamente en la época del fascismo desde prácticamente todas las perspectivas. Por los propios fascistas, y en este sentido contamos con el inapreciable libro de Ramiro Ledesma (Roberto Lanzas),[134] o por la mismísima Tercera Internacional.[135] Creo, sin embargo, que hay uno de esos usos que vale especialmente la pena retener: el que hacía Mussolini cuando profetizaba acerca de una futura Europa fascista o fascistizada.[136] Como en tantas otras ocasiones creo que hay ciertos términos que fueron mejor utilizados por los protagonistas que no por los estudiosos posteriores. Uno de ellos es el de totalitarismo, reivindicado por los fascistas, los italianos fundamentalmente, con un claro significado y utilizado por posteriores científicos sociales con otro lo suficientemente ambiguo para introducir –en vez de eliminarelementos de confusión.[137]

Pues bien, el otro ejemplo de cuanto se acaba de apuntar se refiere precisamente al concepto de fascistización. Como se sabe este fue utilizado por N. Poulantzas, pero para integrarlo en un esquema teórico que, en mi opinión, no pasaba de reivindicar la forma de las aportaciones gramscianas para negar su contenido de fondo.[138] Considero por tanto que también la acepción mussoliniana del término responde mucho mejor a los procesos a que se refiere que las, pocas, desarrolladas después por algunos estudiosos.

Desde mi punto de vista, frases como las citadas de Mussolini sólo pueden entenderse como algo fundado en la clara percepción de la existencia de una diferencia sustancial dentro de un mismo proceso general. Esto es, entendiendo el fascismo como fenómeno dominante –según Mussolini claro– capaz de imponerse por sí mismo, en unos casos, o de condicionar decisivamente, en otros, la evolución de determinadas fuerzas políticas y, en su caso, regímenes que sin ser específicamente fascistas responderían, al menos en ciertas formas externas e institucionales, a la influencia del fascismo. Naturalmente, desde una perspectiva no fascista puede objetarse que aquí existe una confusión de base entre el continente y el contenido. Quiere decirse que, de alguna forma, Mussolini podía estar considerando que desde el continente –los préstamos– se podía llegar al contenido –el fascismo. Pero nadie ha dicho que esa forma de razonar fuese precisamente ajena a una doctrina idealista y voluntarista como el fascismo.[139]

Por supuesto, lo que no podemos asumir en ningún caso es esa lógica del pensamiento fascista. Pero lo que sí podemos, y debemos, hacer es profundizar en ella, analizarla y reconstruirla desde una óptica científica. En este sentido, habría que convenir en que el continente –la fascistización– y el contenido –el fascismo– formaban efectivamente parte de un proceso general. Lo que no nos autoriza, sin embargo, a confundirlos como si de una y la misma cosa se tratase.

En suma, entiendo por fascistización ese proceso que conduce a determinados sectores de la derecha clásica –sea esta reaccionaria, conservadora, radical e incluso liberal– que ante el desafío de la democracia –sociedad de masas, sería su acepción neutra, aunque no neutral– adopta una serie de elementos cuya novedad y funcionalidad es claramente imputable al fascismo, hasta el punto de que la resultante no será ya ni el fascismo en sentido estricto ni tampoco una derecha exactamente igual a cuanto lo era antes de su confrontación –dialéctica, diríamos– con el propio fascismo.

Sorprendentemente, aunque estos procesos han sido recogidos, al menos parcialmente, en la literatura sobre los movimientos fascistas y la derecha de la época, no lo han sido respecto de la caracterización de los regímenes derechistas. Y debo confesar que no conozco ninguna razón lógica, ni de cualquier otro tipo, para que no haya sido así.

Dando un paso más, creo que vale la pena volver sobre otro aspecto del pensamiento de Mussolini. Su convicción de que la Europa fascistizada se daría

en el contexto de un fascismo hegemónico internacionalmente. Ciertamente, ello no sucedió así, pero habría que convenir en que hasta 1945 esa era una perspectiva que no estaba cerrada. Consecuentemente, es hasta esta fecha hasta la que tiene sentido el hablar de procesos de fascistización. Pero esto no quiere decir en absoluto que los regímenes fascistizados de la época hubieran de desaparecer necesariamente con el fascismo. Y ello especialmente porque la característica fundamental de un régimen fascistizado es, como veremos, su capacidad para combinar ciertos elementos de la rigidez propia de los fascismos con la versatilidad y capacidad de maniobra de los no fascistas.

UN RÉGIMEN FASCISTIZADO POR EXCELENCIA: EL FRANQUISMO

Como se ha reiterado hasta la saciedad –y con entera justicia– una de las características esenciales de la dictadura franquista es la de su extraordinaria duración. Una duración que, como se sabe, la ha hecho coincidir con un importante número de procesos, muchos de ellos cualitativamente distintos: una preguerra mundial caracterizada por la crisis económica y el auge de los fascismos; la Segunda Guerra Mundial; una Europa en proceso de reconstrucción y marcada por la guerra fría; un nuevo y espectacular proceso de desarrollo capitalista acompañado de la emergencia del Tercer Mundo; un último proceso, en fin, de triunfo de las democracias. Por esta razón, la dictadura franquista ha podido coincidir con las dictaduras, fascistas o no, del periodo de entreguerras, con las europeas y latinoamericanas de la posguerra y con los regímenes de partido único de muchos de los países poscoloniales. Consecuentemente, no han faltado elaboraciones que, desde distintas perspectivas, han buscado en unas u otras de esas dictaduras, sea por su carácter autoritario, sea por el desarrollista, los oportunos referentes para la interpretación del franquismo.[140]

Se quiera o no, estos tipos de aproximación tienen poco que ver con la historia, porque, atentas a la forma o a los grandes procesos supuestamente codificados y codificables ignoran la dinámica profunda de las distintas sociedades y procesos históricos, de los diversos sectores sociales, de los protagonistas políticos y de los factores ideológicos. Resultará paradójico, pero en el momento en que se certifica apresuradamente la muerte del marxismo, esquemas teóricos que se definen como rivales de éste parecen empeñados en asumir aquellos defectos del propio marxismo que algunos sectores del mismo han superado ya.[141]

Quiere decirse con esto, que toda aproximación al franquismo deberá partir de su confrontación con experiencias políticas similares, enmarcadas en el mismo proceso general –el europeo de entreguerras– y del estudio de la dinámica específica –estudiada desde una perspectiva comparativa– de la sociedad española de la época. Es decir, que es con el fascismo, precisamente, con quien la dictadura franquista debe medirse, aunque no necesariamente identificarse.[142] Y a partir de aquí habrá de estudiarse la dinámica general del régimen franquista,

para saber si éste evolucionó en una dirección autoritaria, desarrollista, etc. Dicho de otro modo, el problema esencial estriba en determinar si el franquismo, desde 1936, 1937 o 1939, hasta 1975 tiene una lógica interna, aquella que vendría determinada por su naturaleza y que permitiría asimismo entender su evolución.

Una vez situados en este punto, podemos enfrentarnos con la dificultad esencial que presenta la caracterización del franquismo, no ya en 1960 o 1950, sino como un todo, empezando, por supuesto por el llamado primer franquismo. A nadie se le escapan dichas dificultades: la dictadura franquista se basaba en la misma alianza antidemocrática y contrarrevolucionaria que la italiana o alemana, era tan represiva –y en cierto sentido incluso más– que aquellas; se estructuraba sobre la base de un partido único y en el principio del caudillaje; tenía la misma concepción centralizada y uniformadora del Estado; copió buena parte de las instituciones esenciales del régimen fascista italiano; adoptó algo parecido a una ideología oficial; instauró unas estructuras pretendidamente supraclasistas o corporativas y se refugió en la autarquía económica; anunció, como las dictaduras fascistas, su propósito de durar.

Sin embargo, en todos y cada uno de los casos mencionados podemos localizar diferencias no menos esenciales: la correlación de fuerzas en el seno de la alianza contrarrevolucionaria no fue nunca favorable al sector fascista; su política represiva y aniquiladora de la oposición obrera y democrática sólo fue parcialmente acompañada de un esfuerzo de removilización o articulación de un consenso activo; hubo algo de política de plaza pero bastante más de cárcel, iglesia y cuartel; el partido único fue realmente un partido unificado desde arriba y desde fuera; el caudillo no era la expresión, plasmación o concreción, de alguna forma de supuesta voluntad popular, sino en todo caso de la voluntad divina -por la gracia de Dios– y militar; la ideología oficial podía ser o no una ideología pero desde luego no era una ideología fascista; el Estado franquista era menos intervencionista y más respetuoso de la sociedad civil que el fascista, pero estaba también mejor estructurado, carecía, es decir, de las connotaciones anárquicas y darwinistas, propias, en mayor o menor grado, de los regímenes fascistas; nadie se creyó nunca al sindicalismo del Sindicato Vertical, y la autarquía más que obedecer a la lógica interna de los regímenes fascistas, incluso, eventualmente, en contra de los intereses de sectores fundamentales del gran capital, conectaba perfectamente con las tendencias autárquicas, defensivas, de un capitalismo que más que expansión hacia fuera buscaba protección frente al exterior.

Retengamos finalmente la cuestión del durare, la voluntad de existencia y proyección hacia el futuro de los regímenes fascistas. El franquismo, ciertamente la tenía, pero bastante peculiar. Creo que en cierta forma es aquí donde se condensa, y clarifica, la naturaleza profunda del franquismo: quiso durar con mucho de la retórica e instrumentos del modelo fascista mientras existiese el dictador, para dejar paso después a una monarquía más o menos tradicional pero que, desde luego, poco tendría que ver ya con el fascismo. Hitler tuvo la suerte de no contar con un rey; Mussolini no tuvo más remedio que hacer las cuentas con él; pero lo que es seguro es que ninguno de los dos se lo habría inventado como proyecto fascista de futuro.

Desde mi punto de vista estas series de semejanzas y diferencias confieren al franquismo su carácter peculiar. Una peculiaridad que viene dada por la naturaleza de las distintas fuerzas integrantes de la coalición contrarrevolucionaria y por la naturaleza dinámica de cada una de las mismas. Existían entre las fuerzas conservadoras algunas que podían aspirar a una dictadura clásica, conservadora y provisional, y existía el sector específicamente fascista, aunque débil desde todos los puntos de vista –el ideológico incluido. Pero existían también sectores fascistizados provenientes de los distintos sectores de la derecha. Tal proceso de fascistización ha sido perfectamente estudiado para el periodo republicano,[143] y no sería muy difícil seguirle la pista en el de la Guerra Civil.[144] Pero lo que parece claro es que algunos de dichos sectores, precisamente los que terminarían por imponerse, con el general Franco en primer lugar, habían desarrollado todo un pensamiento, ideología o mentalidad, que no se deja reducir a la simple dicotomía fascismo-conservadurismo. O, dicho de otro modo, que no es enteramente identificable con las tradiciones conservadoras, reaccionarias o neotradicionalistas de la derecha española, aunque tiene mucho de ellas, ni con la ideología fascista, aunque recoge también aspectos esenciales de la misma.[145]

En resumen, creo que, por mucho que nos empeñemos, no conseguiremos resolver el eterno debate acerca de si el franquismo fue autoritario o fascista, porque en ninguno de los dos supuestos conseguiremos captar la especificidad de la dictadura franquista: los elementos que le asemejan al fascismo lo diferencian nítidamente de las simples dictaduras de derecha o regímenes autoritarios; los que le distancian de aquél impiden su consideración como dictadura fascista.

En la combinación de ambas facetas está la esencia del régimen franquista. Sus

connotaciones fascistas explican su rigidez, su esencial negación de la democracia liberal, su eterno recurso a la represión, su voluntad de durar en fin. Los no fascistas, su versatilidad y capacidad de adaptación, su larga supervivencia.

Porque, en definitiva, lo que caracteriza a un régimen fascistizado es esa capacidad de evolución; su reversibilidad hacia una dictadura conservadora o régimen autoritario. No se niega aquí obviamente la existencia de este último tipo de regímenes, pero sí se quiere sugerir que el eslabón perdido entre las dictaduras fascistas y los regímenes autoritarios podría venir constituido tal vez por la dictadura fascistizada. Y como ejemplo paradigmático de la misma, el franquismo.

En los primeros años treinta Mussolini lanzó su célebre profecía sobre la futura Europa fascista o fascistizada; en los segundos, contribuyó cuanto pudo a que la segunda parte de la profecía se verificara en España. La Europa fascista duró poco, pero una parte de la fascistizada bastante más. Tal vez tengamos que reconocer que en España, y no en Italia, es donde hay que buscar el más perdurable de los legados del fascismo italiano.

[114] No se pretende ignorar la existencia de otras aproximaciones, como las que se han hecho desde la perspectiva de la modernización. Con relación a lo que aquí se plantea, sin embargo, estas aproximaciones suelen asumir elementos esenciales de una u otra, o de las dos, a que nos referimos.

[115] Como es sabido este es el enfoque clásico de la Internacional Comunista y de muchos marxistas posteriores, y algo similar sucede con quienes plantean el problema en términos de modernización, resistencias a la misma y conflictividad social. Cf., en este sentido la obra clásica de Barrington Moore Jr., Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia, Barcelona, Península, 1973.

[116] Cf., Labirinto italiano, Florencia, La Nuova Italia, 1989, pp. 33-35.

[117] Cf., I. Kershaw, The Nazi Dictatorship. Problems and Perspectives of Interpretation, Londres, E. Arnold, 1989, pp. 35-36.

[118] G. Germani, Autoritarismo, fascismo e clasi sociali, Bolonia, Il Mulino, 1975.

[119] Para Tusell, por ejemplo, habría un subperiodo semifascista que llegaría hasta 1941 más que hasta 1945 -La dictadura de Franco, Madrid, Alianza, 1988, pp. 251-252-; para Payne el régimen de Franco fue un Estado semifascista entre 1937 y 1945 El régimen de Franco, 1936-1975, Madrid, Alianza, 1987, p. 657.

[120] En mi opinión, quien mejor ha precisado esta limitación ha sido, paradójicamente, el propio Linz: «El énfasis sobre los más estrictos aspectos políticos expone nuestro concepto a ser criticado de formalismo...». Cf., «Una interpretación de los regímenes autoritarios», en Papers, 8 (1978), p. 14.

[121] H. Arendt, The Origins of Totalitarianism, Nueva York, Harcourt, Brace and World,1951; J.B. Talmon, The Origins of Totalitarian Democracy, Londres, Secker and Warburg,1952.

[122] Cf., los clásicos, para el totalitarismo, C.J. Friedrich y Z. Brzezinski, Totalitarian Dictatorship and Autocracy, Nueva York, Harper, 1956; y, para el autoritarismo, J.J. Linz,«Una teoría del régimen autoritario. El caso de España», en La España de los años 70, Madrid, Moneda y Crédito, 1974, vol. III-I, pp. 1467-1531.

[123] Se ha señalado acertadamente que las teorías del totalitarismo son anteriores a la guerra fría -aunque ello no obvia el hecho de que su éxito estuviese estrechamente vinculado a ella. Tiende a ignorarse, sin embargo, que algunos de

sus supuestos esenciales -la crítica de la sociedad de masas- provienen de sectores conservadores y antidemocráticos, aunque liberales, que, consecuentemente, tendían a imputar la dinámica totalitaria a las corrientes democráticas y de izquierda.

[124] La primera y más esquemática aplicación del análisis marxiano del ascenso al poder de Napoleón III al problema del fascismo, fue la de A. Talheimer, Uber den Faschismus. Ahora, en Fascismo y capitalismo, Barcelona, Martínez Roca, 1972, pp. 23-42.

[125] Tomamos la expresión del trabajo clásico -aunque no marxista- de L. Salvatorelli, Nazionalfascismo, Turín, Einaudi, 1977 (1923), p. 12.

[126] Cf., Der Faschismus (1936), ahora en Fascismo y capitalismo, op. cit., pp. 150-175.

[127] Cf., Sul fascismo, ed. a cargo de E. Santarelli, Roma, Ed. Riuniti, 1973.

[128] Cf., El fascismo en su época. Action Française. Fascismo. Nacionalsocialismo, Madrid, Península, 1967.

[129] Naturalmente entre las fuerzas de la derecha. Como se sabe, y el propio subtítulo del libro de Nolte indica, su concepción del fascismo es bastante amplia.

[130] Por supuesto, podía darse también una fascistización desde la izquierda, pero

ésta respondía a una lógica distinta. Cf., Z. Sternhell, Ni droite ni gauche. L'idéologie fasciste en France, París, Seuil, 1983; P. Bourrin, La dérive fasciste, París, Seuil, 1986.

[131] Así, por ejemplo, R. Remond, «Encore y aurait-il bien des réserves à faire sur cette notion de fascisation qui n'est souvent qu'une facilité verbale, un subterfuge nominaliste pour tourner la difficulté de qualifier tel ou tel régime.» Les droites en France, París, Aubier,1982, p. 197.

[132] El propio R. Remond escribía unas páginas más abajo de frase citada: «Tout n'est cependant pas leurre ou mystification dans l'idée que le tableau des courants de pensée et des forces politiques comporte dans les années Trente quelques germes de fascisme ou de fascisation» (p. 223). Y, en la página siguiente Pour la première fois dans l'entre deux guerres quelque chose se passe à droite à propos de quoi il semble possible de parler de "fascisation", bien que j'aie dit les reserves que m'inspirait l'emploi de ce terme» (p. 224).

[133] La dérive..., op. cit.

[134] R. Ledesma, (pseud. Roberto Lanzas), ¿Fascismo en España?, Madrid, Ediciones«La Conquista del Estado», 1935.

[135] Stalin, por ejemplo, hablaba en 1933 de la «fascistización de la dictadura burguesa mediante el mantenimiento de las formas parlamentarias».

[136] «Oggi, con piena tranquillita di coscienza, dico a voi, moltitudine immensa, che il secolo XX sarà il secolo del fascismo, sarà il secolo della potenza italiana, sarà il secolo durante il quale Italia tornerà per la terza volta ad essere la

direttrice della civiltà umana... Fra dieci anni, si puo dire senza fare i profetti, l'Europa sarà modificata... Tra un decennio l'Europa sarà fascista o fascistizzata! L'antitesi in cui si divincola la civiltà contemporanea non si supera che in un modo, con la dottrina e con la saggeza di Roma». Discurso en Milán,25.10.32, en Opera omnia, vol. XXV, p. 147.

[137] La paradoja de las teorías del totalitarismo estriba en que ignoran lo que los fascitas entendían por totalitarismo y lo proyectan hacia el comunismo soviético. De este modo el totalitarismo termina por no definir más que a esta última experiencia, en tanto que es la única en la que se niega el pluralismo social, cultural e incluso religioso de la sociedad civil. En consecuencia, es fácil llegar a la conclusión de que ni fascistas ni nazis eran completamente totalitarios. Pero si es así ¿respecto de qué tiene sentido hablar de regímenes autoritarios? Cf., G. Hermet, «Pasado y presente: de los regímenes fascista y nazi al sistema comunista», en Totalitarismos, México, FCE, 1991, pp. 151-180.

[138] Cf. Fascismo y dictadura, Madrid, Siglo XXI, donde, en la mejor tradición de la I.C., el acceso del fascismo al poder se presenta como «simple y postrer acto formal, que no ocurre sino cuando las cosas esenciales están ya juzgadas y decididas» (p. 67).

[139] La mejor ilustración, referida a España, de cuanto se acaba de afirmar la constituye un artículo de Mussolini de febrero de 1937, en el que puede leerse: «En la parte de Franco hay mucha más disciplina y entusiasmo, y valor. "Arriba España" es una consigna que toca en lo más profundo el alma del pueblo español. Los valores del espíritu, que son los decisivos, están con los franquistas. Se tratará de adecuarlos a los nuevos tiempos, porque una vieja España debe morir si verdaderamente se quiere que una nueva pueda surgir y vivir», «Parliamo a Marañón», en Opera omnia, vol. XXVIII, pp. 124-127.

[140] Cf., por todos, el artículo clásico de J.J. Linz cit.

[141] Nos referimos, por una parte, a un sector de los marxistas británicos que a título indicativo podría personalizarse en E.P. Thomson; y, por otra, a esa historia sin sujeto que, en mi opinión, caracteriza a las teorías de la modernización.

[142] Compartimos parcialmente, en este sentido, la conocida afirmación de J. Fontana de que la naturaleza del franquismo se capta examinándolo en sus comienzos. Creo, sin embargo, que reducir la cuestión a una de «disfraces e interferencias» supone, precisamente, cerrarse la posibilidad de un examen en profundidad de la complejidad del proceso, también en 1939. Cf., «Reflexiones sobre la naturaleza y las consecuencias del franquismo», en J. Fontana (ed), España bajo el franquismo, Barcelona, Crítica, 1986, p. 9.

[143] Véanse las ya clásicas, R. Morodo, Acción española. Orígenes ideológicos del franquismo, Madrid, Tucar, 1980; M. Blinkhorn, Carlismo y contrarrevolución en España, Barcelona, Crítica, 1979; J.R. Montero, La CEDA. El catolicismo social y político en la II República, Madrid, Ed. de la revista de trabajo, 1977; P. Preston, La destrucción de la democracia en España, Madrid, Turner, 1978; J. Jiménez Campo, El fascismo en la crisis de la II República, Madrid, CIS, 1979.

[144] Cf. en este sentido el reciente trabajo de J. Tusell, Franco en la guerra civil, Barcelona, Tusquets, 1992, especialmente el apartado, «Un horizonte exterior: Italia como ejemplo», pp. 340-357.

[145] Se considere, o no, una ideología, el «nacionalcatolicismo» podría constituir la plasmación concreta de ese complejo de influencias. Cf., G. Camara Villar, Nacional-catolicismo y escuela. La socialización política del franquismo (1936-1951), Jaén, Hesperia, 1984.

REPENSAR EL FASCISMO

LA CRISIS DE LAS GRANDES TEORÍAS

Desde que apareciese ese, entonces, nuevo e inesperado fenómeno que fue el fascismo, políticos, ensayistas e historiadores, junto con politólogos y sociólogos, se han preguntado una y otra vez acerca de cuál era la verdadera naturaleza de ese recién llegado a la arena de la política y de la historia. Sus consecuencias radicalmente destructivas y el hecho de que se constituyera en el mayor desafío que jamás haya existido a la democracia liberal y al sistema de valores que alumbrara la Ilustración agudizaron el interés de todos los protagonistas y expertos. El resultado de la Segunda Guerra Mundial y la inmediata división del mundo en dos grandes bloques añadieron al ansia de saber el ansia de instrumentalizar al –común– enemigo vencido como arma arrojadiza en el combate ideológico de posguerra. Volveremos sobre ello.

No se trata, por otra parte, de realizar aquí un seguimiento de las múltiples aproximaciones, teorías o interpretaciones de que ha sido objeto el fenómeno, por más que una historia de la historiografía del fascismo vaya apareciendo casi como una sub-disciplina necesaria.[146] Ni siquiera intentaremos describir así sea mínimamente los trazos fundamentales de lo que consideraremos como las tres grandes corrientes o líneas de interpretación: la de matriz liberal que deriva en las teorías del totalitarismo; la de origen radicaldemocrático que ve plasmados algunos de sus supuestos fundamentales en las aproximaciones en clave de modernización (o antimodernización) y la de inspiración marxista siempre (o casi) articulada en torno a las nociones de clase y dominación capitalista.[147] Lo que nos interesa en realidad es detectar en la consideración de estas tres grandes perspectivas, por separado y en conjunto, sus aciertos y fallos fundamentales.

De la primera, del esquema liberal-totalitario, habría que subrayar en un primer momento su énfasis en el problema de las masas, la era de las masas o la sociedad de masas. A fuerza de buenos liberales y conservadores frente al reto de la democracia, muchos de estos autores vieron en las masas el enemigo fundamental de los equilibrios y virtudes propios del liberalismo realmente existente. Para unos, esas masas tenían, por así decirlo, nombres y apellidos. Eran nacionalistas o socialistas. Estaban integradas en partidos. Podían identificarse con los obreros o con determinados estratos de las clases medias.

En suma, la fuerte prevención antidemocrática de estos sectores les ayudaba, por así decirlo, a centrar el tiro.[148] Para otros, esas masas, eran simplemente amorfas, no respondían a criterios de racionalidad política alguna y si algo las caracterizaba era, precisamente, su no reconocimiento en las fracturas de clase (pre)existentes.[149]

Si algo parecía insostenible después de la Segunda Guerra Mundial era una posición que expresara algún tipo de recelo hacia la democracia, de modo que quienes iban a desarrollar las teorías del totalitarismo podían beneficiarse de algunos de los supuestos fundamentales ya expuestos pero modificándolos en aspectos sustanciales. ¿En cuales? En lo fundamental, se tomaba la sociedad de masas como supuesto básico, y la tendencia a la identificación de los regímenes de masas –fascista y comunista. Y se abandonaba lo que Kornhauser llamaba la crítica aristocrática de la sociedad de masas.[150] Esto es, el problema de las masas no sería ya que estas presionaran a las élites, sino que unas élites ajenas al sistema presionaran a unas masas desintegradas y atomizadas resultantes de la desaparición de las clases y ajenas a los partidos.[151]

Se conseguía así, en suma, que fascismo y comunismo pudieran aparecer como aspectos de un mismo proceso o fenómeno, reivindicando al mismo tiempo la democracia liberal, la cual tenía que situarse, por definición, en las antípodas de aquellos. Pero ello a costa de que las masas perdieran su rostro, y con ellas las nuevas élites. Por ese o por otros caminos se llegaba así a la estilización del modelo: no importaban los objetivos políticos y sociales, sólo que hubiera un partido; no importaba la ideología, sólo que hubiera una; no importaban las clases, sólo que hubiera masas movilizables y movilizadas.[152]

Veamos ahora los enfoques desde la perspectiva de la modernización en alguna de sus variantes. El problema básico aquí es, bien el de la etapa económica, en la línea Rostow-Organsky;[153] bien el de las disfunciones entre el desarrollo económico y el socio-político en una línea que podríamos personalizar en B. Moore, R. Dahrendorf, H. U. Wehler y J. Kocka, entre muchos otros. En el primer caso tenemos un determinismo economicista con el que ni siquiera el peor marxismo habría llegado a soñar: el estadio o etapa de desarrollo lo preside todo; en él todo el mundo –las élites y las clases subordinadas– se comporta como debe; y puesto que todo el mundo se comporta como debe, la ideología y las plasmaciones políticas de los procesos aparecen como, relativa o absolutamente, irrelevantes. Por poner un ejemplo, Alemania no podría ser fascista porque ya estaba industrializada; pero Italia y España sí porque estaban

en la fase de pasaje a una sociedad industrializada. Otras sociedades –del Tercer Mundo, por ejemplo– podrían pasar más tarde, por similar etapa, incluso, cuando las modas políticas hubieran cambiado. Pero no habría que preocuparse: para eso estarían los regímenes y políticas sincréticos de los que el fascismo habría sido una primera concreción.[154] Fase de desarrollo, sincretismo y todo el mundo cumpliendo con su función, eran los factores determinantes. Ni las masas ni la ideología tenían, pues, nada que decir.

Algo parecido iba a suceder en última instancia con la mucho más elaborada y fecunda línea de interpretación basada en las contradicciones sociales y políticas que acompañan al desarrollo económico. El argumento es tan sólido como conocido y entronca claramente con la tradición radical-democrática: existe una falta de modernidad socio-política, derivada casi siempre de la ausencia de una revolución burguesa, lo cual determina la preeminencia de élites o clases preindustriales con una gran capacidad, tanto para influir en la burguesía –que se feudaliza– como en las masas manipulables y manipuladas. Aquí no tenemos ya el insostenible determinismo economicista de la anterior aproximación; pero sí, otra vez, la indiscutible preeminencia de las estructuras, la pasividad ausente de las masas y la relativa irrelevancia de la ideología.[155] Los fascistas, en efecto, vendrían a cumplir una función que la historia y el desarrollo de las estructuras les habrían asignado casi de antemano. ¿Qué importancia podría tener lo que los fascistas fuesen o lo que los fascistas pensasen si en lo fundamental no hacían sino enlazar con las clásicas y poderosas fuerzas reaccionarias de siempre?

Si observamos los, por otra parte, múltiples y complejos enfoques marxistas, veremos como los problemas son similares. Aquí el problema básico es el desarrollo del capitalismo y sus contradicciones. El fascismo pudo verse, en efecto, en un primer momento, como la antesala de la última antesala. El capitalismo, en su última fase, la imperialista, maduro hasta casi la pudedumbre,[156] habría sido la última antesala de la revolución socialista. Pero en esta dinámica habría encontrado una última línea de defensa, el fascismo. No habría que preocuparse, con todo. Al fin y al cabo, el fascismo salvaba al capitalismo, pero al mismo tiempo lo pudría todavía más, es decir acercaba el momento de la revolución socialista.

Ciertamente, este enfoque leninista se iría diluyendo en los avatares políticos de los años veinte y treinta, pero no así sus conclusiones. El fascismo era, y seguía siendo, reacción burguesa y dictadura del gran capital. Pero al marxismo se le presentaba un problema. El gran capital no es precisamente un fenómeno de

masas, y mucho menos si aquél se reduce ulteriormente a sólo el capital financiero.[157] Y los marxistas son perfectamente conscientes de que el fascismo sí es un fenómeno de masas -régimen reaccionario de masa, lo llamará Togliatti.[158] ¿Cómo se soluciona la contradicción? Bien, sencillamente, negándola, como en la definición dimitroviana, bien con la teoría del agente (fascista) del gran capital entre las masas, bien con la teoría bonapartista de la pequeña burguesía ejerciendo el poder político para que el gran capital pueda seguir ejerciendo el económico.

Pero lo determinante, en todo momento, es la fase del desarrollo capitalista –como en Organsky– y la función social de la dictadura. Por lo tanto, las cualidades del agente (fascista), serán relativamente irrelevantes, lo será su ideología (porque podrá ser católica, reaccionaria, tradicional, etc.) y lo será el agente mismo, puesto que como tal agente es sustituible (por los militares en el ejercicio de la violencia, por la Iglesia como fuente de legitimación).[159]

No se puede decir exactamente lo mismo de la teoría del bonapartismo. En cierto modo, la resolución del problema puede ser similar al caso anterior: es relativamente indiferente quien sea y qué piense el Bonaparte de turno, la pequeña burguesía, un general, un líder más o menos populista... Sin embargo, la consideración de la existencia de un factor independiente abría entre los autores marxistas y no marxistas que asumían esta perspectiva la posibilidad de profundizar en el estudio de este personaje. Y no hace falta decir que algunos de los autores marxistas del periodo de entreguerras que adoptaron esta línea –como O. Bauer y, sobre todo, A. Gramsci– proporcionaron fecundas claves explicativas del fenómeno fascista.[160]

Como apuntaba no hace mucho G. Eley, conocemos mucho mejor las teorías que no funcionan que aquellas que funcionan.[161] ¿Pero qué es lo que no funciona? O, más exactamente, ¿puede localizarse un mínimo común denominador del –no funcionamiento– de las grandes teorías? Desde mi punto de vista, sí. Sustancialmente, lo siguiente: que en todas ellas nos encontramos con masas manipuladas por unas élites que pueden estar formadas por outsiders, por las clases dominantes tradicionales precapitalistas, por los más modernos capitalistas, o por cualquier combinación de las tres. En todos los casos, también, la ideología de esas masas y del partido que las manipula, instrumentaliza o domina es, en última instancia irrelevante.

Si algo debería sorprendernos de todo esto, de unas corrientes que se

caracterizan en todo caso por su defensa de la democracia –liberal o no– es que resulta cuanto menos paradójico que tiendan a situar como irrelevante, o mejor, secundaria, la cualidad de esas masas; de qué sujetos las formaban, de qué pensaban o sentían, de cuáles eran sus intereses y objetivos, de cuáles sus cálculos y –eventual– racionalidad.

Es en última instancia la rigidez de los supuestos metodológicos que están en la base de estas grandes teorías, la que les impide funcionar. Por una parte, porque están basadas en una aproximación esencialmente negativa: lo que no es democracia liberal, es totalitarismo o está a mitad camino –autoritarismo– de él, para unos; lo que está contra el movimiento obrero organizado es reacción capitalista, para otros; lo que no responde a los criterios (pre)definidos de la modernidad es peso del pasado, para los terceros. Y, por otra, porque se viene a tomar la parte, la fijación histórica del fenómeno –etapa económica, fase del capitalismo, era de las masas– por el todo explicativo.

Ciertamente, podría argumentarse que esta es una línea de crítica fácil que reduce la complejidad de los análisis a su caricatura. Algo de ello hay. Entiendo, sin embargo, que la práctica totalidad de los trabajos que tienden a enriquecer este tipo de aproximaciones trabajan al mismo tiempo en la línea de su descomposición. Se puede, claro es, dar entrada en los distintos enfoques de la modernización a las clases concretas, a las élites concretas, a las ideologías concretas. Pero en tales casos, o bien los nuevos factores explicativos anulan el elemento fuerte del modelo o no superan el infranqueable límite de la etapa.[162] Se puede, por otra parte, reducir el peso del pasado preburgués, pero en tal caso la gran peculiaridad de una sociedad queda reducida a una peculiaridad, entre otras, fundamental, por supuesto, pero ya no determinante.[163] Algo similar cabe decir respecto del modelo de totalitarismo cuyo núcleo mismo se disuelve tan pronto se reintroducen en él las nociones de ideología, clase, función social, sistema económico o estructuras de la personalidad.[164] En lo que al marxismo respecta, en fin, la mejor de las líneas históricas de superación, la cesarista-bonapartista, no consigue trascender el límite de la función social y le hace perder especificidad al proyectarlo a un momento histórico indefinido que tanto puede ser el siglo XIX como el XX; que tanto puede ser el propio Napoleón –I ó III–, como Bismarck o Hitler.[165]

En resumen, creo que podríamos sintetizar la crítica a las grandes teorías, y localizar al mismo tiempo la causa de su no funcionamiento, en la ignorancia del sujeto fascista, ya que el sujeto real estaría en otra parte –en las distintas élites. Y

si no hay sujeto no hay –no es inherente al modelo– ideología; pues, en última instancia ésta habrá sido creada para engañar, embaucar, manipular, controlar... a las masas. Ergo será irrelevante el material de que esté construido el engaño.

Por otra parte, puesto que todo es manipulación o engaño de las masas y éstas se comportan de modo irracional –hacen lo que no deben, se movilizan contra sus propios intereses...– nadie es responsable. Sólo una pequeña clique, preindustrial, gran-capitalista o marginal que sea. No es de extrañar, por tanto, que floreciera en su momento una teoría específica encaminada a localizar las bases psicológicas de tan irracional comportamiento.[166]

Como se verá más adelante, estas reflexiones no quieren negar en abso luto que en todas y cada una de las aproximaciones consideradas hubiera logros importantes e incluso imprescindibles –el problema con el fascismo ha consistido siempre en la extrapolación de análisis parciales correctos. Pero, por el momento, queda por recordar otra característica común de las teorías consideradas, su funcionalidad política.

Funcionalidad política, en efecto, más allá de sus méritos intrínsecos, en el contexto de los grandes enfrentamientos y problemas de legitimación de los diversos regímenes de posguerra. El problema se plantea ahora cuando se quiere revitalizar el carácter funcional de algunas de ellas. No creo, por ejemplo, que el reciente libro de F. Furet constituya un simple desquite frente a los intelectuales marxistas o sea fruto de un ataque de anticomunismo retrospectivo.[167] Bien al contrario, lo que se sitúa en el punto de mira, con razón o sin ella, es el imaginario colectivo de la izquierda y significadamente la cultura antifascista. Furet no añade un sólo argumento a cuanto ya sabíamos sobre el totalitarismo nazi-soviético; y lo que es por completo revelador, reconoce que no se ha avanzado un ápice respecto a C. Friedrich.[168] Sin embargo, si se considera la obra de Furet en relación con la del Nolte de la historikerstreit[169] y el De Felice de Rosso e Nero,[170] la nueva funcionalidad de uno de los viejos clichés aparece en toda su magnitud.

Tal funcionalidad estriba, fundamentalmente, en la recuperación de la patria y de un sano nacionalismo, lo cual al parecer se ha convertido en una necesidad para contrapesar las tendencias disgregadoras de la sociedad actual. Por supuesto, se reconoce que la vieja derecha de entreguerras cometió serios errores y no fue el menor el de juntarse con los indeseables fascistas. Pero ese error estaría en parte justificado por la no menor indeseabilidad de los otros (bolcheviques): dejemos

pues que vuelvan algunas cosas de aquella vieja derecha despojada de sus errores –el sano patriotismo y los buenos valores burgueses– y recordemos quienes fueron los amigos de los otros indeseables.[171] No es necesario, en efecto, erigir un monumento a la Resistencia italiana para convenir en que, más allá de sus eventuales aciertos, De Felice termina por presentar una imagen en la que mientras un hilo de patriotismo sigue pendiendo de algunos fascistas, pocos, si alguno, lo hace de los comunistas.[172]

Y bien, todo esto tiene algo de paradójico. Ya que si alguien está de algún modo a la defensiva en este momento es la izquierda desde prácticamente todos los puntos de vista –el historiográfico, con excepciones, incluido. De ahí la funcionalidad política de esta nueva oleada conservadora y de ahí también el carácter sumamente tranquilizador-conformista del discurso: si la sociedad moderna sólo ha engendrado monstruos en el mundo de las ideas, bastará con estar atentos a este mundo, hecho por lo general de prejuicios anti-burgueses y esperanzas utópicas, por una parte;[173] o, por otra, rescatar los viejos y buenos antídotos –ninguno mejor que un sano patriotismo y una buena historia nacional-[174] para evitar nuevas catástrofes. No es este el lugar para entrar a discutir el fondo de estos postulados. Pero sí para señalar que las oportunidades abiertas por el fin de la guerra fría se estén eclipsando ante el nuevo empuje de las funcionalidades presentistas. En este caso concreto hemos de lamentar que no se haya profundizado en lo que había de potencialidad explicativa en el modelo del totalitarismo respecto de las evidentes similitudes de las experiencias nazi y soviética.[175]

LA RENOVACIÓN DE LOS ESTUDIOS: UN PROCESO DE DEMOLICIÓN

Señalar la funcionalidad política de algunas revisiones historiográficas, no debe conducir a una reducción de las segundas a la primera. En primer lugar, porque no sería metodológicamente correcto.[176] Y, en segundo lugar, porque, como es perfectamente sabido, el eventual trasfondo político no inhibe necesariamente, muchas veces al contrario, la renovación historiográfica. No es fácil, sin embargo, establecer una relación entre la crisis de los grandes paradigmas historiográficos y la paralela evolución de los estudios sobre el fascismo. Ni tampoco reconstruir la relación entre aquella crisis y los grandes cambios experimentados por la sociedad –por todas las sociedades del mundo– en el último medio siglo: descolonización; extraordinario desarrollo económico; revoluciones del 68; crisis de los 70; revoluciones del 89... En lo que nos interesa bastará con recalcar que algunos elementos fundamentales de esa evolución que apuntamos coinciden con la dinámica general de los estudios sobre el fascismo en varios puntos, los cuales podrían sintetizarse, forzando tal vez un tanto, en cuanto señalábamos en nuestra crítica anterior: el redescubrimiento del sujeto fascista, de la cultura, de la ideología y las masas con rostro.

Así E. Nolte, el primer Nolte, contribuía ya hace tiempo a resituar en primer plano el problema de los orígenes ideológicos del fascismo y propiciaba, de paso, una nueva avalancha de estudios sobre el fenómeno.[177] Poco después, R. De Felice reconocía algunos perfiles sociales e ideológicos positivos –en los dos sentidos de la expresión– a un movimiento fascista que venía a ser analíticamente separado del régimen fascista mismo.[178] Además, introducía, mejor o peor, una problemática, la del consenso, que se constituiría en una palanca fundamental de los estudios; por más que el concepto mismo se nos antoje hoy excesivamente limitado.[179] Por las mismas fechas los estudios de G.L. Mosse sobre la cultura alemana abrían una brecha que iba a resultar determinante en los estudios sucesivos: la importancia de la estética, la religión civil, el pensamiento mítico en fin, ponían sobre el tapete el problema crucial de la nacionalización de las masas.[180] Interesado desde siempre en el problema de los orígenes ideológicos del fascismo, E. Gentile seguía en buena parte el camino trazado por Mosse enfatizando la importancia del pensamiento mítico y

la religión política en la Italia fascista.[181]

Desde perspectivas diferentes, pero en parte comunes, dos autores, J.A. Gregor y Z. Sternhell, indagaban en los orígenes ideológicos –en la izquierda– del fascismo. El primero para encontrar una más que dudosa continuidad entre el marxismo revisionista de los primeros sindicalistas revolucionarios y la experiencia fascista propia y verdadera.[182] El segundo para localizar en Francia la primera ideología fascista, anterior incluso a la Gran Guerra, y fruto de una peculiar síntesis entre una revisión del marxismo y un nuevo nacionalismo tribal.[183] Muy discutido en lo relativo a su método y conclusiones, el historiador israelí tenía cuanto menos el mérito de restituir la debida importancia a la gran crisis o revolución cultural del cambio de siglo.[184]

Con los dos autores citados en último lugar el fascismo ganaba ideológicamente en profundidad lo que perdía en generalidad. Por razones diversas, en efecto, Gregor y Sternhell coincidían en deslindar la experiencia fascista de la nazi. No es el caso de otros estudiosos de la ideología fascista que muy recientemente han desarrollado modelos que, sin ocultar las diferencias, inciden en aquellos elementos fuertes que permiten su introducción en un mismo marco conceptual. Es el caso del refinado y complejo modelo de R. Griffin, con su caracterización de la ideología fascista como una forma palingenésica de ultranacionalismo populista;[185] o el de R. Eatwell, quien, de modo similar a Sternhell, descubre en el fascismo una radical síntesis –nacional-holista– de elementos provenientes de la izquierda y la derecha, pero sin que por ello el racismo nazi se vea expelido del modelo.[186] En una dirección en parte coincidente, debe recordarse la incidencia de P. Burrin en la centralidad del objetivo fascista de la comunidad nacional armónica, jerárquica y conquistadora.[187] Todo lo cual contribuye a recrear un elemento fuerte de consenso entre quienes encuentran en la efectiva existencia de una ideología fascista un núcleo central que supera las, de todos modos relevantes, diferencias entre fascismo y nazismo.[188]

Paralelo al proceso de devolución de la voz al sujeto fascista, se desarrollaba en la investigación el proceso que iba a deslindar su identidad de los eternos acompañantes que habían contribuido desde siempre a negársela: las clases dominantes del pasado –pre-industriales– y las del presente –gran capital, capitalismo monopolista... En el primer supuesto, la tesis del sonderweg o, más ampliamente, de la(s) revolucion(es) burguesa(s) fallidas –como en Italia o España, por ejemplo– era sometida a un implacable asalto por las distintas historiografías.[189] En relación a Alemania fueron unos marxistas británicos –D.

Blackbourn y G. Eley, significadamente– quienes pulverizarían la vieja querella de la modernidad de la sociedad alemana poniendo en cuestión el ya clásico supuesto de la no-revolución burguesa, para rediscutir de paso el propio concepto marxista de revolución.[190] En Italia sucedía otro tanto respecto de la vieja tesis gramsciana de la rivoluzione mancata.[191] No deja de resultar paradójico, en este sentido, que el redescubrimiento de Gramsci en el mundo anglosajón contribuyera al cuestionamiento respecto de Alemania de tesis aparentemente similares a las defendidas por Gramsci para Italia. Paradoja que desaparece, sin embargo, si se considera que una parte de las tesis de Gramsci seguía a salvo en Italia y coincidía, a la vez, con lo que sostenían los neomarxistas británicos. A saber, el problema de la debilidad política nacional de la burguesía y su déficit hegemónico.[192] No está de más recordar, en fin, que esta problemática está emparentada, en su sentido más amplio, con la cuestión axial de la qnacionalización de las masas y su concreción en las Italia y Alemania postunitarias en la forma señalada, desde distintas perspectivas, por Mosse o Gentile y Colotti.[193]

En resumen, el punto de observación se desplazaba progresivamente del 48 o 70 del siglo pasado a la última década del mismo y primeras del XX, que es donde, al fin y al cabo, empiezan a madurar algunos de los ingredientes de la futura síntesis fascista.[194] No es que desaparezca la vieja maroma que ataba indefectiblemente los fascismos italiano y alemán a las peripecias del siglo XIX, pero esta se convertía en uno de los hilos –y no el más fuerte– entre los nuevos y varios que entretejerían el connundrum fascista.

¿Era el más fuerte de estos hilos el que se concretaba en la presencia totalizante del gran capital? Tampoco la reciente historiografía se ha mostrado especialmente piadosa con este viejo y venerable mito. Las investigaciones al respecto de estudiosos como H. Turner para Alemania o P. Melograni para Italia han dejado pocas dudas acerca del carácter escasamente idílico de las relaciones entre fascismo y gran capital, por recordar un título bien representativo.[195] Naturalmente, todas estas aportaciones han sido sometidas a crítica. Pero no debe olvidarse que ya Gramsci había dicho algo al respecto o que hacía ya tiempo que un historiador marxista, T. Mason, había recordado con su énfasis en el primado de la política que la autonomía del poder político nazi respecto de las fuerzas económicas era un elemento esencial para la propia caracterización del régimen.[196]

Es verdad que, en el plano de la historiografía marxista, al paso adelante de T.

Mason siguieron los dos pasos atrás de N. Poulantzas.[197] Sin embargo, dos cosas hay que decir al respecto. En primer lugar, que algunas de las tesis de Poulantzas han podido ser reformuladas, por D. Abraham por ejemplo, para incidir en la responsabilidad de los medios económicos –y éste es un problema bien distinto del de la financiación y apoyo incondicional– en la destrucción de la democracia y subsiguiente apertura de las puertas del poder al partido nazi.[198] Y, en segundo lugar, que también la historiografía de izquierdas italiana tiende a liberarse del ídolo de los orígenes, esto es, del prejuicio que fijaba de una vez por todas la identidad fascista en el supuesto vínculo orgánico entre fascismo y capitalismo.[199] Por lo demás, esta misma historiografía ha subrayado ya con fuerza el carácter independiente, cuando no enfrentado a los intereses del gran capital, del imperialismo fascista.[200]

Podría pensarse que esta revisión de la vieja fijación marxista en el fascismo-capitalismo, y de la anterior relativa a las élites precapitalistas, dejaría el camino expedito a la reafirmación del postulado totalitario. Éste era, desde luego, uno de los caminos posibles.[201] Pero había también otro que, lejos de ello, iba a permitir un cuestionamiento decisivo de las tesis del totalitarismo. Porque, en efecto, resituar el papel de las clases dominantes y élites tradicionales no podía suponer su desaparición como por arte de ensalmo del escenario de la historia. Sin el apoyo, velis nolis, de dichos sectores el fascismo no habría llegado nunca –no llegó, al menos, nuncaal poder en ningún sitio. Cobraba fuerza así la noción de compromiso autoritario para precisar la idea de algo que no era ni la dictadura del gran capital ni el reino omnímodo de una nueva élite totalitaria.[202]

Pero, ¿cómo funcionó dicho compromiso? ¿Cómo explicar la estructura y dinámica de las dictaduras fascistas? La respuesta iba a venir del desarrollo de una tesis formulada décadas atrás por F. Neumann: la de la existencia de un cartel de poder en la Alemania nazi.[203] Enlazando con esta percepción tomaría cuerpo a finales de los sesenta y principios de los setenta la que se daría en llamar interpretación estructuralista o funcionalista en oposición a la conocida como intencionalista.[204] Así, los M. Broszat, H. Mommsen o P. Hüttenberger pusieron de manifiesto el carácter policrático del régimen nazi, caracterizado por una multiplicidad de agencias y portadores de poder en continúa rivalidad entre ellos y sin más principio de funcionamiento que el darwinista.[205] Elemento dinámico de este caos administrativo era el movimiento nazi en pugna con sus aliados conservadores. Era en este contexto en el que cobraba todo su significado la figura de Hitler, al tiempo que todo ello se resolvía en una fragmentación del Estado y un proceso de radicalización acumulativa que

conduciría en última instancia a la guerra, el holocausto y la autodestrucción.[206]

¿Qué quedaba en todo esto de la teoría del totalitarismo? Sólo una cosa, la voluntad totalitaria del sector fascista y su incapacidad para llevar a término esos objetivos. Por una parte, las distintas instancias del partido luchaban incesantemente entre sí y contra las otras élites del cartel. Por otra, el Estado se descomponía hasta asemejar un anti-Estado. Voluntad totalitaria, pues, como prosecución de un objetivo irrealizable.

En una palabra, el totalitarismo nazi se alejaba del soviético –es decir, del núcleo del modelo del totalitarismo. ¿Se aproximaba, por otra parte, a la experiencia italiana? No, desde luego, si seguía manteniendo la vieja tesis de la total subordinación del partido fascista al Estado italiano, de la liquidación política del primero en beneficio del segundo.[207] Pero es esta tesis, precisamente, la que también está siendo radical y efectivamente cuestionada en Italia. Primero, porque el Estado al que se subordinaba el partido era un Estado-mito que, en lo que tenía de realidad, estaba siendo progresivamente fascistizado y dirigido por el duce del fascismo. Segundo, porque el partido demostró una gran capacidad para crecer y afirmarse en las nuevas áreas de expansión del Estado, penetrando al mismo tiempo en las viejas.[208] Tercero, porque, subordinado o no, el PNF ganó, mantuvo e incrementó constantemente su presencia en la sociedad italiana hasta convertirse en el centro mismo de su vida política.[209] Todo esto respondiendo, en fin, a la voluntad totalitaria de un partido de nuevo tipo, el partido-milicia, que habría estado trabajando en esa dirección desde, prácticamente, octubre de 1922.[210] Por supuesto, tampoco en Italia tal objetivo fue conseguido, o lo fue en menor grado aún que en Alemania. Pero eso era, precisamente, el totalitarismo fascista, un objetivo irrealizable por cuanto debía construirse contra unas élites a las que no quería eliminar como tales, que se contentaba con borrar las distinciones entre Estado y sociedad, con controlar las mentes de todos los ciudadanos. Era en esto en lo que pensaban los fascistas y los nazis cuando hablaban –estos últimos algo menos– de totalitarismo. Y no en un modelo hecho a la medida de la URSS para ser aplicado a la Alemania nazi.[211]

Llegados a este punto, es hora de que nos preguntemos ya acerca de qué era el tantas veces mencionado sector fascista, por ¿quiénes eran los fascistas? Tropezamos aquí con otro mito venerable, el de la pequeña burguesía como constituyente esencial y casi único de las masas fascistas. Al fin y al cabo, el terreno de consenso al respecto había sido siempre muy amplio. Desde

Salvatorelli y los marxistas, que, a su modo, los habían asumido siempre; y desde estos a S.M. Lipset con su tesis del extremismo de centro. Por otra parte, junto a la incuestionable presencia de la pequeña burguesía cabría esperar, ya en el peor de los supuestos, que la clase obrera siguiera permaneciendo tan libre e inmaculada respecto del contagio fascista como tantas veces se había dado por asumido. Al fin y al cabo, T. Mason, uno de los más innovadores marxistas, había seguido incidiendo con fuerza en la continuación, por otros medios, de la lucha de clases en la Alemania nazi.[212]

Pues bien, ninguno de estos supuestos, de estas, casi, últimas certidumbres iba a resultar incólume frente al poderoso viento de las nuevas investigaciones. Los Kater, Hamilton, Falter, Mühlberger, Childers y otros, analizaron en profundidad la evolución sociológica del electorado y la militancia nazi y llegaron a conclusiones altamente sorprendentes: la pequeña burguesía había sido, ciertamente, un apoyo sustancial del nazismo, pero no siempre en la misma medida, no toda igual, no sólo ni especialmente la decadente o en dificultades y, sobre todo, no sólo ella. Hacia arriba, el nazismo había conseguido una notable presentación –sobrerrepresentación, podría decirse– en las clases medias altas; hacia abajo, algunos sectores de la clase obrera, para nada despreciables, trabajadores cualificados y artesanales de la pequeña empresa en las áreas no caracterizadas por la presencia de las grandes fortalezas industriales, habían sucumbido, parcial o momentáneamente al menos, a la tentación nazi. El fortísimo componente juvenil de la militancia nazi y la extremada volatilidad de ambos, militancia y electorado, venían a completar el cuadro.[213] Aunque los estudios desarrollados en Italia no alcanzan –entre otras cosas por la escasez relativa de los datos disponibles– el volumen y profundidad de los desarrollados en Alemania, todo parece indicar que los datos fundamentales tienden a coincidir más que a divergen[214]

El cuestionamiento del protagonismo casi único de la pequeña burguesía lleva potencialmente aparejada la caída de otro mito no menos venerable, el del carácter pre-moderno, anti-moderno o simplemente retrógrado del fascismo, ahora desde el punto de vista de su base social. Ya De Felice había querido apreciar un carácter emergente y moderno en la pequeña burguesía italiana que apoyó al fascismo; sólo que para el historiador italiano esa era una faceta específica del fascismo que venía precisamente a diferenciarlo del nacionalsocialismo, mucho más anti-moderno y tradicional.[215] Y bien, tampoco el nazismo parece reconocerse a la luz de las nuevas investigaciones en la imagen de la pre-modernidad. Por una parte, porque la presencia, en sí misma,

de clases medias-medias, por no hablar de las medias-altas, resta vigor al argumento de las bajas-decadentes; por otra parte, porque una caracterización en tales términos del Mittelstand es en sí misma discutible;[216] finalmente, porque la defensa de los propios pequeños intereses frente a los grandes en una economía de mercado no tiene porque ser necesariamente pre o anti-capitalista.[217] Temor a la competencia y expectativas de ascenso y movilidad social no son al fin y al cabo actitudes irreconciliables que puedan funcionar, por ello, como discriminantes históricos –modernidad vs. pre-modernidad– o nacionales –Italia vs. Alemania.

Más preocupante podría resultar el hecho de que toda esta nueva oleada historiográfica terminara por dar la razón a la pretensión fascista y nazi de haberse convertido en auténticos partidos nacionales, un verdadero volkspartei en el segundo caso. Y, sin embargo, no hay ninguna duda de que lo fueron, al menos, más que ningún otro partido. Los nazis consiguieron trascender las líneas de fractura sociales, religiosas y nacionales de la sociedad alemana y algo parecido podría decirse, al menos parcialmente, de los fascistas. En este sentido podría decirse que la vieja aserción de Gramsci sobre el carácter de única clase territorialmente nacional de la pequeña burguesía podría resultar –más allá de la relativa fijación gramsciana en il popolo delle scimmie– fundamentalmente acertada.[218] Debe recordarse, con todo, que algunos obstáculos se alzaban frente a la mencionada pretensión: las grandes ciudades se resistieron en parte a la avalancha fascista; lo mismo que los obreros de los grandes centros industriales y con una tradición organizativa; hasta cierto punto, el electorado católico les fue relativamente esquivo; y en Italia, hasta 1922 al menos, el partido fue más del centro-norte que del sur.[219] Por otra parte, a la pretensión nazi de haber devenido un volkspartei podría oponerse, con Childers, la imagen del catch-all party, el partido de la protesta, tan capaz de recoger todos los descontentos como de constatar la volatilidad de su electorado.[220]

Las cosas podrían mantenerse en este nivel, sólo relativamente tranquilizador, si nos mantuviésemos en la fase anterior a la llegada del partido al poder. Pero es precisamente después de la llegada al poder cuando la historiografía reciente se enfrenta con lo que bien podría considerarse como el fin de las percepciones tranquilizadoras.

LA ALLTAGSGESCHICHTE Y LA CAÍDA DEL ÚLTIMO BALUARTE

Digamos, un poco para centrar el alcance del problema, que el último T. Mason se vio obligado a admitir que seguramente había exagerado la capacidad de resistencia de la clase obrera; que ésta estaba desmoralizada y decepcionada de sus organizaciones de clase; que los eventuales descontentos de los trabajadores no siempre suponían un rechazo global del régimen; que, en definitiva, tampoco la clase obrera fue, tras la llegada de Hitler al poder, por completo inmune a los cantos de sirena del nacionalsocialismo.[221]

Llegados a este punto, conviene que nos detengamos mínimamente para observar cuáles son las fuentes y las metodologías de esta, ¿última?, tarea de demolición. Pues se trata exactamente de eso, de un cambio radical en el tipo de preguntas que se hace la historiografía, en las técnicas y en los métodos de investigación, y, naturalmente, también en los resultados.

Por paradójico que pueda resultar, este redimensionamiento general de la situación y actitudes de la clase obrera durante el nazismo ha venido de unos sectores historiográficos cuyos objetivos iniciales eran previsiblemente los contrarios. Porque ha sido, en efecto, la historia social desde abajo y la historia de la vida cotidiana –la Alltagsgeschichte– las que han venido a asestar el golpe del que hablamos.[222] Creo que nadie mejor que Alf Lüdtke ha precisado el alcance potencial, y radical, del nuevo enfoque. Uno de sus supuestos metodológicos más trascendentes ha sido felizmente concretado en su peculiar aceptación del no menos feliz aforismo marxiano, «los hombres hacen su propia historia, pero... en circunstancias halladas, dadas y transmitidas». Lüdtke, simplemente, añade «¡pero la hacen ellos mismos!». Se invierte, pues, el sentido de la redacción, para enfatizar que «cada hombre y cada mujer ha “hecho historia” diariamente».[223] El casi intraducibie concepto de eigensinn aparece como esencial para definir ese fenómeno de reapropiación por los dominados de las propias condiciones de su dominación, para enfrentarse a ellas en los términos dictados por su propio interés y racionalidad.[224]

Más allá, o más acá, de las reflexiones metodológicas de Lüdtke, ¿qué tiene todo esto que ver –por retomar el hilo de nuestro discurso– con cuanto apuntábamos

respecto de la clase obrera bajo el nazismo? En lo fundamental, masivos trabajos de investigación como los dirigidos por L. Niethammer sobre la zona del Rühr, el no menos ambicioso Bayern Proyect dirigido por Broszat sobre Baviera o los trabajos de D. Peukert o el propio Lüdtke, entre otros muchos, han venido a poner de manifiesto cómo las vivencias de la clase obrera alemana durante el nazismo distaban bastante de responder al viejo cuadro de la resistencia o no-conformidad generalizadas de los trabajadores alemanes, los de las grandes factorías y áreas industriales incluidos.[225]

Profundizar en el terreno de las actitudes de la clase obrera y su debilidad ante el régimen nazi, suponía entrar también en el terreno de la modernidad, la nacionalización de las masas y el papel del lenguaje y los símbolos. Modernidad, porque la racionalización del trabajo en las fábricas introdujo nuevos elementos de movilidad social y perspectivas de mejora individual para los trabajadores, como los produjo, también, el pleno empleo;[226] modernidad por las medidas encaminadas a promover la higiene y estética de los puestos de trabajo; por la ampliación de las vacaciones pagadas y por las posibilidades –más que realidades– del turismo de masa al alcance de la clase obrera; modernidad por el desarrollo de una moral consumista y el desarrollo de media como la radio o la incipiente televisión; y modernidad también, en fin, por las ilusiones y expectativas que despertó el llamado coche del pueblo, el famoso Wolkswagen.[227]

Que en este contexto tuvieran cierta credibilidad las ofertas simbólicas de que habla Lüdtke, no debería de extrañarnos en exceso. La nobleza del trabajo o la idea del trabajo alemán como el trabajo bien hecho entraban dentro de estas ofertas simbólicas a las que unos trabajadores en parte desmoralizados y en parte individualmente motivados podían ser sensibles.[228] Por lo demás, la clase obrera no fue menos receptiva que otros sectores de la población alemana, a los éxitos de la política exterior nazi, al propio mito de la comunidad nacional, con su fuerte carga simbólica igualitaria, o al mito del Führer, el más poderoso factor de legitimación, como ha subrayado I. Kershaw.[229]

El discurso relativo a la clase obrera es, en efecto, extrapolable a otros sectores de la sociedad alemana, en sus ofertas simbólicas como en el terreno de las expectativas de mejora individual. Así, el principio de la función, de la efectividad, la atracción por la moderna tecnología, el propio darwinismo social, todo ello contribuyó poderosamente a que creciesen las oportunidades individuales; para los jóvenes, en general, y, más específicamente, para

ingenieros y médicos, técnicos de todo tipo y expertos en la política de bienestar social.[230]

Podría decirse, pues, con N. Frei, que en cierto modo, pero sólo en cierto modo y sólo en parte, se verificó el objetivo nazi de la «comunidad nacional».[231] Sólo en parte, en efecto, porque si el régimen consiguió aislar, segmentar, las distintas experiencias y actitudes críticas individuales, bloqueando así el eventual desarrollo de amplias corrientes de oposición consciente, no consiguió que desaparecieran aquellas, ni logró, consecuentemente, que el mito de la comunidad nacional se sobrepusiera a las contradicciones propias de la sociedad moderna.[232] De ahí que otras ofertas y actitudes, menos simbólicas aunque no menos modernas, vinieran a completar el espectro de la modernidad nazi: el terror desatado contra la oposición, la política racial y eugenésica, la guerra y esclavización de otros pueblos, el holocausto. En suma, la incuestionable modernidad de la política social nazi y la poderosa capacidad de atracción del mito –parcialmente realizado– de la comunidad nacional contribuyeron a la disolución de identidades como las de clase o estatus, lo que explica la amplitud de los apoyos sociales del régimen. Pero las dos caras de la modernidad nazi –la social y la racial–, con su nítida y terrorífica diferenciación entre camaradas nacionales y ajenos a la comunidad, eran absolutamente indisociables. Separar ambas caras, sea para privilegiar la funcionalidad capitalista del régimen, sea para subrayar unidimensionalmente la modernidad social nazi, supondría una simplificación y descontextualización histórica de la compleja realidad del nazismo.[233]

Sólo que la inequívoca conciencia de todo esto, unido con cuanto terminamos de contemplar, no hace sino ensombrecer todavía más el cuadro. Porque, en efecto, los estudios de la vida cotidiana revelan una terrible complejidad de situaciones, actitudes y reacciones que, en el mejor de los casos alejan la idea de una nítida diferencia entre víctimas y perpetradores, entre resistentes y coautores, por parafrasear sendos epígrafes de A. von Saldern y A. Lüdtke.[234] No se niega, por supuesto, la existencia de unas decenas de miles de heroicos resistentes, ni la amplísima variedad y difusión de los descontentos parciales. Pero, junto a ello, se ha subrayado que la Gestapo funcionó, tanto en la represión de la oposición, como en relación a la política racial y eugenésica, con la colaboración de amplios sectores de la población;[235] que la persecución de los judíos se basó en «la conformidad y apatía de la vasta mayoría de la población» junto con el «consenso activo» y la «complicidad pasiva» de sectores no despreciables de la misma;[236] o que los obreros alemanes en los frentes del Este fueron bastante

receptivos al «appeal of Exterminating others».[237]

¿Se quiere decir con todo esto que el pueblo alemán marchó como un solo hombre detrás de la política criminal de Hitler? En absoluto. Simplemente que, como ha señalado D. Peukert, las actitudes de no-conformidad tuvieron lugar «against the background of the majority's passivity, conformity, or even, enthusiastic support».[238] O, por decirlo de otro modo, que las actitudes de disenso o no-conformidad aparecen muchas veces entremezcladas con las de conformidad, complacencia y colaboración. Tan entremezcladas como para no reconocerse en factores de clase, religión o género. Tan entremezcladas como para verse experimentadas por una misma persona. Al fin y al cabo, se dieron tanto actitudes de colaboración parcial en individuos hostiles al poder nazi, como actitudes parcialmente resistenciales o de no-colaboración en individuos que congeniaban con los aspectos fundamentales del nazismo.[239] En definitiva, una imagen muy alejada del blanco y negro, y absolutamente dominada por los tonos grises.

Por más que no le prestemos aquí una atención específica, se desprende claramente de lo dicho que muchos de los problemas que se se consideran aparecen estrechamente ligados a las cuestiones racial y eugenésica, con el modo en que los alemanes se relacionaron con otros pueblos, con la imagen de no-humanidad de muchos de sus enemigos internos y externos. Un problema que si, por una parte, remite a la existencia de mecanismos de identificación con la propia comunidad racial, desde una perspectiva específicamente historiográfica apunta a la centralidad de la problemática racial y eugenésica, y, consecuentemente, a la potencial emergencia de un nuevo paradigma, el biopolítico.[240]

Y es aquí, precisamente, donde hallamos otra vuelta de tuerca en el desmantelamiento de los viejos paradigmas. Ahora el de la no-modernidadmodernización. D. Blackbourn y G. Eley, entre otros, nos habían acostumbrado a dudar de la famosa teoría del sonderweg.[241] Sin embargo, sus conclusiones no iban tan lejos –necesariamente, al menos– como las de D. Peukert, quien nos presenta una Alemania guillermina plenamente inscrita en la modernidad, una Alemania posguillermina sometida a una profunda crisis y a las contradicciones propias de una moderna sociedad industrial y a un régimen nazi que supondría una respuesta tan moderna como aberrante a dichas contradicciones. Síntoma y solución, a la vez, de la crisis, el nazismo habría sido, en definitiva, una de las posibles concreciones de las «patologías y

fracturas sísmicas del moderno proceso de civilización».[242]

No pretendía Peukert, ciertamente, negar los elementos reaccionarios de la ideología nazi, pero sí que estos fueran los únicos. Lejos de ello, muchas de las fuentes de dicha ideología serían plenamente contemporáneas y, sobre todo, una vez en el poder, los nazis habrían mostrado una gran capacidad para absorber y adaptarse a las tecnologías y tendencias de la modernidad.[243] Desde este punto de vista, los elementos de modernidad de la política racial y global nazi se multiplican: la radicalización hasta la brutalidad más extrema de los más modernos esquemas de la política social, muchos de ellos defendidos con anterioridad desde posiciones incluso progresistas; la capacidad para combinar el terror con la fragmentación social que la propia racionalización económica imponía; el desarrollo de los mecanismos de integración individual y refugio en lo privado –consumo y media– y otros elementos cuyos frutos contribuirían a explicar algo del posterior milagro económico alemán.[244]

RECOMPONIENDO EL PUZLE

Aparentemente muchos de los logros de la reciente historiografía alemana, por más que provenientes de una línea genéricamente de izquierdas, podrían venir a reforzar algunas de las tesis fundamentales de la derecha historiográfica. En especial dos de ellas. La primera, la relativa a la supuesta excepcionalidad negativa de la historia alemana del siglo XIX. Es verdad que, como se ha visto, la crítica de la teoría del sonderweg se ha hecho desde la izquierda y con ella conectarían en lo fundamental las tesis de Peukert. Pero nadie ignora tampoco que los supuestos de base de dicha teoría nunca fueron aceptados por la historiografía rankiana y neoconservadora. En la propia querella de los historiadores alemanes, éste constituye, como se recordaba previamente, un punto central. No es casualidad, por tanto, que entre los participantes en la misma del lado, digamos, conservador figuren autores como H. Schulze o T. Nipperdey, que, desde sus propias perspectivas, han contribuido a la normalización historiográfica de la vía alemana.[245]

La segunda tesis fundamental se refiere al carácter único o menos del nazismo, desde el punto de vista de su política racial y antisemita, de Auschwitz, para entendernos. Como es sabido, algunos sectores historiográficos, entre los que emerge claramente la figura de K. D. Bracher, han hecho del antisemitismo nazi el gran discriminante que impide, so pena de trivializar la magnitud del holocausto, encuadrar las experiencias italiana y alemana en el marco de un mismo concepto o modelo genérico.[246] Otra vez en la historikerstreit, y de la mano de de los Nolte, Stürmer o Hillgruber, la unicidad nazi respecto de Italia saldría –por ausencia– reforzada; tanto como desdibujada respecto de la experiencia soviética. En un sentido mucho más amplio podría decirse, incluso, que lo que venía a reforzarse con todo esto era la vieja tesis del totalitarismo en su dimensión casi exclusivamente nazi-soviética. También desde este punto de vista, pues, la Alltagsgeschichte, al centrarse en gran medida en la política racial y eugenésica, podría estar reforzando las viejas tesis conservadoras.

Nada más lejos de la realidad. En primer lugar, porque cualesquiera que sean los puntos débiles de la historia de la vida cotidiana, sus historiadores no niegan, o no necesariamente, que sus aportaciones puedan integrarse en marcos

explicativos más amplios.[247] Pero sobre todo, porque lo que hace la Alltagsgeschichte es poner nítidamente de manifiesto desde la izquierda las tradicionales limitaciones, insuficiencias y obcecaciones de la historiografía, liberal-radical o marxista que sea, sobre el fascismo. Porque, en efecto, es un hecho que la izquierda historiográfica, como la izquierda en general, está en crisis y a la defensiva; y que además ha ido en gran medida, casi siempre, a remolque de los acontecimientos y de las investigaciones. Tal sucedió –con excepciones significativas, pero excepciones al fin– con el mito de las revoluciones burguesas fracasadas, con la fijación en el gran capital, con las prevenciones respecto de la, peor o mejor formulada, problemática del consenso, y así sucesivamente. Es más, muchas veces ha asumido los resultados de las nuevas investigaciones tarde y a malincuore, entregándose en ocasiones a un juego de formulaciones y reformulaciones que tiende más a confundir que a clarificar.

En este sentido cobra una importancia determinante el viejo e inagotable tema de la continuidad entre la Italia liberal y el régimen fascista. Subrayar, en efecto, las continuidades entre una y otro tenía la ventaja de enfatizar los aspectos más reaccionarios, menos rupturistas, más vinculados a las clases dominantes, de la Italia fascista. Pero tenía el inconveniente de que al rebajar los contenidos radicalmente nuevos, modernos y, a su modo, revolucionarios del fascismo, lo alejaba de la mucho más radical experiencia nazi. Y de ahí la proclividad a la configuración de un modelo de fascismo genérico que tendía invariablemente a aproximar la experiencia italiana a otras en las que el peso de lo conservador, tradicional y autoritario era claramente predominante.[248]

Del mismo modo, subrayando el peso del pasado y de las clases dominantes tradicionales en Alemania se difuminaban los elementos del presente y del propio movimiento, por lo que el radicalismo de la experiencia nazi y, muy especialmente, su política racial, quedaban inherentemente relegados a la condición de epifenómenos. El racismo y el antisemitismo, la barbarie nazi, en suma, quedaban como terreno de trabajo y análisis para aquellos que, por eso mismo, negaban la validez del gran paradigma del fascismo. En el otro campo, la ausencia de un nexo necesario entre, digamos, el antiguo régimen y Auschwitz, conducía a la paradoja –tan rica de contenido ético-político como historiográficamente pobre– del encastillamiento en el habermasiano patriotismo constitucional y la reafirmación, frente a la URSS, de la experiencia nazi. El problema estribaba entonces, como bien apuntaba T. Mason, en que a fuerza de negar a Pol Pot se terminaba por olvidar a Mussolini.[249]

No creo que exista nada en el pensamiento de la izquierda que conduzca necesariamente a este callejón sin salida. El mérito de la nueva, y no tan nueva, historiografía alemana radica precisamente ahí. En, por decirlo de un modo tan breve como brusco, haber puesto la historia sobre sus pies. Al proclamar sin ambages la modernidad de la sociedad alemana y del nazismo mismo; al recordar la centralidad del sujeto, fascista o no; al profundizar en el entramado estructural y la dinámica del régimen; al hacer todo esto, decimos, el cuadro puede empezar a recomponerse sin los viejos chirridos de antaño.

Ya no es necesario negar la historización de la experiencia nazi, ni dejar en el abstracto-absoluto, privado casi de cuerpo y alma, al patriotismo constitucional.[250] Ya no es necesario negar los elementos de continuidad entre la Alemania guillermina y la nazi, sólo situarlos donde siempre han estado: en la complejísima relación entre las clases subordinadas, un sector específico de las mismas –el obrero– y las clases dominantes; así como en la no menos compleja problemática de la nacionalización las masas. Por la misma razón, no hay que renunciar, más bien al contrario, a la centralidad de la noción de compromiso autoritario, aunque no sea tampoco necesario ya remitir a un pasado preburgués la incapacidad de las fuerzas conservadoras de superar sus concepciones autoritarias.[251]

Se trata sólo de reconocer la especificidad, la identidad, del componente fascista dentro de ese compromiso autoritario. De apreciar la voluntad de ese sujeto fascista de trascenderlo hacia objetivos netamente totalitarios. De observar el modo en que la conjunción entre la naturaleza del compromiso y el objetivo fascista resultó en un proceso de desestructuración del Estado y radicalización acumulativa que iba precisamente en la dirección del segundo. O, lo que es lo mismo, de constatar que la ideología fascista y la estructura del régimen se entretejían de tal modo que se avanzaba siempre en la dirección de la primera pero sin poder saltar nunca, absolutamente, los frenos impuestos por el compromiso. De recordar, en fin, que lo que los fascistas tenían de reaccionarios –en el sentido literal de reaccionar– no los hacía más pre-modernos; que, lejos de ello, supieron adaptarse a los problemas de la modernidad. Ni modernizadores ni antimodernizadores dieron respuestas modernas a los problemas de la modernidad: problemas de política de bienestar social, organización del tiempo libre, organización de la economía nacional, difusión de los media, consumo de masas o política racial. En algunos casos conectaron con tendencias de la modernidad que les precedieron y sobrevivieron; en otros, como el último de los citados, simplemente desarrollaron la más brutal, bárbara y perversa de las

posibilidades contenidas en la modernidad.

Contra lo que pudiera pensarse, pues, la historiografía más reciente no camina, no necesariamente, en la dirección de negar la existencia de un fascismo genérico, ni de cuestionar todos los elementos fuertes de todos los grandes paradigmas. Lo demuestra, entre otras cosas, la evolución más reciente de la historiografía italiana, la cual devuelve, enfatizándolo, el papel autónomo, poderoso y cancerígeno del partido fascista italiano; así como su capacidad para orquestar el culto al Duce y a la religión de la patria, para impulsar la nacionalización de las masas, para beneficiarse de todas estas aportaciones al régimen, para controlar la educación popular y la socialización de la juventud, para asumir la tarea de la formación de una nueva élite dirigente.[252] Y junto al partido, otras organizaciones como el Dopolavoro[253] o, muy especialmente, el sindicato fascista, cuya autonomía y capacidad para entroncar con los problemas que planteaba al sindicalismo la nueva sociedad industrial, han sido recientemente subrayadas por A. Pepe.[254]

Por supuesto, el panorama aquí trazado no es –ni pretende ser– completo. Por otra parte, las distintas historiografías no proceden siempre al paso.[255] En fin, hay problemas y diferencias nacionales que requieren explicaciones específicas. Los niveles de éxito y fracaso de las distintas experiencias no fueron siempre los mismos y no hay, en suma, un Auschwitz italiano.[256] Pero lo que se trataba de entender aquí es porque el holocausto solo fue posible en y desde el fascismo. No hay en esto ninguna trivialización de la barbarie nazi: nadie niega su especificidad. Sólo que tampoco debe utilizarse ésta para trivializar el fenómeno que, potencialmente al menos, la contenía.

Si la mirada al pasado busca conjurar los riesgos que el futuro pueda ofrecer, los caminos desbrozados por la historiografía reciente no son en absoluto tranquilizadores. La especificidad del fascismo estribó en su capacidad para involucrar en lo positivo y en lo negativo a amplísimos sectores de la población. Algunos de estos sectores son social y políticamente claramente reconocibles, pero otros, más amplios estaban constituidos, no lo olvidemos, por hombres y mujeres que también hacían su historia, tenían sus propios intereses y su propia racionalidad. Muchos de los elementos históricos que propiciaron el surgimiento del fascismo han desaparecido y son irrepetibles. El fascismo, posiblemente, también. Pero la modernidad, por decirlo con Peukert, «is not a one-way trip to freedom».[257] Seguramente, nos tiene reservadas nuevas manifestaciones patológicas. La caída en ellas no es inevitable, pero, como el fascismo nos

enseñó, nadie es, por naturaleza, absolutamente inmune a ellas.

[146] Véase especialmente, R. De Felice, Le interpretazioni del fascismo, Bari, Laterza, 1969; J.A. Gregor, Interpretations of Fascism, Berkeley, University of California, 1974; W. Wippermann, Faschismustheorien, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1976; S.U. Larsen, B. Hatgtvet y J.P. Myklebust, Who were the Fascists. Social Roots of European Fascism, Bergen, Universitetsforlaget, 1980.

[147] Por supuesto, la reducción de la extraordinariamente variada literatura sobre el fascismo a solo tres grandes líneas o perspectivas es discutible. Téngase en cuenta, sin embargo, que existen tantas clasificaciones de interpretaciones como autores se refieren a ellas. Por nuestra parte, hemos intentado una aproximación que sea a la vez clarificadora y flexible, sin más pretensiones que las relativas a esta exposición. A tal fin, hemos partido de lastres interpretaciones definidas como «clásicas» por R. De Felice –la de la «enfermedad moral», la relativa al desarrollo histórico particular de algunos países y la referida a la sociedad capitalista y la reacción de clase– para relacionarlas con tres de los grandes paradigmas historiográficos: el liberal, el marxista y el de la modernización. Se pretende con ello detectar algunos problemas fundamentales sin atribuir a las líneas o perspectivas de que hablamos una existencia y, mucho menos, una unidad o coherencia, que sólo nosotros estaríamos proyectándoles. Esta opción supone, en fin, prescindir de algunas interpretaciones menores o integrables en otras más amplias, y tratar de forma individualizada a autores o tendencias que no guardan una relación (pre)determinada con las grandes perspectivas aquí consideradas. Para una clasificación reciente que revela tanto la complejidad como la dificultad delproblema, véase S.G. Payne, Historia del fascismo, Barcelona, Planeta, 1995, pp. 553-632.

[148] Cf. F. Meinecke, La catastrofe delia Germania, Firenze, La Nuova Italia, 1948 (1946); G. Ritter, «Le origini storiche del Nazionalsocialismo», en Nuove questioni di storia contemporanea, Milán, Marzorati, 1968; H. Kohn, Ideologie politiche del XX secolo, Florencia, La Nuova Italia, 1964 (1949).

[149] Cf., J.A. Gregor, op. cit., pp. 79 ss., quien cita a J. Ortega y Gasset y E. Lederer entre los principales exponentes prebélicos de la interpretación del fascismo en términos de ascenso de masas amorfas. Véase, sin embargo, nota siguiente.

[150] Burckhardt, Le Bon, Ortega y Manheim representarían esta concepción «aristocrática» mientras que E. Lederer y H. Arendt, estarían ya entre los críticos «democráticos». Cf. W. Kornhauser, Aspectos políticos de la sociedad de masas, Buenos Aires, Amorrortu, 1969 (1959), pp. 19-20.

[151] Ibidem, E. Lederer, State of Masses, Nueva York, Howard Fertig, 1967 (1940); H. Arendt, The Origins of Totalitarism, Nueva York, Harcourt Brace and World Co., 1951.

[152] Como se sabe, tal es la base del modelo elaborado por Friedrich y Brzezinski con sus seis características definidoras: una ideología revolucionaria que lo abrazaba todo; un partido de masas; una policía terrorista, el monopolio de las comunicaciones, el monopolio de los medios armados y una economía dirigida centralizadamente. C.J. Friedrich, y Z. Brzezinski, Totalitarian Dictatorship and Autocracy, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1956. Para una más reciente reformulación del modelo, J.J. Linz, «Totalitarian and Authoritarian Regimes», en F.I. Greenstein y N. Polsby, (eds): Handbook of Political Science, Reading, Mass., 1975., vol. 3, pp. 175-411.

[153] W.W. Rostow, Las etapas del crecimiento económico, México, FCE, 1961; A.F.K. Organski, Stages of Political Development, Nueva York, Knopf, 1965.

[154] A.F.K. Organski, op. cit.; del mismo, «Fascism and Modernization», en S.J.

Wolf, (comp.), The Nature of Fascism, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1968, pp. 19-41.

[155] Barrington Moore Jr., Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia, Barcelona, Península, 1973 (1967); R. Dahrendorf, Gesellschaft und Demokratie in Deutschland, Munich, R. Piper and Co. Verlag, 1965; H.U. Wehler, Das Deutsche Kaiserreich 1871-1918, Göttingen, Vandenhoeck and Ruprecht, 1973. No se trata, una vez más, de reproducir aquí los trazos fundamentales de las obras citadas, ni de desconocer, por ello, la complejidad de los enfoques o las diferencias que los separan. Se pretende, simplemente, señalar la centralidad del problema de la revolución-que-no fue y la facilidad con que todo ello deriva hacia un sobredimensionamiento de lo que viene de atrás y de arriba. Este es también el nexo de unión –que no de identificación– con la vieja interpretación «radical», la cual se remontaba frecuentemente a tiempos muchos más lejanos en su búsqueda de las taras de las distintas historias nacionales. Cf., E. Vermeil, Doctrinaires de la Revolution Allemande 1919-1938, París, Nouvelles éditions latines, 1939; P. Viereck, Metapolitics:From the Romantics to Hitler, Nueva York, 1941; W.M. Mac Govern, From Luther to Hitler:the History of Fascist-Nazi Politic Philosophy, Nueva York, 1941. En Italia, en particular, las formulaciones de P. Gobetti, C. Rosselli o G. Fortunato, por una parte, y, la tesis gramsciana de la rivoluzione mancata, por otra, influyeron decisivamente en una generación de historiadores cuyas tesis pueden considerarse relativamente próximas de las de la teoría alemana del sonderweg, N. Tranfaglia, G. Quazza, G. Candeloro... Cf., por todos, L'I talia unita nella storiografia del secondo dopoguerra. A cargo de N. Tranfaglia, Milán, Feltrinelli, 1980, y Fascismo e società italiana. A cargo de Guido Quazza, Turín, Einaudi, 1973. Respecto de Gramsci véase, sin embargo, más adelante, p. 9. La referencia a este último indica ya claramente que no hay nada de intrínsecamente antimarxista en este tipo de aproximación, entre otras cosas porque ya Marx y Engels hicieron algunas formulaciones al respecto, véase, R. Evans, «El mito de la revolución ausente en Alemania», Zona Abierta, octubrediciembre 1989, pp. 79-118. Por otra parte, vale la pena incidir en la facilidad de cierto marxismo para combinar en sus análisis el más atrasado pasado feudal con las últimas innovaciones del capital financiero. Lukács, por ejemplo, lo hacía a la perfección, atribuyendo, además al conjunto su correspondiente evolución ideológica. G. Lukacs, El asalto a la razón, Barcelona, Grijalbo, 1967 (1953), p. 69.

[156] Nótese aquí la existencia de un nexo que permite explicar algunas de las aludidas convergencias entre el marxismo del capital financiero y quienes aluden a las persistencias del Antiguo Régimen. Antagónicas como son en su formulación, el Lenin de El imperialismo fase superior del capitalismo, y el Schumpeter de Imperialismo y clases sociales, coincidían en una visión idealizada del capitalismo de libre competencia, así como en su afán por responsabilizar al monopolismo; sólo que uno lo atribuía a mal de senectud y el otro a contagio de infancia. Consecuentemente algunos de los que se inspiraron en las teorías de uno u otro tendieron a rastrear también las causas últimas del fascismo en dichos males. Lo curioso del caso es que los propios fascistas denotaban una misma idealización y enemigos parecidos cuando arremetían contra el capitalismo no productivo y parasitario. Valga esto para recordar, en cualquier caso, que el famoso anti-capitalismo fascista no se inspiraba, o no necesariamente al menos, en criterios premodernos.

[157] Ni siquiera al capital financiero sino sólo a algunos sectores del mismo. Cf., la clásica caracterización de Dimitrov, en el VII Congreso de la I.C., como «dictadura terrorista abierta de los sectores más reaccionarios, más chovinistas y más imperialistas del capital financiero». G. Dimitrov, La Terza Internazionale, Roma, 1945.

[158] P. Togliatti, Lezioni sul fascismo, Roma, Ed. Riuniti, 1970.

[159] Para una aproximación a los análisis marxistas del fascismo en el periodo de entreguerras, véase, D. Beetham, Marxism in Face of Fascism, Manchester, 1983. Más focalizado, temática y cronológicamente, C. Natoli, La Terza Internazionale e il fascismo, 1919-1923, Ed. Riuniti, Roma, 1982.

[160] El primero en formular la tesis bonapartista fue A. Talheimer. Esta primera exposición y la más elaborada de O. Bauer, pueden verse en Fascismo y

capitalismo, Barcelona,1972, Ed. Martínez Roca, pp. 23-42 y 150-175, respectivamente. Más compleja, y a veces contradictoria, era la relación que establecía L. Trotsky entre fascismo y bonapartismo. Cf. L. Rapone, Trotskij e il fascismo, Bari, Laterza, 1978; también, R.S. Wistrich, «Leon Trotsky's Theory of Fascism», JCH, 11 (1976), pp. 157-184. Respecto a Gramsci y el cesarismo véase su Note sul Machiavelli, Roma, Ed. Riuniti, 1977, pp. 61-74.

[161] G. Eley, «What Produces Fascism: Pre-Industrial Traditions or A Crisis of the Capitalist State» (1983); ahora en, mismo autor, From Unification to Nazism, Londres,Alien and Unwin, 1986, p. 255.

[162] J.A. Gregor, por ejemplo, consigue encontrar finalmente una ideología coherente a la modernización totalitaria fascista; pero lo hará para vincularla a las experiencias soviética y maoísta, entre otras, y no tanto a la experiencia alemana que, por posindustrial, sería producto de muy inusuales circunstancias. Cf., Italian Fascism and Developmental Dictatorship, Princeton, University Press, 1979.

[163] Cf., J. Kocka, «German History before Hitler: The Debate about the German Sonderweg», Journal of Contemporary History, 23 (1988), pp. 3-16.

[164] Así, por ejemplo, la profundización de J. Talmon en los orígenes ideológicos del totalitarismo le conducía a ahondar en su diferenciación entre los totalitarismo de izquierda y derecha. Cf., The Origins of Totalitarian Democracy, Londres, Secker and Warburg, 1952. Desde una perspectiva diferente, F. Neumann llegó a asumir el concepto de totalitarismo, sólo para precisar en seguida la necesidad de diferenciar las distintas dictaduras en función de los criterios apuntados. Cf. The Democratic and the Authoritarian State, Nueva York, The Free Press, 1957. También F. Furet, El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX, Madrid, FCE, 1995, reconoce los elementos diferenciales de las ideologías nazi y comunista, pero no hay mucho de innovador en esto: en lo fundamental se retrotrae a elementos ya considerados

por los Meinecke, Ritter... (Véase nota n. 3.)

[165] Como se sabe, el concepto fue acuñado por Marx con relación al golpe de Estado de Luis Bonaparte y pronto fue utilizado por él mismo y por Engels para referirse a Bismarck. Lo que hacían los fundadores del marxismo al proceder de este modo era trascender la eventual aplicación mecánica del materialismo histórico. En lugar de adoptar esta disposición, los marxistas posteriores se encontraron no ya con una sino con dos fórmulas –la dictadura de clase y la bonapartista– aplicables a todo tipo de dictadura contemporánea. Acaso no fuera mala idea que los marxistas se hiciesen eco en el siglo XX, respecto del bonapartismo, de la crítica de Marx, en el XIX, al anacrónico tópico del cesarismo. Cf., el prólogo a la 2.a edición (1869) de El 18 Brumario de Luis Bonaparte, Barcelona, Ariel, 1968, p. 7.

[166] Nos referimos básicamente a las aportaciones de E. Fromm -El miedo a la libertad, Buenos Aires, Paidós, 1973 (1942)– y W. Reich -Psicología de masas del fascismo, Barcelona, Bruguera, 1980 (1933). Para una reciente integración en un marco más amplio de algunos elementos de este enfoque. Véase Griffin, R., The Nature of Fascism, Londres,Routledge, 1993 (1991).

[167] F. Furet, El pasado de una ilusión..., op. cit.

[168] «Como lo dice Friedrich... "las sociedades totalitarias son fundamentalmente comparables, y cada una de ellas es históricamente única. ¿Por qué son lo que son? No lo sabemos"». Ibidem, p. 497.

[169] E. Nolte, La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo,México, FCE, 1994 (1987); í d., Después del comunismo. Aportaciones a la interpretación de la historia del siglo XX, Barcelona, Ariel, 1995 (1991). Para una visión de conjunto de la Historikerstreit, véase Ch.S.

Maier, The Unmasterable Past. History, Holocaust, and German National Identity, Harvard University Press, 1988; y G. Eley, «Nazism, Politics and the Image of the Past: Thoughts on the West German Historikerstreit, 1986-1987, Past and Present, 121 (1988), pp. 171-208.

[170] R. De Felice, Rosso e Nero. A cargo de Pasquale Chessa, Milán, Baldini and Castoldi, 1995.

[171] Véase a título de ejemplo la sorprendente confrontación de Nolte entre un hipotético «antibolchevismo limpio», que pudiera haber anticipado en cincuenta años una suerte de operación Irak y el, nada limpio, antibolchevismo de los nazis. Después del..., op. cit., p. 28. Aunque es Furet, junto con De Felice, quien más claramente sitúa al antifascismo en el punto de mira.

[172] Bien está por ejemplo –si es que lo está– que se descubran motivos patrióticos en los Mussolini, Gentile y Borghese de Saló. Contrástese todo ello, sin embargo, con la siguiente afirmación: «Il Pci di Togliatti è sempre stato un partito stalinista, né rivoluzionario né riformista, parte del sistema di potere mondiale dell’Urss». Rosso..., cit., p. 73 y 109-133.

[173] Aquí radica una diferencia nada despreciable entre las tesis de Nolte y de Furet. El primero, por debajo de todas sus extrapolaciones, no pierde de vista lo que había de burgués, y de reacción burguesa –en el sentido más lato de la palabra burguesa– en el fascismo. Cf., La guerra civil..., pp. 484-491. Nolte, por tanto, no renuncia a su vieja tesis del fascismo como resistencia a la trascendencia, sólo que extrapola hasta extremos inadmisibles lo que aquella tenía de fijación reduccionista en el alma reaccionaria del fascismo. Pero consigue algo por el camino: así como su vieja tesis le anclaba en el paradigma del fascismo frente al del totalitarismo, su extrapolación le permite tender los puentes necesarios con este último. Cf., La guerra civil..., op. cit., pp. 484-491, así como su obra clásica, El fascismo en su época, Barcelona, Península, 1967 (1963). Furet, parte de la extrapolación inversa: convierte el utopismo

antiburgués, antidinero y antiparlamentario en el Deus ex machina de toda su construcción. Consecuentemente, la fundamentación totalitaria queda remitida al reino de las ideas –la de la revolución en concreto al nexo común entre fascismo y bolchevismo-; y lo que en Nolte era aproximación por emulación de dos enemigos irreconciliables se reduce a simple complicidad conflictiva.

[174] Cf., G. Eley, «Nazism, Politics...», op. cit.

[175] De algo sirve, al respecto, el trabajo de Nolte en cuanto alude, a través del «trueque de atributos» a la bolchevización del nazismo y la nacionalización del comunismo, aunque la explicación que ofrece resulte por completo insuficiente. Menos espacio deja todavía al respecto Furet con su explicación genética, o casi, de las semejanzas entre ambos fenómenos. Más aún, cuando el historiador francés arremete con fuerza contra los funcionalistas y estructuralistas de todas las clases, los mejor situados probablemente para profundizar en el análisis comparado de ambos regímenes. Nos referimos –se refiere Furet– a los H. Mommsen y M. Broszat con relación a Alemania o a los Lewin o Cohen respecto de la URSS. Cf., El pasado de una..., pp. 220 y 562-563. Respecto a los funcionalistas alemanes véase más adelante, nota n. 61; respecto de la URSS, los artículos de S.F. Cohen –«De la revolución al estalinismo. Problemas de interpretación»– y M. Lewin –«La dimensión rural de la historia rusa desde el zarismo hasta Stalin»– en Debats, 34 (1990), pp. 98-115. No está de más recordar en este sentido, en fin, que algunos de los elementos explicativos desarrollados en el clásico trabajo de H. Arendt –precisamente los que aludían a problemas estructurales– se los llevó el viento taxonómico-ideológico de la guerra fría.

[176] En la querella de los historiadores alemanes ésta es una crítica recurrente en ambos campos. Véase, por una parte, el artículo aquí recogido de G. Eley, y, por otra, el ya citado trabajo de E. Nolte -Después del..., op. cit., pp. 183 ss.

[177] E. Nolte, El fascismo en su época, op. cit.; también, La crisis del sistema

liberal y los movimientos fascistas, Barcelona, Península, 1971 (1968).

[178] R. De Felice, Intervista sul fascismo. A cargo de M.A. Ledeen, Bari, Laterza, 1975.

[179] R. De Felice, Mussolini il duce. Gli anni del consenso, 1929-1936, Turín, Einaudi,1974.

[180] The Crisis of German Ideology, Nueva York, Grosset and Dunlop, 1968; The Nationalization of the Masses. Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars trough the Third Reich, Nueva York, Howard Fertig, 1974; Masses and Man. Nationalist and Fascist Perceptions of Reality, Nueva York, Howard Fertig, 1980.

[181] Le origini dell'ideologia fascista (1918-1925), Bari, Laterza, 1975; Il mito dello stato nuovo dall' antigiolittismo al fascismo, Bari, 1982; Il culto del littorio, Bari, Laterza, 1993.

[182] J.A. Gregor, Italian Fascism and Developmental Dictatorship, op. cit.; Young Mussolini and the Intellectual Origins of Fascism, Berkeley, University of California Press,1979.

[183] Maurice Barr è s et le Nationalisme français, París, Colin, 1972; La droite revolutionaire, 1885-1914. Les origines françaises du fascisme, París, Seuil, 1978; Ni droite ni gauche. L'ideologie fasciste en France, París, Seuil, 1983. Más reciente, y trascendiendo ya la problemática específicamente francesa, Z. Sternhell, M. Sznajder y M. Asheri, El nacimiento de la ideología fascista, Madrid, Siglo XXI, 1994.

[184] Para una visión de conjunto del debate generado por el tercero de los libros más arriba citados, Cf., R. Wohl, «French Fascism, Both Right and Left: Reflections on the Sternhell Controversy», Journal of Modern History, 63 (1991), pp. 91-98. Para una convincente visión alternativa a la de Sternhell sobre el fascismo francés, véase P. Burrin, La d é rive fasciste. Doriot, Déat, Bergery, 1933-1945, París, Seuil, 1986.

[185] R. Griffin, The Nature of Fascism, op. cit.

[186] R. Eatwell, Fascism. A History, Londres, Chatto and Windus, 1995.

[187] P. Burrin, La d é rive..., op. cit.

[188] No es ocioso recordar que ya R. Kühnl en su clásico Liberalismo y fascismo. Dos formas de dominio burgués –Barcelona, Fontanella, 1978 (1971)– señalaba la centralidad de la ideología de la comunidad en el fascismo. No faltan, sin embargo, autores marxistas que tienden a ignorar este, precisamente el primero, de los seis motivos fundamentales de la ideología fascista apuntados por el historiador alemán.

[189] Cf., para el caso de España, J.S. Pérez Garzón, «La revolución burguesa en España:los inicios de un debate científico, 1966-1979» en M. Tuñon (ed.), Historiografía española contemporánea, Madrid, Siglo XXI, 1980, pp. 91-138.

[190] Cf., fundamentalmente, D. Blackbourn, y G. Eley, The Peculiarities of German History. Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-Century

Germany, Oxford UniversityPress, 1984; también, G. Eley, «What Produces Fascism: Pre-Industrial Traditions or A Crisis of the Capitalist State?, en í d., From Unification to Nazism, op. cit., pp. 254-282.

[191] Cf., R. Romanelli, «A propósito de la burguesía. El problema de la élite terrateniente en la Italia del Ochocientos», Ayer, 1991, 2, pp. 29-48. También, Guido Pescosolido, «Il periodo 1870-1915», en La Storiografia italiana degli ultimi vent'anni. III. Età contempo-ranea. A cargo de Luigi De Rosa, Bari, Laterza, 1989, pp. 35-193.

[192] Para la recepción británica de las tesis de Gramsci en el terreno que nos ocupa, véase J.A. Davis (ed), Gramsci and Italy's Passive Revolution, Londres, Croom Helm, 1979.

[193] Véase más arriba, notas n.° 35 y 36; E. Collotti, «Fascismo e nazionalsocialismo», en Fascismo e capitalismo. A cargo de N. Tranfaglia, Milano, Feltrinelli, 1976, pp. 137-158.

[194] Desde este punto de vista, son fundamentales, no obstante sus diferentes enfoques, los ya aludidos trabajos de Z. Sternehell -La droite revolutionaire...– y E. Gentile –Il mito...-; así como el de G. Eley, Reshaping the German Right. Radical Nationalism and Political Change after Bismarck, New Haven y Londres, Yale University Press, 1980.

[195] P. Melograni, Gli industriali e Mussolini. Rapporti tra Confindustria e fascismo dal 1919 al 1929, Milán, Longanesi, 1972; H. Turner Jr., German Big Business and the Rise of Hitler, Oxford University Press, 1985; D. Guerin, Fascismo y gran capital, Madrid, Fundamentos, 1973 (1936).

[196] En 1924, Gramsci lamentaba el error del PCI al ignorar la «emergente opposizione della borghesia industriale»; véase la introducción de P. Melograni a la 2.a edición del texto citado (1980), donde se informa, además, de indicaciones en sentido similar de P. Gobetti y C. Rosselli. T. Mason, «The Primacy of Politics» en Nazism, Fascism and the Working Class. Essays by Tim Mason, Cambridge, University Press, 1995, pp. 53-76 (publicado originalmente en Das Argument en 1966). Véase también, en esta línea, pero desde una perspectiva comparativa, C. Maier, In search of stability. Explorations in historical political economy, Cambridge University Press, 1987.

[197] Poulantzas, en efecto, reconocía la «autonomía relativa» del partido y Estado fascistas pero sólo para restablecer la dominación del capital monopolista, Fascismo y dictadura. La III Internacional frente al fascismo, México, Siglo XXI, 1971.

[198] D. Abraham, The Collapse of the Weimar Republic. Political Economy and Crisis, Princeton University Press. Véanse, sin embargo, las observaciones de R. Evans en «El mito de la...», cit.

[199] Cf., M. Legnani, «Sistema di potere fascista, blocco dominante, alleanze sociali. Contributo a una discussione», en Il regime fascista. Storia e Storiografia. A cargo de A. Del Bocca, M. Legnani y M.G. Rossi, Bari, Laterza, 1995, pp. 414-445.

[200] Véase, por ejemplo, N. Tranfaglia, «La modernizzazione contraddittoria negli anni della stabilizzazione del regime (1926-1936)» y G. Rochat, «Il fascismo e la preparazione militare al conflitto mondiale», ambos en Il regime fascista..., op. cit., pp. 127-138 y 151-165, respectivamente. Ha sido seguramente MacGregor Knox quien con más claridad ha formulado la tesis de la relación causal existente entre dinámica de revolucionarización interna y política exterior agresiva tanto en la Italia fascista como en la Alemania nazi; véase«Conquest, Foreign and Domestic, in Fascist Italy and Nazi Germany», Journal of Modern

History, 56 (1987), pp. 1-57.

[201] La centralidad de la élite fascista, con su jefe al frente y la ideología de éste como núcleo central y clave explicativa, podrían salir, en efecto, indirectamente reforzados. Más aún, la excepcional personalidad del Führer y la determinación con que persiguió sus objetivos ideológicos, podrían constituir la esencia de la experiencia nazi, hasta el punto de determinar el carácter único del nazismo, esto es, de un totalitarismo que sería, por ello mismo, inasimilable a la categoría de fascismo. Tales son, en resumen, las tesis de lo que se dio en llamar interpretación intencionalista, defendidas, entre otros, por K.D. Bracher, K. Hildebrand y E. Jäckel. Véanse, respectivamente, Controversias de historia contemporánea sobre fascismo, totalitarismo y democracia, Barcelona, Ed. Alfa, 1983 (1976); Il Terzo Reich, Bari, Laterza, 1983 (1979); Hitler idéologue, París, Gallimard, 1995 (1973).

[202] P. Burrin, «Politique et société: les structures du pouvoir dans l'Italie fasciste et l'Allemagne nazi», Anuales. Economies, Sociétés, Civilisations, 3 (1988), pp. 615-637.

[203] F. Neumann, Behemot. Struttura e pratica del nazionalsocialismo, Milán, Feltrinelli,1977 (1942).

[204] P. Hüttenberger, «Policracia nacionalsocialista», Ayer, 5 (1992), pp. 159-190 (1976).

[205] Cf., I. Kershaw, The Nazi Dictatorship. Problems and Perspectives of Interpretation, Londres, Edward Arnold, 1993, pp. 59-79. La presentación clásica del debate es la de T. Mason, «Intention and explanation. A Current Controversy about the Interpretation of National Socialism» (1981), ahora en Nazism, Fascism..., op. cit., pp. 212-230.

[206] M. Broszat, The Hitler State. The foundation and development of the internal structure of the Third Reich, Londres, Longman, 1981 (1969); H. Mommsen, Le national-socia-lisme et la société allemande, París, 1997. Es imposible dar cuenta en unas líneas de la complejidad de la aproximación funcionalista, así como de los problemas que emergen de ella. Algunos de ellos son discutidos por I. Kershaw quien desde una perspectiva próxima a la de los funcionalistas enfatiza la centralidad de un quinto y cada vez más poderoso portador de poder: Adolf Hitler. Cf., «El Estado Nazi: ¿Un Estado excepcional?», Zona Abierta, 53 (1989), pp. 119-148. En un sentido similar, aunque referido al problema específico del Holocausto, P. Burrin, Hitler et les Juifs. Genèse d'un génocide, París, Seuil, 1989.

[207] Para una completísima visión de conjunto sobre la evolución de las interpretaciones acerca de la naturaleza del partido fascista y su lugar en el régimen, véase Gentile, E., La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista, Roma, La Nuova Italia Scientifica, 1995.

[208] M. Salvati, Il regime e gli impiegati, Bari, 1993.

[209] E. Gentile, La via..., op. cit.; del mismo, Storia del partito fascista, 1919-1922. Movimento e milizia, Bari, Laterza, 1989; Pombeni, P, Demagogia e tirannide. Uno studio sulla forma-partito del fascismo, Bolonia, Il Mulino, 1984; del mismo «Il partito fascista», en Il regime fascista...., op. cit., pp. 203-219. Vale la pena notar el hecho de que dos autores provenientes de tradiciones historiográficas bien diversas hayan llegado a conclusiones similares, si bien no idénticas.

[210] E. Gentile, La via..., op. cit., especialmente pp. 116 ss.

[211] No está de más recordar que los fascistas italianos se definían como totalitarios, que los nazis lo hacían en menor medida y que los soviéticos en ninguna. Como es notorio, la teoría del totalitarismo invierte por completo esta cadencia, con lo que, en el mejor de los casos, debería quedar patente que se refieren a cosas distintas.

[212] L. Salvatorelli, Nazionalfascismo, Turín, Einaudi, 1977 (1923); S.M. Lipset, Political Man, Nueva York, Doubleday and Co., 1960; T. Mason, La politica sociale del Terzo Reich, Bari, Laterza, 1980.

[213] M. Kater, The Nazi Party. A Social Profile of Members and Leaders 1919-1945, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1983; R.F. Hamilton, Who Voted for Hitler?, Princeton University Press, 1982; D. Mühlberger, «Germany», en id, The Social Basis of European Fascist Movements, Beckenham, Croom Helm, 1987, pp. 40-139; del mismo, Hitler's Followers: Studies in the Sociology of the Nazi Movement, Londres, Routledge, 1991; J.W. Falter, «The National Socialist mobilization of new voters», en T. Childers (ed.), The Formatiom of the Nazi Constituency 1919-1933, Totowa, NJ, Barnes and Noble Books, 1986, pp. 202-231; T. Childers, The Nazi Voter. The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1933, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1983.

[214] Cf., J. Petersen, «Elettorato e base sociale del fascismo italiano negli ani venti», Studi Storici, 3 (1975), pp. 627-669; E. Gentile, Storia del...., op. cit.; M. Revelli, «Italy», en D. Mühlberger (ed.), The Social Basis..., op. cit., pp. 1-39. A retener, en cualquier caso, la no despreciable sobrerrepresentación en el fascismo de los trabajadores agrícolas, circunstancia que hay que atribuir en larga medida a los efectos de la violencia fascista, aunque, evidentemente, no sólo a ellos.

[215] Cf., Intervista sul fascismo, cit.

[216] Cf., D. Blackbourn, «The Mittelstand in German Society and politics», Social History, 2 (1977), pp. 409-433.

[217] A. von Saldern, «The old Mittelstand 1890-1939: How “backward” were the artisans?», Central European History, 25-1 (1993), pp. 27-51.

[218] Véase, «La crisi italiana» (1924) e «Il popolo delle Scimmie» (1921), ambos ahora en Sul fascismo. A cargo de E. Santarelli, Roma, Ed. Riuniti, 1973, pp. 247-261 y 96-99, respectivamente.

[219] Cf., A .J. De Grand, Fascist Italy and Nazi Germany. The “Fascist” Style of Rule, Londres, Routledge, 1995, pp. 26-27.

[220] «The Middle Classes and National Socialism», en D. Blackbourn y R.J. Evans (eds.), The German Bourgesoie, London, Routlege, 1991, pp. 318-337.

[221] Véase, «The Domestic Dynamics of nazi Conquests. A Response to Critics», en T. Childers y J. Caplan (eds.), Reevaluating the Third Reich, Nueva York, Holmes and Meier,1993, pp. 161-189.

[222] La bibliografía sobre la Alltagsgeschichte es ya abundantísima. A título introductorio puede verse A. Lüdtke, Histoire du quotidien, París, Ed. De la Maison des sciences de l’homme, 1994 (1989); del mismo, «De los héroes de la resistencia a los coautores. ”Alltagsgeschichte” en Alemania», Ayer, 19 (1995), pp. 49-69; G. Eley, «Labor History, SocialHistory, Alltagsgeschichte: Experience, Culture, and the Politics of the Everyday –a New Direction for German Social History?», Journal of Modern History, 61 (1989), pp. 297-343.

[223] «De los héroes de la Resistencia...», op. cit., pp. 49-50.

[224] Véase la referencia de G. Eley –«Labor History...», op. cit., p. 323– al concepto de Eigensinn: «an almost untranslatable combination of sel-reliance, self-will, and self-respect or the act of reappropriating alienated social relations, particulary at work but also at school, in the street, and in any other contexts externally determined by structures and processes beyond workers' own immediate control».

[225] Broszat, (dir.) y otros: Bayern in der NS-Zeit, 6 vols., Múnich-Viena, Oldenbourg,1977-1983; Niethammer, L. (dir.), Lebensgeschichte und Sozialkultur im Ruhrgebiet 1930 bis 1960, 3 vols., Berlín-Bonn, J. H. W. Dietz, 1983-1985; D. Peukert, Inside Nazi Germany, Londres, Penguin, 1993 (1982); de A. Lüdtke, además de los ya citados, entre otros, «The "Honor of Labor": Industrial Workers and the Power of Symbols under National Socialism», en D. F. Crew (ed.): Nazism and German Society 1933-1945, Londres, Routledge, 1994, pp.67-109; «Où est passée la braise ardente? Expériences ouvrières et fascisme allemand», en Id, Histoire du quotidien..., op cit. pp. 209-266. Puede consultarse también R. Bessel (ed.): Life in the Third Reich, Oxford University Press, 1987, con artículos de D. Peukert, I. Kershaw y U. Herbert, entre otros.

[226] D. Peukert, Inside nazi.., op. cit., pp. 112-116; U. Herbert, «Good Times Bad Times;Memories of the Third Reich», en R. Bessel (ed.), Life in the..., op. cit., pp. 97-110; N. Frei, L'Etat hitlérien et la société allemande 1933-1945, París, Seuil, 1994 (1987), pp. 137-139.Véanse igualmente algunos de los trabajos reproducidos, así como la excelente introducción, muy rica en referencias, en el volumen de F. Crew arriba citado.

[227] Véase una excelente síntesis de tales atractivos en N. Frei, op. cit., pp. 139-143.

[228] Véase especialmente, A. Lüdtke, «The “Honour of Labor”...» cit.

[229] The «Hitler Myt». Image and Reality in the Third Reich, Oxford University Press,1987.

[230] D. Peukert, Inside..., op. cit., pp. 93 ss.

[231] N. Frei, op. cit., p. 238. Vale la pena reproducir el siguiente párrafo del historiador alemán: «Paysans, ouvriers, employés: des centaines de milliers d’hommes et de femmes éprouvèrent pour la première fois, à partir de 1933, le sentiment d’être politiquement pris au serieux et compris. Quand, dans l’histoire de l’Allemagne, le peuple avait-il beneficié d’uneattention aussi tapageuse et aussi démonstrative? Quand l’État avait-il jamais donné una définition du champ d’intervention de la politique et par conséquent de sa responsabilité à l’égard des individus? Quand un telle pléthore de symboles d’identification avait-elle été offerte en même tampes que d’aussi nombreusses occasions de participation?». Id., p. 239.

[232] D. Peukert, Inside..., op. cit., pp. 93 ss.

[233] Véase especialmente, N. Frei, «Wie modern war der Nationalsozialismus?», Geschichte und Gesellschaft, 19 (1993), pp. 367-387. También, D. Peukert, Inside..., op.cit., p. 209; U. Herbert, «Arbeiterscchaft im “Dritten Reich”. Zwischenbilanz und offene Fragen», Geschichte und Gesellschaft, 15 (1989), p. 334.

[234] A. von Saldern, «Victims or Perpetrators? Controversies about the Role of Women in the Nazi State», en D.F. Crew (ed.), Nazism and.., op. cit., pp. 141-165; A. Lüdtke, «De los héroes de la resistencia a los coautores...», op. cit.

[235] K.M. Mallmann, y P. Gerhard, Herrschaft und Alltag. Ein Industrierevier im Dritten Reich, Bonn, J.H.W. Dietz, 1991; R. Gellately, The Gestapo and German Society. Enforcing Racial Policy 1933-1945, Oxford, Clarendon Press, 1990.

[236] I. Kershaw, Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945, Oxford University Press, 1983.

[237] A. Lüdtke, «The Appeal of Exterminating "Others": German Workers and the Limits of Resisteance», en M. Geyer y J.W. Boyer (eds.), Resistence against the Third Reich 1933-1990, Chicago, University of Chicago Press, 1992, pp. 53-74.

[238] Citado en R. Gellatey, The Gestapo..., op. cit., p. 9.

[239] D. Peukert, Inside..., op. cit., pp. 245-246; I. Kershaw, Popular Opinion..., op. cit., pp. 374-375; C. Konz, «Ethical Dilemmas and Nazi Eugenics: Single-Issue Dissent in Religion Contexts», en M. Geyer y J.W. Boyer, Resistence against..., op. cit., pp. 15-38.

[240] Véanse algunas reflexiones de J. Caplan al respecto en la introducción a T. Mason, Nazism, Fascism and the Working..., op. cit. p. 27.

[241] Véase más arriba, p. 9.

[242] D. Peukert, Inside..., op. cit., pp. 42 y 248.

[243] Ibidem, pp. 38, 245 y 248.

[244] Ibidem, pp. 248-249.

[245] Cf., especialmente, H. Schulze, The Course of German Nationalism: From Frederick the Great to Bismarck 1763-1867, Cambridge University Press, 1991; T. Nipperdey, Réflexions sur l'histoire allemande, París, Gallimard, 1992.

[246] Véase, K.D. Bracher, Controversias..., op. cit.

[247] A. Lüdtke, «Introduction. Qu'est-ce que l'histoire du quotidien, et qui la practique»en Histoire du quotidien..., op. cit., donde se discuten algunas de las críticas recibidas por la Alltaagsgeschichte desde la Ciencia Social Histórica. También –p. 3– la referencia explícita al modo en que la historia de la vida cotidiana ha contribuido decisivamente a la refutación de algunas tesis de los neoconservadores alemanes.

[248] Un ejemplo reciente de este tipo de formulación lo ofrece N. Tranfaglia, quien tras subrayar en una página la centralidad de las clases medias en el fascismo, explica, en la siguiente, como la insuficiente presencia de estas nuevas clases medias en las económicamente atrasadas España y Portugal condujo a que dicha centralidad fuese jugada por los militares. Cf., La prima guerra mondiale e il fascismo, Milán, UTET, 1995, pp. 660-661.

[249] «Què se n’ha fet del «feixisme»?», Afers, 25 (1996), pp. 475-484.

[250] El de la historización es otro de los grandes debates de la historiografía alemana, profundamente relacionado, por otra parte, con el núcleo mismo de la historiografía sobre la vida cotidiana. La necesidad de dicha historización de la era nacionalsocialista, fue reclamada en 1985 por M. Broszat y ello dio lugar a una serie de críticas por quienes consideraban que ello podía conducir a una suerte de normalización-trivialización del nazismo. Ciertamente, el concepto no era, por su ambigüedad, muy afortunado y era susceptible de ser utilizado en los términos indicados por sus críticos. Nada más lejano, sin embargo, de la intención de Broszat, quien integraba esta apelación en la línea del Bayern Proyect y cuanto aquí se ha dicho acerca de la Alltagsgeschichte. La historización de Broszat, en efecto, no partía de una voluntad historicista de diluir la experiencia nazi entre las otras, más felices, eras de la historia alemana, sino de la necesidad de reconocer toda su importancia, integrándola, al mismo tiempo, en la perspectiva de las grandes líneas de evolución de la sociedad moderna; no suponía una normalización valorativa de la Alemania nazi, sino de la metodología para su estudio; no suponía un abandono de la sensibilidad moral, sino el reconocimiento de que tal sensibilidad encuentra fundamentos más sólidos y duraderos cuando se profundiza en el estudio de los fenómenos que cuando se remite a la moralina propia, y en el fondo tranquilizadora, de las grandes teorías. No suponía, en fin, la aceptación de la necesidad pedagógica de una historia nacional presentable, sino su contrario: la necesidad de una conciencia histórica crítica. Véanse las referencias al debate sobre la «historización»en I. Kershaw: The Nazi Dictatorship, op, cit., pp. 180-196.

[251] P. Bourrin, «Politique et société...», op, cit.

[252] E. Gentile, Il culto del littorio.... op. cit.

[253] V. Di Grazia, The Culture of Consent. Mass organization of leisure in fascist Italy, Cambridge University Press, 1981.

[254] A. Pepe, «Il sindacato fascista», en Il regime fascista..., op. cit., pp. 220-243.

[255] Esto es particularmente relevante en lo relativo a la historia de la vida cotidiana y la historia social desde abajo en Italia, donde ha seguido pautas metodológicas y temáticas más próximas a la historiografía británica que a la alemana. No se pretende ignorar, por otra parte, la existencia de relevantes diferencias históricas entre Italia y Alemania en lo relativo, por ejemplo, a la amplia gama de actitudes individuales ante el régimen. Pero hay también diferencias historiográficas y no es, desde luego, la menor que, a diferencia de cuanto acaece en Alemania, en Italia esté profundamente arraigada una dicotomía historiográfica entre quienes tienden a enfatizar los elementos de consenso (De Felice) y quienes, por el contrario, enfatizan o centran su atención en las actitudes resistenciales de las clases populares. El riesgo estriba, claro es, en que los estudios aíslen ambas perspectivas dejando en un segundo plano la dinámica de la interrelación entre régimen y sociedad entendida en su más amplio sentido. Todo esto no quiere decir, en fin, que no se estén produciendo últimamente estudios de gran relevancia desde la perspectiva que aquí se subraya. Véase, por ejemplo, L. Passerini, Torino operaia durante il fascismo. Una storia orale, Bari, Laterza, 1984. Sobre la especificidad de la historia de la vida cotidiana en Italia y las distintas tra yectorias historiográficas, véase, M. Ridolfi, «Lugares y formas de la vida cotidiana en la historiografía italiana», Ayer, 19 (1995), pp. 71-100; y C. Natoli, «Resistenza tedesca e antifascismo italiano: due linee di ricerca a confronto», en Stato e Società durante il Terzo Reich. A cargo de Claudio Natoli, Milano, Franco Angelli, 1993, pp. 94-124.

[256] Tales diferencias han sido presentadas de un modo equilibrado por W. Shieder, quien, por otra parte, no ha dejado de señalar la similitud de fondo en las distintas fases de los dos fascismos; incidiendo con fuerza, al mismo tiempo, en el complejo juego de interrelaciones y emulaciones entre ambos. Cf., «La Germania di Hitler e l’Italia di Mussolini. Il problema dei regimi fascisti»,

Passato e presente, 9 (1985), pp. 39-65; del mismo,«Fascismo e nazionalsocialismo nei primi anni Trenta», en Il regime fascista..., op. cit., pp. 45-56.

[257] Inside..., op. cit., p. 249.

EL RÉGIMEN FRANQUISTA. POLÍTICA Y SOCIEDAD

SALAMANCA, 1937: LOS FUNDAMENTOS DE UN RÉGIMEN

De todos los fracasos, supuestos o reales de la II República, el más claro y estrepitoso fue el de la derecha política. A la altura de julio de 1936, la CEDA había fracasado en su asalto electoral al poder, como lo había hecho FE de las JONS en su pretensión de convertirse en un partido fascista de masas. Tampoco los tradicionalistas habían conseguido desencadenar por sí mismos la cuarta guerra carlista. Sólo los monárquicos alfonsinos, en tanto que partido del golpe de Estado, pudieron considerar que el 18 de julio constituía el triunfo de su estrategia. Pero el golpe de Estado fracasó también, por eso hubo guerra civil.

LA CONFIGURACIÓN DEL BANDO NACIONALISTA: FUERZAS POLÍTICAS

Todas las fuerzas enunciadas se comprometieron con la sublevación militar. Sólo que en el nuevo contexto el peso relativo de todas y cada una de ellas resultó radicalmente alterado. La CEDA era un partido de masas para la lucha electoral y para la destrucción, en su caso, de la democracia republicana desde la propia legalidad, pero no era un partido para la guerra civil. Consecuentemente, desaparecería de facto, condenado Gil Robles a la impopularidad, por el propio fracaso de su política posibilista, y con algunos millares de seguidores de las JAP agrupados en sus propias milicias. Por el contrario, los monárquicos alfonsinos, los hombres de la revista Acción Española y de Renovación Española, estaban en condiciones de reivindicar lo acertado de sus estrategias y de ganar posiciones en el terreno que siempre lo habían hecho, es decir, en el de la influencia sobre las élites decisivas, las militares en este caso. Como partido del golpe de Estado y de la intervención militar estaban mejor situados que nadie para moverse en los entresijos políticos de la primera fase de la guerra. La cosa cambiaría, sin embargo, como veremos, cuando aquella entró en una dinámica de masas para la que estaban menos preparados.

Sería esta última dinámica, precisamente, la que favorecería extraordinariamente a falangistas y tradicionalistas. Como únicas formaciones con voluntad de organización de masas que habían apostado siempre por la destrucción violenta de la democracia, estaban en las mejores condiciones para incorporar a los civiles deseosos de movilizarse. Sin embargo, unos y otros estaban divididos. Los tradicionalistas tenían, por así decirlo, dos bazas a jugar. Lo que tenían de organización de masas les hacia entrar en una línea de concurrencia y eventual colaboración con Falange. Lo que tenían de élite socioeconómica y política les aproximaba al juego de los monárquicos alfonsinos. Surgirían de ahí dos líneas o estrategias de actuación representadas, la primera, por Fal Conde y, la segunda, por el conde de Rodezno.

Falange contaba con algunas ventajas indudables sobre los tradicionalistas. Podía dar una perspectiva moderna, fascista, a la guerra y además tenía una proyección sobre todo el territorio nacional de la que aquéllos carecían. Su gran

problema estribaba, por así decirlo, en la falta de cabezas. La mayoría de sus líderes históricos murieron en los primeros meses de la guerra y la formación doctrinal y presencia pública de los que quedaron no era, precisamente, la más idónea. Durante algún tiempo esperaron, incluso contra toda evidencia, la vuelta de su fundador, José Antonio Primo de Rivera –fusilado, como se sabe, en noviembre de 1936. Entre tanto, constituyeron una junta de mando y una jefatura provisional, ostentada por Manuel Hedilla, que apenas si pudo frenar el proceso de cantonalización en curso. Además, pronto se dibujó el enfrentamiento entre los legitimistas, aglutinados en torno a Pilar Primo de Rivera y opuestos a un liderazgo único, y los hedillistas partidarios de éste.[258]

Sin embargo, ni el fracaso previo ni el reequilibrio de las fuerzas fundamentales de la zona nacionalista alteraron, si no es para radicalizarlo, el proceso de fascistización que estos sectores habían experimentado en la etapa republicana. Con pocas excepciones, la CEDA había ido acentuando progresivamente sus perfiles antidemocráticos, al tiempo que descubría en el fascismo mucho de aprovechable: su eficacia antirrevolucionaria, antimarxista y antiparlamentaria, su capacidad para encuadrar a las masas, su corporativismo, que podía ser enlazado con las vagas y semiolvidadas tesis del corporativismo católico. No le gustaban, ciertamente, el nacionalismo estatalista fascista ni su vocación totalitaria, que podrían chocar con las pretensiones de la Iglesia. Pero en eso estribaba el juego, en tomar del fascismo sus ventajas prescindiendo de sus inconvenientes.[259]

Para los monárquicos alfonsinos, la situación era similar. Como sus correligionarios, e inspiradores, de Action Française, integralistas lusitanos o nacionalistas italianos, habían definido un cuerpo de doctrina tan reaccionaria como fríamente racional que descansaba en la defensa del trono, el altar, las élites dominantes y la dictadura. Descubrieron en la tradición, especialmente en el siglo XVI español, la mejor fundamentación y legitimación histórica para sus objetivos. Se hicieron, en suma, nacionalcatólicos o neotradicionalistas.[260] Pero si la legitimación estaba en el pasado, el modelo estaba en el presente: en Italia, fundamentalmente, y Alemania. Compartían, al respecto, con la CEDA toda la admiración por la eficacia contrarrevolucionaria y algunas de sus prevenciones. Pero tenían menos prejuicios antidictatoriales y, sobre todo, una gran confianza en su capacidad de manipulación. Lo que menos les gustaba del fascismo era lo que tenía de apariencia democrática, su voluntad de movilización-integración de las masas, pero confiaban en subsanar esta pequeña pega reforzando el control desde arriba de la experiencia dictatorial.[261]

También los tradicionalistas se habían fascistizado, aunque en una medida tal vez menor que los anteriores.[262] Su apego a la tradición era más genuino, menos instrumental. Pero ese mismo apego les dejaba sin perspectivas. Su antiliberalismo, a la vez antiestatista y antidictatorial, no tenía espacio alguno en el siglo XX. De modo que, o se atrincheraba en sus esen cias tradicionalistas y dinásticas, lo que conducía a su marginación política, o renunciaba a algunos de esos esencialismos en favor de un régimen autoritario que recogiera su ultracatolicismo y antiliberalismo en una línea muy similar a la de los monárquicos alfonsinos. Como sucedía en el plano de la táctica política, Fal Conde y Rodezno representaban, respectivamente, las dos posiciones.

En resumen, los sectores fundamentales de la derecha española se habían fascistizado en sumo grado. No tanto como para renunciar a sus postulados ideológicos fundamentales o a sus fidelidades sociopolíticas básicas, pero sí lo suficiente para incorporar aquellos elementos de fascismo que permitían su modernización, actualización, eficacia contrarrevolucionaria y plasmación en un nuevo tipo de Estado. Quien, por supuesto, no precisaba fascistizarse era Falange, partido plenamente fascista. Por supuesto, éste no veía inconveniente alguno en el fascismo, y menos que ninguno su vocación totalitaria. De hecho, era en esa vocación y en un confuso radicalismo social donde los falangistas encontraban las diferencias esenciales respecto de otras fuerzas de la derecha.[263]

Tales eran las fuerzas y los planteamientos que presidirían los debates y la evolución política de la zona nacionalista. Por supuesto, no actuaban solas y, de hecho, los resortes fundamentales del poder les eran ajenos. Estos eran detentados, claro es, por los militares, pero también la Iglesia vio crecer extraordinariamente su influencia.

LA CONFIGURACIÓN DEL BANDO NACIONALISTA: IGLESIA Y EJÉRCITO

No puede decirse que la cuestión religiosa tuviese una influencia decisiva en el desencadenamiento de la Guerra Civil. De hecho, muchos de los militares sublevados no eran especialmente católicos ni hicieron alusión a esta cuestión en sus proclamas iniciales. Esto no quiere decir que la cuestión religiosa no hubiese tenido una presencia relevante en el devenir y posterior crisis de la democracia republicana o que muchos de quienes apoyaron la sublevación no lo hicieran desde profundas convicciones religiosas. Pero fue la propia Guerra Civil y la terrible persecución de que la Iglesia y los religiosos fueron objeto en la zona republicana lo que contribuyó de modo decisivo a una catolización en gran parte espontánea del conflicto.[264]

Tanto la Iglesia como los nacionalistas en su conjunto se beneficiaron extraordinariamente de esta circunstancia. La caracterización de la guerra como cruzada constituyó un fortísimo respaldo exterior para la causa de los sublevados. Pero este respaldo no fue en absoluto gratuito. Merced a esa circunstancia, la Iglesia se erigió en una fuerza poderosísima con la que habría que contar siempre en lo sucesivo. No en vano se constituyó en un factor de legitimación de la contienda alternativo o complementario, según las circunstancias, al discurso fascistizante, así como en un punto de referencia para todos aquellos sectores de la derecha fascistizada.

Por supuesto, el ejército, protagonista decisivo y detentador exclusivo del poder, era el punto de referencia para todas las fuerzas y sectores que hemos considerado. Al contrario que de éstas, sin embargo, no puede decirse que los militares sublevados tuvieran un proyecto político mínimamente definido. Una dictadura militar, más o menos transitoria, más o menos inspirada en la dictadura de Primo de Rivera, era, posiblemente, el núcleo de tácito consenso entre los alzados. Algunos de ellos, como Cabanellas o Queipo eran republicanos, otros, como Mola, parecían moverse dentro de los límites del «Estado fuerte organizado». Franco, lector de Acción Española, había estado durante el periodo republicano próximo a Gil Robles. Como se ha recordado muchas veces, los «vivas a la República» figuraron en muchas de las proclamas de los sublevados.

En el programa pergeñado por Mola antes del alzamiento se retenía el principio de la separación de Iglesia y Estado; y el propio Franco concluía su primer manifiesto con el lema, eso sí, trastocado, de la revolución francesa: fraternidad, libertad e igualdad.

En suma, la gran variedad de posiciones entre los militares sublevados y la necesidad de obtener el mayor número de adhesiones, determinaron unas posiciones de partida que apenas iban más allá de la constitución de un directorio militar de duración indeterminada. Pero no se puede ignorar en modo alguno cuáles eran las fuerzas que apoyaron la sublevación. El mismo fracaso del golpe de Estado que dio paso a la guerra civil inauguró también un proceso a través del cual fuerzas políticas, Iglesia y militares se condicionaron mutuamente. El elemento fuerte era, por supuesto, el ejército, pero no era, en absoluto, el único.

Hacia la unificación del mando: un jefe (Franco) sin Estado

En los planes iniciales de los conspiradores, la jefatura del directorio debía ser ocupada por el general Sanjurjo. Su muerte, el día 20 de julio, cuando se dirigía a España, trastocaría todos los planes. Reasumiendo las funciones de director que había ejercido durante la conspiración, Mola proclamó el día 23 la constitución, bajo la presidencia del general Cabanellas, de una Junta de Defensa Nacional a la que pronto se incorporarían Franco y Queipo.

Aunque la Junta adoptó algunas medidas, en un sentido fundamentalmente represivo y restauracionista, los elementos más sobresalientes de la situación eran otros. En primer lugar, el carácter puramente militar de todas las autoridades que se constituyeron. En segundo lugar, el destacado protagonismo que en términos de asesoramiento político y colaboración técnica asumieron desde el primer momento los monárquicos. En tercer lugar, el poder real descansaba, más que en la Junta misma, en Mola, Queipo y Franco. Y, en cuarto lugar, Franco se presentaba ya a sí mismo, y era presentado por sus colaboradores, en especial ante sus interlocutores italianos y alemanes, como el jefe de los sublevados.[265] En resumen, el poder estaba fragmentado en diversos focos que no siempre llevaban a cabo la misma política. No era lo mismo, por

ejemplo, la especie de virreinato neofeudal de Queipo en Sevilla, basado en el terror y una especie de populismo demagógico, que el «protoestado carlista» en Navarra, basado en sus propios principios tradicionalistas.[266]

Hacia mediados de setiembre de 1936 se planteó la cuestión del mando único. Era, en parte, una necesidad obvia ante la proximidad del que se presuponía asalto decisivo a Madrid. Pero era también un objetivo de Franco y su entorno, así como de los monárquicos, partidarios siempre de dicha unidad de mando. En dos reuniones sucesivas de la Junta de Defensa Nacional, celebradas los días 21 y 28 de setiembre, Franco consiguió su nombramiento como Generalísimo, es decir, como jefe militar supremo, y como jefe del Gobierno del Estado español. Complicada definición que pronto fue reducida a la de jefe del Estado español.[267]

Los monárquicos y los generales de esta tendencia –particularmente Kindelán y Orgaz– habían jugado bien sus cartas en la confianza de que Franco era entre todos los candidatos el más próximo a esta opción. Pronto se vería, sin embargo, que sus expectativas eran en buena parte erróneas y que Franco no estaba predispuesto a dejar en vida el inmenso poder que se le había confiado.[268] Si se tiene en cuenta, sin embargo, que todas estas decisiones se adoptaron en las –supuestas– vísperas de la toma de Madrid, se podrá constatar que la situación no era todavía por entero favorable a Franco. No pasaba de ser todavía un primus inter pares entre los militares; con la toma de Madrid se abriría la cuestión de la constitución de un nuevo gobierno, y en esas condiciones todo podría ser renegociado de nuevo.

Así pues, sería el fracaso ante Madrid en el mes de noviembre de 1936 el que introduciría una nueva dinámica en el proceso. Es verdad que, por una parte, Franco pudo disponer así de más tiempo para consolidar su poder; es verdad, también, que los monárquicos seguirían consolidando sus posiciones en el entorno del ya Generalísimo. Pero no es menos cierto que algunos problemas empezaron a enquistarse y hasta a proyectar sombras amenazadoras sobre el futuro.

El primero de ellos era el relativo al embrión de administración al que Serrano Suñer llamaría con justicia Estado campamental. Con el nombramiento de Franco cesó en sus funciones la Junta de Defensa para ser sustituida por una Junta Técnica designada por el jefe del Estado. Se trataba de una suerte de proto-gobierno con sede en Burgos, con sus «comisiones técnicas» desperdigadas en distintas ciudades, y a la que en la práctica se le sustraían las decisiones

fundamentales. Decisiones que recaerían, en lo fundamental, en la Secretaria General del Generalísimo, ostentada por Nicolás Franco y radicada en Salamanca. El núcleo fundamental de poder se articulaba, por tanto, en torno a Franco, con la participación destacada de su hermano Nicolás, del monárquico Sangróniz, que ostentaba la Jefatura del Gabinete Diplomático, y del colaborador directo del caudillo, Martínez Fuset. En suma, no se había avanzado un ápice en el terreno de la configuración de un nuevo Estado, y la constitución de un Gobierno digno de tal nombre seguía pendiente.[269]

El segundo problema, indirectamente relacionado con el anterior, pero que alcanzaría pronto tintes más acuciantes y explosivos, era el relativo al formidable incremento experimentado por las milicias falangistas y requetés. Favorecidas por la mayor movilización de energías y recursos humanos que exigió la inesperada prolongación de la guerra, estas fuerzas aparecían cada vez más como potenciales núcleos de poder alternativo. La amenaza era, por entonces, más real en el caso de los carlistas, quienes además disponían de una base territorial y habían empezado a poner, como veíamos, los cimientos de un proto-Estado tradicionalista. El ajuste de cuentas se hizo improrrogable cuando Fal Conde decidió la creación de una Real Academia Militar de Requetés, que, más inconsciente que conscientemente, suponía un desafío implícito a la recién estrenada concentración de poderes en manos de Franco. No es de extrañar, pues, que la respuesta de éste fuese fulminante, imponiendo el exilio del líder carlista.[270]

El incidente, acaecido en diciembre de 1936, tuvo otras dos consecuencias, no por imprevistas menos decisivas. La primera es que ahondó la división en el seno del carlismo entre el intransigente Fal Conde, apoyado por el príncipe regente, Javier de Borbón, y el sector posibilista, mucho más dispuesto a la colaboración con Franco, encabezado por Rodezno con el apoyo de los carlistas navarros.

La segunda consecuencia relevante a que aludimos fue el decreto publicado el 25 de diciembre que establecía la militarización de las milicias y su total subordinación al poder militar. Esto suponía, ni más ni menos, que Franco conseguía castigar a los carlistas, golpeando al mimo tiempo a los falangistas. La milicia es, como se sabe, un elemento esencial de todo movimiento fascista, la base misma de su potencial autonomía. Lo relativamente sorprendente del caso que nos ocupa es que el decreto de militarización no despertara la más mínima objeción por parte falangista. Lo que pone de manifiesto tanto la carencias

político-ideológicas de los líderes falangistas como la facilidad con que los enfoques puramente militares se imponían a los políticos. Así, sin mediar actuación por su parte y casi sin enterarse, la Falange había perdido la primera batalla del aún no iniciado conflicto de la unificación.[271]

HACIA LA UNIFICACIÓN POLÍTICA

La cuestión de la unión de todas las fuerzas políticas que apoyaban a lo que pronto se dio en llamar Movimiento Nacional empezó a flotar en el ambiente en una fase relativamente temprana y de forma en gran parte espontánea. De hecho, como hemos tenido ocasión de comprobar, todos estos sectores coincidían en su carácter antidemocrático y todos se habían fascistizado en alguna medida. Pero aquí se acababa el consenso. Todos querían la unificación pero no todos entendían lo mismo por ella.

Partidarios de una unión con los contornos más amplios y difusos posibles eran aquellas fuerzas que, como la CEDA, habían perdido todo su capital político, o que, como los monárquicos, carecían de masas propias. Una unión más o menos indiferenciada quería decir, entre otras cosas, una mayor capacidad de incidencia para aquellos que contaban con cuadros políticos experimentados y que además disponían de relaciones privilegiadas con los militares. Una unificación de estas características constituiría, por añadidura, una forma de prevenirse frente a las ansias totalitarias de Falange. No es de extrañar, por ello, que fuera un monárquico como Goicoechea quien en fecha tan temprana como octubre de 1936 abogara por la constitución de un amplio «Frente Patriótico»; o que, por las mismas fechas, Gil Robles hiciera llegar a Franco su convicción de que todos los partidos, incluido el suyo, deberían desaparecer en aras de la unidad de todas las fuerzas nacionales. A la espera de que tal estrategia se verificara, las formaciones de menor peso político buscaron su incorporación a las que les eran afines. Tal fue el caso de los sindicatos católicos (CESO) que se incorporaron a la tradicionalista Obra Sindical Corporativa, o del minúsculo y ultrarreaccionario Partido Nacionalista Español, que se integró en la Comunión Tradicionalista.[272]

Estos últimos pasos revelan claramente algo que estaba en el ambiente, que no es otra cosa que el hecho de que la unificación debía pasar necesariamente por las dos grandes organizaciones de masas, Falange y Requeté. Las fuentes italianas nos revelan que algunos movimientos se habían producido ya en esa dirección a finales de diciembre de 1936.[273] Las mismas fuentes atribuyen a Franco –y a la propia influencia italiana– el propósito de proceder a la fusión, bajo su jefatura, de los dos partidos.[274] Al parecer, Franco encargó a Vicente Gay, un catedrático

de Valladolid, ultra-nacionalista y suscriptor de Acción Española, recién nombrado delegado nacional de Prensa y Propaganda, la redacción de un borrador del proyecto. Si así fue realmente, pronto quedó claro que no había elegido a la persona más adecuada. Gay se enfrentó abiertamente a los falangistas al prohibir la difusión de un discurso de José Antonio en el que éste había criticado a las derechas españolas, y tuvo la peregrina ocurrencia de airear el término social-nacionalismo como nombre para el nuevo partido.[275]

Coincidiendo con el agotamiento de esta primera tentativa –si es que a tal cosa llegó–, falangistas y tradicionalistas iniciaron un intento de aproximación o «unificación desde abajo».[276] Las conversaciones se iniciaron en Portugal hacia el 16 de febrero de 1937 y tuvieron como protagonistas a Fal Conde, de una parte y, de otra, a los falangistas Gamero del Castillo, Escario y Sancho Dávila, éste sin el conocimiento de Hedilla. Los falangistas preconizaron una absorción de hecho de los tradicionalistas y éstos defendían una unión que en la práctica supondría la imposición prácticamente absoluta de sus principios y postulados. No es de extrañar que en estas condiciones no se alcanzase acuerdo alguno. O mejor, que el único acuerdo, privado, que alcanzaron fuera el puramente negativo de no aceptar ningún gobierno que no estuviese protagonizado por ambos, ni ninguna unificación con la intervención de terceros.

Unos días más tarde, el 23 de febrero, las negociaciones se retomaron en Salamanca con la intervención, esta vez, del mucho más flexible conde de Rodezno y la incorporación por parte falangista de Julián Pemartín, además del monarco-falangista Pemán.[277] En esta nueva serie de reuniones los falangistas rebajaron extraordinariamente sus planteamientos, hasta el punto de reconocer que en la incorporación de los tradicionalistas a la Falange los primeros representarían la doctrina y los segundos el proselitismo. Falange asumiría, además, la Monarquía católica y tradicional. Se trataba de una curiosa solución por la que Falange absorbía organizativamente a la Comunión Tradicionalista y era doctrinalmente absorbida por ésta, con la Monarquía como culminación de tan peculiar entramado. Una solución muy monárquica, en definitiva, muy del gusto seguramente de Rodezno, de pocos falangistas y de muchos monárquicos; pero no, por supuesto, de Fal Conde, de la mayoría de los falangistas o del propio Franco, relegado en el mejor de los supuestos a la condición de regente.[278] Era normal, por tanto, que la operación no prosperase.

Fue seguramente el conocimiento de estos contactos, percibidos como una amenaza, lo que impulsó a Franco a actuar. Por si esto no era suficiente, los

aliados italianos empezaron a presionarle, por las mismas fechas, en la misma dirección. A principio de marzo, en efecto, Mussolini decidió enviar a España a un jerarca fascista, Farinacci, al objeto de asesorar a Franco sobre cuestiones relacionadas con los partidos y sindicatos.[279] El hecho de que tal visita se produjese apenas quince días después de la llegada a Salamanca del embajador Cantalupo revela claramente la voluntad de Mussolini de aislar a la embajada de sus iniciativas dirigidas a la política interior española.[280]

El 4 de marzo Farinacci tuvo su primera entrevista con Franco, de la que obtuvo una impresión desoladora.[281] Franco era tímido y estaba políticamente en ayunas. Su liderazgo sobre el mucho más inteligente Mola y sobre Queipo no estaría en absoluto asentado.[282] Todos estarían de acuerdo, sin embargo, en la idea de matar.[283] Franco, en particular, no parecía tener más proyecto político que limpiar el país de rojos y simpatizantes. Tenía en la cabeza un vago programa corporativo, y no parecía dispuesto a contar con falangistas y requetés por carecer ambos de líderes válidos. La Monarquía no estaría al orden del día, ya que primero habría que «crear la nación».

¿En qué consistieron los consejos de Farinacci? No, desde luego, en absoluto, en ofrecer un monarca italiano para España.[284] Sí, en cambio, en incidir en la necesidad de preparar un programa social de gobierno, constituir ese Gobierno inmediatamente después de la ocupación de Madrid y proceder a la creación de un Partido Nacional Español unificado decididamente orientado hacia las clases trabajadoras. En sucesivos encuentros Farinacci encontró óptima la idea de los hermanos Franco de incorporar en el nuevo gobierno a Mola y Queipo –para evitar acciones desleales de éstos–, e incidió en la necesidad de contar en todo el proceso con falangistas y requetés. Por supuesto, Farinacci simpatizaba más con los primeros, aunque dudaba de la capacidad de «sus actuales jefes», que con los segundos, a los que consideraba reaccionarios y retrógrados. Sin embargo, dejó claro en todo momento que el pilar básico de la estrategia italiana era el mismo Franco, incluso eventualmente contra la propia Falange.[285] En su escrito final a Nicolás Franco, Farinacci reiteró las grandes líneas expuestas y perfiló algunas de las bases fundamentales de lo que habría de ser el futuro programa: reforma agraria, jornada de ocho horas, Sindicatos Nacionales, Magistratura de trabajo, organismos de previsión social, Dopolavoro, Milicia nacional... El nuevo Estado debería ser totalitario y autoritario, y, nótese, debería tener en cuenta los diversos problemas regionales para evitar que el separatismo tuviera razón de existir en el futuro.[286]

UN DOCUMENTO CLARIFICADOR

Hubo contestación española a las sugerencias de Farinacci, remitida ésta por Nicolás Franco como Resumen de las conversaciones sobre la situación política de España. Se trata de un documento que ha pasado hasta ahora desapercibido, pero cuya importancia es imposible exagerar; entre otras cosas, porque es, probablemente, el único documento de que disponemos en el cual se especifican clara y directamente las intenciones de Franco a un mes de la unificación.[287]

Lo primero que llama la atención del «resumen» es su fuerte carga antifalangista, hasta el punto de contraponer negativamente la contribución militar falangista a la de los tradicionalistas y aun de los monárquicos de Renovación. No sólo. Con una más que probable mala intención, se subraya que la principal contribución falangista se había dado en la retaguardia, en las tareas de control y limpieza de las poblaciones. Es decir, se insinuaba ante los italianos que la terrible represión de la que tanto y tan enérgicamente habían protestado ante Franco tenía más que ver con los falangistas que con las otras fuerzas o el ejército.

Contra la opinión de los italianos, pero también contra las pretensiones de falangistas y tradicionalistas, se sostenía una visión de conjunto de la situación que se revelaría mucho menos coyuntural y de más largo alcance de cuanto parecería a simple vista: no eran dos, sino tres las grandes masas nacionales, siendo la tercera la no integrada en las anteriores organizaciones y que se presuponía absolutamente fiel a Franco. Tampoco habría que atribuir demasiada importancia al espectacular crecimiento numérico de las milicias falangistas y requetés. Se trataba de un crecimiento en parte natural –basado en la simpatía y admiración por su comportamiento– pero sobre todo artificial: las milicias eran más cómodas que la disciplina del ejército, la incorporación a las mismas había sido favorecida por el propio ejército, muchos antiguos rojos se habían incorporado a ellas en busca de protección, otros lo habían hecho por oportunismo y otros, en fin, con el único propósito de perturbar y crear problemas. Frente a la insistencia italiana en la necesidad de un «programa social» se sostenía que ya existía uno –el anunciado por Franco en su discurso del 1.° de octubre– y que además se estaba poniendo ya en práctica.

En el terreno de los propósitos, el documento revelaba con meridiana claridad las intenciones de Franco. En primer lugar, se constituiría un Gobierno formándose al mismo tiempo el Gran Partido de Estado». Contra lo sugerido por Farinacci, tal gobierno parecería obedecer a criterios más técnicos que políticos. Su propia constitución prefiguraría el modelo de Estado a que se aspiraba:

Las características de este Gobierno han de ser de capacidad, autoridad y orientación acorde con las aspiraciones del Movimiento Nacional. Jerarquizado, autoritario, con un profundo sentido de justicia social y de estructura corporativa, para hacer llegar a través del Municipio, Familia, Asociación y Corporaciones la participación de todos en la gobernación del Estado.

En lo que respecta al «Gran Partido Nacional», éste habría de basarse principalmente en las tres masas del movimiento. De ellas, Falange contaba con una doctrina clara y definida, un lema –España, una, grande y libreque asumían todos y «sus 26 puntos (que) caben y hasta son síntesis del programa del nuevo Estado».[288] De Falange se podía aprovechar, pues, casi todo menos sus mandos, «deficientes y sin claridad». Algo parecido sucedería con el tradicionalismo, cuyo lema –Dios, Patria, Rey– y sus principios no serían incompatibles con los anteriores, pero que tenía algunos líderes encastillados en posiciones intransigentes, en especial en lo que hacia referencia a la cuestión monárquica. Una cuestión –y aquí la mano de Franco es clara–, «incompatible con la ingente obra que el país necesita, para la cual es indispensable la fortaleza y absoluta unidad de Mando, que no puede estar mediatizada por cambios de sistema anunciados con o sin plazo fijo». La tercera masa, la «gran masa nacional no organizada», estaría simplemente a la espera de las orientaciones del Generalísimo para agruparse en torno a dicho partido nacional.

El documento hablaba en términos genéricos de los impacientes en cuanto a la creación de un orden más justo, y, también, de los egoístas temerosos de «ver dibujarse un Estado fascista que acabe con sus privilegios». Pero la crítica y descalificación concreta iba en otra dirección: «Las dos organizaciones, Falange y Requetés, han hecho al margen del Estado, gestiones de aproximación y hasta proyectos de fusión, con todas las características de los más viejos pactos políticos, sin mirar ni al resto del país, ni a las conveniencias de la Patria, y por

discrepancias en apreciar principalmente el aspecto y el momento monárquico, no llegaron a un acuerdo, no obstante haber desdibujado ambas sus perfiles para conseguir esa unión».

Dadas estas condiciones y circunstancias, el documento enunciaba la estrategia a seguir de forma clara y contundente:

En esta situación, la orientación del Estado ha de ir forzosamente a la creación de un Partido Nacional de las características de Falange Española, bien a base de ésta, si ella facilita esta tarea con su incorporación total al Estado, o bien independientemente, para recoger en él a todos los españoles que se muevan por un ideario y sigan un programa, con preferencia a todo prejuicio de organización.

El párrafo es tan interesante por la afirmación de que la unificación se hará con Falange o sin ella, como por la claridad con que revela la importancia decisiva que se concede a una masa neutra a la que se supone plenamente franquista. De ahí el carácter absolutamente instrumental que se asignaba al nuevo partido. Como decía más arriba el informe:

Es necesario formar el gran partido del Estado, que le sirva de masa de opinión organizada, que forme la base de su apoyo y difusión de su política, recibiendo de él las aspiraciones e ideales nacionales, que completen en contacto constante con los gobernados, las orientaciones que en materia social, económica, cultural o de política interior, ha de imprimir aquel Gobierno al Estado.

Las cosas estaban, pues, meridianamente claras. Franco contaba con el ejército, pero también con sus propias masas; la unificación se haría con o sin Falange; se adoptaría el programa de ésta y no habría de momento espacio alguno para la cuestión monárquica; y, sobre todo, el nuevo Gobierno contaría con un partido que le serviría de caja de resonancia. No hace falta insistir en que aquí está expuesta en gran parte la esencia del franquismo. Estaba expuesto también un

programa de actuación. Faltaba únicamente que se dieran las condiciones para su puesta en práctica.

ALGO DE TRAGEDIA Y BASTANTE DE FARSA: LA UNIFICACIÓN

El programa formulado en el documento analizado no era, desde luego, el de Farinacci. No era fascista ni totalitario, subordinaba absolutamente el partido al Estado, ignoraba las referencias regionales y desconocía por completo el radicalismo agrario y social del anterior. Pero sí coincidía con las sugerencias del italiano en dos puntos fundamentales. Primero, en la necesidad de la unificación; segundo, que el Gobierno debía seguir a la toma de Madrid y la constitución del partido acompañar a la del Gobierno.

Pues bien, en las semanas sucesivas este orden quedaría invertido: el partido precedería al gobierno en ocho meses y a la toma de Madrid en casi dos años. ¿Qué sucedió para que se diese esta inversión? La primera respuesta es clara. Se renunciaba a la prioridad de la toma de Madrid, sencillamente porque, con la derrota de Guadalajara, se había fracasado por segunda y definitiva vez en el empeño. Pero este hecho volvía a alterar radicalmente todas las previsiones. La hipótesis de la guerra breve se alejaba ahora definitivamente, de modo que ya no era posible aplazar por más tiempo la solución de los grandes problemas políticos.

La posición de Franco no era especialmente sólida. Políticamente podía verse amenazada por las maniobras de aproximación de los dos grandes partidos, y en lo que a los militares respecta, la potencial amenaza a su liderazgo de Mola y Queipo seguía latente. La moral de las distintas «masas nacionales» podría resquebrajarse y ello podría servir de sustento a posibles maniobras políticas. Franco, pues, debía actuar en los dos frentes. En el militar, cosechando victorias parciales, pero continuas, que reforzaran la moral general y su prestigio personal; en el político, acelerando los tiempos para la constitución del nuevo gobierno y del nuevo partido.[289]

Entre mediados de marzo y principios de abril de 1937, Franco empezó a encontrar un terreno sólido de apoyo entre los falangisti antichi ed i tradizionalisti sani.[290] Un terreno lo suficientemente sólido al parecer como para iniciar la puesta en marcha de su proyecto. El día 11 de abril, en efecto, los hermanos Franco informaron a carlistas, italianos y alemanes de sus propósitos

inmediatos, pero no dijeron a todos lo mismo. A los carlistas les anunció Franco que se iba a dictar en breve plazo el decreto de unificación.[291] Al embajador alemán, Faupel, le informó de su intención de anunciar su programa de reforma en el «próximo futuro», así como de su deseo de fundir los dos grandes partidos en uno solo dirigido por él mismo. Incluso le anticipó la composición de la futura Junta: cuatro falangistas y dos monárquicos.[292] Al jefe de la oficina italiana de prensa y propaganda en Salamanca, Danzi, le anunció Nicolás Franco la próxima constitución de un gobierno «fascista o fascistoide», del que formaran parte Mola y Queipo, y la subsiguiente unificación, por decreto, de los partidos en un «partido de Estado» que se llamaría Falange.[293]

De este cúmulo de informaciones no siempre coincidentes, dos cosas parecen emerger con cierta claridad. Primera, que ni estaba muy definido el orden de los pasos a dar ni la cosa era tan inmediata como terminó por ser. Segunda, que a estas alturas las relaciones con los líderes falangistas seguían sin ser buenas. Es probable que por entonces Franco pudiera contar ya con algunos falangistas como López Bassa, González Bueno o Giménez Caballero –todos ellos marginales en la línea de mando de Falange– pero no así, todavía, con los hedillistas o los legitimistas aglutinados en torno a Pilar Primo de Rivera.[294]

No es extraño pues que las dos tendencias enfrentadas de Falange considerasen que aún tenían tiempo para actuar y cierto margen para negociar. Lo paradójico es que fueron sus propios movimientos los que, al precipitar los acontecimientos, terminaron por eliminar ambas cosas.

Los movimientos de Franco y la favorable acogida que habían tenido en los medios carlistas más próximos a Rodezno agudizaron la necesidad de Falange de poner en orden la propia casa para situarse en las mejores condiciones posibles ante la inexorable y cada vez más próxima unificación. El 15 de abril Hedilla convocó para diez días más tarde el Consejo Nacional de FE de las JONS con la nítida intención de forzar su elección como jefe nacional.[295] Esto provocó la reacción de sus rivales: al día siguiente, Sancho Dávila, Aznar, Moreno y Garcerán se presentaron ante Hedilla para comunicarle su destitución y la constitución de un triunvirato que se haría cargo de la dirección del partido, con el último de los citados como secretario general.

La apuesta por el poder estaba planteada abiertamente por ambas partes. Las dos decían querer proteger a la Falange frente a la voluntad unificadora de Franco. Paradójicamente, los dos sectores corrieron al cuartel general buscando el apoyo

de aquél contra el que decían querer proteger a su partido. Aparentemente, el cuartel general se limitó a tomar nota de lo sucedido, hacer alguna advertencia acerca del uso de la violencia y ofrecer protección a Hedilla. Éste, mientras tanto, estaba preparando su recuperación del poder. Movilizó militarmente a sus fieles y en la noche del dieciséis algunos de sus hombres visitaron a Sancho Dávila con el evidente propósito de detenerle; lo mismo que pensaban hacer en su posterior visita a Garcerán. En el domicilio del primero se produjo la conocida escaramuza en la que resultaría muerto uno de los hombres de Hedilla, Goya, y mortalmente herido uno de sus adversarios, Peral.

¿Cuál fue la actitud del cuartel general en todo esto? Se ha barajado la hipótesis de una conspiración de éste, que habría manipulado a unos y a otros hasta provocar el enfrentamiento.[296] Tal vez fuese así. De lo que no hay duda, en cambio, es de que en la noche de los enfrentamientos las fuerzas del cuartel general apoyaron claramente a Hedilla; hasta el punto de que, como es sabido, las detenciones que se practicaron entonces –la de Sancho Dávila y Garcerán, entre otros– fueron de los agredidos y no de los agresores.

¿Se había convertido al fin Hedilla en el hombre de Franco? Seguramente no. Lo más probable es que en algún momento del proceso Hedilla se hubiera convencido de que la unificación era inevitable y que, por tanto, era más útil no oponerse a ella, ganando a cambio márgenes de negociación.[297] Fuere como fuere, lo cierto es que en las cuarenta y ocho horas siguientes Hedilla siguió contando con el apoyo de Franco. En el que habría de ser último Consejo Nacional de FE de las JONS, celebrado los días 18 y 19 de abril en Salamanca, Hedilla fue elegido jefe nacional. El día 18, en la misma tarde en que Franco pronunció por la radio el que sería conocido como discurso de la unificación, Hedilla comunicó al Generalísimo su elección y éste se felicitó por ello. Poco después ambos saludaban desde el balcón a los manifestantes congregados para celebrar el anuncio unificador.

Al día siguiente, mientras concluía el congreso falangista, se daba a conocer el decreto de unificación. Así como el discurso previo, debido a la pluma de Giménez Caballero, constituía una síntesis de las concepciones histórico-políticas neotradicionalistas y fascistas, el decreto no era menos eficaz en esa misma línea sintética. Debido éste a la pluma de Serrano Suñer, establecía la integración en una sola organización de Falange y Requetés, bajo la jefatura de Franco y con el nombre provisional de Falange Española Tradicionalista de las JONS. Afirmaba que el nuevo Estado sería totalitario, aludía a la integración de

la «fuerza tradicional» en la «fuerza nueva», pero eludía el término partido para referirse a la nueva entidad política. La cual era definida como una organización intermedia entre la sociedad y el Estado que debía llevar al último el aliento del pueblo, y a éste el pensamiento del Estado. Las milicias quedaban, en fin, igualmente unificadas bajo el mando supremo de Franco.[298]

Fue, sin embargo, la publicación de la composición de la Junta de Mando de la nueva entidad, el día 22 de abril, lo que reveló con absoluta claridad las intenciones del cuartel general y confirió a todo el proceso el carácter de «golpe de Estado a la inversa», esto es, de ocupación del partido por el Estado, del que hablara Ridruejo.[299] Formaban parte de la Junta cuatro tradicionalistas (Conde de Rodezno, Conde de la Florida, Luis Arellano y J. M. Mazón), todos ellos de la línea colaboracionista opuesta a Fal Conde, y seis falangistas (Hedilla, Gazapo Valdés, Miranda, López Bassa, González Bueno y Giménez Caballero), también todos ellos, salvo Hedilla, con antecedentes de colaboración con el cuartel general.[300] De todas formas, había algo más sangrante en relación a los falangistas que a los tradicionalistas. Y no consistía sólo ni fundamentalmente en que no se reconociese a Hedilla una, posiblemente prometida, jefatura de facto. Consistía simplemente en el hecho de que, salvo Hedilla, ninguno de los falangistas nombrados habían tenido una posición significativa previa en la dirección del partido. En una palabra, la unificación no sólo había sido por arriba y por decreto, sino que además se había marginado radicalmente a la dirección de Falange.

La única excepción la constituía Hedilla, algo que le dejaba claramente a los pies de los caballos. En el aludido golpe del Estado contra el partido, se había dejado ahí a Hedilla en solitario y a modo de legitimador de dicho golpe. Podía decirse que ahí y sólo con eso había sido condenado: ninguno de los falangistas de la vieja dirección -legitimistas o hedillistas que fueran– podía dar el visto bueno a semejante golpe. Consecuentemente, las presiones de unos y otros se multiplicaron para que no aceptara su designación. Pero si no lo hacía lo que quedaba deslegitimada era la unificación misma ante todos los falangistas. Y esta era una hipótesis con la que Franco no estaba dispuesto a transigir. En efecto, como es sabido, Hedilla no aceptó, fue detenido con otros falangistas dos días después, el veinticinco, y sometido a dos procesos de los que resultarían dos penas de muerte, luego conmutadas. Contra Hedilla se lanzaron cargos con relativo fundamento, como el famoso telegrama, otros basados en la manifiesta distorsión de algunos hechos, y otros absolutamente inverosímiles.[301] Pero es posible que el cargo más real, el de más peso y en última instancia determinante

no se formulara nunca: el de haber puesto de manifiesto con su propia dimisión el alcance de la captura de Falange por Franco.

Los acontecimientos posteriores vienen a confirmar esta hipótesis. La dimisión, encarcelamiento y condena de Hedilla constituían un fiasco imprevisto. Las oposiciones a la nueva situación podían multiplicarse y aunque Franco estaba dispuesto a cortar de raíz la más mínima disidencia, estaba claro que esto no bastaba.[302] No había más remedio que reconstruir algunos puentes con Falange, aunque esto no resultó en exceso difícil. Los legitimistas, con Pilar Primo de Rivera a la cabeza, entraron en una línea de colaboración y abierto acatamiento a través de la aceptación masiva de cuantos cargos se les ofrecieron.[303] No era la más heroica de las respuestas, pero ya Hedilla había pagado por todos. Franco podía darse por satisfecho: estaba consiguiendo lo que aquél, un poco forzado por todos, había estado a punto de frustrar, la legitimación de la captura de Falange.

Se ha tendido a comparar los sucesos de Salamanca con la noche de los cuchillos largos. Pocas comparaciones tan desafortunadas. En Alemania el jefe del partido y del gobierno, Hitler, golpeó al sector más radical de su propio partido llevándose por delante, de paso, a buena parte de la proto-oposición conservadora.[304] En España una pequeña trifulca interna facilitó la ocupación del partido por el jefe del Estado. No se golpeó a ninguna oposición conservadora, pero sí, sucesivamente, a los dos sectores fundamentales del partido. El jefe nacional de ese mismo partido fue, simplemente, condenado a muerte.

Los falangistas vencidos se incorporaron con sorprendente facilidad al carro del vencedor; no hacía falta que corriera más sangre. Esta es la diferencia entre la farsa y la tragedia de que hablara Carlos Marx parafraseando a Hegel. Hubo mucho de tragedia en la noche de los cuchillos largos, un enfrentamiento entre bárbaros fascistas atrapados por sus propias contradicciones. Hubo mucho de tragedia en la Barcelona republicana en mayo de 1937, un enfrentamiento entre revolucionarios apresados por la dramática contraposición entre guerra y revolución. No había revolucionarios en la Salamanca de 1937, y su barbarie estaba reservada para otras víctimas.

EPÍLOGO: LOS FUNDAMENTOS DE UN RÉGIMEN

No hay ninguna duda de que la operación unificadora se saldó con un triunfo pleno de Franco y su entorno. Si recordamos el documento remitido por Nicolás Franco a Farinacci, reconoceremos en el resultado final las intenciones iniciales: se habían unificado las tres masas nacionales bajo su dirección indiscutible; se había prescindido de los líderes falangistas y del sector intransigente carlista; el partido unificado estaba basado en los 26 puntos de Falange y, como se apuntaba claramente tanto en el discurso como en el decreto, no se apreciaba contradicción alguna entre los principios fascistas y tradicionalistas. Se hablaba de un Estado totalitario, como gustaba a los falangistas, pero se eludía el concepto de partido, lo que gustaría a todos los demás.

Pero sobre todo se había conseguido cortar las alas a las ansias totalitarias de Falange, frente a la cual Franco aparecía como la mejor de las garantías. No es de extrañar, por tanto, que los hombres de las JAP y Gil Robles, los monárquicos y la mayoría de los tradicionalistas mostraran su satisfacción por la solución alcanzada.[305] A mayor abundamiento, el grupo de Acción Española, no mencionado en el decreto, fue expresamente invitado a integrarse en el «Movimiento de Falange Española Tradicionalista y de las JONS».[306]

No se puede decir, sin embargo, que todo esto fuese una obra maestra de Franco. Este empezó a actuar en gran parte como respuesta a movimientos ajenos y cuando lo hizo, hacia el 11 de abril, todavía no sabía exactamente ni el cómo ni el cuándo de su proyecto. Pero bastó anunciarlo para que los acontecimientos se precipitasen. Falange se suicidó con el enfrentamiento armado de sus dos tendencias y Franco sólo tuvo que recoger los frutos.[307] Eso sí, llegado al final del proceso se mostró inflexible, premiando a quienes le habían apoyado y marginando a quienes se le habían opuesto.

Por el camino se encontró con un premio añadido. Los sucesos de Salamanca obligaron a posponer la constitución del gobierno a la del partido.[308] Consecuentemente, no hubo que contar ya, al menos por el momento, con Mola y Queipo. Estos fueron consultados y dieron el visto bueno a una unificación que tenía también lo suyo de expediente militar. Sólo que al hacerlo habían dado a

Franco una poderosa base política a sumar a la militar.

Pero la unificación no resolvió todos los problemas, como lo prueba, entre otras cosas la tardanza en la constitución del primer gobierno (enero de 1938). En cierto modo fue, además, una unificación fallida, por lo menos en lo que a falangistas y requetés se refiere. En el contexto general de las fuerzas en presencia no estaba dicha, ni mucho menos, la última palabra.

Superar la fractura con los falangistas suponía, entre otras cosas, hacerles concesiones. Lo cual se revelaría sumamente fecundo. Una vez sometidos, no tenían ya otro punto de referencia que el propio Franco. Bien considerados y remunerados –en puestos directivos– podrían convertirse, incluso, en los más fieles seguidores del Generalísimo. De modo que el partido fue cada vez más de los falangistas y cada vez menos de los tradicionalistas. El gran artífice de este proceso fue Serrano Suñer, quien acertó a convertirse en el gran intermediario entre el radicalismo falangista y el jefe del Estado. A muchos de los relativamente nuevos y más coherentemente fascistas de entre los falangistas, como Laín, Tovar o Ridruejo, se les dejó creer que podían construir, desde la prensa y la propaganda, el nuevo Estado totalitario. Frente a los reaccionarios defendieron un proyecto nacional que incluía desde la recuperación de la generación del 98 y Ortega hasta ciertas concesiones a la cultura catalana. No es que fueran más liberales que sus oponentes. Eran simplemente más fascistas y totalitarios: querían abrazarlo todo dentro, y sólo dentro, del partido y del Estado. Hasta se permitieron el lujo de bloquear las publicaciones de Acción Española y aun de censurar a Pemartín y hasta casi al mismísimo Menéndez y Pelayo.[309] En suma, aspiraban con más ilusión que realismo a reconquistar el Estado desde el partido. Como controlaban la propaganda terminaron por hacérselo creer a muchos... hasta ellos mismos llegaron a creérselo.[310]

Pero no controlaban el poder y sus adversarios no estaban en modo alguno indefensos. Si ellos podían intentar censurar a Vigón o Pemartín, los otros –la Iglesia en este caso– podían hacer lo propio con Unamuno.[311] Bien estaba la propaganda en sus manos. Pero pronto quedó claro que el control de las conciencias quedaría en manos de la Iglesia. Con la constitución del nuevo gobierno se demostró, además, lo que también se había anticipado ya en el informe remitido a Farinacci. Es decir, que el gobierno gobernaría, que sería soberano por delegación del único soberano: Franco. El partido serviría ciertamente para hacer algunos ejercicios de programa social –a través de Trabajo y Sindicatos– o como transmisor de alientos y pensamientos. Pero de la

política económica se ocuparían militares y monárquicos, de la religiosa los católicos y del orden público los militares. El Fuero del Trabajo aprobado en marzo de 1938 tomaría mucho del fascismo, aunque no faltaran en él, una vez más, las reiteradas referencias legitimadoras a la tradición; copiaba muchas cosas del modelo italiano, pero también del portugués...[312]

En resumen, todos tenían motivos para sentirse satisfechos y todos tenían motivos para sentirse insatisfechos. Los esencialistas de todas las tendencias fueron marginados o se automarginaron progresivamente. Vegas Latapie, a quien tanto debería ideológicamente el nuevo Estado, se auto-marginó por la cuestión monárquica y el creciente protagonismo falangista.[313] Otros monárquicos no tardaran en seguirle, como también harían algunos falangistas.

En cierto sentido, la creciente fascistización del Estado, en la que hay que incluir a su propio jefe, molestaba a algunos derechistas por demasiado fascista y a algunos falangistas por escasamente fascista. La mayoría, no obstante, se sentía a gusto. El punto de encuentro de todos ellos era Franco. Pero éste no era ni mucho menos un genio político o ideológico. Como muchos de los que le seguían, Franco bebía de las fuentes de su tiempo, además de representar los equilibrios de los sectores que le apoyaban. Los no fascistas llevaban mucho tiempo admirando muchas cosas de la Italia fascista o de la Alemania nazi, justo aquellas que empezaban a ser una realidad en la zona nacionalista. Los fascistas más consecuentes se ilusionaban con la idea de que la creciente fascistización desembocase en un auténtico fascismo; los menos coherentes –es decir, la mayoría– empezaban a descubrir que en los límites que la situación y el propio Franco imponían al proceso de fascistización, se podía vivir muy bien. Dicho de otro modo, ellos mismos se fascistizaron al revés: pasaron de fascistas a fascistizados.

Con todo, en abril de 1939, las espadas seguían en muchos aspectos en alto. Lo suficiente para que en «la hora alemana», y en la posterior –es decir, durante la Segunda Guerra Mundial– unos y otros pudieran aspirar por última vez a ver cumplidos sus objetivos máximos. Sería entonces cuando Franco concluyera su aprendizaje. Pero ya entonces había aprendido mucho. Lo suficiente para saber aprovechar los movimientos de los demás. Lo suficiente para saber que el grueso de los sectores que le apoyaban prefería una fascistización relativa a una tímida evolución hacia la democracia, unos; una fascistización relativa a una real, y siempre peligrosa, aventura fascista, los otros. Ciertamente Franco fue el gran artífice de la dictadura franquista, pero no conviene olvidar que esa dictadura se

pareció siempre demasiado al tipo de régimen que habían soñado las fuerzas fundamentales de la derecha española durante la II República. De hecho, como demuestran los meses cruciales de marzo y abril de 1937, Franco había comprendido muy pronto cuáles eran las líneas de fuerza, políticas e ideológicas, fundamentales de su régimen. Si en algún lugar hay que radicar los fundamentos, la esencia, del franquismo es seguramente ahí.

[258] No prestamos atención aquí a otras fuerzas políticas o individualidades que se decantaron también por los sublevados. Es el caso de muchos de los radicales de Lerroux, formación en abierto proceso de descomposición, o de la Lliga Catalana de Cambó. Esta última, que no había apoyado en un primer momento a los sublevados se decantó por ellos como reacción, en parte, a la formidable carga destructiva de la revolución que siguió en Cataluña al 18 de julio. En lo sucesivo prestaría grandes servicios a la zona nacionalista en el terreno de la propaganda exterior, pero no se puede decir que constituyera un factor relevante de la evolución de su política interior. Cf. B. de Riquer, L'últim Cambó (1936-1947). La dreta catalana davant la guerra civil i el franquisme, Vic, EUMO, 1996.

[259] Cf. J.R. Montero, La CEDA. El catolicismo social y político en la II República, Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1977.

[260] Esto debía facilitar al mismo tiempo la operación de aproximación a los carlistas al objeto de resolver la cuestión dinástica. Fracasadas durante la II República, estas maniobras se intentarían de nuevo, con idénticos resultados, durante la Guerra Civil. La operación consistía básicamente en la abdicación de Alfonso XIII en favor de su hijo D. Juan, quien abrazaría al tiempo los principios tradicionalistas.

[261] R. Morodo, Los orígenes ideológicos del franquismo. Acción Española, Madrid,Alianza, 1985; J. Gil Pecharromán, Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936), Madrid, EUDEMA, 1994.

[262] Cf. M. Blinkhorn, Carlismo y contrarrevolución en España 1931-1939, Barcelona,Crítica, 1979.

[263] Sobre la falange republicana, pero también sobre las fascistización de las otras fuerzas de la derecha, véase J. Jiménez Campo, El fascismo en la crisis de la II República, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979. También, R. Chueca y J.R. Montero, «El fascismo en España: elementos para una interpretación», en Historia Contemporánea, 8, pp. 215-247. Sobre el concepto de fascistización, I. Saz, «El franquismo ¿Régimen autoritario o dictadura fascista?», en El régimen de Franco (1936-1975). Política y Relaciones Exteriores, Madrid, UNED, 1993, 2 vol., I, pp. 189-201.

[264] Cf. H. Raguer, La espada y la cruz. La Iglesia, 1936-1939, Barcelona, Bruguera, 1977.

[265] Sobre la promoción que Franco hacía de su propia figura, véase P. Preston, Franco.«Caudillo de España», Barcelona, Grijalbo, 1994, pp. 227 ss.

[266] Cf. J. Tusell, Franco en la guerra civil. Una biografía política, Barcelona, Tusquets,1992, pp. 40-49.

[267] Cf. P. Preston, op. cit., pp. 227 ss.

[268] Ibidem, pp. 234-235.

[269] R. Serrano Suñer, Entre Hendaya y Gibraltar, Barcelona, Nauta, 1973, pp. 44-57.

[270] J. del Burgo, Conspiración y guerra civil, Madrid, Alfaguara, 1970; J. Tusell, op.cit., pp. 70-76.

[271] Cf. D. Ridruejo, Escrito en España, Buenos Aires, Losada, 1964, pp. 79-80.

[272] J. Tusell, op. cit., pp. 103 ss.; P. Preston, op. cit., pp. 315 ss.

[273] Según el encargado de negocios en funciones de la embajada italiana, una Falange en crisis estaría considerando el proyecto de pedir a Franco que encabezase una negociación tendente a asegurar la unión de las dos fuerzas bajo su jefatura. De Ciutis, 31.12.36, Archivio Storico del Ministero degli Affari Esteri (ASMAE), Politica Spagna (PS), b. 20.

[274] Cf., I. Saz y J. Tusell, (eds.), Fascistas en España. La intervención italiana en la Guerra Civil a través de los telegramas de la «Missione Militare Italiana in Spagna» 15 diciembre 1936 – 31 marzo 1937, Madrid, CSIC, 1981, pp. 37 y 89.

[275] Danzi, 10.1.37, ASMAE, Spagna Fondo di Guerra (SFG), b. 20. Lo de la censura y consiguiente reacción falangista en M. García Venero, Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla, París, Ruedo Ibérico, 1967, pp. 317-320; D. Ridruejo, Casi unas memorias, Barcelona, Planeta, 1976, p. 87. Lo de socialnacionalismo en J. Tusell, op. cit., p. 100. Danzi menciona el término social-progresismo como nombre para el partido unificado.

[276] Una excelente síntesis en J. Tusell, op. cit., pp 105-109; también, M. García Venero, op. cit., pp. 323-330.

[277] M. García Venero, op. cit., p. 328; E. Vegas, Los caminos del de sengaño. Memorias políticas (II) 1936-1938, Madrid, Tebas, 1987, pp. 69-70 y 205, donde se hallan también interesantes referencias al celo falangista y unificador del monárquico Pemán.

[278] En la última propuesta por parte falangista se contemplaban tres opciones para la dirección del nuevo partido: «a) el triunvirato tendría la plenitud de la autoridad delegada por el regente, con el cual, no obstante, se contaría para designar a la persona que habrá de ocupar el Trono, b) Franco regente. c) Don Juan, futuro Rey, una vez resuelta por el Tradicionalismo de acuerdo con su regente la cuestión dinástica, asumiría monárquicamente, y desde ahora mismo, la jerarquía de Falange, hasta tanto viniese al Trono de España.»

[279] Mussolini a Franco, 1.3.37, Archivio Centrale dello Stato (ACS), Segretaria particolare del duce, carteggio riservato, b. 463/R, 6. Ciano a Cantalupo, T. 547/191, 6.3.37,ASMAE, SFG, b. 4.

[280] Fascistas en España..., op. cit., pp. 37-38. Debe retenerse que Cantalupo se sintió desautorizado por la presencia de Farinacci; de donde seguramente su propensión a mentir en su famoso libro Fu la Spagna. Ambasciata presso Franco. Febbraio-Aprile 1937, Milán,Mondadori, 1948. En dicho libro Cantalupo se dedica a contradecir abierta, sistemática y radicalmente lo que decía en los despachos remitidos en su momento a Roma –y que supuestamente reproduce. Debe otorgarse por tanto máxima credibilidad a los aludidos despachos y ninguna al libro. Cf. I. Saz, Mussolini contra la II República, Valencia, Alfons el Magnànim, 1986, pp. 221-222.

[281] Farinacci a Mussolini, 5.3.37 (el escrito aparece erróneamente fechado en el mes de febrero), ASMAE, SFG, b. 4

[282] Estos juicios negativos de Farinacci eran ratificados por Cantalupo, quien de todas formas iba mucho más lejos en su crítica demoledora a Franco y los generales españoles. Cantalupo a R. Ciano, 404/197, 1.3.37, ASMAE, PS, b. 29; R. 287/137, 17.11.37; R.392/193, 1.3.37. Cantalupo, 9.4.37, «La situazione politico-militare della Spagna nel nonno mese di Guerra Civile», ASMAE, SFG, b. 38. A título de ejemplo, véase la siguiente descripción que hace de Franco en el último de los despachos citados, y que, por supuesto, no reproduce en su libro: «carente de ideas, escasísimo de sentimientos, de escasísimas lecturas, de ambiciones apenas familiares, de concepciones generales anticuadas e inertes, extremadamente alejado de las ideas del Estado moderno, frígido y átono: extraño a la Europa moderna: lo menos fascista que se pueda imaginar».

[283] Ésta era otra obsesión de la práctica totalidad de los enviados de Mussolini, periodistas y diplomáticos italianos. Estaban literalmente asombrados por la ferocidad de la represión en la zona nacionalista, creían que ésta exasperaría la resistencia republicana y temían que se asociase su ocupación de Málaga con la carnicería que se desató allí a continuación. El mismo Farinacci llegó a hacer una gestión personal ante Franco al respecto. Farinacci a Franco, 9.3.37, Farinacci a Mussolini, 8.3.37, ambos en ASMAE, SFG, b. 4. Sobre esta y otras gestiones italianas, véase J.F. Coverdale, La intervención fascista en la guerra civil española, Madrid, Alianza, 1979, pp. 182-183; y, Fascistas en España, op. cit., pp. 39, 154, 158 y 164-165.

[284] Éste es, sin duda, uno de los más felices inventos de Cantalupo. El único rastro de semejante propósito que existe en sus escritos a Roma consiste en hacerse eco de un rumor existente «entre los partidos españoles» de que Farinacci venía a España con semejante objetivo. Luego, en el libro, retuerce el argumento hasta dar a la historia un aire de verosimilitud de la que por completo carecía. Cantalupo a Pietromarchi, 9.3.37, ASMAE, SFG, b.4; Fu la Spagna... op. cit., pp. 146-154.

[285] «Si se quisiera castigar a los representantes de los falangistas y de los requetés, que con sus acuerdos se han mostrado poco deferentes con el Generalísimo, bastaría publicar el texto del acuerdo para desacreditarlos ante sus afiliados. Se podría aprovechar seguidamente esta mal humor para intentar fundir las fuerzas con una única dirección, con un único programa». Farinacci a Nicolás Franco, 10.3.37, ASMAE, SFG, b. 4.

[286] Ibidem. Como en el caso de la represión, los fascistas italianos aconsejaron reiteradamente a Franco, con éxito nulo, la concesión de cierta autonomía a vascos y catalanes. Cf. Fascistas en España..., op. cit., pp. 38-39, 76, 94.

[287] Documento, sin fecha ni firma, del que existen dos ejemplares, uno en castellano y otro en italiano, en ASMAE, SFG, bb., respectivamente, 4 y 10. Se trata, sin duda, del resumen de la opiniones del Generalísimo sobre las perspectivas inmediatas de la política española que Farinacci había pedido a Nicolás Franco en su escrito del día 10 de marzo.

[288] Aquí la referencia a los 26 puntos es tan importante por lo que anuncia, es decir, que se adoptaría el programa de FE de las JONS, como porque da ya por supuesto lo que sólo se haría realidad después de la unificación: la desaparición del punto 27. Este punto decía lo siguiente: «Nos afanaremos por triunfar en la lucha con sólo las fuerzas sujetas a nuestra disciplina. Pactaremos muy poco. Sólo en el empuje final para la conquista del Estado gestionará el mando las colaboraciones necesarias, siempre que esté asegurado nuestro predominio».

[289] Al informar a Faupel de su deseo de proceder a la unificación de los partidos, Franco vinculó expresamente este hecho con la desaparición de las expectativas de una próxima captura de Madrid, Faupel, 14.4.37, DGFP, D, 3, n.° 243. Hacia el 24 de marzo Cantalupo había llegado a la conclusión de que Franco no quería llegar a Madrid antes de obtener una gran victoria asociada a su nombre que le

permitiera adoptar una postura más autoritaria hacia falangistas y tradicionalistas. Una semana más tarde el mismo Cantalupo informaba que la estrategia de Franco consistía en ir cosechando pequeñas victorias para, así, de éxito parcial en éxito parcial, afrontar con el máximo de garantías el asalto final a Madrid. Cantalupo, R. 657/320, 24.3.37 y R. 709/345, 29.3.37, ASMAE, SFG, b. 38.

[290] Nicolás Franco a Farinacci, 19.3.37, ASMAE, SFG, b. 4. Parece claro que los tradicionalistas «sanos» eran los de Rodezno. Desgraciadamente, el hermano del Generalísimo no precisa quienes eran esos falangistas «antichi», término que puede traducirse también por leales u honrados.

[291] J. Tusell, op. cit., pp. 117-120; J. del Burgo, op. cit., pp. 776-780.

[292] Faupel, 14.4.37, DGFP, D, III, n.° 243.

[293] Danzi, TE. 332/16, ASMAE, SFG, b. 38.

[294] En sus conversaciones arriba citadas con Faupel y Danzi, Franco y su hermano habían mantenido el tono crítico hacia Hedilla y «los jefes del Falangismo».

[295] Existe una abundante y terriblemente confusa literatura sobre «los sucesos de Salamanca». Aquí nos hemos limitado a trazar una breve síntesis basada en aquellos hechos sobre los que las informaciones son menos controvertidas. Las reconstrucciones más recientes y claras son las de P. Preston, op. cit., pp. 324-346; J. Tusell, op. cit., pp. 125-137; y S. Ellwood, «La Unificación», en Historia 16, n.° 132, pp. 11-19. Entre las narraciones «clásicas», M. García Venero, op.

cit., pp. 334-424; Testimonio de Manuel Hedilla, Barcelona,Acerbo, 1972, pp. 425-553; A. Alcázar de Velasco, Los siete días de Salamanca y Hedilla, Madrid, 1976, passim; V. Cadenas, Actas del último Consejo Nacional de Falange Española de las JONS (Salamanca 18-19.4.1937) y algunas noticias referentes a la Jefatura Nacional de Prensa y Propaganda, Madrid, s. n., 1975, pp. 69-127.

[296] Cf. J. Tusell, op. cit., pp. 132-133; P. Preston, op. cit., pp. 326-331.

[297] Hedilla debía saber por Farinacci y Danzi hasta qué punto los italianos eran partidarios de la operación. Es posible que supiese también que ante una eventual oposición de Falange a la unificación, el embajador alemán y los «representantes del Fascio en la emba jada italiana» habían decidido apoyar a Franco. Faupel, 14.4.37, documento citado.

[298] El discurso afirmaba que el Movimiento había tenido tres etapas. La primera se remontaría nada menos que a la Reconquista, los Reyes Católicos y el Imperio. Sería aquella España, además, la que con su idea «universal y católica y su Imperio cristiano habría dado la norma ideal para las etapas sucesivas. La segunda etapa histórica o tradicionalista habría sido la de la resistencia –Navarra especialmente– contra la «España bastarda, afrancesada y europeizante de los liberales». La tercera, la contemporánea, sería precisamente la de la fusión de la tradición con el nuevo estilo falangista. La autoría del discurso la reivindica el mismo Giménez Caballero en Memorias de un dictador, Barcelona, Planeta, 1979, pp. 96-98, y la ratifica Serrano Suñer -Entre el silencio..., p. 186– quien se habría limitado a hacer algunas correcciones. Tales extremos quedan plenamente confirmados con la reproducción del texto autógrafo de Giménez en E. Selva, Ernesto Giménez Caballero. La crisis de la vanguardia y los orígenes del fascismo en España, Tesis doctoral, Valencia, 1995, pp. 536-541. En una carta remitida por esas fechas a Mussolini, el propio Giménez aún iba más lejos: decía haber sido, con el discurso y el decreto, el artífice de una misión personalmente encargada por el Duce. Cf., I. Saz, Mussolini..., op. cit., p. 223. También Danzi afirmó haber sido llamado por Franco para elaborar conjuntamente la unificación de los partidos. Danzi, 18.4.37, ASMAE, SFG, b. 38. Todo ello no cuestiona la

autoría por Serrano del texto del decreto que él mismo reivindica. Pero sí da al proceso en su conjunto una dimensión de empresa colectiva en cuya elaboración habrían participado, en uno u otro momento, todos –es decir, como mínimo, Serrano, Danzi, Giménez y Martínez Fuset, además del propio Franco. La reivindicación de la autoría de Serrano por él mismo, en Entre Hendaya..., op. cit., p. 57, y H. Saña, op, cit., p. 78. Sobre la participación de Martínez Fuset, E. Vegas, Los caminos..., op. cit., p. 203.

[299] D. Ridruejo, Escrito..., op. cit., p. 76.

[300] Según García Venero, op. cit., p. 410 «Gazapo Valdés era un teniente coronel de Estado mayor, del ejército de África, afiliado a Falange Española de las JONS con algunos meses de antelación a la guerra; Giménez Caballero, readmitido en la organización, luego sancionado y postreramente conjurado, no necesita otras dilucidaciones para configurarlo moral y políticamente; Miranda había sido el dócil vasallo de Queipo de Llano y aparecía como incondicional de Serrano Suñer; González Bueno, como López Bassa, eran neofalangistas, que con anterioridad a la unificación estuvieron al servicio del cuartel general del Generalísimo». Aunque algunos de estos extremos sean ciertos, conviene recordar que López Bassa no era precisamente neofalangista. Cf. H.R. Southworth, Antifalange. Estudio crítico de Falange en la guerra de España de M. García Venero, París, 1967, p. 186. Quedan por tanto en la relación muchos falangistas anteriores al 18 de julio. ¿Eran estos los falangistas«antichi» a los que veíamos referirse a Nicolás Franco? Véase más arriba nota n.° 33.

[301] Entre los últimos, la acusación de entendimiento con el enemigo; entre los segundos, la referencia a un pequeño incidente producido en Zamora antes de la unificación y, por tanto, sin ninguna relación con ella. La primera y más sólida de las acusaciones se refiere al telegrama enviado desde la dirección de Falange a sus organizaciones provinciales en el que se decía: «ante posibles interpretaciones erróneas decreto unificación no cumplirás otras órdenes que las recibidas por conducto jerárquico superior». No está claro que este telegrama estuviera dirigido, voluntaria o involuntariamente, contra Franco. Tampoco era

necesario. Franco sabía, por una parte, que la unificación encontraría una fuerte oposición en Falange, y, por otra, estaba dispuesto a considerar como insubordinación la más pequeña manifestación de autonomía. Como ha escrito P. Preston -op. cit., p. 337– todo ello recordaba a las purgas estalinistas. Y es sabido que en éstas los cargos se fabricaban en función de los objetivos políticos.

[302] Faupel, 1.5.37, DGFP, D, III, n.° 248.

[303] Pilar Primo de Rivera no tardó en aceptar la jefatura de la Sección Femenina de FET de las JONS y Agustín Aznar el cargo de asesor nacional de milicias. M. García Venero, Historia de la unificación (Falange y Requetés en 1937), Madrid, AGESA, 1970, p. 220.

[304] Cf., N. Frei, L'État hitlérien et la société allemande, 1933-1945, París, Seuil, 1987, pp. 37-70.

[305] R. Serrano Suñer, Entre el silencio y la propaganda, la historia como fue. Memorias, Barcelona, Planeta, 1977, pp. 1845-185; J. del Burgo, op. cit., pp. 795-813.

[306] Vegas, E., Los caminos... op. cit., pp. 254-258.

[307] Según Ridruejo, Agustín Aznar habría reconocido esta consecuencia fatal del enfrentamiento entre falangistas los días 15 y 16 de abril. Casi unas memorias... op. cit., pp.92-93.

[308] Serrano Suñer refleja bien lo que de precipitado tuvo la unificación y cómo ésta tuvo que pasar por encima de otras consideraciones. «(Franco) no se decidió a dar el paso de la unificación que laboriosamente iba gestando sino en virtud de los sucesos que se produjeron en Salamanca en los primeros días de abril.» Entre Hendaya..., op. cit., p. 57. Y en otro lugar, «Fue entonces cuando Franco me dijo: "No, no, inmediatamente hay que unificar las fuerzas políticas y someterlas también a un mando"». H. Saña, El franquismo sin mitos. Conversaciones con Serrano Suñer, Barcelona, Grijalbo, 1981, p. 78.

[309] En realidad, el censurado no era, claro es, Menéndez y Pelayo, sino Jorge Vigón, autor de la selección de textos y del prólogo del libro, Historia de España seleccionado en la obra del maestro Marcelino Menéndez y Pelayo. Véase E. Vegas, La frustración de la victoria. Memorias políticas 1938-1942, Madrid, Actas, 1995, pp. 103, 112-117; donde se narran también todas las peripecias sufridas por la editorial Cultura Española. De Pemartín, entonces jefe del Servicio de Enseñanza Media y Universitaria, se censuró y confiscaron los ejemplares de la segunda edición de su libro Qué es lo nuevo. Cf., A. Alted, Política del nuevo Estado sobre el patrimonio cultural y la educación durante la guerra española, Madrid, Ministerio de Cultura, 1984, p. 70.

[310] Las mejores descripciones acerca de lo que pensaban, auspiciaban y llegaron a lamentar estos hombres son las de Dionisio Ridruejo y Pedro Laín, en, respectivamente, Escrito en España, cit.; y Descargo de conciencia (1930-1960), Madrid, Alianza, 1976.

[311] Cf., A. Ferrary, El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos, 1936-1956, Pamplona, EUNSA, 1993, pp. 110 y 187-188.

[312] Cf., J. Tusell, op. cit., pp. 256-264; J.M. Esteban, «La política económica del franquismo: una interpretación» en P. Preston (ed.), España en crisis: la evolución y decadencia del régimen de Franco, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1977, pp. 147-180.

[313] Cf., La frustración... op. cit., pp. 67-75.

EL PRIMER FRANQUISMO

Permítaseme iniciar mi exposición formulando una breve reflexión acerca del periodo cronológico a que se refiere. Aunque se le ha asignado el título de primer franquismo, mi intervención se centrará en el periodo 1936-1945. No sé muy bien, por tanto, si ésta es la época que se espera ver abordada bajo el enunciado de primer franquismo ni creo tampoco que sea este el momento de debatir el problema de la periodización. Pero querría hacer explícitas las razones que me han conducido a esta opción cronológica. En primer lugar, es en esos años cuando la dictadura se construye y configura dentro del contexto, nacional e internacional, en el que ha surgido. En segundo lugar, considero que, consecuentemente, es entonces cuando las principales referencias en términos comparativos cobran todo su sentido y significado. Finalmente, opino que, por todo ello, es a partir del conocimiento en profundidad de ese periodo como podremos aquilatar lo que la evolución posterior del régimen debe al contexto internacional y lo que debe a su propia dinámica interna; lo que tiene de adaptación a una nueva situación en la que sus tempranos aliados y puntos de referencia han resultado derrotados, y lo que obedece a su propia «naturaleza».

«REVOLUCIÓN NACIONAL», PARAFASCISMO Y FASCISTIZACIÓN

De conformidad con lo dicho, considero que el régimen de Franco debe ser estudiado en comparación con las dictaduras de derecha de aquella época, con la alemana y la italiana, por supuesto, pero también, con la portuguesa y la austríaca, la rumana o la Francia de Vichy. En sus líneas más generales, este marco comparativo puede ser definido en razón de tres supuestos fundamentales. El primero de ellos es, posiblemente, el de más fácil enunciación: les llamemos como les llamemos, estos regímenes tenían en común su carácter antiliberal y antimarxista, su negación de los valores básicos del siglo XIX y su legitimación como «revolución nacional».[314]

El segundo supuesto estriba en el reconocimiento de que en la estructura de poder de todas estas dictaduras participaban, en general, los mismos sectores sociales, políticos e institucionales. En este sentido, la noción de compromiso autoritario, que ha podido ser aludida en las distintas historiografías como alianza contrarrevolucionaria, coalición reaccionaria o cartel de poder, parece esencial. Los medios de negocios, el ejército, las distintas Iglesias, las burocracias, el componente fascista, y la figura de un dictador –a veces epónimo– están de uno u otro modo presentes en todos estos regímenes.[315]

El tercer supuesto se refiere al hecho de que en el periodo de entreguerras el fascismo se constituye en un punto de referencia fundamental para todo tipo de corrientes políticas e ideológicas en la línea señalada por el Nolte del «fascismo en su época». Lo es, por supuesto, para los propios fascistas y sus émulos y lo es para sus enemigos, gran parte de los cuales se reconocen precisamente en el término «antifascismo». Pero lo es también para muchos sectores conservadores y reaccionarios que mantendrán con el fascismo una relación de atracción-repulsión, identificación-distanciamiento y alianzarivalidad. En este contexto, muchos sectores de la derecha conservadora y reaccionaria, además de buena parte de los regímenes por ella promovidos, buscaron en diverso grado inspiración en el fascismo, en su retórica y elementos de legitimación, en su eficacia contrarrevolucionaria, en algunas de sus instituciones y en sus formas de organización y control social.

En función de los tres supuestos indicados podríamos englobar a todas estas dictaduras en la categoría de fascismo. Como sabemos, esto se hace frecuentemente a partir de la identidad de la «función social» o de la coalición en el poder, como hace cierto marxismo, o por la propia dilatación de los contenidos ideológicos del fascismo, como hizo Nolte y recogerían también importantes sectores marxistas. Desde mi punto de vista, sin embargo, tan importante como apuntar los mencionados supuestos generales es incidir en sus elementos específicos y diferenciales. Así, entiendo, en primer lugar, que la «función social» del fascismo, si es que tiene alguna predeterminada, no puede reducirse, como quería la Tercera Internacional, a la de simple reacción antiproletaria o mero salvador del capitalismo. En segundo lugar, la semejanza en cuanto a los integrantes del compromiso autoritario no debe obviar en modo alguno el estudio individualizado de sus componentes, las diferencias en cuanto a los objetivos que persiguen, el peso relativo de cada uno de ellos, la localización del elemento dinámico de la coalición ni, en fin, la evolución del propio régimen como resultante. Finalmente, creo que estudios como los de G. Mosse, Z. Sternhell, R. Griffin o E. Gentile, entre otros, han permitido restituir a la ideología el papel central que le corresponde en la formación y desarrollo de los movimientos y regímenes fascistas.

¿Cómo caracterizar entonces a este tipo de regímenes en general y al franquismo en particular? Como se sabe, la conceptualización que ha recogido un mayor consenso en oposición a la aplicación generalizada del concepto de fascismo es la de los regímenes autoritarios de J. J. Linz. Sin embargo, esta aproximación es tan genérica e indiferenciada como la anterior. Dice mucho acerca de lo que estos regímenes no fueron, pero poco acerca de lo que fueron. Es ahistórica, en el mismo sentido que puede serlo la de «bonapartismo», y descansa en un una teoría, la del totalitarismo, sumamente discutible.[316] Como se sabe también, este fue el punto de arranque de un largo y enconado debate sobre la naturaleza del franquismo.

Lo que me interesa subrayar ahora, sin embargo, es que en lo relativo al franquismo mismo, los elementos de acuerdo son mayores de lo que con frecuencia se supone. Así, el mismo Linz puede aludir a los regímenes franquista, rumano o el de Vichy como «autoritarios con componente fascista».[317] Desde una perspectiva similar, S. Payne apunta la existencia de una fase semifascista (1936-1945); y Tusell habla de «tentación fascista» para ese mismo periodo, aunque diferenciando dentro de él una primera fase «semifascista» y otra sucesiva «pseudofascista».[318] Por otra parte, quienes

señalan el carácter fascista de la dictadura franquista apuntan con claridad hacia algunas peculiaridades –como la fuerte presencia del ejército y la Iglesia–, y recurren con cada vez mayor frecuencia a una limitación cronológica. Así, por ejemplo, N. Tranfaglia hablará del franquismo como una variedad de fascismo con características propias «al menos» durante el primer decenio;[319] y A. Botti apunta ese mismo carácter fascista «al menos» hasta 1942-43.[320] En suma, podría señalarse la existencia de un cierto consenso que situaría al franquismo, bien entre los más fascistas de los regímenes que no lo eran, bien como el menos fascista y más «peculiar» de los que lo eran.

Pero este «consenso», aun cuando útil como punto de referencia, es insuficiente. Porque lo que nos interesa no es tanto ponerle nombre a la cosa, cuanto dotarnos de los instrumentos conceptuales necesarios que nos ayuden a explicarnos la naturaleza, dinámica y evolución de los procesos históricos; en este caso, de los regímenes que estamos analizando. Creo, en este sentido, que el mejor esfuerzo de conceptualización al respecto es el llevado a cabo por R. Griffin. Para éste, el franquismo entraría dentro de la categoría de «parafascismo» entendiendo por esto unos regímenes contrarrevolucionarios en los que el poder es detentado por las élites tradicionales y los militares, pero que adoptan una fachada populista y toda una serie de instrumentos de organización y control propios de las dictaduras fascistas. Estos regímenes, siempre insuficientemente populistas, nacionalistas y palingenésicos, podrían cooperar con los movimientos fascistas genuinos pero con el firme propósito de desnaturalizarlos, cooptarlos y, en última instancia, neutralizarlos.[321]

En una dirección similar, aunque incidiendo simultáneamente en el problema de la naturaleza de la coalición o alianza informal en el poder y en lo que había de genuino en la fascistización de las élites tradicionales, he abogado por una caracterización de estos sistemas políticos como dictaduras fascistizadas.[322] En lo que aquí nos interesa, la conceptualización del franquismo como régimen fascistizado tiene las siguientes implicaciones: primero, subraya el alcance del proceso de fascistización de los conservadores españoles. Segundo, parte del supuesto de que fascistas, conservadores y fascistizados, fueron exponentes en diversos momentos y grados de intereses económicos y sociales que perseguían objetivos comunes, pero también otros claramente diferenciables y frecuentemente contrapuestos. Tercero, pretende dar cuenta de la imposición, configuración y evolución de la dictadura franquista como resultante de un proceso en el que los diversos componentes del compromiso autoritario pugnaron por imponer su propia hegemonía. Finalmente, considera que esa

dictadura franquista como resultante descansó en la derrota del partido fascista en tanto que tal y el éxito de aquellos sectores de las élites tradicionales más claramente fascistizados.

En lo que resta de exposición procuraré poner de manifiesto el modo en que estos procesos se verificaron. Intentaré demostrar asimismo que la evolución de conjunto puede y debe ser explicada desde la aproximación al conocimiento de la sociedad española de la época; eludiendo el recurso a lo que esa sociedad no era, implícito en las construcciones funcionalistas derivadas de la teoría de la modernización.[323] A partir de ahí, trataré de probar que las claves fundamentales de evolución de la dictadura se hallan en los factores y contradicciones internas mucho más que en las eventuales adaptaciones al –o influencias del– exterior. Para evitar los riesgos implícitos en toda construcción teleológica me detendré en el estudio diferenciado de tres periodos claves del proceso: la II República como terreno de formación y delimitación de las distintas estrategias antidemocráticas; la Guerra Civil, en la que se asientan algunas de las bases fundamentales del nuevo régimen; y la Guerra Mundial, en la que tendrán lugar las pruebas decisivas que fijarán de modo estable la correlación de fuerzas en el seno del compromiso autoritario.

FASCISTIZACIÓN Y FASCISMO EN LA II REPÚBLICA

Si en algo hay unanimidad en la historiografía sobre la España republicana es en lo relativo al clamoroso fracaso del partido fascista –FE de las JONS– y al extraordinario alcance del proceso de fascistización experimentado por la mayoría de las fuerzas conservadoras. Aunque ambas cosas constituyen en cierto modo las dos caras de una misma moneda, conviene tratarlas por separado.

Del proceso de fascistización de la derecha conocemos bastante bien tanto su alcance como sus límites. Los monárquicos agrupados en torno a Renovación Española y Acción Española se inspiraron directamente en Action Française. Pero se esforzaron en tomar del fascismo todo lo que este aportaba como técnica contrarrevolucionaria, actualización antidemocrática y modelo institucional de Estado autoritario. La CEDA descubrió igualmente mucho de aprovechable en el fascismo: su eficacia antirevolucionaria, antimarxista y antiparlamentaria, así como su capacidad para encuadrar a las masas. Las prevenciones antimodernas de los tradicionalistas limitaron, aunque no del todo, su atracción por el fascismo.[324] Pero se trataba de una fascistización que se detenía ante algunos de los elementos esenciales, definidores, del fascismo: su populismo y nacionalismo extremos. El populismo de la CEDA y los tradicionalistas se refería al «pueblo católico», y su nacionalismo chocaba con su clericalismo y prevenciones antiestatistas. Los monárquicos no eran populistas y su nacionalismo tenía el límite estructural de su fidelidad casi absoluta a las clases dominantes y élites tradicionales de poder.

Globalmente considerado, este proceso de fascistización fue exitoso en dos sentidos fundamentales. Primero, porque vino a delinear el núcleo ideológico fundamental del futuro franquismo. Segundo, porque de algún modo pudo utilizar en beneficio propio la atracción del fascismo, neutralizando así, en parte, el potencial de crecimiento del propio partido fascista. Pero todo ello no evitó el fracaso político de la derecha en la España republicana. Fracasó su gran partido de masas, la CEDA, cuya estrategia electoralista vino a estrellarse con el triunfo del Frente Popular en febrero de 1936. Fracasaron los tradicionalistas, incapaces de desencadenar por sí mismos la cuarta guerra carlista. Los que estuvieron más cerca del éxito fueron los monárquicos alfonsinos en tanto que partido del golpe

de Estado. Pero el golpe de Estado del 18 de julio de 1936 fracasó también, al menos parcialmente. Por eso hubo guerra civil.

Por supuesto, fracasó también rotundamente, como decíamos, el partido fascista: incapaz de ganar la batalla de la calle, de convertirse en partido de masas, de superar unos resultados electoralmente ridículos y de llevar a cabo cualquier intento insurreccional. Al final tuvo que apelar, como los demás, al ejército. Pero este es un hecho decisivo para entender el franquismo: fue el fracaso del partido fascista, junto con el del resto de la derecha, el que propició la Guerra Civil, y no al revés. De ahí que no tenga mucho sentido explicar la «peculiaridad del fascismo español» desde el argumento de que la Guerra Civil, asentando el protagonismo del ejército, impidió o hizo innecesaria la existencia de un partido fascista fuerte. Fue justo lo contrario.

¿Por qué fracasó el partido fascista en la España republicana? Hay, por supuesto, muchas razones, además de la ya mencionada, en las que no vamos a entrar aquí. Pero sí puede hablarse taxativamente de una razón o factor, frecuentemente aludido, que no fue tal: la idea, vinculada a la tesis del atraso, de la inexistencia o suma debilidad de las clases medias «modernas» en la España de la época. No digo que estas clases medias fueran sumamente modernas y poderosas. Pero sostengo que no lo eran menos que las italianas de quince años atrás. Clases medias modernas existían en Cataluña y el País Vasco, en Madrid y el País Valenciano, así como en otras zonas. El problema no es, pues, que estas clases medias no existieran sino que se comportaron políticamente de modo distinto a las italianas o alemanas. Fueron en gran parte nacionalistas en Cataluña o el País Vasco, mientras que un sector en absoluto despreciable de las mismas se alineó con el republicanismo de izquierdas en el resto del país. El caso de Cataluña es, desde este punto de vista, revelador. No creo que las clases medias catalanas tuvieran mucho que envidiar en modernidad o capacidad de articulación a las del valle del Po. Simplemente se alinearon con el nacionalismo o el republicanismo de izquierda en lugar de hacerlo con el fascismo. Y no hace falta mucha imaginación para deducir lo que habría sucedido con el fascismo en Italia si las clases medias del valle del Po se hubieran comportado políticamente como las catalanas.

En realidad, no hay ninguna necesidad de recurrir a grandes claves de interpretación para explicar lo que no pasó. No hay ninguna ley histórica que exija la presencia, en todas partes, de un fuerte partido fascista. De hecho es más excepcional que un movimiento fascista se convierta en partido de masas que no

su contrario. Es precisamente esta obcecación en explicar lo que no fue, en lugar de los procesos que efectivamente tuvieron lugar, lo que explica que hayamos mirado en todas las direcciones en nuestro esfuerzo comparativo –aunque yo diría, de homologación forzadamenos en aquella que habría que haberlo hecho: hacia Francia. En efecto, hechas todas las salvedades que se quiera a propósito de las diferencias entre las sociedades española y francesa y reteniendo esa especificidad española constituida por los nacionalismos periféricos, la nota más sobresaliente es que, en lo fundamental, las clases medias españolas se comportaron en los años treinta de un modo muy similar a las francesas. En Francia, como en España, las clases medias se mostraron en gran parte refractarias al fascismo; en Francia, como en España, un sector fundamental de las clases medias apoyó una alianza interclasista que recibiría el nombre de Frente Popular. En ambos países, a diferencia de lo acaecido en Italia o Alemania, el grueso de las clases medias, el electorado burgués, se hallaba dividido entre la izquierda y la derecha.

Tal vez fuera esta la razón de que las democracias francesa y española sólo pudieran ser derrotadas tras un proceso militar. Externo en el caso francés; interno, aunque no sólo, en el español. Lo que debe retenerse, en cualquier caso, es que las claves explicativas de estos procesos fundamentales para la definitiva configuración del franquismo deben situarse en la esfera de las contradicciones sociales y comportamientos políticos en la sociedad española, al margen de cualquier construcción funcionalista, estructuralista o «modernizadora». Dentro de este marco, el hecho sobresaliente es el fracaso del fascismo en la España republicana. La Guerra Civil alteraría sustancialmente esta situación.

LA GUERRA QUE «GENERÓ» EL PARTIDO FASCISTA

Lejos de hacer «innecesario» al partido fascista, la Guerra Civil propició que el partido fascista español, FE de las JONS, se convirtiera por primera vez en un partido de masas. Lo que fue concebido inicialmente como un golpe de Estado se transformó en guerra civil y ésta adquirió progresivamente el carácter de una guerra de masas. El golpe de Estado estaba mucho más próximo a la estrategia de los monárquicos alfonsinos, que habían apostado desde siempre por el recurso al ejército. Mientras la Guerra Civil se mantuvo dentro del esquema de una guerra limitada, estos se hallaron en una posición envidiable. Estaban mejor situados que nadie en cuanto a las relaciones con la cúpula militar y la rápida dimensión religiosa adquirida por el conflicto se adecuaba bastante bien a su esquema político básico de la alianza del «trono y el altar». En su favor estaba también que el partido católico, desprestigiado por su táctica legalista, hubiera dejado de contar. Era, además, el grupo mejor relacionado con los poderes económicos –industriales y terratenientes– identificados con los sublevados. De hecho, se movieron lo suficientemente bien como para favorecer extraordinariamente la unificación del mando militar y político en manos del general, Franco, que parecía mejor dispuesto hacia la Monarquía. Durante los primeros meses del conflicto constituyeron un componente esencial del entorno del «Caudillo».

Tan pronto la guerra se convirtió en guerra de masas, sin embargo, la situación empezó a favorecer a aquellas formaciones con vocación de politica de masas, enemigas declaradas de la democracia liberal y con una estructura y vocación de milicia. Tales eran los tradicionalistas y los mismos falangistas. Pero así como los primeros estaban territorialmente limitados y su discurso político podía parecer pre-moderno y retrógrado a amplios sectores sociales que apoyaban al bando nacionalista, los segundos tenían la ventaja de estar presentes en todo el territorio, la modernidad de su discurso revolucionario y la propia mística fascista de la violencia plenamente acorde con una situación de guerra civil abierta. Ambos se convirtieron en los principales partidos de masas entre los sublevados y pronto quedó claro que ninguna unificación política del bando nacional podía hacerse al margen de ellos. En una palabra, la guerra civil había hecho de los tradicionalistas y sobre todo de Falange un componente

imprescindible de la alianza contrarrevolucionaria, del compromiso autoritario. A diferencia de los tradicionalistas, además, Falange tenía una nítida voluntad totalitaria. Esto es, aspiraba, no sólo a conseguir los objetivos, a veces difusos, de la revolución nacionalsindicalista, sino a convertirse en el partido único del nuevo Estado.

Este objetivo chocaba sin embargo con la realidad, en varios aspectos. En primer lugar, los relativos a la propia Falange: descabezada, cantonalizada, dividida y arrastrando las debilidades ideológicas y políticas de la fase anterior. En segundo lugar, sus pretensiones totalitarias encontraban la resistencia de todos los demás integrantes de la coalición contrarrevolucionaria: el ejército y su jefe, Franco, la Iglesia, los medios económicos, católicos, monárquicos alfonsinos y tradicionalistas. En este contexto, se delineó una situación que venía a ser la siguiente: la unificación de las fuerzas políticas, por la que todos abogaban, debía pasar necesariamente por Falange, pero nadie salvo los propios falangistas, estaba dispuesto a ceder a ésta el monopolio del poder. La solución que se alcanzó fue en cierto modo la única que podía dar satisfacción a casi todos: una unificación contando básicamente con Falange, sus masas e incluso sus planteamientos ideológicos, pero contra la propia dirección falangista. Tal fue la unificación por decreto en una única entidad política –FET de las JONS– de falangistas y tradicionalistas, además del resto de las fuerzas políticas. Se trató, como diría Ridruejo, de un golpe de Estado al revés, por el cual el Estado ocupaba al partido, con un jefe de Estado que se autoproclamaba jefe máximo del partido y se disponía a enviar a prisión, cuando no amagaba con la ejecución, a los antiguos dirigentes falangistas, su anterior jefe nacional, Hedilla, en primer lugar.[325]

Pero esta no fue una «noche de los cuchillos largos». Primero, porque la violencia fue mínima. Segundo, y fundamental, porque no fue el jefe del Partido y del Gobierno el que se desembarazó de un ala de su propio partido, sino el jefe del Gobierno, del Estado, y del Ejército, quien tomó el poder en el partido, sometiendo a dos alas del partido existente. El resultado fue la subordinación definitiva del partido único a la figura de Franco y su consiguiente neutralización como fuerza autónoma. Pero esto no significaba su desaparición. Más aún, como fuerza domesticada, los falangistas se convertirían en una pieza esencial e insustituible del poder de Franco. Una vez perdida la batalla inicial –sin siquiera haberla combatido, por cierto– a los falangistas no les quedaba más punto de referencia que el propio Franco. Viceversa, Franco tomó enseguida conciencia de que los falangistas podrían convertirse en el sector más fiel y leal a su

persona. Además, si toda la operación había sido motivada para conseguir un instrumento de organización y control de masas, el propio golpe debía legitimarse con la reintegración de la Falange descontenta. En otras palabras, había que reconstruir los puentes. Esto es lo que se hizo a través fundamentalmente de la figura de un antiguo fascistizado de la CEDA y cuñado de Franco, Serrano Suñer. De este modo, el partido se convirtió en el núcleo aparente de la vida política y el partido pretendidamente unificado fue, cada vez más, el partido de los antiguos falangistas.[326]

Debe subrayarse, por otra parte, que la solución del conflicto supuso también la fijación de otra de las bases definitivas del compromiso autoritario en España: aquella que establecía el primado de lo técnico sobre lo político, la subordinación del partido al gobierno y la configuración de este último como eje y núcleo de la política del régimen. La constitución del primer gobierno de la dictadura respondió cabalmente a estas claves, apuntando, a la vez, otra de las constantes fundamentales de los gobiernos del franquismo: su carácter de gobierno de coalición. Se trataba, en efecto, de un gobierno en el que estaban representadas, en áreas bien definidas, todas las sensibilidades: lo militar y el orden público para los militares; educación y justicia para los católicos; lo económico para técnicos que podían ser militares, monárquicos, católicos o incluso falangistas, pero siempre bien relacionados con los medios de negocios; y los ministerios «sociales» y el propio partido para los falangistas.

Dentro de este marco, pero siempre dentro de este marco, el régimen pareció encarar en los meses sucesivos un decidido proceso de fascistización.[327] El Fuero del Trabajo parecía inspirado en el ejemplo de la Carta del Lavoro; se dieron pasos en la línea de la institucionalización del partido con la configuración del Consejo Nacional y la Junta Política; se delinearon proyectos sindicales de inequívoco sentido fascista; se crearon los delegados del partido de distrito, sección y calle; y hasta el propio Franco pareció recubrirse de una pátina retórica fascista. Todo ello reflejaba una voluntad de imitación de los regímenes fascistas, especialmente del italiano, tomado en buena parte como modelo. Pero también los límites de este proceso eran claros. El Fuero del Trabajo resultaba una síntesis de principios fascistas y tradicionalistas; debía mucho al ejemplo italiano, pero también al portugués; se ocupaba del trabajo, lo que gustaba a los falangistas, pero era mucho más radical que el italiano en todo lo relativo al control desde arriba de los trabajadores, lo que seguramente gustaba a muchos más. Los primeros intentos de forzar una sindicalización fascista de la vida económica o de institucionalizar una posición dominante del partido fueron

rechazados por el propio Consejo Nacional. En la práctica, todos los avances en dirección fascista parecían concentrarse en una ampliación ilimitada del poder personal de Franco y, por delegación, de su cuñado, Serrano Suñer.

LA GUERRA MUNDIAL: ASCENSO Y CAÍDA DE LA FALANGE FASCISTA

Según la interpretación dominante, la Segunda Guerra Mundial, con la derrota de las fuerzas del Eje, fue decisiva para la evolución de la dictadura franquista. Esta derrota del fascismo habría determinado el proceso de desfascistización y los intentos del régimen por acomodarse a la nueva situación internacional. Por supuesto, algo de cierto hay en ello. Pero el cuadro resultaría más completo si aceitásemos a diferenciar tres fases distintas sobre la base de las relaciones entre dinámica interior y dinámica exterior. Una primera (1939-1941), en la que la guerra mundial y los éxitos del Eje favorecen una aceleración del proceso de fascistización. Una segunda, (1941-1942) en la que, todavía victoriosas las armas del Eje, la Falange fascista sufre su definitiva derrota. Y una tercera, (1942-45) en la que el declive de las armas fascistas supone una aceleración del proceso de desfascistización, pero dentro de los límites que han quedado definitivamente marcados en la fase anterior. De todas ellas, como se infiere claramente de lo dicho, la segunda, la intermedia, sería la decisiva. Veámoslo más detenidamente.

La primera fase, hasta la primavera de 1941, constituye con toda claridad y de modo indiscutible el punto más alto en cuanto a la fascistización del régimen. Podría decirse que en estos momentos la fachada es por completo, o casi, fascista. El partido único, bajo la hegemonía de Serrano y los más fascistas de entre los falangistas, controla el Ministerio de Gobernación y pronto el de Exteriores. La prensa y la propaganda, de la mano de Tovar y Ridruejo, hace de caja de resonancia de cualquier avance en dirección totalitaria, haciendo creer al país que esa y no otra es ya la realidad del Nuevo Estado. Los sindicatos, con Gerardo Salvador Merino al frente, adoptan las pautas y actitudes de un genuino radicalismo fascista. El partido, omnipresente en la calle, se prodigaba en grandes ceremonias y concentraciones de masas. Se organiza el Frente de Juventudes; y la Sección Femenina expande su penetración capilar entre las mujeres. La Junta Política parecía haberse constituido incluso en el principal órgano de dirección política del régimen.

¿Eran así realmente las cosas? Lo eran en tanto que esos eran los objetivos de

Falange y que esa amenaza fue percibida como real por el resto de los integrantes del compromiso autoritario y también por el conjunto de la sociedad. Sin embargo estas pretensiones de Falange estaban chocando con unas resistencias fortísimas que, más allá de la fachada y de las apariencias, las estaban bloqueando decisivamente. No me refiero ahora a aquellas áreas clave que, como la economía, la educación o los ministerios militares, habían sido sustraídos desde el principio al control de Falange. Me refiero sobre todo a una dinámica de fondo en la que Falange estaba perdiendo sistemáticamente terreno. Este proceso se producía por arriba, donde los choques con los militares y la Iglesia se multiplicaban, pero también por abajo, donde Falange concentraba la hostilidad de la inmensa mayoría de la población; de la antifranquista, por supuesto, pero también de la franquista. El rechazo a la omnipresencia falangista y a su voluntad de entrar en guerra del lado de Alemania, se combinaban para explicar la magnitud de tal hostilidad.

Los falangistas eran, si cabe, más conscientes que nadie de todo ello. Sabían además que en la guerra mundial se estaba jugando su futuro, que su revolución sólo podría llevarse a cabo sobre la base de la intervención en dicha guerra. De ahí sus campañas a favor del «imperio real» y contra el «imperio retórico o espiritual» de los conservadores. Pero de ahí también su reconocimiento implícito de que su posición no era tan sólida como podría parecer, de que el régimen distaba enormemente de ser auténticamente fascista, de que en realidad estaban más a la defensiva que a la ofensiva, de que la guerra era, en fin, su última oportunidad.

Se trataba de un reconocimiento que se haría explícito en la crisis de mayo de 1941. Es entonces cuando los falangistas lanzan su última, aunque de hecho única, ofensiva. Los datos fundamentales de ésta los conocemos: campaña en la prensa y en sucesivos actos públicos reclamando más poder para Falange y el primado de lo político sobre lo técnico; intento de eximir de la censura a la prensa del Partido; dimisiones de jerarcas, ministros y jefes provinciales.[328] Se trataba, pues, de una especie de ofensiva en todos los frentes combinando todas las medidas de presión disponibles. Pero no era ésta la ofensiva del vencedor dispuesto a culminar su obra, sino la de aquellos que veían que la fachada ocultaba una realidad bien distinta. El tono de las cartas de dimisión de los hermanos del fundador es en este sentido clarificador. Así, Miguel Primo de Rivera dibujará la situación de un partido desprovisto de «medios y posibilidades mínimas», con un Consejo Nacional que no se reúne, una Junta Política que sería una «desgraciada simulación», unas milicias que sólo

existirían sobre el papel, un Frente de Juventudes sin mando designado, unos sindicatos sin rumbo y, en fin, un partido que por carecer, carecería hasta de secretario general.[329] El escrito de su hermana, en la misma dirección, era incluso más patético: en la Falange, lánguida y desorganizada, sólo funcionaría la Sección Femenina, lo que, ciertamente, no diría mucho en favor de un movimiento como el falangista, definido por su carácter «total, arriesgado, varonil y difícil...»[330]

Como se sabe, esta crisis se saldará con un nuevo reequilibrio del que aparentemente habrían salido reforzados los falangistas. De hecho, Pilar Primo de Rivera retiraría su dimisión, su hermano sería promocionado a ministro y, junto a él, otros dos falangistas alcanzaron el gobierno, Girón en Trabajo y Arrese como secretario general del Movimiento. La realidad sería, sin embargo, más compleja. Primero, porque el partido perdía el control de Gobernación y de Prensa y Propaganda, los dos grandes soportes de la España totalitaria. Segundo, porque el declive de Serrano iba acompañado del inicio del ascenso de su sucesor como valido de Franco, el católico integrista Carrero Blanco. Tercero, porque los falangistas recuperados por Franco serían ya, y definitivamente, falangistas franquistas, sin proyecto político autónomo alguno. Finalmente, porque los acontecimientos sucesivos confirmaron que esa era la línea que se imponía: Gerardo Salvador Merino fue destituido y los sindicatos purgados de sus elementos más radicales; con los sucesos de Begoña de agosto de 1942 se consumaría la caída de Serrano y de sus adláteres fascistas.

De este modo el partido volvía a ganar en presencia pública e institucional lo que perdía en claves de subordinación, ahora ya absoluta, directa y sin molestas interferencias, a la figura de Franco. Pero esta subordinación incluía una operación aún más decisiva: la renuncia explícita al propio carácter fascista del partido. En efecto, a partir de mayo de 1941 los nuevos líderes de la falange franquista, los Arrese y compañía, pondrían buen cuidado en subrayar el carácter genuinamente español, esto es, católico y tradicional, del movimiento creado por José Antonio Primo de Rivera. Y en fecha tan temprana como enero de 1942, la Revista de Estudios Políticos publicaba un artículo de García Valdecasas en el que venía a afirmarse que el totalitarismo falangista, de puro hispánico y cristiano, no habría tenido nunca en realidad nada que ver con los otros totalitarismos.[331] Esta sería en lo sucesivo la línea oficial. La del régimen, y la de un partido pronto definido como Movimiento y privado de cualquier «tendencia extranjerizante».[332]

Lo que interesa subrayar ahora es que todos estos procesos, todas estas pruebas de fuerza decisivas y el propio inicio de una desfascistización controlada y selectiva habían tenido lugar antes del cambio de signo de la guerra mundial. En efecto, en abril de 1941 el Eje barría toda la resistencia en los Balcanes y pasaba a la ofensiva en el Norte de África; dos meses más tarde, en junio, se iniciaría la guerra triunfal de Alemania contra la URSS. Un año después, en 1942, la guerra no había experimentado aún un giro decisivo. Es verdad que a finales de 1941 se produce la entrada en el conflicto de los EE.UU., pero los británicos no pasarán a la ofensiva en El Alamein hasta octubre de 1942, el desembarco aliado en el Norte de África no se producirá hasta noviembre y aún habrá que esperar otros dos meses para contemplar la gran victoria soviética de Stalingrado.

Significativamente, la fase que sigue a las pruebas de fuerza de 1941-42 puede ser explicada también de un modo inverso al habitual. Primero, porque, como se ha visto, no se iniciaría en ella el proceso de desfascistización, sino, en todo caso, la aceleración de un proceso previamente iniciado y encarrilado. Pero, sobre todo, porque fue entonces cuando se establecieron los límites que ese mismo proceso de desfascistización no rebasaría nunca. En efecto, ahora sí, al calor del cambio de signo de la guerra y la progresiva certidumbre de la victoria aliada, se produjo una ofensiva de sectores monárquicos y militares para propiciar una salida monárquica y neoautoritaria al régimen, una especia de solución Badoglio.

Lo realmente decisivo, sin embargo, es que esa ofensiva fracasará, que será eficazmente contenida, resistida y a la postre derrotada por Franco y los sectores fascistizados entre los que cabe situar ya claramente a la nueva Falange. Ciertamente, se harán entonces algunas concesiones, como el retroceso de la parafernalia fascista, la aceleración del proceso de «españolización» del partido o la apertura a la idea de la Monarquía. Pero todo esto no hacía sino proseguir una línea cuyas bases y límites habían sido claramente trazadas en la fase anterior, y de forma autónoma. Lo que era nuevo, ahora, es que los militares también se desgastaron en este proceso, perdiendo buena parte de la autonomía y capacidad de interlocución de la que gozaban respecto de Franco. Consecuentemente, el ejército sería en lo sucesivo menos plural y más franquista. El poder de Franco quedaba, también por este lado, extraordinariamente reforzado.

A MODO DE CONCLUSIÓN

1. Muchas cosas cambiaron a partir de 1945. La Iglesia reforzó aún más su presencia social e institucional y el discurso nacionalcatólico anegó literalmente a los españoles. Las Cortes corporativas, que venían de 1942-43 pudieron ser presentadas como un nuevo tipo de democracia orgánica y española. Se proclamó un nuevo fuero, este de los españoles, que intentaba hacer olvidar algunas de las resonancias fascistas del anterior del trabajo. Se estableció la figura del referéndum y se aprobó una Ley de Sucesión que definía a España como reino. Habría elecciones sindicales y hasta municipales. Incluso, aunque muy tarde, se establecieron los Jurados de Empresa; y, más tarde aún, se reconoció el principio de la negociación colectiva. La represión se amortiguó perdiendo algunos de sus rasgos más salvajes y terroríficos.

Cambios importantes, sin duda, pero cambios cuya trascendencia no debe exagerarse. Del mismo modo que no se podía confundir el régimen con su fachada fascista de los años 40-41, tampoco pueden tomarse estos cambios por su valor facial. La Iglesia había constituido desde el principio uno de los sectores fundamentales del régimen y el discurso nacionalcatólico era también el de la nueva Falange. Globalmente considerado, se adecuaba a la perfección al proceso de fascistización de la derecha española durante la II República. Las Cortes corporativas seguían siendo inteligibles como una combinación de elementos tradicionales y de la fascista dei fasci e le corporazioni. La Monarquía se remitía al después de Franco y habría de ser franquista. El recurso al referéndum no era por completo ajeno a la «democracia plebiscitaria» fascista. La ley Municipal española de 1945 se inspiraba en la italiana de 1934.[333] La negociación colectiva la habían tenido reconocida los sindicatos fascistas de trabajadores y los Jurados de Empresa recordaban a los Consejos de Confianza de la Alemania nazi. Es decir, el régimen supuestamente desfascistizado de los años cincuenta y sesenta empezaba a reconocer a sus trabajadores algunos de los derechos que habían tenido reconocidos los italianos o alemanes tres décadas atrás. La suavizada represión se mantuvo en un punto intermedio respecto de la practicada por nazis y fascistas en tiempos de paz. La negación de los principios básicos de la democracia constituyó siempre la razón de ser última del régimen.

En realidad, todos estos cambios, como sus límites, muestran claramente que las bases de fondo del régimen y su dinámica habían quedado firmemente establecidos en los procesos que se desarrollaron entre 1937 y 1941-42. Fue entonces cuando se fijaron los equilibrios fundamentales en el seno de un compromiso autoritario que, a diferencia de lo sucedido en los países fascistas, se mostraría sustancialmente estable. Un compromiso que descansó siempre en el supuesto de que el gobierno gobernaría por encima del partido único y que éste no podría desempeñar la función corrosiva y cancerígena que en los países fascistas apuntaba hacia la fragmentación del Estado y la desaparición de hecho del gobierno.[334] Esta estabilidad suponía el respeto de principio a fin de los intereses de las clases, instituciones y élites tradicionales. Pero suponía también el mantenimiento de retóricas, ordenamientos institucionales, mecanismos de organización y control, y prácticas represivas de inequívoca procedencia fascista. Franco fue siempre la clave del arco de ese compromiso autoritario estable. Y el partido, que nunca fue el elemento dinámico y a la ofensiva, tampoco desaparecería nunca. Incapaz en los primeros años de hacer evolucionar el régimen en una dirección genuinamente fascista, se mantendría hasta el final como un pilar fundamental del poder de Franco y como un obstáculo decisivo para una eventual desfascistización total del régimen. La figura del «perro del hortelano» sería probablemente la que mejor reflejaría esta situación.

2. Si, como se ha visto, las claves de la evolución del régimen se sitúan en 1936-1945, es también en ese periodo donde encontramos el marco comparativo fundamental. Parece claro igualmente que dentro de ese marco el punto de referencia se halla en aquellos regímenes intermedios, como los de Rumania, Austria, la Francia de Vichy o Portugal, que hemos visto denominar como parafascistas, gravitantes hacia el fascismo o fascistizados. De entre todo ellos es, probablemente, el régimen de Vichy el que presenta más semejanzas con el español. Parte de la misma debilidad relativa del sector fascista. Es instaurado a partir de una intervención militar. Desarrolla la misma retórica de la «revolución nacional» antidecadentista, antiliberal y antiparlamentaria. Hace del comunismo y la masonería sus dos grandes enemigos y quiere restituir a la Iglesia y la familia como pilares de la sociedad. Establece un sistema corporativo, adopta una Charte du Travail, elementos del estado policiaco, organizaciones de masas y hasta una Milicia. Debe mucho al pensamiento de Action Française, pero también a los ejemplos italiano y alemán. Los componentes del compromiso autoritario son los mismo que en España, como lo es la hegemonía conservadora

en su seno y una presencia sobresaliente en los primeros momentos de los sectores más conservadores y tradicionalistas. Hasta las figuras de Franco y Petain guardan más semejanzas entre ellos, en cuanto a su procedencia militar y sistema de valores, que respecto de Hitler o Mussolini. Como sus correligionarios españoles, Déat bramará contra la supremacía de los técnicos sobre los políticos. Los sectores fascistas aparecen siempre en posición subordinada, aunque en Francia tienen más próximo al ocupante nazi y podían derivar sus inquietudes hacia la colaboración con él. La Legión des volontaires français funcionó como el equivalente de la división azul española. Y el fascista Doriot no encontró, como su correligionario español, Ridruejo, mejor salida para su revolución que marchar al frente ruso.

En todo esto coincido plenamente con el planteamiento de R. Griffin. Difiero de él, sin embargo, allí donde presenta a Vichy como ejemplo emblemático de régimen parafascista, y como el más completo de entre los de esta categoría.[335] Creo, en efecto, que ese papel corresponde claramente al régimen de Franco. El de Vichy pudo serlo en algunos aspectos, como en lo relativo a la política antisemita, el papel de la Milicia, o, ya en sus momentos finales, cuando la intervención directa alemana en la política interna francesa se hizo más acuciante. Pero lo fue menos en algunos aspectos sustanciales. El régimen fue siempre más plural, en parte por la propia división de los fascistas franceses, y no llegó a imponerse el partido único. El mismo Petain no fue tan lejos en la línea de la fascistización como Franco y era, desde luego, bastante menos sanguinario que él. Además, la misma situación de Francia como país derrotado y parcialmente ocupado deja más lugar a las claves externas que el caso español; lo que de algún modo, complica su clasificación como emblemático. Finalmente, la larga duración del régimen de Franco y el peso determinante en su evolución de las claves internas lo hace mucho más apropiado desde el punto de vista de la elaboración y confrontación de los distintos modelos historiográficos.

3. Hechas estas salvedades, puede reconocerse efectivamente a la Francia de Vichy como el referente más próximo al franquista. ¿Hay que extrañarse de ello? En absoluto si desterramos construcciones modernizadoras, funcionalistas o teleológicas. Como hemos visto, las clases medias en la España republicana se comportaron en lo fundamental como las francesas. Pero esta es una circunstancia que no tenía nada de novedoso. Por una parte, los republicanos y la izquierda española habían tenido siempre como punto de referencia a Francia y

eso mismo había sucedido, en un sentido más amplio, en el ámbito de la cultura. Por otra parte, esa fuerte tradición republicana pudo funcionar, como en el caso francés, como elemento de bloqueo de la penetración del fascismo entre las clases medias.[336] También la derecha española había tenido como referente fundamental desde inicios del siglo XIX a la francesa. El esfuerzo de modernización del pensamiento contrarrevolucionario en la España republicana llevado a cabo por Acción Española tiene a la maurrasiana Action Française como punto de referencia fundamental. Ciertamente, los conservadores y reaccionarios españoles en el periodo de entreguerras empezaron a mirar simultáneamente a la Italia fascista y, menos, a la Alemania nazi. Pero esto es, justamente, lo que estaban haciendo por entonces sus homólogos franceses. Nada de extraño, pues, que los procesos resultantes fuesen también similares.

En cierto modo la pregunta clave es la siguiente: ¿por qué los españoles, que habían mirado siempre a Francia y que cuando miraron en otra dirección lo hicieron desde los mismos supuestos y con los mismos objetivos que lo hacían los franceses, debían comportarse súbitamente como los italianos o alemanes? Realmente, hay algo de paradójico en todo esto. Estamos tan acostumbrados a pensar en España como el país que siempre quiso ser Francia y que nunca lo consiguió, que cuando más se va a parecer a ella miramos hacia otra parte. Posiblemente esto tenga algo que ver con la vieja tendencia a recurrir a los grandes modelos historiográficos para explicar lo que no fue o lo que no pasó, en lugar de construirlos, confrontarlos y modificarlos en tanto que instrumentos imprescindibles para explicar lo que sí fue o sí pasó. Es posible que tenga que ver, también, con la notable propensión a confundir comparación con homologación. Pero esto empieza a ser ya, tal vez, otra historia.

[314] Cf., Z. Sternhell, The Birth of Fascist Ideology, Princeton, 1994, pp. 250-258.

[315] Véase, P. Burrin, «Politique et société: les structures du pouvoir dans l'Italie fasciste et l'Allemagne nazi», Annales, 3 (1998), pp. 615-637.

[316] Me he ocupado de ello en «El franquismo. ¿Régimen autoritario o dictadura

fascista?», en El régimen de Franco (1936-1975), Madrid, UNED, 1993, t.I, pp. 189-201. Texto reproducido en este volumen.

[317] J.J. Linz, «La crisis de las democracias», en Europa en crisis, 1919-1939, Madrid,1991, pp. 231-280.

[318] J. Tusell, La dictadura de Franco, Madrid, Alianza, 1988, pp. 247 ss.

[319] N. Tranfaglia, Il Labirinto italiano, Florencia, 1989, p. 33.

[320] A. Botti, «Franchismo» en Il fascismo. Dizionario di storia, personaggi, cultura, economia, fonti e dibattito storiografico. A cargo de A. De Bernaldi y S. Guarracino, Milán, 1998, pp. 313-314.

[321] R. Griffin, The nature of fascism, Londres-Nueva York, 1993, pp. 120 ss.

[322] I. Saz, «El franquismo...», op. cit., y, del mismo, «Les peculiaritats del feixisme espanyol», Afers, 25 (1996), pp. 623-637.

[323] Me refiero especialmente a aquellas construcciones que apuntan al objetivo de fondo, fascista, de la dictadura de conseguir la desmovilización e integración forzada de las clases populares, pero que explican las diferencias con otros fascismos en función del nivel de industrialización y la mayor o menor presencia en el proceso de las clases medias. De este modo se ha llegado a establecer una diferenciación entre fascismos totalitarios, como el alemán y el italiano, y fascismos autoritarios, como el español. Cf., G. Germani, Autoritarismo,

fascismo e classi sociali, Bolonia, Il Mulino, 1975. En una dirección similar, se ha diferenciado entre los «fascismos clásicos» y otros, como el español, caracterizados por la fuerte presencia de la Iglesia y el peso determinante de los sectores tradicionales (fuerzas armadas y fuerzas sociales dominantes) en detrimento de la forma autónoma de un amplio movimiento de masas. E. Collotti, Fascismo, fascismi, Florencia, 1989, p. 115. El protagonismo de los militares y el tradicionalismo católico, como singularidades del «fascismo español», han sido explicados también como una consecuencia directa de la Guerra Civil. C. Molinero y P. Ysas, El règim franquista, Vic, 1992, pp. 32-33.

[324] J. Jiménez Campo, El fascismo en la crisis de la II República, Madrid, 1979; J.R. Montero, La CEDA. El catolicismo social y político en la II República, Madrid, 1977; R. Morodo, Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española, Madrid, 1985; M. Blinkhorn, Carlismo y contrarrevolución en España, Barcelona, 1979.

[325] Las mejores síntesis recientes del proceso de unificación política se hallan en J. Tusell, Franco en la guerra civil, Barcelona, 1992; P. Preston, Franco. «Caudillo de España», Barcelona, Grijalbo, 1994; S.G. Payne, Franco y José Antonio, Barcelona, Planeta, 1997; y J.M.a Thomàs, Lo que fue la Falange, Barcelona, Plaza y Janés, 1999. Me he ocupado de esta cuestión en «Salamanca, 1937: los fundamentos de un régimen», Revista de Extremadura, 21 (1996), pp. 81-107. Texto reproducido en este volumen.

[326] Cf., J.M.a Thomas, Falange, guerra civil, franquisme, Barcelona, 1992.

[327] Cf., J. Tusell, Franco..., op, cit., especialmente el capítulo 5.

[328] Para la vinculación entre la política interior y la evolución de la Segunda Guerra Mundial son fundamentales las obras de J. Tusell y G. García y Queipo

de Llano, Franco y Mussolini, Barcelona, Planeta, 1985; y P. Preston, Franco..., op. cit. Véase también, A. Ferrary, El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos, Pamplona, 1993.

[329] Puede verse en J. Palacios, La España totalitaria, Barcelona, Planeta, pp. 336-339.

[330] Ibidem, pp. 335-336.

[331] Cf., J.A. Portero, «La Revista de Estudios Políticos (1941-1945)», en Las fuentes ideológicas de un régimen (España 1939-1945), Zaragoza, Pórtico, 1978, pp. 27-54

[332] Con este subterfugio alude la literatura pro-franquista al proceso de desfascistización. Cf., L. Suárez, Franco: Crónica de un tiempo. España, Franco y la segunda guerra mundial. Desde 1939 hasta 1945, Madrid, 1997, p. 318.

[333] M. Marín, «Franquisme i poder local. Construcció i consolidació dels ajuntamnents feixistes a Catalunya, 1938-1949», Recerques, 31 (1995), pp. 37-52.

[334] A.J. De Grand, Fascist Italy and Nazi Germany. The «Fascist» Style of Rule, Londres y Nueva York, 1995.

[335] R. Griffin, op. cit., p. 134.

[336] Cf., P. Milza, Fascisme français. Passé et Présent, París, Flammarion, 1987.

ENTRE LA HOSTILIDAD Y EL CONSENTIMIENTO. VALENCIA EN LA POSGUERRA*

EL PROBLEMA DEL CONSENSO

Desde que hace aproximadamente tres décadas el historiador italiano Renzo De Felice constatara la existencia de un amplísimo consenso con el régimen fascista en el periodo 1929-1934, esta cuestión pasaría a ocupar un lugar central en los estudios sobre el fascismo.[337] Lo hizo en buena parte, además, a través de un amplio y a veces crispado debate en la historiografía italiana. Para amplios sectores de ésta, en efecto, la utilización del propio término de consenso constituía una extrapolación inadmisible de una categoría que sólo tendría sentido en un contexto de democracia liberal. Por el mismo motivo, la incidencia misma en el «consenso» parecía relegar a un segundo plano el factor represivo, mucho más importante en la sustentación de la dictadura. Subrayar, en fin, los elementos de aceptación del régimen por parte de sectores amplios de la población parecía conducir a una minusvaloración de un cúmulo de actitudes de disentimiento y rechazo que se daban en amplios sectores de la sociedad italiana.[338]

Aunque estas críticas acertaban al señalar algunas de las limitaciones y ambigüedades de la categoría de consenso, lo cierto es que De Felice venía a llamar la atención sobre un problema central en el fascismo y en toda dictadura contemporánea. Aquél que incide, precisamente, en el hecho de que estos regímenes, aun cuando deban mucho de su existencia y perdurabilidad a la utilización de la represión, incluso desde pautas nuevas y más eficaces, sólo pudieron mantenerse en la medida en que gozaron del apoyo y consentimiento, más o menos activo, de amplísimos sectores de la población. Alternativamente, De Felice acertaba también al señalar la debilidad de las fuerzas de oposición, o al constatar que no todas las situaciones conflictivas o actitudes de protesta podían considerarse como manifestaciones de hostilidad hacia el régimen o Mussolini.[339]

A raíz del debate empezaron a desarrollarse investigaciones que pretendían constatar hasta qué punto el «consenso» era una actitud generalizada, qué sectores sociales eran más propensos a él, lo que podía tener de aceptación pasiva y de apoyo activo, cómo se manifestaban estas actitudes. Pero que se preguntaban también acerca de cuáles eran los elementos de disentimiento y de

rechazo, de oposición consciente o inconsciente a los discursos e iniciativas del régimen, de resistencia más o menos pasiva a la voluntad fascista de ocupar todos los espacios de lo público y lo privado. Algunos de estos trabajos, como el de Luisa Passerini sobre el Turín obrero, constituirían un punto de referencia obligado no sólo por cuanto aportaban desde el punto de vista del conocimiento de las actitudes sociales sino también por lo que tenían de innovador desde el punto de vista metodológico y de recurso a las fuentes orales. Como una aportación fundamental puede considerarse su análisis sobre la eventual carga política de determinadas formas de resistencia cultural.[340] Por otra parte, se desarrollaron importantes investigaciones acerca de los presupuestos, mecanismos e instituciones a través de los cuales el propio régimen intentó ampliar, potenciar y organizar el grado de aceptación de sus ciudadanos.[341]

A título de balance, podría decirse que las investigaciones llevadas a cabo, todavía insuficientes, revelan las mismas prevenciones iniciales respecto del concepto de consenso, pero también un reconocimiento de hecho de lo sustancial de las percepciones de De Felice. Así por ejemplo, N. Tranfaglia, uno de las mayores críticos del concepto de «consenso», escribía recientemente: «Ci sembra preferibile parlare, a seconda dei casi, di adesione a volte spontanea, a volte più o meno condizionata o di accettazione passiva delia dittatura. Naturalmente nell’avanguardia di cui ho parlato –professionisti della politica, giovani, funzionari– il regime godeva di un’adesione attiva e in certi anni entusiasta ma nulla induce a credere che un simile stato d’animo fosse diffuso e presente nella maggioranza degli italiani che pure, ripetiamo, accettava lo status quo e non aveva nessuna intenzione di intraprendere una lotta per modificarlo. In questo senso, e con questi limiti, si può parlare di un generalizzato “appogio di massa” del regime da parte della maggioranza degli italiani negli anni centrali del Ventennio» (cursiva en el original, ISC).[342]

Una de las consecuencias de la polémica fue su generalización de la problemática del consenso más allá de los límites estrictos de la Italia fascista, en relación con otras dictaduras; la franquista, por supuesto, entre ellas. Como era de esperar, no faltó tampoco entre nosotros quien rechazó de plano la idea misma del consenso, argumentando que la única clave explicativa de la larga duración de la dictadura era la represión. Sin embargo, pronto se fue abriendo paso la idea de que la represión por sí misma, aun cuando fundamental y decisiva, no podía constituir el único factor explicativo de la existencia y perdurabilidad del régimen. Se quisiera o no, éste debía haberse beneficiado necesariamente de unos apoyos sociales y un grado de aceptación entre los ciudadanos que debía ir

más allá del estrecho círculo de los poderes económicos, sociales y políticos dominantes.

Aunque de algún modo el término mismo de «consenso» vino a ser introducido en nuestra historiografía de un modo un tanto acrítico, algunas de las primeras reflexiones al respecto tendieron a asumir tanto la inevita-bilidad de abordar la problemática que designaba como lo que el concepto tenía de ambiguo e insuficiente. Así, se señaló que un planteamiento dicotómico en términos de fuerza-consenso era excesivamente reductivo y poco útil; que las actitudes sociales eran más complejas y que se combinaban de modo variable en los distintos sectores sociales.[343] En la misma dirección, Borja de Riquer invitaba a salir del antagonismo régimen-oposición como clave interpretativa fundamental de la dictadura y a dejar de priorizar las fuentes del régimen o las de la resistencia a la hora de aproximarse al conocimiento de las actitudes sociales. Al mismo tiempo, apuntaba la incapacidad del régimen para generar una adhesión activa y entusiasta, aunque no así para imponer una notable pasividad política social. La pluralidad de las actitudes sociales quedaba igualmente remarcada al establecer una gama que iría, en Cataluña, desde el apoyo de los sectores burgueses al desencanto, la hostilidad y la protesta en el caso de las clases populares.[344] En uno de los mejores trabajos de síntesis al respecto se volvía a incidir en la extrema variedad de las actitudes, estableciendo una cuidadosa distinción en relación con los distintos sectores sociales, pero incidiendo también en las diferencias nacionales y regionales, así como en los diversos momentos o fases de la dictadura. De este modo podía hablarse de «adhesió, passivitat i resistència» en el primer franquismo; de «protestes populars, trencaments i continuïtats en l'oposició antifranquista», durante su fase intermedia; y de conflictividad social y consenso en la última de ellas.[345]

A nadie se le ocultaba, sin embargo, que de alguna forma estábamos al inicio del camino, que apenas si podíamos hablar de hipótesis o de la formulación de una especie de «inventario de cuestiones», que era necesario sumirse en la investigaciones de unas fuentes que iban desde los textos oficiales del régimen y los de la oposición, a los documentos privados, y, por supuesto, a las fuentes orales.[346]

CONSENSO ACTIVO Y CONSENSO PASIVO

En suma, la categoría de consenso aparecía, en España como en Italia, tan necesaria como insuficiente. Necesaria, en tanto que enunciaba un problema fundamental para la comprensión de las dictaduras del siglo XX. Pero insuficiente en la medida en que proporciona una respuesta excesivamente genérica e indiferenciada a ese mismo problema. Esta insuficiencia puede concretarse asimismo en dos grandes carencias. Por una parte, la relativa a la propia formulación, al déficit de conceptualización, del término «consenso»; por otra, sobre la que volveremos más adelante, por su incapacidad para dar cuenta de la amplia gama de actitudes adoptadas por la población.

En lo relativo al problema de la indefinición del término «consenso», la primera cuestión que se plantea es que éste debe ser remitido al tipo de régimen que se beneficia, o lo intenta, de él. No es lo mismo evidentemente el consenso propio de las sociedades democráticas que el de los regímenes dictatoriales. Pero tampoco todas las dictaduras conciben del mismo modo la relación con sus ciudadanos, no todas aspiran a arbitrar los mismos mecanismos de articulación del consenso, no todas se legitiman de la misma manera. En este sentido, la diferencia que ha establecido la historiografía entre consenso activo y consenso pasivo, parece absolutamente necesaria. Lo distintivo de las dictaduras fascistas radicaría precisamente ahí, en su voluntad de articular un consenso activo de los ciudadanos. Pero debe insistirse en que ésta no es una cuestión más o menos aleatoria o instrumental, sino que, por el contrario, remite a la esencia misma del fascismo. Ya Palmiro Togliatti había captado la especificidad del fascismo en su carácter de «régimen reaccionario de masas». Lo que se correspondía bien con la pretensión de Mussolini de presentar al fascismo como un nuevo tipo de régimen que aspiraba, precisamente, a elevar las masas al Estado, a integrarlas en él.

La historiografía reciente ha vuelto a incidir en lo que todo esto tenía de elemento definidor, constitutivo, del fascismo. Si este pretendía la construcción de una comunidad nacional «ordenada, entusiasta y conquistadora» era evidente que debía propiciar necesariamente los mecanismos necesarios para que esas masas se sintiesen efectivamente partícipes de esa comunidad nacional y del régimen en que se plasmaba.[347] Si el fascismo se concebía como una religión

política, primero de la patria y luego del propio fascismo, debía arbitrar necesariamente los instrumentos, mecanismos, símbolos y ritos, a través de los cuales el pueblo había de participar necesariamente en esa comunidad religiosa.[348] Si el fascismo se definía como un ultranacionalismo populista, era asimismo obvio que debía esforzarse por despertar e incentivar las energías populistas genuinas.[349]

Todo esto tenía su correlato en la naturaleza misma de la represión fascista. También desde este punto de vista el fascismo se mostró terriblemente efectivo e «innovador». Por una parte, desarrolló una voluntad sin precedentes de exterminio del enemigo político, unas prácticas de extrema crueldad y unos mecanismos e instrumentos de control social acordes con su voluntad totalitaria de penetración capilar en todos los ámbitos de la sociedad. Pero, por otra parte, su propio carácter de revolución alternativa y su voluntad de construir una comunidad nacional-popular, su necesidad de articular un consenso activo y pseudodemocrático, le forzaba a multiplicar las ofertas e instrumentos de integración para la inmensa mayoría de la población. Esto incluía a los antiguos seguidores de las formaciones políticas –liberales, democráticas y obreras– derrotadas, a los que se ofrecía una integración activa en la nueva revolución nacional, en la nueva comunidad nacional. La propia carga utópica de la «revolución fascista», proporcionaba a este tipo de régimen la suficiente dosis de seguridad y confianza en el futuro, como para adecuar su actuación a las bases apuntadas. De acuerdo con todo ello, la represión se concebía como una fase provisional, transitoria, que debía dejar paso a un segundo momento en el que la combinación entre los mecanismos policiacos de control y los de integración la hicieran menos necesaria.[350] De ahí el «bajo» perfil represivo, en términos comparativos, de las dictaduras fascistas, la italiana y la alemana, en periodo de paz.[351]

Pero las dictaduras fascistas, aunque populistas hasta el extremo y en este sentido pseudodemocráticas, constituían al mismo tiempo la negación máxima de la democracia. Por otra parte, descansaban en una utopía tan absoluta como aberrante: la idea de que la comunidad nacional armónica podría sobreponerse e integrar las contradicciones propias de la sociedad moderna. Consecuentemente, ante la afloración constante e inevitable de los problemas propios de esa sociedad, la comunidad nacional, en tanto que entidad jerárquica, armónica y movilizada, sólo podría mantenerse desde el supuesto de la renovación constante de sus supuestos constitutivos –sus símbolos y ritos de identificación entre dirigentes y dirigidos– y el desarrollo y acentuación ilimitada de los perfiles –y

fronteras– de dicha comunidad. Dicho de otro modo, la comunidad sólo podía fortalecerse y reforzar sus mecanismos de inclusión mediante el desarrollo igualmente ilimitado de los de exclusión. De ahí la necesidad de la búsqueda incesante de enemigos interiores -extraños a la comunidad– y exteriores –opuestos a su expansión vital. En el primer plano, la comunidad se autodefinía por la exclusión creciente de minorías étnicas y raciales: judíos, eslavos, gitanos, extranjeros, homosexuales, inadaptados... En el segundo, mediante el recurso continuo y nunca satisfecho a la guerra, a la agresión y la conquista.[352] Puede decirse, en consecuencia, que el genocidio y la catástrofe estaban inscritos –implícitos– en la naturaleza misma del fascismo.

En resumen, las dictaduras fascistas se mostraron extraordinariamente eficaces tanto en el desarrollo de los mecanismos de integración política interna como en los de exclusión social, étnica y cultural, en el plano interior, y en el de la agresión en el exterior. Por la misma razón, la represión política interna pudo disminuir progresivamente en tiempos de paz al tiempo que crecían y se autoalimentaban los mecanismos que conducían a la persecución de minorías seleccionadas, el genocidio y la catástrofe.

¿REPRESIÓN VS. CONSENSO?

En otras dictaduras, como la franquista, los binomios inclusión-exclusión, consenso activo-consenso pasivo y consenso-coerción funcionaron de modo distinto. El régimen de Franco partía de la misma voluntad de exterminio del enemigo político que los fascistas. En sus primeros momentos la violencia incontrolada se desplegó como una auténtica furia vengadora que superó los excesos del escuadrismo fascista y las razzias de las SA contra los bastiones obreros. Pronto se establecieron unos instrumentos y prácticas de control social y policial en buena parte inspirados en los fascistas.

Sin embargo, la dictadura franquista, a diferencia de las fascistas, nunca concibió la violencia y la represión como un expediente transitorio a la espera de que los nuevos mecanismos de integración y movilización permitieran ampliar las bases del apoyo popular. Por supuesto, aspiraba a ganarse el consentimiento y apoyo de la inmensa mayoría de la población pero no buscó la articulación de un consenso activo y entusiasta.[353] Más allá de una retórica parcial, superficial y pronto abandonada, la dictadura no se concebía a sí misma como un régimen revolucionario, orientado hacia la materialización de una comunidad nacional armónica y entusiasta proyectada hacia el futuro. No se abría por tanto la posibilidad de integrar a los vencidos en un nuevo proyecto comunitario o integrador. Si a los antiguos dirigentes y responsables políticos de la España republicana les esperaba el paredón, la cárcel o el exilio, a los combatientes, militantes de base y simples simpatizantes, se les ofrecía en el peor de los casos la misma suerte y, en el mejor, el arrepentimiento, la resignación y el silencio. Por otra parte, al carecer de una carga utópica proyectada hacia el futuro, el régimen franquista carecería también de la indudable dosis de auto-confianza y seguridad de las dictaduras fascistas. Lo que, dicho de otro modo, sugiere un alto componente de inseguridad y miedo en sus relaciones con los derrotados. Se había vencido a las fuerzas de la democracia y el socialismo, pero podía ser cuestión de tiempo que la «hidra» volviera a resurgir recuperando a sus antiguas bases sociales.

De este modo, la voluntad de revancha, venganza y exterminio del enemigo político, la ausencia de un proyecto integrador y la propia inseguridad de un

proyecto puramente reaccionario, se combinaron para hacer de la represión un elemento estructural de la dictadura. Como ha puesto claramente de manifiesto la historiografía acerca de la represión franquista, ésta se planteaba como un expediente definitivo y con efectos definitivos. La violencia represiva había de ser ejemplarizante y aleccionadora. El terror debía quedar inoculado hasta acarrear efectos paralizantes para el presente y el futuro. El silencio, el olvido de su propio pasado y el alejamiento, incluso íntimo, de toda preocupación política por parte de las masas de los vencidos, era el objetivo último de esta politica represiva estructural.[354]

Paralelamente, la ausencia de un proyecto utópico e inspirado en el mito de la revolución como el fascista condicionaba la dinámica del régimen en otro sentido no menos decisivo. Si no se trataba de construir una comunidad nacional jerárquica, armónica y entusiasta, no había necesidad de articular los mecanismos de integración y movilización que proporcionasen a los gobernados la convicción de que ellos eran parte integrante, activa y fundamental de dicha comunidad. No era necesario crear y recrear continua e incesantemente, a través de organizaciones, símbolos y ritos, la idea de la total identificación entre dirigentes y dirigidos. Pero tampoco había necesidad alguna de definir y redefinir continuamente esa comunidad nacional ni de formular siempre nuevos y crecientes objetivos de cohesión interna y conquista exterior que favorecieran el propósito de mantenerla siempre en tensión y movilizada. No había, por tanto, en lo que aquí nos interesa, que reforzar los mecanismos de inclusión-identificación a través del descubrimiento y persecución de elementos extraños a la comunidad, fuesen estos definidos por criterios étnicos, eugenésicos o de adaptación social. Ni la guerra ni el genocidio de matriz fascista estaban implícitos en la dictadura franquista.

Alternativamente, sin embargo, la represión política sobre los propios connacionales alcanzaría en España una extensión y unas cotas de crueldad susceptibles de provocar la estupefacción de los mismísimos Farinacci o Himmler. En efecto, el número de ejecuciones políticas de la posguerra española –entre 130.000 y 150.000– multiplica por más de diez las de la represión nazi y por mil las de la Italia fascista. La cifra de 43.812 presos en la España de 1945, seis años después del fin de la guerra, cuadruplica la existente en la Alemania nazi en 1937, es decir, sólo cuatro años después del acceso de Hitler al poder.

Por supuesto, podría argumentarse que todo esto tenía mucho que ver con las consecuencias de la Guerra Civil. Pero por ello mismo resulta tanto o más

significativo que los términos de la comparación no varían en los años de máxima consolidación y menor conflictividad. En 1961 el número de presos políticos en España –15.202– seguía superando –en un cincuenta por ciento– a los de la Alemania nazi en el invierno de 1936-37. Entre 1964 y 1967 los tribunales militares españoles condenaron a 1.255 paisanos, cifra ligeramente superior a los condenados por el Tribunal especial italiano entre 1936 y 1939. Sólo que en España habría que añadir los 4.500 sumarios instruidos por los juzgados de Orden Público en esos mismos años. Las cinco ejecuciones de octubre de 1975 suponen más de la mitad del total de las practicadas por la dictadura mussoliniana en tiempo de paz. Sólo en 1974 había más españoles en espera de proceso político, cerca de 6.000, que el total de condenados a prisión por el mismo motivo en Italia entre 1927 y 1939.[355]

La naturaleza distinta de los mecanismos de integración y las dinámicas represivas condicionará decisivamente el problema de las actitudes sociales respecto de los diversos regímenes. En primer lugar, porque la mayor o menor existencia de mecanismos de articulación del consenso activo, determinará las actitudes de los ciudadanos, tanto en una dirección positiva, de participación consciente y voluntaria en las organizaciones o actos de masas del régimen, como en la negativa de distanciamiento o rechazo de los mismos. En segundo lugar, porque muchos de los problemas de acercamiento o distancia que pudo presentar la adopción de las leyes antisemitas en Italia o las políticas racial y eugenésica nazi, serán sencillamente inexistentes en el caso español. Finalmente, porque la terrorífica represión franquista, tanto cuantitativa como cualitativamente, tanto por su naturaleza como por sus objetivos, hubo de tener efectos decisivos sobre las actitudes de la población. De modo que, bien sea a título de hipótesis, podría afirmarse que el binomio represión/consenso se decantó hacia el primero de los términos de forma más acusada en España que en Italia o Alemania. Naturalmente, esto no quiere decir, en absoluto, que la dictadura española no se beneficiase de un amplio consenso, pero sí permite interrogarse acerca de las consecuencias, en los terrenos de la coerción y de las actitudes sociales, de privilegiar los elementos de consenso pasivo sobre los del activo.

LA HISTORIA DE LA VIDA COTIDIANA

Como decíamos más arriba, todas estas diferencias acerca de la naturaleza de los distintos regímenes, de la de sus políticas represivas o del carácter activo o pasivo del consenso que aspiran a construir, aunque necesarias, son también insuficientes. Básicamente, porque dicen mucho acerca de las relaciones de arriba abajo, del modo en que los distintos regímenes conciben la relación con sus gobernados o de las «ofertas» que hacen a estos, pero dicen muy poco de las respuestas de los ciudadanos, de las relaciones de abajo a arriba. En efecto, estos, los ciudadanos, podían mostrarse más o menos receptivos a las mencionadas ofertas, podían aceptar unas pero rechazar otras. Podían sufrir como una imposición su vinculación a las distintas organizaciones de masas del régimen sin dejar por ello de ser partidarios de éste. Podían aceptar su política general y al mismo tiempo rechazar algunas de sus concreciones específicas. Podían establecer diferencias entre las diversas instituciones del régimen. Podían, en fin, aceptar el régimen por lo que este ofrecía en términos de «consenso pasivo» –orden, paz, trabajo, mejora individual– y rechazar los mecanismos y apelaciones propias de la articulación del «consenso activo».

Por otra parte, no todos los ciudadanos se comportaban del mismo modo, eran igualmente receptivos a las distintas ofertas o desarrollaban los mismos mecanismos de aceptación o distanciamiento. Las identidades sociales son, desde este punto de vista, fundamentales, pero también las tradiciones culturales, ideológicas y políticas, las creencias religiosas y las diferencias regionales. Todos estos factores podían articularse de modo diverso en cada ciudadano en función de sus propias experiencias y expectativas. Finalmente, a lo largo de su existencia, en las sucesivas etapas o fases de los distintos regímenes, se podían producir variaciones significativas de todas o una parte significativa de las variables consideradas.

Parece evidente, en función de todo ello, que la categoría de consenso se revela como insuficiente más allá de las afirmaciones genéricas, aun cuando necesarias, del tipo «existía un amplio consenso» o similares. El problema estriba, en efecto, en como calibrar, definir y sistematizar la amplia gama de actitudes que los diversos ciudadanos pudieron adoptar en distintos momentos y circunstancias.

En este sentido ha sido fundamental la renovación y claves aportadas por la reciente historiografía alemana, especialmente por la Alltagsgeschichte –historia de la vida cotidiana. El aspecto más importante de la cual viene dado en parte por el recurso a nuevas técnicas y métodos de la investigación, pero sobre todo por lo que tiene de cambio radical en cuanto al modo de aproximarse al problema.

La Alltagsgeschichte es extremadamente plural en sus enfoques teóricos y metodológicos, en la elección de sus objetos de estudio y en la calidad y trascendencia de las investigaciones que se identifican con ella.[356] Pese a ello, puede considerarse que parte siempre del supuesto fundamental de que los individuos, los hombres y mujeres concretos, hacen su propia historia, la hacen diariamente y que ésta no es en absoluto irrelevante para la Historia. Como ha planteado de forma brillante uno de sus más cualificados teóricos, Alf Lüdtke, se trataría en lo esencial de completar el viejo aforismo marxiano «los hombres hacen su propia historia, pero (...) en circunstancias halladas, dadas y transmitidas» con un añadido fundamental: «!Pero la hacen ellos mismos!». Esta apelación a la importancia de los hombres y mujeres concretos se completa en el enfoque de Lüdtke con el difícil concepto de eigensinn, el cual alude a la capacidad del sujeto para reapropiarse de las condiciones de su dominación en función de su autoestima, racionalidad, e intereses.[357]

Por supuesto, este enfoque no niega, o no niega necesariamente, la importancia de las estructuras o de las «circunstancias halladas, dadas y transmitidas» de K. Marx, ni debe conducir, por tanto, a una descomposición de la historia en miles de historias individuales o en la cotidianeidad intrascendente. Lejos de ello, se trata de articular la atención a la complejidad de la vida cotidiana de los individuos concretos con el análisis de las estructuras, de profundizar en el estudio de los mecanismos y procesos de interacción de una y otros.[358] Lo que sí exije, en cualquier caso, es el abandono de los enfoques y apriorismos estructurales o funcionalistas según los cuales las actitudes sociales vienen determinadas de una vez por todas por estructuras sociales, adscripciones de clase o niveles de modernización. Dicho de otro modo, obliga a considerar, al menos a título de hipótesis, la posibilidad de que las actitudes y comportamientos individuales atraviesen transversalmente todas o algunas de las citadas pautas estructurales. Por las mismas razones, y para completar el cuadro, puede decirse que la atención concreta a los individuos concretos y el reconocimiento de la capacidad de estos para hacer su propia historia se sitúa en las antípodas de teorías, como las del totalitarismo, que conciben las masas como

un ente abstracto e indiferenciado, una especie de no-sujeto formado por individuos atomizados y manipulables.

Todas estas reflexiones podrían parecer puramente «académicas» si no fuera porque la inversión radical de planteamientos y enfoques que supone la Alltag ha ido acompañada de una extraordinario desarrollo de las investigaciones –especialmente sobre el Tercer Reich– y de un cambio radical tanto de la percepción acerca del modo en que los alemanes vivieron sus respectivas vidas durante ese periodo como de la comprensión de la propia dictadura nazi. En efecto, investigaciones como las del propio Lüdtke, las de Detlev Peuckert, las del Bayern Proyect o las del LUSIR sobre el Ruhr, por citar solo algunas de las más relevantes, han permitido poner de manifiesto un extraordinario abánico de cuestiones que va desde el problema de la modernidad o no de la sociedad alemana al del papel de la ciencia y de los profesionales o al relativo al alcance y limitaciones de la utopía comunitaria nazi.[359]

En el terreno de las actitudes sociales, investigaciones como las mencionadas han venido a poner de manifiesto la extremada variedad y complejidad de las actitudes de los alemanes respecto del régimen. Se han venido a difuminar las viejas contraposiciones dicotómicas entre víctimas y verdugos[360] o entre resistentes o coautores.[361] Se ha podido constatar la inmensa capacidad corruptora del régimen nazi entre amplios estratos de la población y la efectividad de algunas de sus apelaciones como la del «trabajo alemán bien hecho» o la llamada a «exterminar a otros».[362] Se ha incidido simultáneamente en el alcance de la colaboración espontánea con la Gestapo.[363] Se ha podido calibrar la enorme efectividad del «mito de Hitler» y el modo en que las propias deficiencias o la impopularidad de algunas de sus instituciones, como jerarcas del partido o el partido mismo, pudo venir a reforzar más que a debilitar la imagen del dictador.[364] Se ha podido constatar, en fin, la existencia de un amplio consenso basado simplemente en la aceptación del régimen como algo dado, el cumplimiento de las propias obligaciones y el retiro a la vida privada.[365]

Naturalmente, todo esto no excluía la existencia de una minoría heroica de resistentes constituida por varios miles de personas, ni tampoco otras actitudes críticas y de distanciamiento. Unas y otras podrían clasificarse, como proponía D. Peuckert, siguiendo la siguiente escala: conducta no conformista, rechazo, protesta y resistencia.[366] Lo fundamental, sin embargo, estriba en que desde el punto de vista de la experiencia individual resultaría imposible la aplicación nítida y mecánica de categorías como «disentimiento», «consenso pasivo» o

«participación activa»; como lo resultaría también establecer una oposición en blanco y negro entre gobernantes y gobernados. Lejos de ello, en las múltiples ambigüedades de la vida cotidiana, la «gente común», modelaría su actitud dentro de los variados grises del consenso activo, la acomodación y la no conformidad. En la vida de los distintos individuos, las actitudes de aprobación, rechazo o aceptación podían aparecer mezcladas de distinto modo.[367]

Recogiendo estas y otras aportaciones desde una perspectiva de conjunto de las dictaduras fascistas –Italia y Alemania– P. Burrin ha planteado la necesidad de superar las simplificaciones implícitas en la categoría de consenso mediante el establecimiento de una gama escalonada de actitudes a partir de las nociones de aceptación y distancia. La primera englobaría la resignación, el apoyo y la adhesión; la segunda, la desviación, la disidencia y la oposición. La mezcla de varias de estas actitudes en un mismo individuo sería probablemente la situación más frecuente.[368]

EL PROYECTO VALENCIA

Todos los problemas y reflexiones apuntadas hasta aquí constituyeron de algún modo el punto de partida del proyecto de investigación Valencia en el franquismo (1939-1953): Régimen, sociedad, oposición, consenso, de cuyos resultados pretende dar cuenta este volumen.[369] De modo muy especial tomamos como punto de referencia el excelente trabajo de Luisa Passerini sobre el Turín obrero en el fascismo y los dos proyectos emblemáticos sobre las actitudes de la población alemana en el nazismo, el Bayern Project («Baviera en el nazismo») y el LUSIR («Historias de vida y cultura social en la región del Ruhr de 1930 a 1960»).[370]

El carácter colectivo y «regional» de estos últimos los hacía mucho más valiosos desde el punto de vista de la empresa que queríamos acometer. Del Bayern Project nos parecía especialmente estimulante la pluralidad y riqueza de las fuentes trabajadas –informes policiales, del Gobierno báva-ro, de las iglesias...– y el establecimiento de diversos puntos o focos sectoriales y locales de observación. Del LUSIR nos atraía especialmente su innovación en el terreno del recurso a las fuentes orales y las «historias de vida», su atención a lo que podríamos llamar «trabajadores corrientes» y el hecho de que privilegiara la atención a la vida cotidiana sobre las actividades políticas o resistenciales. Dentro de esta investigación resultaba particularmente relevante el hecho de que unos obreros, en su mayoría votantes de la socialdemocracia, recordasen como «buenos tiempos» los años centrales de la dictadura nazi.[371]

Se trataba, por tanto, de aprovechar la experiencia de estas investigaciones desde el triple punto de vista de sus planteamientos de fondo –en la línea antes señalada de la Alltag–, de los métodos y de la localización, «creación» y tratamiento de las fuentes. También nos interesaban especialmente, como se ha señalado, los resultados. En este aspecto, sin embargo, se trataba de rastrear problemas, abriendo, por así decirlo, el abanico de nuestro cuestionario, pero poniendo especial cuidado en no importar acrí-ticamente, con el método, los resultados. Se trataba, por así decirlo, de «importar» el instrumento, la lupa, e incluso la formulación de los problemas a investigar, pero sin dar por hecho que el cuadro resultante debiera ser necesariamente el mismo.

En este sentido, convenía tener muy presentes tanto las diferencias como las semejanzas entre las experiencias italiana o alemana y la española. En el caso español se trataría de calibrar hasta qué punto funcionó el efecto traumático de la guerra, la enormidad de la represión y la férrea voluntad del régimen de legitimarse por la victoria. Pero habría que tener en cuenta también la existencia y eventuales efectos de las ofertas de integración incluidas en el discurso de la revolución nacionalsindicalista o en las primeras dinámicas del sindicalismo oficial en la vertiente radical protagonizada por Gerardo Salvador Merino. Sucesivamente, habría que intentar evaluar los efectos del cambio de discurso en la línea de acentuación de los contenidos tradicionales y católicos del régimen hasta llegar a la obsesiva ocupación por parte de la Iglesia del máximo de los espacios posibles. Había que observar también, el modo en que incidió la situación del régimen en el contexto internacional, desde las alternativas de la política exterior española en la Segunda Guerra Mundial al aislamiento y ostracismo y de estos a la reintegración parcial en la sociedad internacional.

Por supuesto, había que prestar especial atención a los efectos de la paulatina mejora de las condiciones de vida de la población, de los elementos de paternalismo social del régimen, de la propia voluntad ciudadana de reconstitución de una normalidad cotidiana.[372] En suma, de aquellos elementos fundamentales constitutivos del «consenso pasivo». Pero incluso en este terreno valía la pena tomar en consideración el referente de los regímenes fascistas. En efecto, por paradójico que pueda parecer, estos regímenes pudieron beneficiarse mucho más que el franquista, en su primera fase, de los elementos de «consenso pasivo» además del «activo». No era la misma la situación de los años treinta en Italia y Alemania, cuando sus respectivos regímenes pudieron presentarse como superadores de la crisis económica o garantes del pleno empleo, que la de la España de los años cuarenta, precipitada en el hambre y la miseria, que experimentaba la mayor involución económica de toda su historia contemporánea. No deja de ser significativo en este sentido, que la introducción del sistema Bedaux y la Organización Científica del Trabajo tuviera lugar en Italia y Alemania en gran parte en los años treinta, mientras que en España hubo que esperar a la segunda mitad de los cincuenta. Por supuesto, la OCT suponía la aparición de tensiones pero también la apertura de perspectivas de mejora individual. Esto último pudo fomentar los elementos de «consenso pasivo» en la Italia y Alemania de los treinta como en la España de los sesenta. En lo que respecta a las tensiones, por el contrario, los regímenes fascistas pudieron integrarlas dentro de su marco ideológico y sindical de un modo harto más efectivo de cuanto pudo hacerlo el franquismo en los años sesenta.

La constatación de estas semejanzas y diferencias permite enlazar con uno de los problemas fundamentales que planteaba la delimitación del proyecto, el cronológico. En un principio nos planteamos el límite de 1953 por dos tipos de razones. Por una parte, el mismo problema de la edad de los protagonistas, que obligaba a privilegiar por motivos de urgencia la década más lejana, la de los cuarenta. Por otra parte, porque esta fecha se situaba en un eje de cambio formado por la nueva orientación del gobierno de 1951, el fin del racionamiento de 1952 y el espaldarazo internacional al régimen constituido por los pactos con EE.UU. y el Concordato en 1953. En la práctica, como se verá, los límites cronológicos aparecerán más diluidos, extendiéndose en algunos aspectos hasta 1956/7. Esto, que tuvo mucho que ver con la propia memoria de los entrevistados, está muy relacionado también con cuanto se apuntaba en el párrafo anterior. Por esta razón hemos preferido utilizar en este balance global el más indefinido término de «posguerra».

Se trata, en cualquier caso de una limitación cronológica que hay que considerar como provisional, en la medida en que entendemos que a través de sucesivos proyectos de investigación se podrá llegar a abarcar hasta el periodo de la transición democrática. Del mismo modo, entendíamos que el ámbito ideal de investigación habría sido el constituido por el conjunto del País Valenciano, pero ésta era una tarea excesiva dada la limitación de medios económicos y humanos. A la espera de que futuros proyectos –inevitablemente coordinados– nos permitieran afrontar esa tarea, optamos por circunscribirnos al área de la actual provincia de Valencia.

En dicho marco se seleccionaron distintos ámbitos con la intención de disponer de una información tan amplia como contrastada. Así se eligió Llíria, una ciudad fundamentalmente agraria, aunque no exenta de industria, capital de una comarca, el Camp de Turia, que alcanzó unos de los más altos grados de violencia y represión en la Guerra Civil y la posguerra. Otro foco de observación privilegiado era el Puerto de Sagunto, un núcleo urbano construido alrededor de Altos Hornos de Vizcaya. Se trata de una ciudad-fábrica y un auténtico «baluarte obrero» integrado en su mayor parte por emigrantes castellanohablantes, lo que contrastaba nítidamente con el carácter rural y valencianohablante de su entorno. En contraposición con este punto de observación, se fijó otro con los trabajadores de Unión Naval de Levante. Se trataba en este caso de un núcleo obrero de similar tradición política pero perfectamente integrado en su entorno social y cultural, los poblados marítimos de la ciudad de Valencia.

El mundo de las fallas constituía también un prisma especialmente interesante dada su condición de medio interclasista por antonomasia. Además, con las fallas se había ido vertebrando progresivamente una forma determinada de concebir la identidad valenciana, lo que se ha llamado el «valencianismo temperamental».[373] Por constituir una de las redes asociativas más amplias y complejas de la ciudad –si no la que más– el colectivo fallero fue objeto de una atención privilegiada por parte del régimen. En un medio también interclasista, en uno de los barrios tradicionales de la ciudad –el Botánico–, se localizó otro ámbito de investigación, con la intención esta vez, de centrar la atención en los medios católicos.

Además de estos focos de investigación, sectoriales y locales, en lo que se ha recurrido a las fuentes orales, se ha llevado también a cabo una exploración sistemática de los informes sobre actitudes sociales elaborados por distintas instancias de poder –policiales y del partido, fundamentalmente-así como de las procedentes de la oposición –informes del PCE y, en menor medida, del PSOE. Por su propia naturaleza, la mayoría de los trabajos dejaban en un segundo plano el estudio de las condiciones de vida y trabajo, así como el estudio sistemático de las distintas actitudes de protesta u oposición. Por ésta razón se ha incluido un trabajo de ámbito más general, basado en buena parte en fuentes secundarias, en el que se desarrolla una visión de conjunto de las cuestiones mencionadas en el ámbito del País Valenciano.

LOS RESULTADOS

Resumir en pocas líneas los resultados del proyecto es sumamente dificultoso. En parte por la propia diversidad de los medios trabajados; en parte por la riqueza de matices que puede apreciarse en cada uno de ellos; y en parte, también, por las inevitables diferencias que, por menores que sean, cabe encontrar siempre entre los distintos miembros del equipo. No intentaremos hacer aquí, por tanto, una especie de resumen global de los distintos capítulos del volumen. Ni se pretende tampoco enunciar unas conclusiones que a modo de tesis pretendan dar respuestas pretendidamente definitivas a las preguntas a las que respondía la investigación. En este sentido, nos conformaríamos con que algunas de nuestras hipótesis sirvieran para «ampliar el cuestionario», poniendo sobre el tapete problemas y cuestiones que podrían no haber centrado suficientemente la atención de los investigadores. Lo que se pretende, en fin, es señalar algunas de las líneas generales que emergen con mayor claridad del conjunto de las contribuciones del equipo de investigación.

Vencedores y vencidos. Ésta es, probablemente, la distinción más clara y la que debe situarse como punto de partida en el análisis de las actitudes y comportamientos de los ciudadanos. Una distinción que, como se sabe, fue establecida de forma consciente, sistemática y con efectos duraderos por el régimen. Era la plasmación más clara de la «legitimación de la victoria», que no debía ser olvidada en ningún momento. Los vencidos fueron identificados y se autoidentificaron como tales. Pero lo mismo sucedía con los que se identificaban con el otro campo. De modo que, en términos generales y con los matices que veremos, los vencidos, tendieron a mostrar una hostilidad más o menos abierta hacia el nuevo régimen, mientras que quienes habían simpatizado o luchado con los vencedores tenderían a identificarse, casi sin matices y por largo tiempo, con el nuevo régimen. Conviene recordar que esta división se superponía a las de clase. Es justo pensar que la mayoría de las clases populares se identificaron con la República y, por ende, con los vencidos. Pero hubo también importantes sectores de esas mismas clases populares que lo hicieron con los vencedores. Para estos, esa identificación sería mucho más determinante que su propio origen social.[374]

La memoria dividida. Esta oposición de base entre vencedores y vencidos no era debida, sin embargo, únicamente, a la voluntad del régimen. Tenía motivaciones más profundas y «espontáneas» que se pueden percibir con claridad en lo que se puede denominar como la memoria dividida. Una memoria que se hace inevitablemente selectiva según la identificación con uno u otro de los bandos combatientes durante la guerra civil. Unos recuerdan intensamente el terror y la represión franquista, pero tienden a «olvidar» la violencia en zona republicana; otros apenas aluden a la represión franquista pero tienen muy presente la violencia en la zona republicana. Unos tienden a achacar al régimen el hambre y la miseria de la posguerra, otros lo explican como una consecuencia directa de la guerra y el bloqueo exterior. Unos rememoran intensamente la absurda política moral de la posguerra y las persecuciones implícitas en ella, otros apenas si la evocan y pueden lamentar, a lo sumo, algunos de los excesos que la acompañaron. Unos recuerdan casi como una agresión las campañas de «recristianización» de la Iglesia, otros rememoran su éxito y el entusiasmo que generaron. Para unos, la posguerra se identifica con la «juventud perdida»; para otros, el recuerdo de las dificultades de la época no consigue borrar el de los atractivos que suelen proyectarse sobre la «juventud feliz».

Las zonas intermedias. La existencia de esta clara división en las percepciones de los que se identificaban con los vencedores y quienes lo hacían con los vencidos, no excluía, sin embargo, la existencia de zonas intermedias. Zonas intermedias que podían localizarse, por así decirlo, en el interior de cada memoria o reflexión individual, y zonas intermedias en tanto que existencia de una franja de ciudadanos que empezó a situarse muy pronto en posiciones de relativa neutralidad. Destaca en el primer aspecto, como se anota en el trabajo de Joan J. Adriá, el rechazo de la violencia en la zona republicana, experimentado no sin cierta sensación de culpa, por individuos identificados con la causa de los derrotados. En el segundo, puede situarse, como también recuerda el mismo autor, la franja de los «indiferentes», dispuestos muchas veces a buscar posiciones de equidistancia entre una realidad que podía no gustarles y un pasado, el de la Guerra Civil, que no querían ver de ningún modo repetido. Aparece aquí dibujada la idea del consentimiento como «mal menor», que podemos encontrar también en algunos de los entrevistados por Álvaro Álvarez. Particularmente relevante aparece, además, en este caso, el hecho de que algunos republicanos, apresados entre el recuerdo de la violencia en la zona republicana y el rechazo de la dictadura, terminarán por recluirse en un absoluto mutismo que favorecería la penetración en sus hijos de sentimientos de identificación con el régimen. Tendríamos así una especie de ampliación por vía

generacional del consentimiento, que el citado autor sintetiza en el binomio padres republicanos/hijos franquistas, y acierta a relacionar con un fenómeno de recatolización de las clases medias.

Una normalidad sin política. La necesidad de reencontrar una sensación de orden tras la Guerra Civil, el miedo a la represión y la simple lucha por la supervivencia física, constituyeron un impulso formidable para la búsqueda o construcción de una normalidad que habría de ser sin política. Esta actitud llevaba implícita la idea del olvido del enfrentamiento, del nunca más, y una voluntad de reconciliación. Podía expresar también sentimientos de solidaridad o protección hacia algunos de los vencidos por parte de algunos entre quienes se identificaban con los vencedores. Todo esto comportaba una actitud radicalmente ambigua frente al régimen. No suponía necesariamente ninguna aceptación del mismo y podía expresar una voluntad de aislamiento y no colaboración respecto de la política oficial. Pero excluía también la idea de la oposición o resistencia activa. Era una ambigüedad que, además, se proyectaría sobre el futuro. Por una parte, permite constatar que la idea del nunca más, de la paz y la reconciliación es algo que vino original y fundamentalmente de abajo, se instaló muy pronto en la sociedad y anticipó en muchos años algunas estrategias de la oposición, la política de reconciliación nacional del PCE o el giro en idéntico sentido de sectores de la Iglesia. Pero, por otra parte, pudo ser también instrumentalizada por el régimen, especialmente cuando en los años sesenta adoptó el discurso de la paz y el desarrollismo. De la no-política como protección frente a un medio hostil se podría pasar a la no-política como bloqueo a las actitudes de disentimiento y a una eventual politización democrática.

La construcción de espacios de sociabilidad. La normalidad sin política se tradujo en un retiro a la vida privada y familiar, pero se manifestó también en la construcción de espacios de sociabilidad, también sin política. Estos espacios podían venir constituidos por las bandas musicales, como en Llíria, el Centro Aragonés, como en Puerto de Sagunto, la propia fábrica o los casales falleros. En todos ellos regía el principio de la exclusión de la política y la voluntad de reconciliación. Por ello mismo, tenían la misma carga de radical ambigüedad que anotábamos en el párrafo anterior. Pero en estos espacios se daba, además, la ambigüedad específica de algunas formas de resistencia cultural en una línea similar a la constatada por Luisa Passerini. Las bandas musicales de Llíria resistieron la «unificación por arriba» que pretendió imponerles la autoridad gubernativa. El Centro Aragonés hubo de superar las trabas burocráticas de

una autoridad siempre recelosa. Las fallas, tal y como analiza Gil Manuel Hernández, funcionaron como núcleo de conservación de los símbolos de la identidad valenciana –lengua y Senyera– frente a la brutalidad uniformadora del nuevo poder. Pero la exclusión de la política las hacía vulnerables hacia las posibles ofertas de ese mismo poder una vez acertase a mostrarse más flexible y corruptor. La Iglesia supo integrar a las bandas de Lliría por el sencillo procedimiento de crear una nueva parroquia, de modo que cada una de ellas tuviera la suya. También se intentó en Puerto de Sagunto, aunque con menor éxito, hacer de las casas regionales una escenificación de la riqueza y diversidad regional-santoral de la España nacionalcatólica. El régimen instrumentalizó las fallas, asimilando un valencianismo sentimental, acotado, conformista y no conflictivo, estableciendo mecanismos de control desde arriba y coadyuvando a las propias dinámicas de expansión y gigantismo de la fiesta.

La Valencia roja, castigada y hostil. Algunos de estos procesos estaban lejos de manifestarse, sin embargo, en los primeros años cuarenta. Por entonces, todos estos esfuerzos de construcción de espacios de sociabilidad tenían lugar en un contexto de hambre y miseria, espíritu de venganza y castigo, y reino del miedo y el silencio. El espíritu vengativo de los vencedores es una de las cosas que ha quedado fijada más nítidamente en la memoria popular. Y dentro de él, con particular fuerza, la imagen de la Valencia castigada por roja, por republicana y revolucionaria. Esta imagen aparece de forma constante y casi sin matices tanto en los medios obreros como en el interclasista de las fallas. Lo que resulta particularmente significativo es que esta sensación fuera compartida, como pone de manifiesto Alberto Gómez Roda, por la práctica totalidad de las fuentes, desde las de la propia Falange hasta las diplomáticas. La otra cara de la moneda es la incidencia de esas mismas fuentes en la hostilidad, cuando no odio cerrado, de la mayoría de la población valenciana hacia el nuevo régimen. Un odio que se dirige particularmente contra Falange pero que abarca, especialmente entre las clases populares, al conjunto de las instituciones del régimen. Por supuesto, todo esto no hace sino confirmar lo que sabemos acerca de otras zonas de España.[375] Aunque no deja de llamar la atención que el embajador británico apuntase en 1943 que la fractura entre el Gobierno y la opinión pública era más profunda en Valencia que en cualquier otra de las grandes ciudades.

Conservadores y hombres de negocios. Las mismas fuentes coinciden en señalar una diferencia fundamental entre las actitudes de las clases populares y los sectores acomodados. Pero no se trata tampoco en esta ocasión de una

diferencia en blanco y negro. Los informes de Falange y la documentación británica vuelven a coincidir cuando constatan síntomas de malestar y preocupación entre algunos sectores identificados con el propio régimen. Para Falange se trata de actitudes dirigidas fundamentalmente contra ella misma y de claros sentimientos aliadófilos durante la guerra mundial. En la documentación británica, se constatan esas mismas predisposiciones, a las que se unirían síntomas de rechazo, especialmente entre los militares y algunas de las «fuerzas vivas», a los excesos de la represión. En los medios de negocios, la genérica tendencia proaliada se vería reforzada por la preocupación por la suerte de sus tradicionalmente privilegiadas relaciones comerciales con el Reino Unido. Pero eran actitudes que en ningún caso ponían en cuestión la fidelidad a Franco, al que consideraban salvador de sus vidas y haciendas. Ya en la segunda mitad de los cuarenta los síntomas de malestar parecían haber menguado extraordinariamente. Todo riesgo de «nazificación» había desaparecido, la omnipresencia falangista se había redimensionado y las relaciones comerciales con el Reino Unido parecían a salvo. Como constatara otro embajador británico a finales de 1946, los hombres de negocios valencianos estaban mucho más temerosos de que se produjese cualquier cambio que de la ausencia del mismo.

Una hostilidad pasiva. Tampoco puede hablarse, como veíamos más arriba, de una actitud uniformemente hostil por parte de las clases populares, aunque sí puede asumirse la existencia de un sentimiento de hostilidad mayoritaria, especialmente entre la clase obrera. El problema se plantea, como ha puesto de manifiesto la historiografía, cuando se relaciona esta hostilidad con una pasividad igualmente mayoritaria. Hubo, por supuesto, excepciones que iban, en el plano más específicamente político, desde la resistencia guerrillera y la militancia en las organizaciones de la izquierda obrera, a los actos de solidaridad con los represaliados. Menos relacionadas directamente con la política y afectando a sectores más amplios, se registraban actitudes que iban de la simple trasgresión moral a la muestra explícita de disentimiento, la protesta individual y, muy excepcionalmente, el plante colectivo. Todas estas actitudes afloran en el conjunto de los trabajos y han sido perfectamente sistematizadas en el de Ramiro Reig. Pero, como éste mismo autor pone de manifiesto, se trataba de actitudes en última instancia minoritarias cuya trascendencia no debe ser magnificada.

Las razones de esa pasividad de la mayoría son abordadas también en los distintos capítulos. La primera de ellas, tan clara como rotunda, es la propia

represión, respecto de la cual hay que convenir necesariamente en que el régimen cosechó el mayor de los éxitos en el objetivo que perseguía: la represión tuvo efectos paralizantes y definitivos sobre la mayoría de la población. Pero existían también otras razones relacionadas con lo que Ramiro Reig ha denominado acertadamente como «las estrategias de supervivencia». Y que tenían mucho que ver con aquella descripción de las preocupaciones del «hombre medio de la masa» que hacía un militante comunista: «cómo comer, cómo vivir».

La oposición aislada. La sensación de excepcionalidad y aislamiento del luchador antifranquista es rememorada con la misma intensidad por éste que por aquellos de sus compañeros dispuestos a reconocer su labor, si bien desde una actitud en la que se entremezclan la admiración y el dis-tanciamiento. Pero eran especialmente los militantes de la oposición organizada los que de algún modo percibían mejor el aislamiento a que se veían progresivamente sometidos y las causas que lo motivaban: la frustración de la derrota, el terror a un Estado «superpoliciaco» o los desengaños de la política internacional destacaban entre ellos. Las continuas caídas y el creciente desinterés por la política de las clases populares generaron incluso, como apunta Alberto Gómez Roda, críticas desde la base que podían anticipar el posterior cambio de estrategia del partido comunista. No muy distintas eran las percepciones socialistas, uno de cuyos informes parece decantarse por mantener posiciones de «firmeza» y «unidad» a la espera de que tiempos mejores permitieran posiciones más activas. Sometida al doble flagelo de una represión feroz y del colaboracionismo con el régimen de algunos sindicalistas, la CNT entró en un proceso de declive que los órganos del Movimiento se permitían constatar con satisfacción.

Las ofertas del régimen. No eran, sin embargo, sólo la represión o la simple lucha por la supervivencia física, las que explicaban esa pasividad mayoritaria. Ciertamente, el régimen hizo poco por ganarse la colaboración activa y entusiasta de la población, o, dicho de otro modo, renunció muy pronto a articular los mecanismos propios de un «consenso activo». De hecho, pocas de las iniciativas de este tipo han quedado registradas en la memoria popular y, cuando se recuerdan, no es precisamente de modo favorable. Pero eso no quiere decir en absoluto que el régimen renunciase a ganarse la simpatía o la adhesión, por pasiva que fuera, de la mayoría de los ciudadanos y, de modo muy significado, de los trabajadores. Lo intentó, en efecto, a través de una política de paternalismo social que se vio perfectamente complementada con el propio paternalismo empresarial. No puede decirse, además, que estos intentos no

fueran apreciados por los trabajadores. Los capítulos sobre Unión Naval de Levante o Altos Hornos del Mediterráneo ponen claramente de manifiesto algo que con frecuencia escapa a la atención de los historiadores: que los obreros constatan casi siempre que el régimen se preocupó por ellos, que tuvo una política social efectiva, que a lo largo del franquismo hubo un progreso indudable en este terreno. No se trata, conviene recalcarlo, de la opinión de los «trabajadores de derecha», aunque también, sino de trabajadores antifranquistas e incluso, en algunos casos, de líderes emblemáticos de CC.OO y el PCE. Se trata de un reconocimiento que puede hacerse con la boca pequeña –«mal que nos pese hay que reconocer que...»– o puede venir acompañado de la pertinente reflexión política acerca del temor del régimen hacia las grandes concentraciones obreras. Pero es una realidad que no se cuestiona. Economatos, acceso a viviendas baratas, avances de la Seguridad Social o buenas condiciones de jubilación, constituyen los puntos de referencia casi inexcusables al respecto.

El colaboracionismo. Muchos de los logros señalados tienden a apuntarse por parte de los entrevistados en el haber de Girón. La demagogia social del ministro franquista, su propensión a buscar el contacto directo con los trabajadores o su protagonismo efectista a la hora de conceder ciertas mejoras, se mostraron mucho más eficaces de lo que frecuentemente se reconoce. A lo que hay que añadir una de las iniciativas más brillantes y eficaces del régimen, cual fue la búsqueda de colaboracionistas de la CNT, aunque no sólo de ella. Se trata de uno de los episodios más incómodos y menos estudiados del movimiento obrero en el franquismo. Pero esto no lo hace en absoluto menos importante. Es verdad que no fueron muchos los «colaboracionistas» y que en modo alguno esta circunstancia puede esgrimirse contra una organización obrera que en los primeros años de la posguerra combatió, en muchos casos hasta el heroísmo, contra la dictadura. Pero hay que reconocer también que esa operación fue concebida de forma particularmente inteligente, se llevó a cabo de forma resuelta y tuvo efectos duraderos. En primer lugar, porque se buscó especialmente la colaboración de dirigentes históricos en las zonas y sectores más problemáticos y combativos; en el caso de Valencia, entre los portuarios y el «sidero-metal». En segundo lugar, porque cuando el tema aparece, lo que raramente sucede de forma espontánea, la opinión mayoritaria va en la línea de comprender, o más frecuentemente justificar, la opción de los colaboracionistas. Circunstancia que debe subrayarse porque altera radicalmente la percepción de un fenómeno respecto del cual la historiografía ha tendido a seguir la opinión de las direcciones de las organizaciones obreras mucho más que la de los

militantes o trabajadores de base. Finalmente, porque la escasa conflictividad, la pasividad de los focos obreros más importantes de Valencia hasta la segunda mitad de los años cincuenta, hubo de tener bastante que ver con esto.

El apogeo del régimen. Por lo visto anteriormente acerca de los sectores intermedios, así como de los medios conservadores y de negocios, y lo que se acaba de constatar a propósito de la clase obrera, puede decirse que en su segunda década de existencia el régimen había alcanzado su plenitud. Había conseguido restañar las eventuales fisuras de los primeros años en el terreno de aquellos sectores de la sociedad que se habían identificado siempre con él; y había conseguido también establecer algunos puentes con amplios sectores de la población trabajadora, que de ésta forma pudieron aminorar su inicial hostilidad hacia la dictadura. Debe establecerse, por tanto, una nítida distinción entre los primeros años, los años del terror, la humillación, el hambre y la miseria, y esta segunda década en la que la represión se aminoró, la pobreza sustituyó a la miseria, se estableció una «normalidad sin política» y la oposición atravesó su mayor crisis. Como apunta Joan J. Adriá, fue entonces, hacia finales de los cuarenta y principios de los cincuenta, cuando la gente corriente empezó a poder respirar y cuando, correlativamente, el régimen consiguió alcanzar un consentimiento mayoritario. O, por decirlo como un obrero de Puerto de Sagunto, fue entonces cuando la gente comenzó a «tragar» a Franco. Podría decirse, por tanto, que el régimen vivió en estos años su apogeo; y que, si de «consenso» puede hablarse, ésta fue nuestra «época del consenso».

El predominio del gris. ¿Puede hablarse, no obstante, de consenso? Sí, como decíamos más arriba, en el sentido más amplio y general del término, lo que no hace sino confirmar que ningún régimen político puede man tenerse sin generar mecanismos de aceptación y consentimiento por parte de los ciudadanos. Sí, también, si con ello queremos establecer una cadencia cronológica en el sentido de identificar un periodo en el que los elementos de aceptación se impusieron con mayor nitidez sobre los que implicaban distanciamiento. Pero no, si pretendemos dar cuenta con un mínimo de rigor de las actitudes de la población en las diversas y cambiantes circunstancias por las que atravesó la sociedad, el régimen y las experiencias individuales de los ciudadanos.

En efecto, incluso en ésta segunda década de incuestionable dilatación del consentimiento, las actitudes, tanto en el interior de cada persona como en la mayor parte de las clases populares, parecen marcadas por una radical ambigüedad. Muchos trabajadores aprecian la «política social» del régimen pero

al mismo tiempo lo siguen considerando ajeno y hostil. La innegable popularidad de Girón se aísla proyectando sobre ella un manto de excepcionalidad. Se puede reconocer a Franco el haber mantenido a España fuera de la guerra mundial, pero muchos no olvidan cuán cercana estuvo su política a la del Eje y cuantas miserias se derivaron de ella. No es fácil establecer cuál de estas percepciones y actitudes tuvo un mayor peso en determinados momentos y circunstancias. Probablemente sería, además, tarea vana. Parecería más correcto, por tanto, reconocer la existencia de una ambigüedad de fondo entre amplios sectores de la población. Entre los polos de la adhesión inquebrantable y de la oposición militante, cabría situar, a un lado, una amplia zona de consentimiento y aceptación pasiva, con diversos grados de identificación, convencimiento y resignación del «mal menor»; y, al otro, una zona no menos amplia de disentimiento pasivo, con diversos grados también de resignación al «mal inevitable», rechazo y propensión a la protesta. Pero no se trataría en ningún caso de zonas o compartimentos estancos. De uno a otro polo existiría una amplia gama de actitudes en la que es posible encontrar las más variadas combinaciones y evoluciones. Pero en la que destacaría una inmensa zona intermedia atravesada por todas las tonalidades del gris.

* Este capítulo constituyó la introducción del autor al texto coordinado con Alberto Gómez Roda El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguer ra, Valencia, Episteme, 1999, del que formaba parte también el trabajo «Trabajadores corrientes...» que se reproduce en el capítulo siguiente. Dicho volumen, en el que se daba cuenta de los resultados de la primera investigación sistemática y colectiva realizada en España sobre las actitudes sociales de la población en un ámbito provincial durante las primeras décadas del franquismo, tuvo una excelente acogida historiográfica, aunque, lamen tablemente, quedó rápidamente agotado.

[337] Cf., R. De Felice, Mussolini il duce. Gli anni del consenso 1929-1936, Turín,Einaudi, 1974 (2.a), pp. 54-56 y 76 ss.; del mismo, Intervista sul fascismo. A cargo de Michael A. Ledeen, Roma-Bari, Laterza, 1975. El propio De Felice volvería sobre la cuestión respecto del periodo posterior en Mussolini il duce. Lo Stato totalitario, 1936-1940, Turín, Einaudi, 1981, pp. 156 ss.

[338] Véase, N. Tranfaglia, Labirinto italiano, Florencia, La Nuova Italia, 1989, pp. 59-75; G. Quazza, Resistenza e storia d'Italia. Problemi e ipotesi di ricerca, Milán, Feltrinelli, 1976, pp. 70-104; L. Casali, «E se fosse dissenso di massa? Elementi per un'a-nalisi della "conflittualità politica" durante il fascismo», Italia contemporanea, 144 (1981), pp., 101-120. Una visión general del debate en, G. Santomassimo, «Classi subalterne e organizzazione del consenso», en Storiografia e fascismo, Milán, Angeli, 1985, pp. 99-17.

[339] No deja de resultar significativo que fuese uno de los más destacados militantes de la oposición antifascista el dirigente histórico del PCI, Giorgio Amendola, quien tuviera que incidir en el hecho de que De Felice no andaba demasiado errado en estas apreciaciones. Cf.,Amendola. Intervista sull 'antifascismo. A cargo de Piero Melograni, Roma-Bari, Laterza, 1976.

[340] L. Passerini, Torino operaia e fascismo, Roma-Bari, Laterza, 1984.

[341] Véase, a título de ejemplo, P.V Cannistraro, La fabbrica del consenso. Fascismo e mass media, Roma-Bari, Laterza, 1975; G. Turi, Il fascismo e il consenso degli intellettuali, Bolonia, Il Mulino, 1980; V. De Grazia, The culture of consent. Mass organization of leisure in fascist Italy, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

[342] N. Tranfaglia, La prima guerra mondiale e il fascismo, Turín, UTET, 1995, p. 466.

[343] R. Garrabou, J. Lleixa y O. Pellisa, «Pròleg», Franquisme. Sobre resistència i consens a Catalunya (1938-1959), Barcelona, Crítica, 1990, pp. 7-20.

[344] «Rebuig, passivitat i suport. Actituds polítiques catalanes davant el primer franquisme (1939-1950)», en Franquisme..., op. cit., pp. 179-193.

[345] C. Molinero y P. Ysas, El règim franquista. Feixisme, modernització i consens, Vic,Eumo, 1992.

[346] Riquer, B. de, op. cit. Para un reciente estado de la cuestión, C. Molinero y P. Ysas,«La historia social de la época franquista. Una aproximación», Historia Social, 30 (1998), pp. 133-154.

[347] Cf. P. Burrin, «Política i societat. Les estructures del poder a l'Itàlia feixista i a l'Alemanya nazi», Afers, 25 (1996), pp. 485-510.

[348] Cf. E. Gentile, Il culto del Littorio, Roma-Bari, Laterza, 1993.

[349] Cf. R. Griffin, The Nature of Fascism, Londres-Nueva York, Routledge, 1993.

[350] Véase, al respecto, P. Burrin, «Política i societat...», cit., p. 499.

[351] A lo largo de toda la dictadura nazi fueron ejecutadas por motivos políticos cerca de 12.000 personas, la mayoría de ellas ya durante la guerra mundial. Las detenciones masivas que siguieron a la toma del poder por los nazis condujo a la constitución de numerosos campos de concentración, pero a la altura de 1936-37 algunos de ellos fueron cerrados y su población penal se había reducido a algo

menos de 10.000. Las cifras en el caso italiano son extraordinariamente más bajas. Entre 1927 y 1939 se dictaron condenas de prisión contra 3.596 personas, a las que habría que añadir las más de 15.000 condenas a confino (destierro interior vigilado). Durante toda la dictadura fascista fueron ejecutadas por motivos políticos 26 personas, 17 de ellas ya durante la guerra mundial. Cf., K.D. Bracher, La dictadura alemana, Madrid, Alianza, 1973, 2 vols., II, pp. 100-105; R. De Felice, Musolini il Duce. Lo stato totalitario, Turín, Einaudi, 1981, pp. 45-47; S.G. Payne, Historia del fascismo, Barcelona, Planeta, 1995, pp. 151-152.

[352] No hace falta recordar aquí, en contraposición a las cifras que mencionábamos en la nota n.° 14, la enormidad de la política de exterminio nazi contra judíos, gitanos, homosexuales, discapacitados o eslavos. Por supuesto, el caso italiano queda, también en este aspecto, muy alejado del nazi. Sin embargo, al efecto de lo que aquí apuntamos, debe considerarse la brutalidad implícita en las leyes contra los judíos de 1938 adoptadas en un país carente de tradición antisemita. Por otra parte, la Italia fascista estuvo casi permanentemente en guerra desde principios de los años treinta en un crescendo que fue de la «pacificación» de Libia, a la conquista de Etiopía, de la guerra de España a la conquista de Albania, y de ésta a la Segunda Guerra Mundial. Sobre el papel de la guerra en la dinámica de los regímenes fascistas, véase MacGregor Knox, «Conquest, Foreign and Domestic, in Fascist Italy and Nazi Germany», Journal of Modern History, 56/1 (1984), pp. 1-57.

[353] B. de Riquer, op. cit., p. 181.

[354] Véase, especialmente, S. Juliá, (coord.), Víctimas de la guerra civil, Madrid, Temas de hoy, 1999; P. Preston, La política de la venganza, Barcelona, Península, 1997; A. Reig, Ideología e historia, Madrid, Akal, 1986; C. Mir, «Violencia política, coacción legal y oposición interior», Ayer, 33 (1999), pp. 115-145.

[355] Para las cifras italianas y alemanas, véase más arriba la nota n.° 14, para las españolas, S. Juliá, (coord.), Víctimas..., op, cit., pp. 407-412; Anuario Estadístico de España, 1944-1950; J. Tusell, La dictadura de Franco, Madrid, Alianza, 1988, pp. 228-229; M. Ballbé, Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983), Madrid, Alianza, 1983, pp. 425-430.

[356] Sobre la Alltagsgeschichte, véase A. Lüdtke, Histoire du quotidien, París, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1994; del mismo, «De los héroes de la resistencia a los coautores. "Alltagsgeschichte" en Alemania», Ayer, 19 (1995), pp. 49-69; G. Eley, «Labor History, Social History, Alltagsgeschichte: Experience, Culture, and the Politics of the Everyday. A New Direction for German Social History?», Journal of Modern History, 61 (1989), pp. 297-343.

[357] A. Lüdtke, «De los héroes de la resistencia...», op. cit.; G. Eley, «Labor History,Social History...», op. cit.

[358] Cf. R. Bessel, «Introduction», en R. Bessel (ed.), Life in the Third Reich, Oxford, Oxford University Press, 1987, pp. XI-XIX.

[359] La síntesis que mejor refleja esta renovación historiogràfica es, probablemente, la de N. Frei, Der Führerstaat. Nationalsozialistische Herrschaft 1933 bis 1945, Munich, DTV,1987.

[360] Cf., A. von Saldern, «¿Victims or Perpetrators? Controversies about the Role of Women in the Nazi State», en D. F. Crew (ed.), Nazism and Society, 1933-1945, Londres-Nueva York, Routledge, 1994, pp. 141-165.

[361] A. Lüdtke, «De los héroes de la resistencia...», op. cit.

[362] A. Lüdtke, «The Appeal of Exterminating Others; German Workers and the Limits of Resistence», en M. Geyer y J. M. Boyer (eds.), Resistence against the Third Reich 1933-1990, Chicago, University of Chicago Press, 1992, pp. 53-74.

[363] R. Gellately, The Gestapo and German Society. Enforcing Racial Policy 1933-1945, Oxford, Oxford University Press, 1983.

[364] I. Kershaw, The «Hitler Myth». Image and Reality in the Third Reich, Oxford,Oxford Paperbacks, 1987.

[365] D. Peuckert, Inside Nazi Germany. Conformity, Opposition and Racism in Everyday Life, Londres, Penguin, 1987, p. 77.

[366] Ibidem, p. 83.

[367] Ibidem, pp. 79 y 243-244.

[368] P. Burrin, «Política i societat...», op. cit., p. 501.

[369] I. Saz, y A. Gómez Roda, (eds.), El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra, Valencia, Episteme, 1999.

[370] M. Broszat, (dir.) y otros, Bayern in der NS-Zeit, 6 vols., Múnich-Viena, Oldenbourg, 1977-1983; L. Niethammer, (dir.), Lebensgeschichte und Sozialkultur im Ruhrgebiet 1930 bis 1960, 3 vols., Berlin-Bonn, J.H.W. Dietz, 1983-1985.

[371] U. Herbert, «Good times, bad times: memories of the Third Reich», en R. Bessel (ed.), Life in the..., op. cit., pp. 97-10.

[372] Cf., P. Folguera, «La construcción de lo cotidiano durante los primeros años del franquismo», Ayer, 19 (1995), pp. 165-187.

[373] Véase T. Ariño, La ciudad ritual. La fiesta de las fallas, Barcelona, Anthropos, 1992.

[374] Véase, en el mismo sentido, G. Ranzato, «All'origine della base di massa del regime franchista», en Per una definizione della dittatura franchista. A cargo de Luciano Casali, Milán, Angeli, 1990, pp. 155-165.

[375] Cf., B. de Riquer, op. cit.; C. Calvo, «El concepto de consenso y su aplicación al estudio del régimen franquista», Spagna Contemporanea, 7 (1995), pp. 141-158; C. Molinero y P. Ysas, Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista, Madrid, Siglo XXI, 1998, pp. 26-43; F. Sevillano, «Actitudes políticas y opinión de los españoles durante la posguerra (1939-1950)», Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea, 8-9 (1991-1992), pp. 53-68; del mismo, Dictadura, socialización y conciencia política. Persuasión ideológica y opinión en España bajo el franquismo (1939-1962), Tesis doctoral, Alicante, 1996, pp. 405 ss.

TRABAJADORES CORRIENTES

En el marco general del proyecto de investigación de cuyos resultados se da cuenta en este volumen,[376] se decidió situar uno de los puntos de información en un medio urbano con una personalidad bien definida y hasta cierto punto paradigmática de la Valencia obrera y popular. La zona puede identificarse con los poblados marítimos que integran, como su nombre indica, la fachada marítima de la ciudad valenciana: Malva-rosa, Cabanyal, Canyamelar, Grau y Natzaret. Se trata de una zona caracterizada por su relativa lejanía respecto al centro de la ciudad –«ir a Valencia», se decía para referirse al viaje al centro urbano– y la existencia de una cierta conciencia de esa diferencia. El carácter popular de estos poblados y sus propias tradiciones ayudaban a conferirles esa «marca diferencial»: valencianohablantes en su inmensa mayoría por contraste con el proceso de castellanización general de la ciudad, con una fuerte tradición republicana y anticlerical, bastión del blasquismo y firme baluarte cenetista durante la II República. Muchas de estas cosas resultan inapreciables para el visitante o escaso conocedor de la ciudad de Valencia, para quien, sin duda, resultará más familiar la idea de esa misma fachada marítima extendiéndose desde la Malva-rosa, con sus idílicas escenas de playa y pesca retratadas por Sorolla, los balnearios de principios de siglo y el puerto. ¿De dónde entonces el carácter popular, republicano y cenetista de estas zonas? Por supuesto, de su no tan idílica actividad pesquera; pero también de la existencia de una importante actividad artesanal y de pequeña industria, en buena parte vinculada a aquella, y del progresivo florecimiento de un entramado industrial que abarcaba desde la industria conservera a la metalurgia, del papel a la construcción naval.

En los años que consideramos en este estudio las dos grandes industrias de la zona se ubicaban casi a ambos extremos de la misma. En el norte, colindante con la Malva-rosa, aunque enclavada ya en el término municipal de la vecina Alboraya, La Papelera Española con unos 1.300 trabajadores; hacia el sur, junto a las instalaciones portuarias, la Unión Naval de Levante, «Astilleros», una gran industria de construcción naval que llegaría a emplear entre fijos y contratas a unos 3.000 trabajadores. El comportamiento de estos dos núcleos obreros durante el franquismo fue completamente diferente. La Papelera, carente de una gran tradición anterior, experimentó un gran crecimiento en los años cuarenta y cincuenta para desaparecer poco después; tenía un fuerte contingente de

emigrantes andaluces y fue protagonista en los años cincuenta de las primeras –y únicas– grandes huelgas que se conocieron en la ciudad de Valencia hasta bien entrados los sesenta. La UNL, en cambio, mantenía, no obstante la presencia creciente de trabajadores emigrantes, una fuerte vinculación con los poblados marítimos, y tenía una fuerte tradición de lucha. Allí, como decía uno de los entrevistados «siempre estaban en huelga». Durante el franquismo, sin embargo, el perfil de conflictividad fue uno de los más bajos entre las grandes industrias de Valencia. Lo que no quiere decir que no existiesen en ella militantes obreros o que en las postrimerías del régimen –ya en los años setenta– no protagonizara una de las huelgas más duras y emblemáticas de la época.

Nuestro estudio se ha centrado fundamentalmente, casi en exclusiva, en trabajadores de esta última fábrica. Sólo a efectos de contraste, se ha entrevistado a dos personas de distinta procedencia y ubicación. La investigación llevada a cabo no pretendía, sin embargo, reconstruir la historia de la fábrica ni la de las relaciones laborales en la misma, ni mucho menos enmarcarse en el contexto de lo que podría ser un estudio más amplio del movimiento obrero en Valencia o en el País Valenciano. No se pretendía reconstruir «hechos», acontecimientos o procesos. Se trataba, por el contrario, de elegir a unos informantes de esa procedencia pero sólo para localizar un prisma, un punto de observación específico y diferenciado en razón de los objetivos básicos del proyecto: las formas de vida y actitudes sociales en la Valencia del «primer franquismo».

Este planteamiento ha determinado también el perfil de los entrevistados. Si de lo que se trata es de rastrear las actitudes sociales, el modo en que los ciudadanos vivieron su experiencia durante el franquismo y, en este contexto, de responder a la pregunta implícita en el título original del proyecto –régimen, sociedad, oposición, consenso–, es evidente que el perfil de los entrevistados debía ser lo más amplio posible. Debería abarcar desde el militante antifranquista hasta el trabajador más despolitizado, del de izquierdas al de derechas, pero siempre con la clara voluntad de privilegiar lo que podríamos denominar la «gente corriente». Es decir, no tanto los protagonistas de la vanguardia, objeto privilegiado de atención en distintas investigaciones sobre el movimiento obrero en el País Valenciano,[377] como aquellos trabajadores «corrientes», que podían apoyar o no acciones reivindicativas, que podían relacionarse o no con el movimiento obrero organizado, que, por así decirlo, tuvieron una «vida cotidiana» alejada de las preocupaciones del militante organizado.

Por supuesto, estos requisitos son en sí mismos imprecisos y no de fácil realización o verificación. «Gente corriente» o «vida cotidiana» son expresiones complejas y difusas que requerirían mayores precisiones. Más que embarcarnos en ellas, realizaremos una breve descripción general de lo efectivamente realizado. Se ha entrevistado a diez personas, sólo dos de las cuales tuvieron algún tipo de vinculación con la oposición organizada antifranquista. Todas ellas, con una única y relativa excepción, pueden ser considerados genéricamente de «izquierdas», aunque a veces ello se niegue en nombre del «apoliticismo».[378]

Pero esto es ya, en sí mismo, un resultado de la investigación o, si se prefiere, de sus límites. Unos límites de los que el investigador debe ser plenamente consciente si quiere evitar generalizaciones abusivas: sólo se ha entrevistado a quien se ha dejado entrevistar. Esta aparente obviedad tiene, no obstante, implicaciones fundamentales. Si se trata de investigar la gama de actitudes del más amplio segmento de la población había que intentar llegar a la mayor parte de ella. Pero hay un sector de esa población al que no se llega. Es aquél que rehuye la entrevista, que no quiere confrontarse con una grabadora, el que lo justifica diciendo que «mejor no revolverlo» o «para qué volver sobre aquello», o el que simplemente elude la posibilidad sin «justificación» alguna. Son muchos los que así reaccionan y muchas las actitudes –del pasado y del presente– que pueden encerrarse en esta (no)respuesta. El investigador deberá formular, por supuesto, hipótesis para explicar estas actitudes. Pero deberá ser consciente, también, de que algo faltará siempre en la propia investigación, que algunas actitudes no serán explicadas, que es posible, incluso, que no lleguen a ser detectadas. Al menos mientras no se recurra a otras fuentes, como recuerdos familiares indirectos, cartas o documentos privados...

En la misma dirección abunda el hecho de que las vías de localización de las personas entrevistadas implicaban casi siempre un componente mínimamente activo o asociativo: algunas de ellas fueron conectadas a través de asociaciones vecinales o clubes de jubilados; otras lo fueron mediante el proceso de la «bola de nieve» a partir de una persona conocida; en otros casos, en fin, el acceso se produjo individualmente a través de conocidos comunes.

Las edades de los entrevistados oscilaban entre los 68 y los 88 años. La mayoría, sin embargo, estaba entre los 72 y los 81 –nacidos en 1917 y 1926, respectivamente. Con esto se garantizaba que un buen número de ellos hubiera vivido sus primeras experiencias de socialización durante la dictadura de Primo

de Rivera o la II República; que la mayor parte conociera directamente la experiencia de la guerra; y que prácticamente todos hubieran alcanzado la juventud o primera madurez en la posguerra. Nada hay que decir a propósito del entrevistado de 88 años, salvo que se trataba de una persona sumamente lúcida. Y respecto de los más jóvenes debe señalarse que constituían un oportuno elemento de contraste. En sus relatos, en efecto, se superponían sus propias experiencias de infancia y primera adolescencia con impresiones procedentes de relatos de sus mayores.

LA ENTREVISTA

Significativamente, el medio preferido por la mayoría de los entrevistados ha sido el mismo utilizado para su localización: en la propia asociación de vecinos o club de jubilados, si así se llegó a ellos; en el domicilio familiar si el contacto se estableció a través de vínculos individuales. Esto vuelve a ser indicativo de la existencia de una cierta prevención ante la entrevista o el micrófono, dictada por la desconfianza o el miedo. En más de una ocasión, además, una primera disposición favorable dejó de serlo en el interregno entre la primera conversación preliminar y el momento previsto para fijar la entrevista. Dadas tales circunstancias se prefirió siempre llevar a cabo la grabación allá donde el entrevistado se sentía más cómodo, seguro y confiado. Pese a ello, el carácter individual y «confidencial» de la entrevista fue casi siempre respetado, aunque no faltaron ocasionales «interferencias» de familiares cercanos en los casos de la entrevista en el domicilio familiar.

Las entrevistas se desarrollaron según un sistema mixto. Ni se ha seguido por entero el sistema de las «historias de vida» ni tampoco el de la entrevista articulada sobre la base de un cuestionario perfectamente estructurado. Tampoco la entrevista semi-estructurada con final abierto. La previsión inicial establecía una doble entrevista –en dos sesiones-, en la primera de las cuales se invitaría al informante a «contar su vida», mientras que en la segunda se seguiría un «cuestionario oculto». Con la primera se pretendía que al estructurar su propio relato el informante proporcionara las propias claves explicativas acerca de su testimonio, sus procesos de autorrepresentación, fidelidad o no a determinados estereotipos, actitud ante la entrevista y el entrevistador (lo que pensaba que el entrevistador esperaba de él). El propio relato «espontáneo» era crucial para cubrir un supuesto fundamental de la investigación, cual es, el de la estructura de lo relatado y lo olvidado –temática y cronológicamente– y la propia vivencia de los tiempos, la representación de su idea de la cotidianidad, etc. Con la segunda entrevista se trataba de establecer un mecanismo de unificación y comparación entre los distintos entrevistados, interrogar acerca de los «silencios» y establecer mecanismos cambiantes de la relación entre entrevistador e informante. En la práctica las limitaciones han sido también aquí importantes. Por una parte, la mayor parte de las entrevistas se desarrollaron en una sola sesión. Por otra, el

propio cuestionario oculto hubo de adaptarse a la dinámica de las propias entrevistas, actitud, disposición, cansancio o agotamiento «temático» del informante, etc.

Consecuentemente, la estructura dominante de las entrevistas ha sido la de una invitación a «contar su vida», con una intervención inicial mínima del entrevistador que iba creciendo conforme se desarrollaba la entrevista. En la práctica, el sistema de contraste entre el primer relato –generalmente breve– y las preguntas sucesivas ha sido sumamente efectivo: ha permitido rastrear lo que el informante pensaba que se esperaba de él o su opinión inicial sobre el entrevistador, contrastar aspectos importantes de los diversos relatos y observar la existencia de, aparentes o reales, contradicciones. Esto último es, como se verá, el elemento más rico y sustancial del proceso. Con frecuencia el discurso inicial y las precisiones posteriores revelan la magnitud del contraste entre el relato como autorrepresentación basada en determinadas pautas o estereotipos culturales y la existencia de opiniones o actitudes más íntimas y personales que obligan a ciertas recomposiciones de aquél.

EL RELATO

En cierto sentido, el relato de los entrevistados confirma lo que ya apuntara Luisa Passerini y recordara Ronald Fraser: la existencia de ciertos estereotipos o mitos a los que los informantes parecen responder.[379] Se puede señalar así la presencia del trabajador modelo, admirado y respetado por superiores y compañeros, en continuo progreso individual, familiar y laboral, que asume implícitamente los valores del sistema y que considera su mejora individual como síntoma y verificación de la evolución general del país. Es el tipo de hombre «hecho a sí mismo», cuyo ascenso social, aunque relativo y siempre debido al propio esfuerzo, revelaría la posibilidad de progresar dentro del marco del sistema y sin asumir posiciones contrarias al mismo. Existe, igualmente, el tipo del rebelde, siempre contestatario, dispuesto a «plantar cara» a sus superiores, aunque por ello mismo respetado tanto por estos como por los compañeros. En nuestro caso, y pese a la ambivalencia que siempre comporta el autorretrato como rebelde, esta rebeldía tendía a resolverse, antes o después, en un compromiso serio con las organizaciones obreras. Dos de ellos establecerían un continuum entre esa rebeldía individual y su propia conciencia y actividades antifranquistas. Otro, enlazaría su propensión rebelde y contestataria, con una cierta tendencia a la aventura –trabajo en el extranjero. Se trata en este caso, de una búsqueda de soluciones individuales o individualistas que aceptará con la misma normalidad la imposibilidad de la lucha en el franquismo y la posterior afiliación consciente a Comisiones Obreras. La mayoría de los informantes, sin embargo, no confiere ninguna excepcionalidad a su vida. Se consideran trabajadores normales, casi nunca protagonistas individuales en todo aquello que vaya más allá de su propio trabajo o vida familiar. Pero esto supone también una aceptación de otro estereotipo. Aquél que señala que la vida del trabajador discurre y debe discurrir en el marco del trabajo y la atención y mejora del medio familiar: «yo en esta vida no he hecho más que trabajar», es la expresión que podría simbolizar las reiteradas referencias al respecto.

LOS SILENCIOS Y LOS TIEMPOS

Un breve recorrido por la infancia, generalmente anterior a la guerra, la guerra misma, y la posguerra, son los grandes ejes que estructuran la práctica totalidad de los relatos. Pero esta estructuración, hasta cierto punto previsible, está cargada de connotaciones altamente significativas. La infancia, generalmente durante la República y aun en la dictadura de Primo de Rivera, se caracteriza por la normalidad. No hay prácticamente evocaciones espontáneas de carácter general o político. Algunas alusiones a la alegría del 14 de abril, a la existencia de huelgas o a las quemas de las Iglesias, son minoritarias frente a las referencias a una vida cotidiana experimentada como normal. En la República, afirma José Giner, «se vivía como una cosa normal... como en el extranjero, exactamente igual». La misma sensación evocan implícitamente, por contraposición al franquismo, las referencias al baile: «... porque yo antes de la guerra, cuando todavía de chavalín, ¿no?, yo me gustaba mucho el baile. Yo iba a bailar al Tabú, al Florida que estaba en la calle Russafa, el Tabú que estaba en la calle Ribera y el Hollywood y el primero que fui estaba en la calle Quevedo, que se llamaba Spanish Room» (Francisco Estrela). Incluso algunas travesuras juveniles se recuerdan con cierta nostalgia en contraposición a la imposibilidad de la diversión en la posguerra. El tiempo perdido, el de la adolescencia, y el tiempo doloroso de la posguerra se refuerzan mútuamente: «... y ya se acabó, porque la caseta cuando empezó la guerra... la teníamos montada en la playa, pero los bombardeos la hicieron polvo y ya se acabó todo. Después ya cada uno... Bueno nos agrupamos otra vez, pero ya en diferente manera, ya aquella alegría se fue, ya pues estabas resignado a la marcha» (Jaime Bataller).

Esto último enlaza con los recuerdos de la guerra, que son obviamente mucho más intensos y que reflejan el paso súbito y forzado, con la posguerra, a una madurez precipitada. De la guerra, sin embargo, se recuerda siempre la experiencia del frente: algunas batallas, algunos incidentes o episodios y, sobre todo, la derrota y descomposición final del ejército republicano, el duro camino de vuelta a casa. En cambio, las alusiones a la retaguardia republicana son mínimas. Se recuerdan los bombardeos, presentados frecuentemente como italianos o alemanes, o los vericuetos de la movilización e incorporación a filas, pero prácticamente nunca la vida y contradicciones políticas de la zona

republicana. Y se rememora menos que nada la violencia en dicha zona. Sólo en dos casos hubo alusión explícita a la misma. Ambos situados, significativamente, en los extremos políticos de los entrevistados. El primero remarcaba que también hubo una represión terrible y «paseos» en la zona republicana, lo que la haría comparable a la posterior franquista; con lo que se venía a refrendar el carácter de culpa y aberración colectiva, de unos y de otros, de la guerra civil. El segundo, más próximo a la dinámica de la lucha antifranquista y desde una óptica filo-comunista, condenaba la violencia en la zona republicana, aunque atribuyéndola casi exclusivamente a los anarquistas. En la mayoría de los casos, sin embargo, bien se tendría noticias confusas y lejanas de su existencia –«yo estaba en el frente»-, bien se subraya el carácter ejemplar y no violento de la propia comunidad –«aquí se protegió y escondió al cura».[380]

El carácter traumático de la guerra se ve incluso acentuado por las referencias a la posguerra. Esta viene a ser presentada de modo prácticamente unánime como la peor de todas las épocas. Aquí puede operar, desde luego, el ya aludido pasaje de la primera juventud a una madurez precipitada. Pero incluso quienes estaban todavía en la adolescencia, como Juana Gómez que apenas contaba con 11 años, comparten ese recuerdo: «Yo digo que nos ha tocado la peor época de la vida, porque lo hemos sufrido todo». Y ello hasta el punto de que, aun cuando se reconoce una situación actual relativamente satisfactoria, es aquella época la que estructura y resume toda la experiencia vital: «... nuestra generación estamos muy decepcionados de la vida, porque no nos ha tratado conforme». Significativamente, la posguerra se evoca como un todo cronológicamente indiferenciado en el que parecen mezclarse los tiempos, los años cuarenta y los cincuenta. De modo que las diferencias cronológicas quedan subsumidas en las políticas o temáticas. Así, según un informante, Girón habría sido traicionado por Franco y su cuñado, en lo que constituye una alusión por completo ucrónica a otro personaje, Serrano Suñer, en quien se quiere personalizar la imagen negativa del régimen. Pero también en los juicios o valores positivos los tiempos se mezclan, de modo que la construcción de viviendas (años cincuenta) se sitúa en el mismo contexto cronológico de hambre y terror de la más inmediata posguerra, precisamente porque en este caso se trata de subrayar la excepcionalidad de las iniciativas positivas del régimen. También en lo relativo a esta época hay silencios significativos, siendo los más relevantes los que pudieran remitir a alguna conflictividad o actitudes de resistencia colectiva. Solo el trabajador de la Papelera la evoca espontáneamente, lo que es obvio, dada la alta conflictividad de esta empresa en los años cincuenta. En los casos restantes,

las evocaciones al respecto persiguen siempre subrayar el elemento represivo: «Cotizábamos unos cuantos –muy pocos. Era el peligro de muerte...» (José Giner). Sólo ante la insistencia del entrevistador se recuerdan algunos conatos de huelga o paro, pero siempre minoritarios y con el inevitable corolario represivo: «Sí, hubo una cierta ocasión que por cierto tiraron a la calle a un chico de aquí...» (Francisco Estrela). Significativamente, nadie alude espontáneamente al Maquis, que queda así relegado a una doble lejanía, en el tiempo y en el espacio: «... sabíamos algo, sabíamos que los estaban liquidando. Los liquidaron a todos o a casi todos» (José Giner).

La centralidad de la posguerra queda también remarcada por la aceleración de los tiempos que le siguen hasta la actualidad. Del mismo modo que se mezclaban los años cuarenta y cincuenta, se tiende a hacer lo propio desde finales de los cincuenta en adelante. Esto se percibe claramente por los saltos cronológicos del relato, casi como si después de aquello la normalidad cotidiana hubiese convertido la experiencia vital en irrelevante: trabajo, familia, vivienda, enfermedades posteriores, cuidado de los hijos, etc. También las respuestas a preguntas concretas del entrevistador funcionan en la misma dirección. Así, cuando se pregunta acerca de cuándo se empezó a mejorar se produce esa mezcla de tiempos: «cuando terminó toda la guerra, y vino la República otra vez» (Ramón Martínez). «Hemos evolucionado pobremente, ¿verdad?, pero se notaba la diferencia. El nivel de vida iba subiendo, iba subiendo nuestro nivel de vida, a base de... primero a base de horas. Luego ya vinieron muchas, muchas, hasta incluso varias huelgas... ¿eh?... Esto sería cerca de la caída ya de Franco, de la muerte de Franco» (José Giner). «A partir de la muerte ya casi de Franco. A partir del año setenta y tantos que se murió Franco... y al terminar la guerra mundial también, ¿eh?... Pero desde entonces, desde la terminación de la guerra aquella y la muerte de Franco y tal, España resurgió y hoy se vive como en la vida se vivirá» (Francisco Estrela). Debe resaltarse, desde este punto de vista, que la estructuración cronológica de la memoria se lleva a cabo –y esto se aprecia aquí mejor que en cualquier otro caso– a partir del modo en que cada persona ha experimentado su propia trayectoria vital. Así, por contraste con lo apuntado, el obrero politizado y militante recordará perfectamente los cambios experimentados en cada una de las décadas. En este sentido, que no será el único, la memoria del militante nos parecerá más lúcida porque es, precisamente, la más próxima a la cronología del historiador.

UN DISCURSO DE CLASE

Todos los informantes son trabajadores. Esta circunstancia es el elemento que estructura unos relatos que giran principalmente en torno al trabajo y la vida en la fábrica. Por supuesto, esto tiene mucho que ver con el conocimiento por parte del entrevistado de que se le había buscado precisamente por su condición de trabajador de fábrica. Sin embargo, la presencia sistemática del «nosotros» como trabajadores subyace incluso cuando el relato gira en torno a otros aspectos de la cotidianidad. Se articule en términos de pobres y ricos, trabajadores y capitalistas o, incluso, trabajadores y peritos o ingenieros, todos se reconocen en el primer elemento del binomio. Lo hacen además con una inconfundible identificación de clase que puede manifestarse en diversas formas. En primer lugar, frente al «capital», un ente abstracto y lejano, al tiempo que enemigo irreductible y responsable de todas las injusticias y calamidades. En segundo lugar, también como orgullo profesional, confiriendo a la categoría de trabajador y a su especialidad concreta un timbre de reivindicación y reconocimiento de la importancia de la propia profesión y condición, incluso entre los más dispuestos a compartir valores propios del sistema. Con frecuencia, son los ingenieros y peritos el «otro» que ayuda a construir esa imagen identitaria. En este sentido, es el obrero el que «realmente sabe». La imagen del ingeniero responde por lo general a un arquetipo preciso: «los ingenieros después de la guerra nuestra pues se creían que eran personajes, potentados, y a lo mejor, profesionalmente, no sabían nada» (José Merseguer). Y aunque de un modo más matizado, el discurso no varía en exceso respecto de los peritos: «Después ya vinieron los peritos que ya sabían... técnicamente. Prácticamente no. Técnicamente, porque metieron la pata por donde quiera que iban, ¿comprendes?» (Jaime Bataller). Incluso cuando se quería dar una imagen positiva de estos últimos se hacía en términos de clase. Como apunta José Giner: «En los peritos había buena gente también. Los peritos salen también de la clase obrera, de la clase media obrera y claro, no pueden ser malos. El que es malo es el hijo de mala madre, porque no le puedes decir otra cosa...»

Esta conciencia, a la vez profesional y de clase, adquiere, con una única excepción, un rotundo contenido antifranquista. Como el capital, el régimen se convierte en el otro ente abstracto y absoluto responsable de todos los males.

Capital y régimen constituyen el «ellos», los que están al otro lado, los que explotan, dominan y castigan. A veces los dos indiscriminada o complementariamente; a veces funcionando el segundo como instrumento del primero. En el mejor de los casos, el régimen sería también una especie de rehén o prisionero del capital. Son pocos los entrevistados dispuestos a conceder mérito alguno a ese ente abstracto que sería el régimen. A lo sumo, y de modo excepcional, se reconocerá que el hambre de la posguerra se debía más a ésta en sí misma que al régimen. Pero incluso en este caso se introducían matices significativos: «No, no. No se podía echar la culpa al régimen. Sí que se le podía en cierto modo echar la culpa al régimen, porque era una dictadura, estábamos bloqueados y aquí no entraba nadie» (Francisco Serrano). Generalmente, sin embargo, la idea de la culpabilidad del régimen al respecto es absoluta. Y se expresa de un modo que se ha convertido en un punto firme de la conciencia popular ayudado sin duda por la proximidad laboral y vecinal al puerto de la mayoría de los entrevistados: el hambre en España se debía en buena parte a la esquilmación de sus recursos en beneficio de la Alemania hitleriana: «...yo lo he visto, porque a mi no me lo discute nadie, ahí en la estación del Cabanyal del tren..., vagones precintados y con unas etiquetas de lata que decían “sobra de España para Alemania”» (Francisco Estrela). «Esto es lo que decía Franco y además ponían que nos sobraba comida y salían los trenes cargados sobrantes de España. Y aquí estaba la gente muriéndose de hambre» (Ismael Martínez).

Si el régimen era el responsable del hambre de los peores años, tampoco se le reconocía mérito alguno en la mejora posterior que viene a ser explicada nuevamente en términos de clase. «Gracias a nosotros. Nosotros me refiero a todos los trabajadores, porque el milagro lo hemos hecho nosotros que boicoteados por todo el mundo, ¿eh?, sin medios, hemos conseguido sacar adelante el barco, que es como debemos llamarle» (José Giner). Una reivindicación, que es de clase, pero que adquiere con frecuencia un perfil generacional. El de una generación que no sólo vivió la peor época sino que además, a base de infinitas horas de trabajo habría construido un futuro para las sucesivas. Resulta típico en este sentido lo apuntado por Jaime Batallen «Hombre, ha ido superando, superando y superando, pero en aquella época, que fueron muchos años... Yo, ya digo, yo nada más quisiera que la juventud de hoy comprendiera como está, porque nosotros hemos trabajado para cuatro o cinco generaciones. Nosotros fuimos los que trabajamos...».

ROJOS, DERROTADOS Y HUMILLADOS

Como se acaba de ver, este discurso de clase conducía casi siempre a un antifranquismo sin fisuras. La práctica totalidad de los entrevistados coinciden en situarse claramente y sin ambages entre los derrotados en la guerra civil. Lo evocan con claridad cuando, como Francisco Estrela, aluden a la desmovilización y su retorno a la ciudad: «y cuando llegamos aquí cerca Valencia, por Almusafes y por ahí, las mujeres: “no entreu en València que vos agarrarà la guàrdia civil i vos tirarà a la plaça de bous”». Lo evocan también cuando se refieren a su presencia en campos de concentración, o, más frecuentemente, en su re-incorporación a quintas. Así, José Giner «...tuve que reincorporarme al ejército de Franco. Me mandaron a Madrid, allí nos hicieron un recibimiento colosal, “hijos de mala madre”, era un brigada, un señor brigada... “rojos, hijos de mala madre”». Esta circunstancia general podía verse agravada, por supuesto, cuando, como en este caso, mediaba la existencia de determinados informes: «De Las Palmas de Gran Canaria me mandaron al desierto del Sáhara. Allí me mandaron por rojo peligroso –aquí en el Ayuntamiento la ficha mía era de rojo peligroso, la verdad es que qué peligro podía tener». Vale la pena subrayar que esa identidad de «rojo» se expresa raramente del modo directo en que lo hace José Merseguer: «yo cuando entraron esta gente a mí me caían las lágrimas». Por lo contrario, es generalmente, el otro, el vencedor, el que impondría esa imagen. Ellos eran rojos, por supuesto, porque lo eran, pero sobre todo porque así se sentían definidos y tratados por los vencedores. «Nosotros los rojos –que nos llamaban– estábamos muy mal» (José Giner).

Sobre todo eran rojos por el simple hecho de que Valencia había permanecido en zona «roja» hasta el final: «vivías atemorizado, porque había mucha disciplina, nos tenían un odio africano... (E.: ¿quién?) Los nacionales. Una cosa (E: ¿odio a quién?) A nosotros, a los rojos que decían. Los nacionales eran los de Franco y nosotros éramos de la República» (Jaime Bataller). Esta imagen de persecución del valenciano en tanto que supuesto rojo podía manifestarse también en episodios de violencia lingüística. Como recuerda el mismo Jaime Bataller: «...termino de trabajar, voy al tranvía, empezamos a hablar en valenciano... porque uno que yo creía que iba a bajar, “déjeme paso” y cuando llega a mí me

arrea una hostia que me dejó sordo y me dijo: “hable en español que no estamos en Rusia”... No lloré por vergüenza... Si me dicen en aquél entonces: “¿qué quieres? ¿1.000 pesetas o pegarle una hostia a éste?”, digo “pegarle”, porque todo el mundo se quedó pasmado... En aquel entonces pues te limitaba porque estabas acobardado, la verdad, porque cuando se había terminado la guerra aquella era cualquier cosa». Aunque esta evocación carece de una dimensión regionalista o nacionalista, viene a poner de manifiesto la existencia de una idea de punición y castigo de lo rojo-valenciano que termina por proyectarse sobre el conjunto de la ciudad.[381] De modo que, al final, sería la Valencia-roja en tanto que tal la que sería objeto de castigo por parte del régimen. Una idea que pasaría a constituir uno de los elementos más arraigados en el imaginario valenciano, transmitiéndose por vía oral de unas generaciones a otras: «...¡claro! yo por lo que oía a mi tío, por ser Valencia «la roja», Madrid no estaba dispuesta a colaborar, en una palabra, casi castigada... por ser el último baluarte que se rindió al bando nacional, y eso ha sido una lacra para Valencia, yo por lo que he oído comentar a los mayores» (Francisco Navarro).

Significativamente, la misma Valencia «castigada por roja» podía funcionar en tanto que gran ciudad que ofrecía el beneficio del anonimato como terreno de refugio para una emigración que huía de las persecuciones y humillaciones de otras zonas del país. Así sucedería con algunos andaluces procedentes fundamentalmente de Córdoba y Jaén. Se trataba de una emigración que se hacinaría en algunas casas y chabolas en la zona de la Malva-rosa, a veces con familias enteras viviendo en una sola habitación en las condiciones más lamentables. Circunstancias terribles que sin embargo eran preferibles a las del pueblo de origen. Así lo recuerda Juana Gómez: «Y cuando ya... porque no tenían un motivo, nada más que porque habían estado en el frente de la República, y nada más que por eso que los castigos que les daban. Y entonces mi padre fue cuando dijo... que mi madre fue la que le animó y le dijo: “vámonos de aquí, que con los hijos, no tenemos porvenir aquí, y más como está la cosa” y entonces nos vinimos aquí a Valencia». Y en un sentido similar incide el relato de Francisco Serrano: «Pero al final nos cogieron, claro, nos cortaron el pelo, nos pusieron la camisa azul con las cinco flechas ahí, ¿eh?, y ya es cuando ya nos vinimos a Valencia».

Los testimonios abundan en referencias a la represión, opresión y humillación constantes. Despidos, depuraciones y detenciones, palizas incluso con resultado de muerte en las comisarías y las inevitables referencias a los terribles fusilamientos de Paterna, forman parte desde entonces de la memoria popular, y

los entrevistados los evocan a través de experiencias próximas, de familiares o compañeros de trabajo. Pero existen otras figuras represivas que tal vez por su carácter menos trágico y espectacular tienden a perder peso en la historiografía aunque formen parte también, y no con menor fuerza, de la memoria popular. Tal es el caso de la presencia cotidiana del infiltrado, del provocador y del chivato, cuyas acciones podían acarrear también palizas, prisión o muerte. La represión pasaba a ser omnímoda e indiferenciada. No tanto ya y no sólo desde la perspectiva del reprimido y sus acciones sino del ejecutor: policía, guardia civil y carabineros, por supuesto, pero también delegados de Falange –de barrio, calle o casa– y falangistas sueltos o en grupo, además de los mencionados chivatos e infiltrados, mandos de la empresa o militares de guardia. Pero lo que mejor proporciona la idea de ese recuerdo de la represión y la impotencia, es la figura del «de paisano». En el referido incidente del tranvía, cuando se le pregunta al informante acerca de la identidad del agresor la respuesta no puede ser más significativa: «Ah yo no sé. Uno de particular que iba en el tranvía... Íbamos hablando en valenciano, se ve que era nacional o no sé de dónde sería...»

Este episodio del tranvía apunta a la escasa diferencia que separaba a la represión de la simple y pura humillación, ambas reforzándose mutuamente y multiplicando así sus efectos. En este terreno además, el problema salta de lo meramente laboral o político para alcanzar todos los aspectos de lo cotidiano. El mismo tranvía es el escenario de otros recuerdos entre represivos y humillantes. «... porque había gente que subía en los tranvías para eso ya, para delatar» (José Merseguer). Y si los desplazamientos se realizaban en bicicleta la situación no cambiaba: «que íbamos tres o cuatro en bicicleta ya para casa, que habíamos terminado la jornada y cuando llegamos a la Albereda –los cuarteles esos que había ahí que ahora no hay-, pues estaban bajando la bandera –y nosotros íbamos por la Albereda– y por no parar, dos soldados corriendo ¡a ver! ¡paren! Nos cogieron la bicicleta, nos llevaron allí, a la puerta del cuartel –al cuarto de guardia– nos arrearon dos hostias y nos dijeron: a la próxima cuando ustedes vean que van a bajar bandera, pararse y ponerse firmes» (Jaime Bataller).

La escena de la bandera, o la de cantar el Cara al Sol en la calle o en el cine, constituye, como se sabe, uno de los arquetipos más sólidos y difundidos de la época. Pero además contribuyen a cerrar en el ámbito de la más pura cotidianidad ese círculo de la humillación y la impotencia. El recuerdo del ocio, la diversión o el simple festeo es en este sentido decisivo. Muchos de los entrevistados refieren en primera instancia la imposibilidad siquiera de ir al cine o de cualquier forma de diversión por falta de tiempo y medios. Se trata

evidentemente, aun en lo que pueda tener de cierto, de una asunción y proyección de lo que se supone era o debía ser la vida del trabajador de la época: «yo no he tenido tiempo para festeo», «al cine no se podía ir», «yo, trabajar, trabajar y trabajar», son algunas de las contestaciones más frecuentes. Generalmente, sin embargo, se refiere, incluso por las mismas personas que hacen tales manifestaciones iniciales, la relativa frecuencia con que se iba al cine, los paseos por zonas o calles determinadas o el baño en la playa. Sólo que esto, tal y como recuerda José Giner, no libera la carga negativa en el recuerdo de un ambiente opresivo: «A mi me han llamado la atención en el tranvía..., iba arrimado a mi novia y uno "eh, oiga!", ¡qué imbécil!, "si voy a casarme con ella..."»; y no mucho mejor era la situación cuando se trataba de tomar el baño: «Luego estabas en la playa de la Malva-rosa, ibas con tu traje de baño... un pantaloncito de baño de estos que se llevaban antes, cuando veías una pareja de guardia civil a caballo que se llamaba "la moral", a dentro del agua porque habías de estar fuera del agua con el albornoz puesto y si no estabas te multaban... y en cuanto a lo que dice usted de la chica, de los festeos, estoy cansado de oír que han pelado a alguien los carabineros... como cogieran a una parejita que estaban besándose un poco ardientemente, ¿eh?, a ella o le cortaban el pelo o le daban aceite de ricino». Partiendo de un escenario similar, el recuerdo de Francisco Estrela se extiende hasta el baile: «...fuimos por pasar un rato allí. ¡Collons! Y era en la época que purgaban o cortaban el pelo a las chicas y a mí me cogieron así, acostado en tierra y a ella sentada... ¿Baile? Estaba prohibido, no se podía bailar. Nosotros vivíamos, íbamos 8 o 10 amigos con 6 o 8 o 10 amigas y en casa de unos y otros hacíamos los bailes...»

La ausencia total de derechos,[382] el hambre, la enfermedad, el pequeño estraperlo perseguido y el grande tolerado..., y, frente a todo ello, las diversas estrategias o actos de supervivencia, el recurso al pequeño delito, a la sisa o a la utilización de materias primas y combustibles de la empresa, constituyen elementos imprescindibles de prácticamente todos los relatos. Son aspectos que, por conocidos, no vamos a reconstruir aquí, pero que recordamos ahora porque contribuyen a completar el cuadro de la desolación, la humillación y el ambiente opresivo hasta la saturación. Sentimiento de la derrota, necesidades materiales, represión, humillaciones y falta de libertad hasta en los más mínimos detalles de la vida cotidiana, desde el trabajo al festeo, conforman el cuadro de una memoria que Jaime Bataller sintetiza a la perfección en su respuesta a la pregunta de cómo era la diversión en la posguerra: «Pues mira: es que vivíamos asustados, asustados, asustados porque había una disciplina muy fuerte, muy fuerte, porque yo le puedo contar...» Y él mismo: «Vivías en un estado nervioso, sin poder

relajarte, porque entre la guerra, la cosa de depuración que no sabías tu si..., yo moralmente hoy en día tengo más moral que en aquel entonces».

UNA HOSTILIDAD UNÁNIME Y ABSOLUTA

Dados esos sentimientos generalizados de derrota, represión, ausencia de todo derecho y humillación cotidiana, no es de extrañar que la práctica totalidad de los informantes refieran una hostilidad irreductible hacia el régimen. Y que además tiendan a proyectarla como actitud del conjunto de los trabajadores o incluso de sectores más amplios de la población. Así Jaime Bataller, ante la pregunta de lo que pensaban los trabajadores del régimen: «Todos contra él». En el mismo sentido abundará José Giner –«Mal»-, quien hará extensivo el sentimiento al mismo entorno de la fábrica, al barrio: «todos de izquierda». Lo mismo sucedería, por supuesto, en la Papelera: «la mayoría éramos todos de la cáscara amarga, que decían» (Francisco Serrano). La unanimidad es tal que con frecuencia es el entrevistador el que debe esforzarse por detectar la existencia de otro tipo de trabajadores, falangistas o católicos y de derechas. Sin embargo, incluso en tales casos el discurso no varía en exceso. Así, Ismael Martínez: «Sí, católicos había muchos y los hay... No podían estar contentos, no podían, pero estaban callados como p..., porque como resulta que algunos, bien en los pueblos bien esto, habían sufrido también una represión en el momento del alzamiento». Y falangistas, pocos. Como apunta J. Giner: «¿De obreros? No. De obreros los mínimos. Los enchufados, los protegidos de ellos, los ponían adrede. De eso nada, no se lo crea». Incluso cuando se reconoce la presencia de trabajadores falangistas, lo que trasciende es una imagen de aislamiento de los mismos. Así, Francisco Navarro: «Allí la gente trabajadora de Astilleros no eran todos fascistones. Había pocos y se procuraba a esta gente rehuirla...» O, en otro momento: «En el taller nos conocíamos todos, ya sabíamos cada uno de qué pie cojeaba, y si un fascista... se lo decían así en plan de broma, con la risita..., el caso es que se diera por aludido, ¿comprendes?»

Esa hostilidad generalizada y casi sin fisuras se proyectaba, además, casi de modo indiferenciado sobre todos los estamentos e instituciones del régimen. Hasta el punto de que podría deducirse de ahí que ninguno de sus mecanismos de legitimación e integración habría funcionado. Así, Francisco Navarro: «La Iglesia quería figurar, Falange quería figurar, y el Ejército quería figurar, eran los vencedores, y como sabes, querían resurgir». Ni siquiera la figura de Franco parece haber adquirido en estos ambientes el carácter de «mito» aislado y a salvo

de los errores y tropelías de sus colaboradores que se ha registrado en otros lugares: «Eixe home és el que mos talla pel mig» (Francisco Estrela). Aunque no faltan indicios de que dicho «mito» tuvo alguna incidencia.[383] La Falange por el contrario aparece, casi sin matiz alguno, como la más impopular y odiada de todas las instituciones. Su presencia en la calle, siempre en actitud chulesca y provocativa es frecuentemente rememorada: «De Falange, de Falange. Tot el país estava ple. Totes... a on anaves, i estaven sempre. I si t'enfrontaves te pegaven una buxamà» (Ramón Martínez). En la fábrica, como veíamos, los falangistas aparecían identificados como los «enchufados y protegidos». A lo sumo, y ante la insistencia del entrevistador, se recordaba la existencia de algún falangista bueno, aunque siempre como excepción: «Había uno que era buena persona y eso, era así..., pero los otros no, los otros eran de la hiel amarga» (José Merseguer). Allí donde la figura del mando falangista se confundía con uno de los representantes de la empresa, generalmente aludido como «director social», los calificativos se multiplicaban: inquisidor, dictador, grosero, jefe máximo de espías y chivatos, chulo y desafiante... la personificación, en fin, de la cara más negra del régimen y síntesis de todos los males. De nuevo, es el militante anti-franquista el que presenta una visión más acabada, más política, del problema: «Mira, no existía tal Falange... Existen unos uniformes y una gente sin ideología, un marqués del Turia, un Rincón de Arellano, por decir así, por arriba, y otros más. Pero como eso no parte de ahí, Franco era franquista, Franco no era falangista... lo que sí que interesaba era tener una organización porque había luchado en el frente, porque tal y cual e interesaba tenerlo ahí, pero... y les vestían de uniforme, pero ahí no había más Santa María que las órdenes que les daban desde la capitanía general o desde el mismo Franco, pero así de hecho, del partido nada» (Ismael Martínez).

No mejor librado salía el Sindicato Vertical, objeto casi siempre de todas las críticas y de todas las mofas. «Entonces no había sindicato... (E: ¿No estaba el sindicato vertical?) El Sindicato Vertical no valía para nada, tenías que ser tu mismo» (Francisco Navarro). «No, era mentira todo. El Sindicato Vertical... estábamos todos afiliados, pero no nos afiliábamos nosotros. Al entrar ya en la empresa te afiliaban y te descontaban la cotización y todo, pero por nosotros nadie o casi nadie... (José Giner). O, Francisco Estrela: «El Sindicato Vertical (risas)... nada. Ibas a reclamaciones y "ya averiguaremos. Ya miraré..." y no te decían que no los bandidos, pero no veías llegar la cosa por ninguna parte y no llegaba. No nada, ni vertical ni horizontal, nada». Ni falta tampoco una de las variantes del arquetipo del Sindicato Vertical en connivencia o complicidad con la empresa: «... y cada cinco años se hacía la pamela de demostrar que el

trabajador tenía un sindicato, pero que no era sindicato...». A la pregunta del entrevistador acerca de lo que hacía el Sindicato Vertical por los trabajadores, la respuesta es taxativa: nada. «No, no, a excepción... si eran talleres pequeñitos, sí, pero si eran grandes... Mire, un caso: resulta que... fuimos a la Magistratura de Trabajo a protestar y entonces, "sí, hombre, sí. Tal, tal. ¡Hala, va: tómales nota a estos". "Fulano de tal, pues esto, pues lo otro.." "¿De qué taller eres?", "Unión Naval de Levante", "oye rompe esto. Fuera"» (Jaime Bataller).

La Iglesia, en fin, parece ocupar el último puesto en la atención de los informantes, lo que no quiere decir que su imagen salga precisamente reforzada. Hasta el punto de que el viejo resorte anticlerical parece funcionar, aquí de modo prácticamente unánime, como el último baluarte incontaminado de una vieja identidad popular y de clase. Así, Jaime Bataller, «Ah, esa (la Iglesia) ha vivido siempre del cuento». La recristianización forzada como método de integración complementario o sustitutorio no habría tenido mayor éxito. Las alusiones a las campañas del Arzobispo Olaechea, las famosas «misiones»[384] son terminantes: «Allí estuvo unos misioneros predicando, pero no había mucho, porque sabíamos que era un mito...» (Jaime Bataller). «Aquí venían los curas a darnos unas conferencias, entraban por ahí y nos salían por el otro lado, ¿verdad?, en apoyo de si los ladrones volaran... bueno una serie de tonterías que nos entraban por un lado y nos salían por el otro...» (José Giner). «De ahí vienen y ponen todos los frailes por ahí y empiezan a ir a todas las empresas, ¿eh? y por la mañana, a las seis de la mañana ya estaba... bueno, cada uno decía todas las barbaridades que querían, los tiparracos esos, los frailes esos, ¡eh?, "levantaros, perezosos, tal y cual...!"... y luego en los talleres, que llegaban a los talleres y te ponían verde, porque claro, no había bastante con lo que se ganaba porque los obreros se lo gastaban en vino... Calcúlate el panorama. Claro, la gente salía c... en el fraile y en toda la leche...» (Ismael Martínez).[385]

¿UNA HOSTILIDAD ABIERTA? LA EXTRAñA COINCIDENCIA DE TODAS LAS FUENTES

Asistimos en suma en la práctica totalidad de los casos a un discurso espontáneo cerrado y casi absoluto en el que la conciencia de clase y antifranquista se refuerzan mutuamente para traducirse en una posición de implacable hostilidad al régimen. Se trata, por supuesto, de una construcción como autorrepresentación que puede resultar parcial y ocultar la existencia de otro tipo de actitudes y aun contradicciones. Sobre ello volveremos más adelante. Pero por el momento nos interesa señalar una contradicción aparente y plenamente significativa: todos los entrevistados vienen a coincidir en que no se podía hablar ni hacer nada, pero también en que de una forma u otra, se hablaba. El relato de Ismael Martínez es en este sentido sumamente clarificador: «Nada, nada, de política nada. Se hablaba de política con aquél que creías que se podía hablar». Y en otro momento: «Eso no. Criticaba cuando se conocía la gente. Podías hablar con cualquiera cuando conocías el panorama de todo, pero no por una sencilla razón: en cada calle tenían un delegado de los falangistas y ese señor daba la buena o mala conducta del vecindario». Sin embargo, en otro momento de la entrevista, el relato toma una dirección distinta: «La gente aquí en Valencia pues... podías tener la libertad de hablar con cualquiera de... contra el franquismo, con cualquiera, casi con la inmensa mayoría porque como se pasaba tanta hambre, había una represión...»

La contradicción es sólo aparente, ya que en un momento se trata de señalar la omnipresencia de la violencia y la represión, mientras que en el otro lo que se quiere subrayar es lo extendido de los sentimientos de hostilidad hacia el régimen, de modo que lo restrictivo (hablar en confianza) se dilataba por la propia amplitud de quienes compartían ese mismo sentimiento (la inmensa mayoría). Tal vez por ello todas esas actitudes podían ser perfectamente conocidas y reflejadas por fuentes muy distintas de las constituidas por las propias entrevistas. Hasta el punto de que prácticamente todo lo que se ha reproducido hasta ahora encontraría plena «confirmación» en la documentación diplomática y en la del propio régimen, la de Falange especialmente. En lo que respecta a la primera, contamos con un amplio informe elaborado por el embajador británico en España, Sir Samuel Hoare, a partir de una visita a

Valencia en 1941, que reúne algunos de los aspectos más subrayados por nuestros entrevistados. En particular dos: la hostilidad abierta de los valencianos hacia el régimen, mayor que en cualquier otra capital española; y la voluntad del régimen de castigar en todos los terrenos a la Valencia republicana y revolucionaria.[386]

Es, sin embargo, un informe elaborado por la Jefatura Provincial de Valencia en octubre de 1941 el que parece seguir punto por punto todo aquello que los entrevistados nos han referido. En primer lugar, la hostilidad hacia el régimen manifestado de forma abierta y sin remilgo alguno:

Los rumores han dejado ya de serlo, pues son voces que se difunden ya con una libertad asombrosa y en plena calle, donde se expresa con entera libertad y sin que exista ningún freno todo cuanto viene en gana...

Continúa todo igual, más agudizado si cabe, que meses atrás. El ambiente general de la población es abiertamente hostil; se odia sin disimulo alguno a todo lo que signifique o provenga del nuevo Estado.

Se constata, en segundo lugar, el aislamiento de Falange y los falangistas, el hecho de que se haga recaer sobre ellos «responsabilidades inaceptables», así como la imagen misma del fraude de la revolución nacionalsindicalista:

En la actualidad estamos viviendo el mayor fraude de que se ha hecho víctima a un pueblo, al cual constante y sistemáticamente se le hace creer en un nacional sindicalismo que no existe, en una justicia social que no se cumple, una programática falangista que no se aplica, en un totalitarismo al servicio de las eternas camarillas y en una España nueva en la que florecen todos los antiguos vicios de la decadencia política capitalista y liberal.

No faltan tampoco las referencias al hambre y la corrupción, ni las alusiones a la saña con que se persigue al pequeño estraperlista frente a la moderación utilizada

con los grandes. Incluso hay una referencia verdaderamente antológica a la absurda política «moral» que penaliza hasta el ridículo y lo patológico las posibilidades de ocio y diversión de la población.[387] La imagen, en fin, de la Valencia castigada se dibuja en unos tonos que seguramente no alcanzó nunca la oposición antifranquista:

Sólo afirmamos una cosa: nunca pueden servir de pretexto las actuales circunstancias, para someter a la población de una provincia de la categoría de Valencia y la tercera de España, a esta serie de privaciones que, sin embargo, no existen en otras partes como Barcelona, Zaragoza, Murcia, Almería, etc. No creemos que sean menos españoles que los demás, para que tengan que ser tratados (según frase atribuida a nuestra primera autoridad) «como penados en un campo de concentración» (subrayado mío, IS).[388]

Aparentemente, pues, la coincidencia plena de las fuentes más dispares parecería autorizarnos a extraer conclusiones «fuertes» y sin matices acerca de la opinión valenciana en los primeros años de la posguerra. Sin embargo, la crítica de las fuentes no debe limitarse a las «orales» construidas al efecto y con la intervención directa, además, del investigador. Esto nos obliga a ser prudentes y, por supuesto, a partir de la base de que el propio investigador forma parte de la fuente.[389] Pero también las otras fuentes deben ser sometidas a crítica. Tampoco éstas eran neutras o inocentes. Los británicos estaban inmersos en una guerra y observaban con atención la evolución de un país de más que dudosa neutralidad. Los falangistas, por otra parte, libraban por entonces una fuerte pugna con otros sectores e instituciones del régimen; lo que podía empujarles a pintar la situación en los tonos más negros posibles. Fuere como fuere, debe subrayarse el carácter necesario, imprescindible e incluso «superior» de las fuentes orales en el tema que nos ocupa. No sólo porque en última instancia también las fuentes impresas son orales, aunque transcritas coetáneamente;[390] sino, sobre todo, porque es en las que aquí estamos trabajando las que permiten captar una riqueza de matices, vacilaciones y aun contradicciones que de otro modo podían permanecer ocultas extendiendo un velo de impenetrabilidad y estaticidad en el intento de comprensión de la época. De esa complejidad y riqueza de matices se ocupan las páginas que siguen.

¿Cómo se manifestaba esa hostilidad señalada y reiterada por todas las fuentes? Los informantes aluden a episodios o pequeños actos individuales de protesta tanto dentro de la fábrica –enfrentamientos con mandos superiores– como fuera de ella –las ya mencionadas reclamaciones en Magistratura y Sindicatos. Sin embargo, estas referencias van casi siempre acompañadas de un tácito o expreso distanciamiento de la política: eran políticas en tanto que decían algo acerca del régimen; pero por parte del trabajador no tenían nada que ver con la política: «empecé a trajinar con la gente... aquí no tenemos otra cosa más que pedir más, era todo reivindicativo, ¿eh?, no se podía hacer otra cosa» (Ismael Martínez).

Esto no quiere decir que la política no tuviera cierta presencia, en la forma que se ha visto previamente, en conversaciones de pequeños grupos, donde con frecuencia se comentaba lo que decía la BBC, radio París o la más emblemática Radio España Independiente (Pirenaica). Ni faltaban en ocasiones episodios de no colaboración individual, como la negativa a acudir a las actividades culturales o recreativas organizadas por Falange o a los actos políticos programados por el régimen. José Merseguer, por ejemplo, refiere haberse negado reiteradamente, no obstante las presiones recibidas, a asistir a matinales de cine organizadas por Falange o a los campamentos de verano de la misma. La inauguración de un monumento a los caídos en la playa del Saler en octubre de 1943 daría lugar a dos episodios significativos. El primero consistió en la detención durante una noche de Jaime Bataller junto a varios cientos más por no haber atendido la «invitación» que les había sido cursada para asistir a dicho acto. El segundo consiste en un acto de desafío, casi en un desahogo irreprimible, de un trabajador que aludió a dicho acto como la inauguración del «monumento a la mojama».[391]

Significativamente estas formas de no-colaboración y aun de desahogo buscaba en el apoliticismo el paraguas protector. Así, el primero de los reseñados: «mire usted, señor Félix: yo no iré. Primero porque ni en la guerra fui pionero del partido comunista ni ahora seré falangista tampoco». Y Jaime se escudaría en una supuesta falta de atracción por la naturaleza. La justificación del tercero es significativa al intentar eludir mediante juegos verbales la sanción que de todos modos le caería: «Yo ante las órdenes emanadas por su autoridad hice el

siguiente comentario: qué diferencia hay del tiempo del terror marxista a hoy, con esta fecha y voluntariamente marcharán todos a pie (aunque algunos preferirían ser transportados para no cansarse) y entonces eran llevados a la fuerza incluso atados por el coche vulgarmente llamado de los “fiambres”».[392]

En ocasiones, la hostilidad al régimen encontraba modo de manifestarse de un modo indirecto, no más inocente aunque sí menos peligroso, como cuando visitaban el puerto de Valencia barcos alemanes o aliados. Como refiere José Merseguer: «Sí, ¡uy! de la guerra mundial sí que se hablaba. Resulta que entonces venían los barcos aliados, los mercantes aquellos tipo Liberty que iban armados... Pues la gente sí que... generalmente decía, “ye, un barco aliat que entra al port”. Y se daba la casualidad también que alguna vez también venía un submarino alemán a repostar o algo, delante mismo de la factoría..., y claro, mucha gente salía así, pero los miraba de lejos, no se acercaba mucho, porque en eso sí que una gran parte de la gente los repudiaba». Más arriesgado resultaba en cambio acercarse a los consulados norteamericano o británico en busca de propaganda. Tal y como recuerda Ismael Martínez: «... pero allí los esperaban, iban los incautos a por la propaganda y los dejaban salir y cuando ya salían para fuera del Parterre o por la calle de la Paz o para allí, para la Glorieta ¡zapa! (E.: ¿la policía?) Hombre, claro, los cogía y ya sabes, averiguarles la vida lo primero que hacían era una declaración correcta. Lo primero que hacían es que te pegaban de palos hasta que te hinchaban y luego te decían que tú a ver con quién vivías y qué es lo que hacías. Esto era... era muy duro aquello. Y claro, pues nos alegrábamos de cualquier derrota de los nazis, al menos la inmensa mayoría de la gente, porque esperábamos que apenas se terminase aquello iba a terminarse el franquismo». Reseñemos, en fin, una de las más frecuentes, y arquetípicas, formas de rechazo, la que se expresaba desde la seguridad del voto secreto en las elecciones sindicales: «Pero entonces yo me acuerdo haber votado, porque... haber pintado una m... en la papeleta y darla, ¿eh?, y así pues muchos. Otros ponían otras cosas» (José Merseguer).

Se trataba, en suma, de manifestaciones individuales, episódicas y, por lo general, escasamente peligrosas de no-colaboración o de muestras diferidas de la hostilidad hacia el régimen. Las actitudes de oposición abierta o resistencia organizada eran en cambio extraordinariamente minoritarias, y en muchos casos se abandonaron muy pronto. Algunos de los pocos que cotizaban para organizaciones de apoyo a presos y represaliados dejaron de hacerlo ante los evidentes riesgos que comportaba toda vinculación con alguna forma de organización. Para otros, cualquier experiencia represiva de un familiar o

conocido era suficiente para abandonar para siempre cualquier tipo de vinculación con la política. En algunos casos, la actividad política de un familiar en la inmediata posguerra es la última referencia al respecto hasta que se apunte alguna actividad ya en las postrimerías del franquismo: «En Valencia, cuando más nos metimos nosotros en esto, en política, fue cuando ya se formó aquí una asociación, en Malvarrosa... la asociación de cabezas de familia» (Juana Gómez).

La actividad organizada existía, especialmente de las Juventudes Libertarias, CNT y UGT, en los primeros años, y del Partido Comunista a lo largo de toda la dictadura. Pero las referencias a la misma son indisociables de la represión. Detenciones y fusilamientos al principio y sucesivas detenciones y caídas más adelante son los elementos que articulan todas las referencias al respecto. Sin embargo, salvo en el caso de los más politizados, esas referencias se hacen cada vez más distantes. Se alude a la existencia de actividades clandestinas, a las detenciones, despidos y fusilamientos, pero cada vez como una cosa más lejana. Como cosa de gente que podía ser vista con admiración o respeto, que puede ser considerada incluso como heroica, pero que puede ser descrita también como ilusa o «idealista». Cosas cada vez más lejanas y ajenas a la normalidad cotidiana, que serían presentadas incluso en ocasiones como rayanas en lo aventurero. Típico en este sentido el siguiente comentario a propósito de un represa-liado: «es el único caso que se ha visto en Astilleros de despidos, pero porque era un chico... Yo le decía: “primo, que no vas a fer res, que no vas a fer res” i la seua dona plorant... “pues té que dir-li a est home que... jo tinc que criar els xiquets i ell...». El testimonio de Ismael Martínez, aunque formulado desde la posición del militante, viene a incidir en la misma noción de aislamiento y excepcionalidad de éste: «Era negativo porque estaban asustados. Hombre, la represión fue tan dura que lo único que pensaban era en trabajar, irse a su casa y todo lo más al fútbol..., pero la gente políticamente eran escasos, podían hablar en el trabajo, podías decir: “me c... en la mare que ha parit al patrono éste”, pero ojo: hasta ahí llegaba la cosa, ni fuera ni nada de organización ni nada».

En el fondo, ambos, aunque desde perspectivas distintas, aluden a una misma realidad consistente en el hecho de que tanto la política como la conflictividad quedaban excluidas de la normalidad, de la vida cotidiana, de la mayoría de los trabajadores.[393] Esa misma normalidad se construía entonces, y se rememora ahora, como hecha de trabajo, de largas y agotadoras horas de trabajo que en ocasiones, como indica Francisco Estrela, impedían hasta hacer vida familiar: «muchos días y muchas semanas sin ver casi a mis hijos, que los veía durmiendo

cuando venía a casa». Trabajo y familia, pues, y cuando se podía algo de ocio, conformaban una vida cotidiana que reflejaba una clara y simple apuesta por la supervivencia individual.

No se crea, sin embargo, que la rememoración de aquella cotidianidad tiene únicamente connotaciones amargas o de impotencia ante una realidad atroz. El «yo no he hecho otra cosa que trabajar» que reiteran con frecuencia los entrevistados va acompañado casi siempre de una cierta imagen agridulce de la vida en la fábrica. Ésta empieza a emerger como un espacio de sociabilidad en el que, una vez alejada la política, los trabajadores podían sentirse a gusto, especialmente entre ellos. Prácticamente todos los entrevistados inciden en esa buena relación entre los compañeros, en el apoyo mutuo, en la camaradería existente. En algunos casos, como en el de Vicente Cadirer, esto llega a evocarse incluso con la nostalgia del trabajo seguro y la satisfacción del buen bocadillo disfrutado en buena compañía en tiempos de escasez. En otros casos, la evocación del compañerismo trasciende incluso las relaciones entre los trabajadores de base para alcanzar a los mandos intermedios. José Giner, por ejemplo, recuerda la complicidad existente en el hecho de que un grupo pudiera trabajar, y cobrar, alguna noche entera cuando en realidad se hacía un trabajo cuya ejecución requería un tiempo bastante inferior. Con mayor frecuencia aún se recuerda el compañerismo de aquellos tiempos en contraposición a lo que sucedería con la introducción de la Organización Científica del Trabajo, del sistema Bedaux. Así Jaime Bataller en respuesta a la pregunta de cómo eran las relaciones con los compañeros: «En principio buena, muy buena, mucha camaradería, pero después entró la avaricia y no sé como los trabajadores, hay excepciones, ¿eh?, pero ¡madre!, ¡una hipocresía!».

De este modo, sobre el transfondo de una hostilidad hacia el régimen nunca cuestionada y siempre reiterada, se iba construyendo una normalidad cotidiana hecha de trabajo y vida familiar, de compañerismo y de exclusión de la política. Necesidades materiales, represión, miedo y un determinado modo de hacer frente a todo ello desde la apuesta por la supervivencia parecían combinarse así para recrear una normalidad que en su pura negatividad podía ser rentable para el régimen. Era la acumulación de una serie de factores negativos la que de algún modo contribuía a la aceptación, resignada por supuesto, pero aceptación al fin, de unas pautas de conducta que iban a coincidir con las que desde el régimen se postulaban. Especialmente en lo relativo al trabajo y la vida familiar. El refugio en la vida privada y el extrañamiento de la política no integraban todavía en esta época el discurso oficial del régimen. No tardarían en hacerlo.

Antes todavía de que así fuera, sin embargo, otra serie de mecanismos e iniciativas habían empezado a operar con el objeto de neutralizar, cuanto menos, la hostilidad de los trabajadores.

LAS DOS CARAS DE JUNO: CAPITAL Y PATERNALISMO EMPRESARIAL

Sobre un marco como el definido caracterizado por la derrota, la represión, la destrucción de los sindicatos obreros y la integración forzada en el Sindicato Vertical, así como por la cada vez más generalizada conciencia de la imposibilidad de la lucha, pudieron operar con relativa facilidad aquellos mecanismos de integración que las distintas instancias identificadas con los vencedores pusieron en marcha a tal efecto. En el ámbito de la empresa, el paternalismo fue el instrumento más eficaz. Sin alcanzar las cotas de paternalismo autárquico e integral de la fábrica Segarra de Vall d'Uxó,[394] las iniciativas de la UNL en esta dirección fueron importantes, y efectivas. De algún modo, como veremos, la empresa consiguió que se descompusiera su imagen en al menos dos caras: la del capital como noción abstracta, distante y rechazada, y la de la empresa como ente concreto, personalizado además en algunos de sus representantes y directivos. La empresa, en tanto que capital, es recordada en su faz opresora y represora: los despidos, el recurso a los chivatos, las llamadas a dirección, los controles... Ciertamente, este lado oscuro de la empresa-capital tenía también su personificación en alguna figura, como la ya aludida del «director social», que venía a constituir el símbolo de todos los elementos negativos. Pero la otra cara, la positiva, cercana y «humana» de la misma empresa no sería menos dominante ni carecería tampoco de su concreción personal.

La empresa tenía buenas bazas a jugar. La primera y más «objetiva» de ellas era, por supuesto, la naturaleza misma de gran empresa y sólo por esto ya privilegiada en el terreno social. En Astilleros, como en la mayoría de las grandes empresas, se ganaba más, el trabajo era más seguro y había privilegios como economatos o comedores. Como recuerda Francisco Estrela: «Mi madre: "ahí, en astilleros donen un racionament. Tu no podries passar a Astilleros?", "jo? A qui conec jo?". Bueno pues por mediación de otro compañero... que era el maestro de marineros, entré a trabajar en Astilleros». De este modo el trabajo en la gran empresa constituía siempre un punto de llegada. En la sorprendentemente alta movilidad en el empleo de la posguerra, muchos de los entrevistados cambiaron de empresa varias veces movidos por la búsqueda de la mejora

salarial o las dificultades de la propia empresa. Pero la llegada a Astilleros era siempre el punto final del periplo. Esta misma circunstancia creaba ya, por sí misma, ciertos vínculos. En Astilleros se entraba por tradición familiar, por relaciones vecinales externas que al convertirse en internas introducían ciertos comportamientos deferentes. Se requería siempre algún tipo de aval que podía funcionar en el mismo sentido, o incluso no faltaba, como en algún caso, la recomendación directa de altas instancias provinciales del régimen. Todos estos elementos tenían sin duda alguna incidencia en el comportamiento de los «avalados», aunque esta no fuera segura o funcionara siempre en la misma dirección. El recurso al aval es rememorado con frecuencia como una humillación, y no falta quien recuerda con evidente desazón las gestiones para obtenerlo. En cualquier caso, podían conciliarse aquí el rechazo del sistema con ciertos elementos de gratitud hacia el «avalista», mucho más efectivos además en el caso de que éste fuese de la propia factoría.

Ya en la fábrica los elementos de integración se multiplicaban, como lo hacía la imagen positiva que de ellos trascendía. La cuestión del racionamiento, a la que ya se ha hecho mención, era una de las más importantes y llega a adquirir en el relato dimensiones sorprendentes. No falta, por ejemplo, quien llega a aludir a la empresa como la que «hacía el estraperlo para nosotros». Modo excesivo sin duda de referirse a los camiones que se mandaban en busca de alimentos: «Pues mire, ahí la empresa hay que decir que nos ayudó. Teníamos unos delegados..., iban a Jaén a por aceite, iban a por azúcar adonde había, pero con el consentimiento de la empresa y con los camiones de la empresa» (José Giner). O, como apunta Jaime Bataller: «la casa destinó dos camiones con hombres para ir por toda España a recoger género: harina, garbanzos, alubias... porque en aquel entonces aquello era la envidia, de ejemplar que había hecho la casa, porque... “bueno, hombre, si Astilleros tiene un suministro...”, que entonces no se encontraba nada y nosotros teníamos de todo». Esta imagen positiva se veía sólidamente reforzada en las alusiones a «la Benéfica», una institución interna que se ocupaba desde la ayuda a los hijos de los trabajadores hasta la construcción de viviendas. Se trataba, pues, de una de tantas entidades que proliferaron en las empresas durante el primer franquismo en orden a cubrir unas necesidades sociales que el Estado era incapaz de proveer. Aunque no faltaran críticas a su gestión o se llegue a recordar el desengaño que supuso para algunos de ellos la comprobación de las escasas dimensiones de las viviendas, los comentarios a propósito de «la Benéfica» son por lo general altamente positivos, sin que falte el elogio o la manifestación encendida de agradecimiento: «¿La Benéfica? Una cosa buena. Yo estoy agradecido... Con Benéfica agradecidísimo.

La Benéfica para mí fue lo mejor que había dentro de la UNL, lo mejor...» (Francisco Estrela).

El economato –el suministro-, la Benéfica, la construcción de viviendas..., todas estas cosas van ganando en la memoria una valoración altamente positiva que, sin embargo, tiende a ordenarse selectivamente dentro de la propia estrategia del recuerdo. Paradójicamente, el beneficio del agradecimiento no era concedido al Presidente de la propia institución, el ya aludido «director social», sino al director de la empresa. Para el primero, el recuerdo sigue siendo negativo: «... que era el Presidente de la Benéfica, ¿eh?, aquel tío en cuanto lo mirabas... porque si se daba media vuelta y te veía que estabas mirándole me quería sacar la pistola, porque es que llevaba la pistola encima siempre, ¿eh? Él era el jefe de la centuria naval, ¿eh?» (Francisco Estrela). En cambio, para el segundo, la rememoración es extraordinariamente positiva, enlazando en la memoria con otra de las más frecuentes y efectivas manifestaciones del paternalismo empresarial de la época, la gran comida de hermandad. Como recuerda Jaime Bataller: «Después la casa hizo gestiones para hacer el grupo (de viviendas) éste, empezó los trámites oficialmente, ya se aprobó, se hizo y entonces Manuel Soto, que era una bellísima persona, el director en aquel entonces... pues nada, ya se aprobó, organizó una paella en el Vedat. Eramos cerca de 3.000 trabajando allí en aquel entonces...»

De la efectividad de esta serie de actitudes e iniciativas da muestra no sólo el recuerdo de aquellos que las valoraron positivamente, sino también el de quienes las sitúan en el contexto de las estrategias empresariales y políticas de la época. Así Ismael Martínez: «Aquí habían trabajadores privilegiados y no privilegiados. Los de la pequeña y mediana empresa nada de nada. Las grandes empresas tenían unos economatos a estilo americano... ten en cuenta que si en Valencia tenías tú a Macosa, tenías a RENFE, tenías Unión Naval de Levante y tenías el Puerto de Sagunto, se puede decir que tenías a la élite de los trabajadores revolucionarios –que nacen en las grandes empresas-, los tenías casi atados por el momento de subsistir con los medios que se daban, que fuera no los tenían. No tenían harina, no tenían aceite, no tenían arroz, no tenían legumbres, ¿eh?, y allí los tenían». La misma percepción del objetivo último de estas iniciativas se aprecia en el relato de José Merseguer: «Entonces en aquellas de eso, éste –don Manuel Soto– pues quiso hacer una de eso, como una comida de hermandad, pero más bien así para continuar que el trabajador fuera sumiso y se hicieron unas paellas en Torrente, en el Vedat». El reconocimiento del éxito de la iniciativa se presenta aquí por la vía del distanciamiento personal y la crítica a la

actitud de la mayoría: «... pero yo no quise ir, eso fue en el año 53, no quise unirme a aquello... porque allí entonces estaba el director –un tal V... G...; el director técnico, ¿eh?–, pero este tío en la Guerra Civil nuestra ése es el que nos mandaba al Baleares y todo eso a echarnos los pepinos aquí a Valencia, ¿eh? Y claro allí la gente, que hay así más de eso, que no tiene sentido de nada, pues allí cantándole, en guitarra y todo eso y a mí eso me era denigrante, ¿eh?, tener esas cortesías así, tan abiertas ante un señor, ¿eh?».[395]

La confirmación tanto por vía directa, positiva, como indirecta, crítica, de la eficacia del paternalismo empresarial, pone de manifiesto la existencia en muchos de los trabajadores de un doble discurso referido a la empresa y algunos de sus directores, por una parte, y al capital como ente absoluto, por la otra. Un doble discurso que se da además en las mismas personas. Así, el mismo Francisco Estrela que hace del capital el deus ex machina de todos los males –«donde esté el capital el obrero no tiene nada que hacer»– se muestra agradecidísimo a algunas de las iniciativas y directores de la empresa. O el mismo José Giner que subraya una y otra vez que a los trabajadores y sólo a los trabajadores corresponde el mérito de la reconstrucción del país, apunta a la «humanización» progresiva de la empresa, hasta proyectar sobre ella la misma imagen de la coexistencia armónica con la que antes había aludido a las relaciones entre compañeros. El caso más emblemático es el de Jaime Ballester, quien tras haber incidido en la existencia de «espías» de la empresa entre los trabajadores, en la imposición de durísimos ritmos de trabajo y en la existencia de sanciones –«porque sanciones había a manta»-, termina por deshacerse en elogios a esa misma empresa: «una maravilla», «divina, divina», o «ejemplar», son algunos de los calificativos que utiliza. Aquí de nuevo la camaradería entre los trabajadores se hace extensiva al propio comportamiento de la empresa, a la empresa misma. Pero todo esto adquiere en el relato la imagen de la ruptura, el señalar un antes y un después constituido por la introducción del sistema Bedoux –«la rabia esa del Bedoux». Del mismo modo que el sistema Bedoux había roto la solidaridad y el compañerismo entre los trabajadores habría contribuido a restituir a la empresa la imagen del «capital». Empresa y capital parecen así disociarse durante una época, para unirse de nuevo en la siguiente, cuando el capital reaparece finalmente, ahora con otro rostro: «Divida, divina, ¿no le digo? funcionó el economato, funcionó la construcción de viviendas, hicieron una paella allá en Torrente, había... ese Manuel Soto fue una bellísima persona, pero después entraron Villalonga... ese era el lobo feroz, el capitalista ése, el Villalonga, ¡buah! Eso... porque tenían que hacer 7 u 8 barcos compró 4 o 5 máquinas de esas modernas».

De todo esto emerge con claridad la indudable eficacia del paternalismo empresarial. Una eficacia que no rompe en la memoria el discurso de clase, pero que sí lo descompone en dos facetas, entre complementarias y contradictorias. La primera de ellas remite a un enemigo que parece desdibujarse en lo general abstracto: el capital, la explotación, el régimen. La segunda permite rastrear algunos de los elementos que contribuyeron a recrear una imagen de la empresa como entidad armónica y no conflictiva, con una dirección sinceramente preocupada por el bienestar de sus trabajadores. Sin embargo, la existencia de esa línea divisoria marcada por el sistema Bedoux, que no era otra cosa que la reintroducción de mecanismos de competitividad y racionalidad empresarial, podía provocar y provocaría la reaparición del malestar, primero, y del conflicto, después. Esa arcadia feliz que hasta cierto punto había sido la empresa desaparecería tanto desde el punto de vista de las relaciones entre los trabajadores como del que afecta a las relaciones con la empresa. La primera podrá recomponerse con el tiempo, la segunda mucho menos y terminaría por manifestarse en las grandes movilizaciones de los setenta.[396] El paternalismo empresarial de la primera época venía a presentarse así como un arma de doble filo que bien podía sintetizarse en la expresión, «paz para hoy, conflicto para mañana». Como veremos, algo similar sucedería con los otros elementos de integración utilizados por el régimen en su primera época.

ENTRE EL APOLITICISMO Y LA ANTIPOLíTICA

«Yo apolítico, de la CNT». Esta frase, tan sencilla como rotunda, pronunciada por al menos dos de los entrevistados, es indicativa de la existencia de otro factor de potencial aceptación-resignación puramente negativo. Un factor que permitirá la localización de un punto en el que la conciencia de clase, o, mejor, la existencia de ciertas tradiciones de clase, podía operar contra la conciencia política. En este sentido podría hablarse de un suelo abonado sobre el que algunas iniciativas del régimen pudieron arraigar con facilidad. En efecto, del mismo modo que el discurso podía abrazar desde la anatematización del Capital hasta la aceptación del buen comportamiento de la empresa, ese mismo Capital podría aparecer como el gran corruptor, el monstruo omnímodo capaz de vencer, distorsionar y subordinar toda política. De este modo, la referencia al capital y una cierta conciencia de clase podrían integrarse perfectamente en el discurso de la antipolítica. Se trataría además de un discurso de deslegitimación de la política con fuertes raíces cenetistas, pero que, por ello mismo, difícilmente podría llegar a desplazar o inhibir el discurso antifranquista. En muchos casos sucedería lo contrario: el discurso de clase y el antifranquista se harían tanto más rotundos y cerrados cuanto mayores fueran las posibles áreas de contacto y concesión con el propio régimen que propiciaba el discurso de la antipolítica.

Sólo en un caso el discurso de la antipolítica parecía funcionar en detrimento de la conciencia antifranquista. Es el de Vicente Cadirer, un trabajador hecho a sí mismo, orgulloso de su profesión y de su trayectoria vital, que establece una serie de vinculaciones que conducirán a la desaparición en su relato de toda condena del régimen. Partiendo de una aceptación como hecho natural de la CNT antes de la guerra –«entonces tenía sentido la CNT»– y del reconocimiento del entusiasmo que acompañó a la proclamación de la República, pronto se introducen los mecanismos de un apoliticismo, devenido en antipolítica, y una crítica ambigua de la evolución de la propia República: se había gritado «muerte a los ladrones» y nadie, «ningún gobierno», los persiguió nunca; en 1933 «empezaron los políticos y los militares». Todo esto no le impidió seguir afiliado a la CNT durante la guerra, aunque desde una posición que se reconstruye como apolítica y en el perfil más bajo de dicha afiliación: «... pues yo sólo pertenecía a mi sindicato CNT y no tenía nada con la política». De ahí derivaba una posición

de neutralidad en la guerra civil, presentada como un conflicto estúpido y terrible entre hermanos del que todos serían responsables: «entre todos la j... y ella sola se murió». Esa misma neutralidad sería aplicable respecto del propio régimen, del que no se señala expresamente nada positivo pero al que se concede implícitamente una voluntad de reconciliación y reconstrucción nacional: «la guerra había terminado y el problema era levantar España con todos: Republicanos y Nacionales quisieran o no quisieran... yo en particular pensaba que no había ni vencedores ni vencidos, sino hermanos todos que divididos por la política nos engañaron los de dentro y los de fuera de España y ahora había que arreglar y reconstruir todo lo deshecho, así que de momento, por orden del gobierno de Franco todos los trabajadores tuvimos que incorporarnos a los talleres que estábamos antes de la guerra...». Aunque no se produce nunca una aceptación explícita del régimen, éste tampoco es cuestionado en ningún momento. Se trataría, pues, de una aceptación de hecho que incluiría su participación en las estructuras sindicales del régimen; lo que viene presentado con el mismo sentido de integración en lo normal y cotidiano que la anterior afiliación a la CNT.

Se trata de un caso excepcional entre los entrevistados, aunque significativo y probablemente «representativo» de un sector de los trabajadores cuya afiliación sindical antes de la guerra podría considerarse tan natural como accidental, tan propia de las cosas –«era el sindicato de mi oficio»– como distante del ideario de fondo de la misma organización. En otros casos, como decíamos, el discurso de la antipolítica convive con la conciencia antifranquista, aunque contribuye a diluirla desarrollando mecanismos de aceptación negativa, por igualación de todos los políticos. En estos casos el discurso se hace sumamente contradictorio. Así Francisco Estrela, por ejemplo, se declara blasquista, considera que republicano y socialista viene a ser lo mismo, reivindica la época socialista como la mejor de todas las épocas, e identifica a toda derecha con la dictadura –«la derecha es la dictadura»-; pero puede sostener al mismo tiempo una crítica de la república y los sindicatos y una reivindicación de la primera: «Los sindicatos estaban aplastados. Entre Franco y la República también, la República sí señor, todo estaba aplastado. No, nada, caca la vaca... Es así». Y, alternativamen te: «Entonces se unieron ellos y cuando se une el capital, que son ellos..., una nación como España que ha pasado la guerra, de una república formada y querida por el pueblo y elegida por el pueblo, que vengan unos generales como estos y que se adueñen otra vez de la nación sin contar con el pueblo...». El discurso en este caso se articula siempre por referencia al capital y se traduce en un escepticismo radical que puede justificar la inactividad, la inanidad de toda

acción humana: «El capital que hablaba antes. Donde está el capital... "donde hay patrón no manda marinero"». Frente a éste, en efecto, los sindicatos no pueden hacer ni hacen nada y el escepticismo toca finalmente su última fibra al volverse contra los propios trabajadores: «¡Va! De sindicatos ni hablemos y de los trabajadores menos, somos los más malos... Nunca me he metido con nadie, nunca. Yo trabajo y trabajo y trabajo... Yo lo que sacaba del trabajo era mío, nada más».

Ese mismo escepticismo y el refugio en un individualismo absoluto se manifiesta con entera claridad en el relato de Jaime Bataller, cuya condena del capital se dilata hasta abrazar a todos los políticos, para terminar con unas sentencias que parecen una mezcla de «sabiduría popular» y de apoliticismo anarquista: «El trabajador lo que quiere es su bienestar, que sea blanco, que sea negro o que sea colorao, porque si viene uno que a usted le da un duro y el otro le da 15 ptas. ¿con quién se irá usted? ¿está claro? Porque a mí que me digan de partidos... pues no. Yo quiero hechos –sea blanco, sea negro o sea colorao. Hechos. Que en mi casa, si es posible, que no falte nada y sea bien atendido y sea respondido por una persona. Es lo único que quiero. Me da igual que sea de Felipe que de Falange o del otro o del otro». Seguidamente, tras negarse a una identificación como republicano, afirma no sentirse de izquierdas ni de derechas, con un argumento que reiterará varias veces: «¡La política es la forma de engañar a los pueblos!». Y a modo de confirmación: «Pero mire usted: ha visto a Felipe, ha visto al otro y todos van a lo mismo: a llenarse los bolsillos, no nos vayamos a engañar. ¿Qué? ¿Digo mentiras?».

¿Cómo interpretar esto? En primer lugar, debe recordarse, en este momento especialmente, que discursos como los reseñados no son asumidos por todos los entrevistados, aunque sí por varios de ellos. En segundo lugar, puede detectarse aquí la existencia de ciertos mecanismos-puente hacia la aceptación de algunos temas e iniciativas que batirá el propio régimen, como la propia antipolítica. Sin embargo, y en tercer lugar, se aprecia la subsistencia en la práctica totalidad de los casos de un discurso escindido en el que los mecanismos de potencial aceptación parcial conviven con el discurso de clase y del rechazo del régimen. Quizás sea oportuno por ello recordar que esos discursos recogían un cúmulo de tradiciones y experiencias que iban desde la antipolítica cenetista a los sentimientos de desolación, humillación e impotencia. Unos discursos que rememoran una dura lucha por la supervivencia física y como individuo, y que pugnan por ello por reconstruir una trayectoria vital a pesar de todo coherente. En todos ellos hay, por supuesto, mucho de frustración y escepticismo, pero

también una lúcida reivindicación de la dignidad personal. Como resumía Jaime Bataller cuando se le insistía en que a pesar de todo se había manifestado como antifranquista: «Hombre, porque era perjudicarme, era salvarme. O sea que yo estar contra el régimen era salvarme yo, la dignidad de mi persona, el ser humano, lo que buscaba yo».

EL EFECTO GIRÓN Y EL COLABORACIONISMO

«... por que este señor si cuando terminó la guerra hubiera dado perdón a todos, hubiera hecho borrón y cuenta nueva tal vez se hubiera ganado al pueblo, pero así no» (Francisco Estrela). «Aquí nadie le hablará mal de Girón, ¿eh?». Estos dos comentarios, el primero de uno de los entrevistados y el segundo expresado con asentimiento general en una de las reuniones previas a la realización de entrevistas, recrean a la perfección dos hitos fundamentales del franquismo. No son además, como se sabe, exclusivamente valencianos. Un comentario similar en el sentido de «si ellos hubieran querido» lo encontramos también registrado en el caso de un nacionalista vasco.[397] De las iniciativas de Girón tenemos noticias en la historiografía sobre los mineros asturianos y, como veremos de modo bastante ajustado, en las propias memorias del ministro franquista.[398]

Aún siendo completamente cierta la primera de las afirmaciones arriba reseñadas, es verdad también que en determinados ambientes y circunstancias, el régimen «sí quiso» y que los resultados de esa voluntad y de los actos derivados no fueron en absoluto despreciables. El caso Girón es sin duda uno de los más emblemáticos al respecto. Lo fue además, especialmente, en el puerto de Valencia, en Unión Naval de Levante y otras empresas metalúrgicas valencianas. Desde este punto de vista podría considerarse esta zona y este sector de la producción como un laboratorio inapreciable para la observación tanto de lo que hizo el ministro franquista como de lo que consiguió. Una y otra cosa están profundamente relacionadas con la propia elección de esta zona como terreno de actuación privilegiada del régimen. Si en términos generales las grandes fábricas y concentraciones obreras eran uno de los elementos más temibles y potencialmente conflictivos para una dictadura de derechas, el caso de la UNL y su entorno lo era quizás en mayor grado. Sita en una ciudad «roja» y con un entorno popular claramente de izquierda, se había caracterizado por la fuerte presencia de la CNT y unas tradiciones sindicales y de lucha que no excluían en absoluto la acción directa, incluso en la forma más sumaria de la eliminación física de enemigos y esquiroles. En esta misma zona, además, como se ha señalado y coinciden todas las fuentes, la hostilidad hacia el régimen en sus primeros años era lo suficientemente fuerte como para trascender el ámbito de los comentarios privados o núcleos restringidos.

¿Qué es lo que hizo Girón? La práctica totalidad de los entrevistados coincide en que hizo muchas cosas, y buenas, en favor de los obreros. Hizo fijos a los trabajadores portuarios, eliminando así el que era, de creer los informes elaborados por diversas instancias, uno de los focos más conflictivos y peligrosos de toda España;[399] apoyó el desarrollo de la «Benéfica»; fue decisivo para que los trabajadores accedieran a las viviendas construidas para ellos en las mejores condiciones; concedió sustanciales aumentos salariales y pagas extraordinarias. Los juicios desde este punto de vista son prácticamente unánimes: «Es decir, no podemos hablar mal de Girón nosotros, en Astilleros no podemos hablar mal» (José Giner). «El Girón. Eso es. Para mi un señor hombre. Yo me he escrito con él» (Francisco Estrela). Incluso quien no está dispuesto a conceder ningún mérito especial al ministro, en tanto que falangista y franquista, reconoce algunas de sus actuaciones y sobre todo el prestigio que logró entre la mayoría. Así, Ismael Martínez: «Girón, que quiso pues saltarse a la torera ciertas cosas y quiso dar algunos beneficios ficticios a la gente, como una paga de 21 días que dio que no la cobraron más que las grandes empresas». O José Merseguer: «Decían que era una gran persona. Para mí era un franquista, como es natural. Un franquista que a su manera quería estar así, cuando estaba en aglomeraciones en contacto con el pueblo parecía que era, eh, Girón, el eso, el otro, ¿eh? En una ocasión dio veintiún días de salario y la gente más contenta y más de eso... todos, me c... en la leche, ¿eh?, pero es una manera de comprar al personal, lavarles el coco bien».

Pero Girón hizo algo más, Girón sacó a algunos militantes cenetistas de la cárcel, «les salvó la vida», dice uno de los entrevistados, y puso así en marcha uno de los procesos más comentados y conocidos, pero menos estudiados, de la posguerra, el del colaboracionismo de ciertos sectores de la CNT. También fue en Valencia y en las zonas antes apuntadas donde esa experiencia resultaría más importante. Lo recuerda el propio Girón y lo recuerdan muchos de los entrevistados.[400] Lo significativo del caso, sin embargo, estriba en que el «efecto Girón» y el «efecto colaboración» se refuerzan mútuamente, y en sentido positivo, en la memoria de los trabajadores. Así en algún caso, la resistencia inicial a hablar bien de Girón se anula por completo cuando el entrevistador recuerda sus relaciones con los colaboracionistas:

E: ¿Y Girón?

J: Mucho de ahí y poco de aquí. Es que... ni Girón ni Franco ni Felipe ni nadie puede hacer nada, porque aquí lo que manda es la ley del más fuerte. Si el capital dice: ¡«ye, alto!, ahí llegarás, pero más no; si no, te vas fuera». Y aquél seguía el «bla, bla, bla», pero a la hora de la verdad nada. Al principio sí.

E: ¿Hizo algo al principio?

J: Hombre, hizo... mejorar el sueldo, mejorar las protecciones, porque era un hombre que atendía, pero claro, cuando ya dijeron: «ye, que te estás pasando!», el mismo capital, el mismo gobierno, es cuando ya...

E: ¿Y hubo algunos cenetistas que colaboraron con Girón?

J: Sí, hay personas... Oiga, ¡si ese hombre convencía..! Ese hombre tenía un vocabulario que a usted le convencía. Si yo he ido dos o tres veces aquí a oírlo y dices: «ese es un hombre sano», pero claro, es que después tenía a los de atrás que le decían: «¡ye! de lo dicho no es ná, ¿eh?» y se tenía que callar... porque ese es que era un programa divino, oiga. Lo que querían hacer era una cosa divina. Tenía un programa sano, bueno, pero no se llevó jamás a la práctica... porque mucha gente se acercaba a oír, porque veías: «sí, sí, sí». Ya digo si el pueblo hubiera visto... (Jaime Bataller).

De forma complementaria, algunas de las inicitivas de Girón podrían ser atribuibles a sus relaciones con los cenetistas: «¿De Girón? Es el único medio bueno que tenía el gobierno ése, porque Girón se rodeó de gente de la CNT y de la FAI. De aquí, de trabajadores del muelle sobre todo y era un poco liberal, un poco porque claro, al lado de los carcas que eran los demás». Y poco más adelante: «Se la ganó y sobre todo de aquí del Puerto, yo los conozco a todos... Se la ganó a pulso (a la gente de la CNT), arrimándose él a ellos. No obligándoles a hacer nada» (José Giner).

Por supuesto, como se ha visto, este reconocimiento del papel de Girón no era unánime. Disienten de ella, especialmente, aquellos que tenían una conciencia más política y militante. Lo sorprendente del caso, sin embargo, es que incluso estos se iban a negar a condenar en bloque a los colaboracionistas. Para estos, el problema no sería tanto de colaboración o no colaboración, cuanto de honestidad o ausencia de ella. Así Ismael Martínez:

Sí y no, voy a decirte, porque yo considero las cosas tal y como son. C..., yo no... para mí nunca fue franquista. Fue un sinvergüenza si tú quieres. Fue un tío que se vio venir la cosa y la aprovechó, ¿eh? H.., que le ofrecieron y el tío hizo mucho, mucho y muy honradamente por los trabajadores de Sagunto en todos estos aspectos y fue honrado el tío, ¿eh? Ahora sin salirse de las normas. O sea, si le decían: «esto es así», él no transgredía esas normas, no transgredía porque no podía hacerlo tampoco. Si lo hubiera hecho, lo hubieran cogido y lo hubieran quitado enseguida, ¿comprendes? Es que era muy difícil. No se puede criticar, yo no critico a ninguna persona que haya tenido miedo, ni a ninguna persona que haya estado ahí inclusive, no estoy de acuerdo con ello, por descontado, pero ciertas personas se prestaron a cosas bajunas, pero estas personas no. Yo puedo hacer una diferenciación entre C... y H..., en que uno era un sinvergüenza y el otro no lo era.

Aparentemente tenemos aquí un ejemplo perfecto de integración, colaboración y justificación de la misma, un éxito absoluto del régimen. ¿Lo era realmente? No tanto. En primer lugar, Girón no es casi nunca evocado espontáneamente. Todo el régimen era terrible y todos los falangistas igualmente enemigos de los trabajadores. De modo que era frecuentemente el entrevistador quien tenía que hacer de abogado del diablo insistiendo en el «¿todos?», hasta que llegaba la respuesta, «... bueno había uno...», lo que muchas veces constituía el punto de arranque de cuanto hemos referido en los párrafos anteriores. En segundo lugar, el caso de Girón se presentaba como algo especial. No era el régimen, era alguien que de alguna forma no se comportaba como el propio régimen, era la excepción. Ya hemos visto cómo se le puede aludir como «liberal» en un gobierno de «carcas»; o cómo incluso se podría llegar a explicar su actuación por una aproximación a nosotros, a lo nuestro –a los hombres de la CNT-FAI en este caso– más que a la inversa. O cómo, en fin, se insiste siempre en la existencia de fuertes frenos por parte del capital y el gobierno mismo a su actuación, hasta explicar a partir de ahí su desaparición al frente del Ministerio. «Ese hombre yo no sé cómo sería, pero para mí le hicieron una traición entre Franco y el cuñado...» (Francisco Estrela). En definitiva, con todo su potencial de generación de consenso y aceptación, el caso Girón puede ser evocado de un modo sumamente favorable sin que ello revierta –en el terreno de la memoria al menos– en beneficio del régimen.

Más complejo es el caso de la valoración de los «colaboracionistas», aludidos como «pestañistas», más genéricamente como CNT-FAI o incluso como «los de la metralleta». El hecho de que ninguno de los entrevistados juzgara negativamente esa colaboración y que ni siquiera la condenaran en bloque algunos militantes comunistas activos a lo largo de toda la dictadura, merece sin duda alguna reflexión.[401] Algunas pistas son proporcionadas por los mismos entrevistados. La primera de ellas, la comprensión hacia el miedo ajeno y la apuesta por la supervivencia incluso física.[402] Es evidente, sin embargo, que otros factores adicionales y más «profundos» hubieron de actuar. Uno de ellos era ese mínimo común denominador latente entre el sindicalismo cenetista y el nacional-sindicalismo falangista: la idea de que sin política y sin políticos se podía defender honestamente el interés de los trabajadores o, incluso, llevar a cabo la auténtica revolución. Sobre este fondo, se evoca también ocasionalmente el posible efecto del anticomunismo arraigado en muchos sindicalistas a raíz de las experiencias de la Guerra Civil. Pero un aspecto esencial viene constituido por la propia «economía moral del trabajador» tendente a juzgar y clasificar las actitudes sociales en clave de honradez y deshonestidad. De este modo, la cuestión de la colaboración pasaba a segundo término cuando lo que se apreciaba era una conducta honesta tendente a hacer lo posible, dentro de lo que permitieran las normas, en beneficio de los compañeros.

Debe subrayarse, en fin, que todas estas cuestiones remiten y deben ser abordadas desde otra «economía moral», que era la de la derrota, la frustración, la humillación, el terror y la falta absoluta de expectativas. Un elemento que actuaría, a su vez, en tres direcciones fundamentales. La primera, en el sentido de explicar la propia actitud de los colaboracionistas. La segunda, en la necesidad imperiosa de amigos y aliados de aquellos que no lo fueron: la presencia de una cara amiga y una predisposición favorable en algunas de las instancias sindicales oficiales era algo que los militantes y luchadores antifranquistas estaban predispuestos a agradecer. La tercera, que de algún modo engloba a las otras dos, apunta a la existencia de cierta voluntad por ambas partes de no «romper los puentes» constituidos por una común pertenencia de clase y un más o menos remoto compañerismo.

Otra cuestión es, por supuesto, la de la efectividad de las medidas protagonizadas por Girón tanto en la dirección del paternalismo social como en la de la colaboración. El hecho de que los trabajadores evoquen al ministro franquista como excepción y que, consecuentemente, ello no les haga modificar su compacto discurso antifranquista, no quiere decir que, en su momento, las

iniciativas de Girón no tuvieran un efecto de ampliación de los elementos de aceptación y consentimiento respecto del régimen. En este sentido debe subrayarse que algunas de las valoraciones positivas afectan no sólo a su actuación sino también a su talante –«ese hombre convencía». La misma incidencia en el hecho de que el alejamiento de la vida pública del ministro marca un antes y un después puede resultar significativa. De modo que si ese alejamiento puede ser presentado como una confirmación a posteriori de quienes eran los dueños efectivos del régimen –el sempiterno capital-, lo que sucedió antes del mismo podría haber funcionado justo a la inversa. Es decir, con una proyección mayor –y menos excepcional– hacia el conjunto del régimen de los elementos de aceptación que podía generar la figura de Girón. El mismo colaboracionismo habría terminado, en la forma que se ha visto, por reforzar y amplificar tales efectos.

Paternalismo y colaboración, en fin, habrían tenido una efectividad indudable en el terreno de la conflictividad; aunque en este caso pueda establecerse una diferencia sustancial acerca del alcance y generalidad de ambos fenómenos. Así, la incidencia de la política social del ministro de Trabajo debe ser mesurada en relación con los perfiles de conflictividad en las grandes empresas o núcleos obreros del conjunto de España a lo largo de estas dos primeras décadas. Los efectos de la colaboración, en cambio, deberán ser analizados en relación con aquellas zonas, como Asturias y la zona del Puerto de Valencia, donde tuvieron un mayor alcance y resonancia.[403] En el caso valenciano en concreto no es difícil deducir en función de cuanto se ha visto que la política del ministro de Trabajo, globalmente considerada, contribuyó decididamente a determinar el bajo perfil de conflictividad de la zona hasta entrados los años setenta.[404]

A MODO DE CONCLUSIÓN

1. ¿Podemos hablar entonces de consenso o incluso de colaboración? Ambos términos serían excesivos. Antes de formular alguna reflexión al respecto, sin embargo, conviene situar en su justo punto la «representatividad» del trabajo realizado, al menos en tres cuestiones fundamentales. Primera: «la muestra» puede ser más o menos significativa, pero deja fuera con toda probabilidad un segmento relevante de sensibilidades. Esta circunstancia puede ser achacable a las limitaciones de la propia investigación. Pero tiene mucho que ver también con la negativa a ser entrevistado por un elevado número de trabajadores dentro de un segmento ya en sí mismo fuertemente limitado por cuestiones de edad. Segunda, el trabajo de campo se ha centrado en lo que hemos llamado «trabajadores corrientes de fábrica», por lo que las reflexiones que aquí se formulan deben ser consideradas siempre en función de este marco previo de definición. Tercera, el caso del puerto de Valencia y UNL es especial en el triple sentido de constituir uno de los baluartes obreros más sólidos y combativos con anterioridad a la guerra, en el de haber merecido por ello mismo una atención especial por parte del régimen, y en el de haber desarrollado un bajo perfil de conflictividad hasta las postrimerías del franquismo. Estas últimas circunstancias, sin embargo, convierten la zona en un punto de observación excepcional del que se pueden extraer hipótesis de proyección general, referidas al propio régimen.

2. La primera cuestión a reseñar es el recuerdo de una represión terrible y paralizante con efectos que trascendieron los momentos más duros y quedaron grabados, inoculados, en muchas personas. Esta circunstancia se aprecia tanto entre los mayores –«estábamos asustaos»– como en las referencias de los más jóvenes –«los mayores estaban acobardados». Pero también entre los no entrevistados. Algunas de las conversaciones preliminares con estos resultaban sumamente clarificadoras, incluso en su negativa a situarse ante un micrófono: «lo pasado, pasado», «mejor no volver sobre aquello». Conviene recordar en este sentido que se está entrevistando a unas personas que han vivido la mayor parte de su vida activa y consciente bajo la dictadura, circunstancia que diferencia

nuestro trabajo de otros similares desarrollados en Italia o Alemania. Aquí el miedo y la desconfianza se hicieron, para muchos, hábito. Y el silencio entró a formar parte de la propia personalidad. Para el segmento de edad aquí considerado la democracia es todavía un episodio reciente, en términos biográficos de escasa duración, y para algunos quién sabe si episódico. El «nunca se sabe lo que puede pasar» de más de un no-entrevistado es, desde este punto de vista, revelador.

3. Pero no fue sólo una dictadura de cuarenta años. Fue también la experiencia traumática de la Guerra Civil, la violencia en la retaguardia republicana y la terrible represión posterior. Un triple trauma, pues, que con toda probabilidad tuvo un efecto perdurable y vital. El miedo es claro y transparente, pero el recuerdo de la violencia republicana, no. Lo que no quiere decir que no exista un fondo de mala conciencia o de voluntad de olvidar aquello. Es posible en este sentido que los silencios al respecto de los entrevistados pudiera encontrar su correlato en el silencio de los que eludieron la experiencia. El triple trauma, finalmente, pudo operar en muchos casos –alentado por el propio régimen– en el refugio en lo privado, el escepticismo y la desconfianza en toda implicación o compromiso por liviano que fuera. Y esta es una circunstancia que nuevamente afecta a la «representatividad» de la investigación realizada: el mismo escepticismo que llevaba a desinteresarse de la «política» y de todo tipo de acción colectiva funcionó también hacia ese elemento de ruptura de la intimidad y el silencio que era la entrevista.

4. En el recuerdo de los trabajadores, la hostilidad cerrada y prácticamente absoluta hacia el régimen se da casi por descontada. Los trabajadores son rojos y antifranquistas porque así se sienten, porque ese es el eje de su autorrepresentación, porque como tales fueron tratados y, también, porque podrían suponer que eso es lo que, desde el presente, se espera de ellos. Son, en cierto modo, rojos por convicción, pero también por castigo y por obligación. Pero esta hostilidad no se tradujo en una conflictividad reseñable hasta el punto de que lo que se podía esperar fuera una olla de aceite hirviendo se convirtió durante mucho tiempo en una balsa de aceite. Los relatos proporcionan algunas de las claves fundamentales para entender ese desfase: en el marco de esa derrota y humillación sin paliativos algunas de las actitudes e iniciativas de los identificados como vencedores –el capital y el régimen– fueron efectivas. Tales, el paternalismo empresarial y el paternalismo social y la demagogia populista

personificados en Girón; ciertas tradiciones obreras –el antipoliticismo sindicalista– y el sensible alcance de la colaboración hicieron el resto.

5. Pero tal efectividad fue también limitada. Los éxitos cosechados por Girón demuestran hasta qué punto una clase obrera derrotada y frustrada estaba en disposición de ser sensible a las ofertas que le pudieran venir de los vencedores. Es el «si ellos hubieran querido» que refiere un entrevistado. En lugar de ello, el régimen acometió selectivamente dicha posibilidad. Por una parte, en ámbitos limitados como las grandes concentraciones obreras y, más aún, en las más potencialmente conflictivas. Por otra, con ofertas de integración muy parciales y profundamente condicionadas: las que se hicieron a algunos sindicalistas. El resto fue paternalismo social llevado a cabo desde el Estado, muy alejado de cualquier discurso revolucionario alternativo. Consecuentemente, los trabajadores, o un porcentaje significativo de ellos, tendieron a aislar selectivamente tales iniciativas, recordándolas como episódicas y excepcionales y casi ajenas al régimen mismo. Girón podía pretender, como hace en sus memorias, qué esa era la verdadera revolución falangista, pero eso no hace sino demostrar hasta qué punto el propio Girón se había olvidado de lo que significaba el revolucionarismo falangista.[405] También los trabajadores lo entendieron de un modo distinto, como la excepción de un bienintencionado, de «un tío notable». Ciertamente el régimen pudo beneficiarse en términos de dilatación del consentimiento de esta imagen favorable de Girón. Pero no deja de resultar significativo que no se aprecie contradicción alguna cuando se recuerdan algunas instituciones del régimen. Para ellos, Falange fue siempre otro de los instrumentos de opresión y humillación, como lo fue el Sindicato Vertical; y Girón, en fin, un falangista raro.

6. Todo ello dice mucho también acerca de la naturaleza del régimen. No puede decirse que éste no hiciera nada por mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. Esto es algo que, bien que a regañadientes –«mal que nos pese», dice uno de ellos-, termina por concederse. Lo hizo especialmente en la zona de nuestro estudio al objeto de desactivar al altísimo potencial conflictivo que abrigaba. Y tuvo cierto éxito en ello. Pero no hizo ningún esfuerzo orientado a conseguir que los trabajadores lo reconocieran como un régimen propio, que lo identificaran como suyo, que se sintieran integrados como componente

privilegiado de una comunidad nacional dinámica y pseudoigualitaria. No intentó sustituir, desplazar, la conciencia de clase por una conciencia nacional que integrara, a través del discurso revolucionario alternativo y las ofertas simbólicas, el orgullo de clase en el de nación.[406] Esa era una batalla a la que renunció y por la que no sintió el mínimo interés. De ahí, en parte al menos, la supervivencia de una nítida conciencia de clase entre los trabajadores. Hibernada y lastrada, si se quiere, pero conciencia al fin. El régimen podía hacer más o menos cosas por los trabajadores, portarse mejor o peor con ellos; y estos podían reconocerlo o no. Pero era siempre el régimen de ellos, de los vencedores: del capital y los generales.

7. Además, el paternalismo empresarial y el del régimen podían constituir un «paz para hoy y conflicto para mañana». En este sentido, la memoria de los trabajadores viene a confluir con la historia económica y política del franquismo. Hay un antes y un después de Girón, como hay un antes y un después de las medidas estabilizadoras de finales de los cincuenta. «La rabia del Bedoux ese» separa radicalmente dos épocas. La política demagógica del ministro franquista –recordada benévolamente con la imagen de la paga de los 21 días– era uno de los aspectos de aquella política que conducía al régimen a la quiebra. Desde el punto de vista económico, la política social del régimen estaba también «raspando el fondo del barril». El abandono de la misma vendría a poner el punto final a algunas de las más eficaces medidas de paternalismo empresarial y estatal. Supondría también, con ello, la desaparición de aquella especie de semiarcadia feliz, de refugio de sociabilidad –en un marco efectivamente terrible– en que se había convertido la fábrica. Era el final de determinados mecanismos de integración y el anuncio de futuros conflictos, aunque estos tardarían más tiempo en producirse que en otras grandes empresas valencianas. Era también, por supuesto, el principio de otros mecanismos de integración, aunque ese periodo cronológico trasciende el objeto de esta investigación.

8. ¿Cómo calificar entonces las actitudes de los trabajadores en estas primeras décadas del régimen? ¿Cómo ordenar la distancia existente entre la hostilidad por tantas fuentes reiterada y la débil conflictividad? En primer lugar, hay que señalar la existencia de una franja ausente entre los entrevistados –falangistas, por ejemplo, aunque no sólo ellos– que habría que situar en posiciones de abierta

identificación con el régimen y, por tanto, de adhesión y apoyo al mismo. Podría localizarse igualmente otra franja «representada» por uno de los entrevistados en la que los conceptos de aceptación y consenso pasivo podrían resultar igualmente válidos. Pero no parece que ésta fuera una actitud mayoritaria, no sólo por lo que cuentan los entrevistados acerca de sí mismos sino también por lo que refieren de los demás. Tampoco puede considerarse más que como una restringida minoría la de aquellos otros trabajadores que adoptaron actitudes de oposición activa y organizada. Minoría heroica y luchadora, sin duda, pero que se consideraba a sí misma y era considerada por los demás, como algo fuera de la norma, como aquellos, «algunos», que lucharon.

Ninguno de estos conceptos resulta, sin embargo, válido para la mayoría de los trabajadores o, al menos, para los aquí entrevistados. En este caso tal vez sería oportuno establecer una gama que iría del consenso negativo, más que pasivo, al rechazo episódicamente manifestado con formas específicas de disentimiento y lucha. Consenso negativo, en el sentido de que los mecanismos de aceptación en él presentes tenían mucho más que ver con sentimientos de derrota y humillación desarrollados hasta un escepticismo radical e individualista –casi nihilista. Sentimientos que harían posible la asimilación de algunas de las pautas o mecanismos de integración sin por ello renunciar ni a la conciencia de clase ni al rechazo al régimen. En el otro extremo de este segmento mayoritario, podría hablarse de un rechazo con resignación.

En estos casos, la resignación venía reforzada por el decisivo factor de la normalidad que el régimen consiguió imponer en lo que constituyó sin duda uno de sus mayores éxitos. La normalidad se desenvolvía al margen de la política y del conflicto, al margen de toda lucha, en el trabajo, en el hogar y en el ocio, cuando este pudo disfrutarse. El carácter reversible de esta normalidad y la persistencia de una conciencia de clase o antifranquista favorecerían que en otra «normalidad», aún en tiempos de la dictadura, se pudieran adoptar posiciones más combativas y de compromiso: de ahí la participación en los conflictos de los primeros setenta o la identificación entre lucha y acción sindical: «Poca gente, pero entonces empezó... CC.OO... todos estábamos apuntados a ellas» (José Giner).

9. Las entrevistas realizadas y las experiencias aquí contadas constituyen una especia de minihistorias de vida que por eso mismo no son, y a la vez son,

generalizables. Cada experiencia vital es una e inigualable y las múltiples respuestas que se dan en cada trabajador aparecerán combinadas de distinto modo en cualesquiera otro que pudiéramos entrevistar. Pero por eso mismo, siempre que respetemos esa individualidad, son susceptibles de ser generalizadas: los mismos o parecidos factores, actitudes o sentimientos que podrían empujar a un trabajador hacia el consenso negativo y el aislamiento de toda lucha o experiencia colectiva podrían funcionar en otros casos en la dirección contraria. Basta saber que esas actitudes se daban en la mayoría de los trabajadores y que se articulaban en modo distinto en cada uno de ellos en función de su propia experiencia vital. Consecuentemente, hay que tomarlas como actitudes y predis-posiciones existentes en la mayoría de los trabajadores, pudiendo darse mezcladas, superpuestas o sucesivamente desplegadas en todos y cada uno de ellos.

10. De ahí que el problema no pueda reducirse al concepto simple de consenso, activo o pasivo que fuere.[407] La gama de actitudes fue, como se ha visto, mucho más amplia, y fue experimentada en modo diverso por los distintos trabajadores, pero también por cada uno de ellos. Las aparentes paradojas y contradicciones de los discursos examinados, los silencios y los olvidos, las ucronías y saltos de la memoria, las confusiones y los saltos temáticos, las condenas y las aceptaciones a veces referidas a un mismo objeto..., todo ello cobra un significado especial y resulta sumamente clarificador tan pronto abandonemos la quimérica pretensión de que las personas actúan a lo largo de su vida con arreglo a un patrón fijo, siempre coherente y hasta predeterminado. Las contradicciones del discurso constituyen desde este punto de vista el mejor compendio de la complejidad y riqueza de toda experiencia individual.

11. El historiador, en fin, no puede comportarse como el juez de la historia; ni puede convertirse en un dispensador de racionalidad y coherencia; ni asumir la posición de superioridad del orientalista; ni confundir la grabadora con el diván del psicoanalista. Ni puede, tampoco, heredar la posición y juicios del militante activo o la organización política. Es fácil deducir que puesto que «Franco murió en la cama», el régimen se benefició de un extraordinario consenso, aunque pasivo. Pero las experiencias individuales en toda su riqueza y complejidad, y también en todas sus contradicciones, muestran que no todos podían ser héroes, que había muchas cosas que aceptar y muchas a las que resignarse, que el primer deber era la supervivencia y que en ese marco podía haber, y hubo, episodios de

fuerza y de debilidad. Pero que de todas formas todos intentaron salvar su dignidad y ser tan coherentes como las circunstancias les permitieron. Muchos de los relatos mismos obedecían a esa misma lógica de autorrepresentación. Pero eso no quiere decir que no fueran «reales» o sinceros. Lo fueron y lo son especialmente en esa ambivalencia que nos dice que no fueron héroes, pero tampoco sombras sumisas y apagadas. Al fin y al cabo, muestran en su inmensa mayoría que, con todo y pese a todo, el régimen nunca fue popular entre ellos.

[376] Véase capítulo anterior.

[377] Véase, J. Sanz, El movimiento obrero en el País Valenciano (1939-1975), Valencia,Fernando Torres editor, 1976; J. Picó, El moviment obrer al País València sota el franquisme, Valencia, Eliseu Climent, 1977; CC.OO. Ara que fa vint-i-cinc anys, Valencia, FEIS, 1991.

[378] Los entrevistados, algunos de los cuales se citan por el seudónimo, son los siguientes:Jaime Bataller, Vicente Cadirer, Francisco Estrela, José Giner, Juana Gómez, Ismael Martínez,Ramón Martínez, José Merseguer, Francisco Navarro y Francisco Serrano. Uno de los entrevistados nos entregó un libro de «memorias». Sin embargo, el hecho de que la finalidad del texto fuese básicamente familiar y que no quiso que la conversación sucesiva fuera grabada ha aconsejado la utilización de un seudónimo en el que quedarían englobados ambos testimonios. Las entrevistas se realizaron en dos tandas, sucesivamente en los inviernos de 1998 y 1999.

[379] L. Passerini, Torino operaia e fascismo, Roma-Bari, Laterza, 1984, pp. 13 ss.; R. Fraser, «Historia Oral, historia social», Historia Social, 17 (1993), pp. 131-139.

[380] Tanto la tendencia a proyectar sobre otros grupos políticos o sindicales la

responsabilidad de la violencia, como el alejamiento personal de cualquier episodio de estas características han sido registrados en diversas investigaciones. Cf. sobre lo primero, E. Nicolás, y otros, «Actitudes de la sociedad murciana en la etapa 1936-1978», en J.M. Trujillano Sánchez y P. Díaz Sánchez (eds.), Historia y fuentes orales. «Testimonios y escritos. España 1936-1996». Actas V Jornadas. Ávila, octubre 1996, Ávila, Fundación Cultural Santa Teresa, 1998, pp. 113-130); y sobre lo segundo, R. Fraser, op. cit.

[381] Por contraste, lo valenciano podía crear vínculos de solidaridad, proyectando así connotaciones positivas por oposición a la imagen del valenciano-rojo. Así, el mismo Jaime rememorando el fin de su servicio militar y su vuelta a la península: «... y es que el capitán era valenciano y nos hizo cantar el himno de Valencia y dice: "nada muchachos, arriba al barco"».

[382] «Usted no podía coger ni una portería. Usted no tenía derecho a nada. Era todo preferido para los nacionales, todo» (Jaime Bataller).

[383] Ya vimos como buena parte del hambre de la posguerra se echaba en el debe de la política exterior del régimen. Podría decirse, en consecuencia, en base a los relatos, que tampoco funcionó aquí el mito de Franco como el hombre que habría evitado la entrada de España en la II Guerra Mundial. Otros testimonios, sin embargo, parecen contradecir esta imagen. Así, Francisco Navarro «La gente también hablaba que gracias a Franco, España no se vio involucrada en la guerra de Europa, que supo contemporizar, supo engañar a aquél tío, y gracias a eso no entramos en guerra». Significativamente, se trata aquí de un testimonio «diferido»: «Yo no sé... porque yo de esas cosas no entiendo; personas capacitadas para ello lo reconocían que sí, eso es lo que hablaban». Otro entrevistado, Jaime Bataller, llegaba a salvar la figura de Franco, aunque fuera para presentarlo como un «rehén» del capital: «ese Franco cuando hablaba... ¡olé la madre que lo parió!, pero como tenía después a todos estos que son los que le habían ganado la guerra, porque habían puesto todo el capital y estos le decían: "no, no, no. Eso no. Tú si quieres dame a mí que te he dado, ¿eh? Y después ya veremos" y el hombre no podía hacer otra cosa». Los efectos legitimadores de la

figura del «dictador bueno» han sido perfectamente estudiados por I. Kershaw en Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich, Bavaria 1933-1945, Oxford, Oxford University Press, 1983, y The «Hitler Myth», Oxford, Oxford Paperbacks, 1987.

[384] Véase al respecto, especialmente, R. Reig y J. Picó, Feixistes, Rojos i capellans, Palma de Mallorca, Moll, 1978.

[385] La figura central del arzobispo Olaechea en la posguerra valenciana es mucho más compleja de lo que revela esa obcecación por forzar la recatolización de los valencianos. Como obispo populista, aunque no antifranquista, protagonizó algunos enfrentamientos con instancias del régimen, apoyó algunas reivindicaciones obreras y propició un primer impulso a organizaciones obreras y empresariales independientes. Cf., J. Picó y R. Reig, op. cit. Este es, precisamente y no el de las misiones, el aspecto evocado por el trabajador de Papelera: «Y entonces intervino el Arzobispo, el Olaechea, no sé si te acordarás tú del arzobispo aquél... Y entonces vino una delegación de Madrid, de la empresa, de gente gorda, a hablar con el arzobispo. Y le dijo el arzobispo, dice: yo, si ustedes lo que piden los trabajadores, yo no autorizo a trabajar los domingos» (Francisco Serrano). No deja de ser significativo -pero esto merecería una reflexión más amplia- que fuera precisamente en el terreno de la experiencia de la lucha obrera y su conexión con la Iglesia o trabajadores católicos donde el viejo reflejo anticlerical perdiera terreno. El contraste entre la escasamente movilizada UNL y la sumamente conflictiva Papelera en este terreno puede resultar sumamente clarificador en más de un sentido.

[386] véase, A. Gómez Roda e I. Saz, «Politics and Society: Valencia in the Age of Franco», Bulletin of Hispanic Studies. Dynamism and Conflict. Valencia 1808-1975, LXXV/5 (1998), pp. 157-185.

[387] «Conocido es el viejo aforismo romano «pane et circense» (sic), formula epicúrea de la felicidad de un pueblo. Sabemos que, sólo con pan y diversiones

se puede no ser feliz;pero hemos podido comprobar que sin pan y sin diversiones no se es de ninguna manera. Ya que la gente come mal permitámosle aquellas diversiones honestas que les hacen olvidar los problemas de todos los días; pues mientras estén distraídos y alegres, cesarán de criticar a todos (s.o.), a las personas y a las cosas relacionadas con el Estado.

Pues no; se prohíben los bailes; los disparos de cohetes -costumbre más o menos bárbara, pero tradicional y folklórica en esta tierra-, las ferias de los pueblos... En las playas no se puede tomar el sol con el traje de baño puesto; y al que lo hace -pertenezca a cualquiera de los dos sexos- se le encarcela y se le corta el pelo sin contemplaciones, imponiéndosele una multa. P. e.: El domingo, día 31 de Agosto ppdo. fueron encarceladas, peladas y multadas (entre ellas había incluso matrimonios) más de sesenta personas, sólo en la playa del Saler; dándose el caso de que, tanto los Agentes de la Autoridad, como los peluqueros que tomaron parte, lo hicieron con la máxima repugnancia, que alaba su buen gusto».

[388] FET y de las JONS, Informe, 3.10.41. Archivo del Reino de Valencia. Fondo Rincón de Arellano, 322. Agradezco a Alberto Gómez Roda que me haya proporcionado éste y los otros documentos que se citan en este trabajo.

[389] R. Fraser, op. cit., pp. 132-134.

[390] Ibidem.

[391] Término despectivo con el que se aludía a quienes se les daba «el paseo» durante la Guerra Civil.

[392] El expediente en AGA, Gobierno Civil Valencia. Orden Público. C. 3655. L.12. E.1. El incidente recuerda a otro recogido por Luisa Passerini: «verso le ore 23, due fascisti, mentre percorrevano via San Donato, udirono Cavallerio Giuseppe gridare "Viva il Duce" e Naula Giuseppe rispondere "M..." - Entrambi eran ubriachi -Accompagnati... ed interrogati i due arrestati hanno ammesso il fatto, ed il Naula ha dichiarato a sua giustificazione, ch'egli è solito dire la parola "M..." quando vuole imporre a cualquno di tacere; perciò non intendeva pronunziare offesa all'ndirizzo di S.E. il Capo del Governo». L. Passerini, op. cit., p. 86.

[393] Acerca del carácter minoritario del militante y su «extrañamiento» respecto de su sociedad de pertenencia, véase, A. Alted y A. Mateos, «Problemas de método en el estudio de la oposición al franquismo. La utilización del testimonio oral», Espacio, Tiempo, Forma, Serie V, H. a Contemporánea, t. 3 (1999), pp 57-68.

[394] F. Peña, Història de l'empresa Segarra. Paternalisme industrial i franquisme a La Vall d'Uixó, 1939-1952, Castellón, Diputación de Castellón, 1998. Sobre el paternalismo de las primeras décadas del régimen, véase también, J. Babiano, «Las peculiaridades del fordismo español», Cuadernos de Relaciones Laborales, 3 (1993), pp. 77-94; así como, J. Ibarz, «Paternalismo industrial en el puerto de Barcelona, 1939-1947», en II Encuentro de investigadores del franquismo, Alicante, 11-13 de mayo 1995, II, pp. 45-52.

[395] Nótese como incluso en este caso de claro distanciamiento y desafección, el rechazo se dirige no al director y responsable que lo organiza sino a un personaje intermedio que funciona como encarnación del enemigo abstracto.

[396] Sobre los efectos a corto y medio plazo de la introducción de la OCT en las actitudes de los trabajadores, véase J. Babiano, Emigrantes, cronómetros y huelgas, Madrid, Siglo XXI, 1995.

[397] Cf.,C. Calvo Vicente, «Los límites del consenso franquista en Guipúzcoa. Las actitudes del nacionalismo vasco, 1936-1942», en II Encuentro de investigadores del franquismo, Alicante, 11-13 de mayo 1995, II, pp. 29-36.

[398] R. García Piñeiro, Los mineros asturianos bajo el franquismo (1937-1962), Madrid,Fundación 1.° de Mayo, 1990. J.A. Girón, Si la memoria no me falla, Barcelona, Planeta,1994, especialmente, pp. 113 ss.

[399] Según un informe de la policía: «El obrero portuario de Valencia es en general lo que pudiera llamarse un matón, descarado e indisciplinado, sin temor de ninguna clase, ni a la policía ni a los jefes inmediatos... Lo que sin lugar a dudas se observa, es que cunde de una manera asombrosa la indisciplina, no acatándose ninguna orden de nadie y no se recatan en demostrar con hechos y palabras, su ideología roja». Informe sobre el puerto de Valencia, 23.12.40. Según otro informe, los sindicatos del puerto de la CNT habrían sido, además, el eje y motor histórico de los disturbios en Valencia. Informe sobre situación del trabajo en el puerto de Valencia, Noviembre 1939. Lo de la máxima peligrosidad, en un informe de la Junta de Obras del Puerto del 25.9.39: «Es esto lo que aquí se necesita con urgencia, pues este puerto fue siempre a todas luces de los más peligrosos de España». Según otro informe de la misma procedencia, la CNT habría llegado a imponer antes de la guerra civil la contratación de un número de estibadores muy superior al necesario y ese número desorbitado habría sido estabilizado a mediados de los años cuarenta. Todo esto habría hecho de Valencia «el puerto más caro del Mediterráneo y posiblemente el más caro de España». Y a título de demostración última señalaba que «el puerto de Barcelona tiene 900 estibadores fijos, mientras que la plantilla del Puerto de Valencia, alcanza a unos 3.000». Nota confidencial para el Excmo. Sr. Gobernador Civil de Valencia sobre el Puerto de Valencia, s.d.. Los primeros documentos citados en AGA, Gobierno Civil Valencia. Orden Público. C. 3651. L. 19; el último en Archivo del Gobierno Civil de Valencia. Sobre el puerto de Barcelona, J. Ibarz, op. cit.

[400] Referencias al colaboracionismo en M. Ludevid, Cuarenta años de sindicato vertical. Aproximación a la Organización Sindical Española, Barcelona, Laia, 1976. Véase también C.M. Lorenzo, Los anarquistas españoles y el poder: 1868-1969, París, Ruedo Ibérico, 1972. Para Valencia, J. Picó, El Moviment Obrer al País Valencià sota el franquisme, Valencia, Eliseu Climent, 1977. La versión del ministro en, J.A. Girón, op. cit., pp. 85-86 y 116-117.

[401] Por supuesto, todo esto es independiente del hecho de que el PCE, como la propia CNT, condenaran tajantemente el colaboracionismo. Por otra parte, debe recordarse que la CNT y Juventudes Libertarias desarrollaron en los primeros años de la posguerra una extraordinaria actividad antifranquista que atrajo sobre ellos una represión feroz.

[402] Circunstancia por entero comprensible y en absoluto hipotética: Al dirigente sindicalista Joan Peiró, encarcelado en Valencia, se le ofreció la libertad a cambio de la colaboración. Su negativa condujo a la ejecución efectiva de la condena de muerte que pesaba sobre él.

[403] Estas son las dos zonas que el propio Girón cita como las más receptivas: «Inicié...permanentes contactos -muy eficaces por cierto- con grupos de la CNT, anarquistas que me respondieron maravillosamente, tanto en el norte minero como en los portuarios de Valencia. J.A. Girón, op. cit., pp. 85-86.

[404] En un informe socialista de la época referido al sector del metal se incide en la consecuencias perversas del colaboracionismo: «... si bien se observa alguna tibieza en un pequeño sector de la CNT, influenciado por los colaboracionistas del Grao, que allí destrozaron la organización y aquí no titubearían en crear una situación peligrosa para todos». Carta, 24.VIII.59. Archivo de la Fundación Pablo Iglesias, AE-610-6. Federación Provincial Socialist de Valencia. Una valoración similar de un antiguo dirigente de Comisiones Obreras, en CC.OO. Ara que ja..., op. cit., p. 80.

[405] Cf., J.A. Girón, op. cit., p. 134

[406] Sobre las «ofertas simbólicas» véase especialmente, A. Lüdtke, «The "honour of Labor": Industrial Workers and the Power of Symbols under National Socialism», en D.F. Crew (ed.), Nazism and German Society 1933-1945, Londres-Nueva York, Routledge, 1994, pp. 67-109.

[407] Cf., en el mismo sentido, P. Burrin, «Política i societat. Les estructures del poder a l'Itàlia feixista i a l'Alemania nazi», Afers, 25 (1996), pp. 485-510.

FRANQUISMO E HISTORIA

ALGUNAS CONSIDERACIONES A PROPÓSITO DEL DEBATE SOBRE LA NATURALEZA DEL FRANQUISMO Y EL LUGAR HISTÓRICO DE LA DICTADURA

Durante la Guerra Civil española y al término de ella parecían existir pocas dudas entre los derrotados acerca del carácter fascista del régimen de los vencedores. Las razones para ello no eran en absoluto despreciables. Fascismo y reacción tendían por entonces a equipararse, y nada podía haber más parecido a ésta que aquella coalición integrada por militares, curas, falangistas, tradicionalistas y derechistas de todo signo. Por si fuera poco, la propia victoria nacionalista en la guerra pudo lograrse merced a la intervención directa y ayuda decisiva de las potencias fascistas, Italia y Alemania. Por otra parte, aunque la Guerra Civil fue legitimada como Cruzada, el régimen naciente no tardó en identificarse con dichos estados totalitarios, a los que empezó a imitar en aspectos decisivos de la vida política, social y económica. De todas estas circunstancias tomaba nota la Asamblea General de la ONU cuando en diciembre de 1946 proclamaba el carácter fascista de la dictadura del general Franco. Dados tales supuestos no eran muchos los que, como el presidente republicano Manuel Azaña había hecho ya en 1937, llegaban a establecer una nítida distinción entre el fascismo y un régimen que no podría ser otra cosa que «una dictadura militar y eclesiástica de carácter tradicional».

Muchas cosas cambiaron en los años y décadas sucesivas, pero, para la oposición democrática y obrera, la esencia fascista del régimen nunca fue cuestionable. No lo era, por lo menos, a principios de los años sesenta. Hay que reconocer que había muchos elementos para que la dictadura de Franco se acomodase bien a esta definición. Por aquellas fechas aún dominaba la idea que identificaba al fascismo como una especie de producto agrario, expresión de un pasado reaccionario y «feudal» que se negaba a desaparecer. Según la doctrina sentenciada por la III Internacional, el fascismo era, además, la dictadura del capital financiero. Era un dibujo o imagen del fascismo que se acomodaba a la perfección a la realidad española –o a lo que se tomaba por ella. ¿No teníamos acaso en España una aristocracia terrateniente y una oligarquía financiera como Dios manda? De modo que no es difícil de entender que todavía a finales de esa década de los sesenta el partido de la oposición por excelencia, el Partido

Comunista, definiera la revolución pendiente como antifeudal y antimonopolista. Lo que venía a ser lo mismo, o así se suponía, que antifascista.

Para entonces, sin embargo, la sociedad española había experimentado una transformación tan radical y gigantesca que empezaba a resultar un tanto difícil mantenerse en los esquemas anteriores. Aquella sociedad parecía cada vez más industrial y menos agraria, más capitalista y menos «feudal». Algo de todo esto latía en el fondo de la divergencia de Claudín y Semprún. Estos dos dirigentes comunistas pagaron con su expulsión del partido su oposición a la línea dominante. Pero, como es sabido, muchos de sus planteamientos se abrieron camino entre los diversos medios de la izquierda marxista, no excluidos muchos de los jóvenes cuadros del propio Partido Comunista.

Al tiempo que la sociedad española se «desfeudalizaba», el fascismo hacía lo propio y hasta cierto punto, además, se «descapitalizaba». Esto es lo que parecía suceder, al menos, en los análisis y estudios que publicaban por entonces algunos marxistas, alemanes, franceses o británicos. Así R. Kühnl seguía estableciendo una relación entre burguesía y fascismo, pero precisaba que ésta no era directa y necesaria y que la dictadura fascista podría explicarse en clave de bonapartismo. N. Poulantzas, por su parte, reconocía la autonomía relativa del fascismo, por más que ésta no sirviese al final para otra cosa que para asegurar la hegemonía del capital monopolista. Más lejos todavía iba T. Mason cuando subrayaba el primado de la política en las dictaduras fascistas. De tal modo que, para el historiador marxista británico, ese poder político podría entrar en contradicción en algunas áreas con los poderes económicos dominantes e incluso imponerse a ellos. En suma, seguía existiendo una relación entre capitalismo y fascismo, pero ésta dejaba de ser de absoluta subordinación y puramente instrumental.

La paradoja estribaba en que tal renovación de los estudios marxistas se traducía en una exclusión de la dictadura franquista de la categoría de fascismo. Así, para R. Kühnl el franquismo sería uno de esos «casos marginales» de dictaduras que, aun cumpliendo la misma función social que las dictaduras fascistas, no podría encuadrarse en ellas dado el menor peso relativo del partido fascista respecto de sus aliados conservadores, los poderes económicos, el ejército y la Iglesia. Algo similar hacía N. Poulantzas. Para éste, el franquismo sería, en tanto que dictadura militar, una forma específica de régimen capitalista de excepción, la cual no debería ser confundida sin embargo con otras formas del mismo, como el bonapartismo o el fascismo.

No parece que todo esto ocasionase, en un principio al menos, excesivos quebraderos de cabeza a la izquierda española. Por aquellos tiempos R. Kühnl era el gran experto marxista en fascismo, mientras que N. Poulantzas y el estructuralismo constituían algo así como el gran faro intelectual del marxismo europeo. Por entonces vendrían a coincidir, además, una cierta radicalización de la «nueva izquierda», como una de las consecuencias más duraderas del mayo del 68, y la crisis terminal de la dictadura franquista. En este contexto, era hasta cierto punto lógico que algunas de las organizaciones radicales que pretendían desbordar por la izquierda al partido comunista adoptasen como un axioma el carácter no fascista de la dictadura franquista. Si ésta podía definirse como una dictadura militar de esencia puramente capitalista, la lucha contra ella podría plantearse como una lucha directa por la revolución socialista, sin ningún tipo de esas etapas intermedias –democráticas o antifascistas– con sus correspondientes alianzas y pactos con la burguesía a que tan aficionado era el PCE.

Tampoco hay que exagerar, sin embargo, la influencia de las distintas estrategias políticas en la caracterización de la dictadura. De modo que si «papeles» y «seminarios» de algunos, que no todos, de los grupos y grupúsculos de la extrema izquierda abundaban en esta dirección, otros estudios, más serios y cualificados, seguirían direcciones similares. Es lo que haría, por ejemplo, Manuel Pastor, un autor de orientación trostskista con una sólida formación marxista, que consideraba a la dictadura franquista como una forma de bonapartismo. Pero algo similar hacía Sergio Vilar, quien unía a su condición de discípulo directo de Poulantzas la de «intelectual orgánico» del PCE. Vilar definía al franquismo como una dictadura militar, aunque, eso sí, proyectaba sobre la misma las más tenebrosas connotaciones religiosas feudales. Poco antes, el Equipo Comunicación había desarrollado también una serie de trabajos que analizaban la dictadura de Franco en clave bonapartista.

Así pues, puede decirse que en los años postreros de la dictadura y en la transición se estaba produciendo en el plano tanto de la política como de las ciencias sociales un importante proceso de revisión de viejos estereotipos y certidumbres. Este proceso atacaba, por así decirlo, los dos extremos cronológicos de la contemporaneidad española. Si en uno de ellos estaba, como se ha visto, el franquismo, en el otro se hallaba el problema de la formación misma de la sociedad burguesa en España. Si, como recordábamos, la sociedad española que emergía de la dictadura no podía considerarse en ningún modo feudal, la pregunta era clara: ¿cuándo había dejado de serlo? La historiografía desempeñaría aquí un papel esencial. Por una compleja concatenación de causas

que iban desde los debates marxistas sobre la transición del feudalismo al capitalismo a los propios problemas de explicación del XIX español, el problema de la ausencia o no de la revolución burguesa en España se convirtió durante años en una de las preocupaciones fundamentales de nuestra historiografía. No incidiremos en ello. Bastará decir que a resultas del mismo se fue imponiendo la idea de que en España había tenido lugar una auténtica «revolución burguesa», o, como se enunciaría sucesivamente de modo más preciso, una «revolución liberal» digna de tal nombre. Esto suponía el principio del cuestionamiento, al menos para la primera mitad del XIX, de la excepcionalidad o anormalidad española. No deja de resultar revelador por lo que veremos más adelante, que esta primera batalla contra la excepcionalidad situase en el punto de mira a algunos de los que más habían hecho por construirla: los regeneracionistas de la crisis del 98.

Pero esto suponía también un cuestionamiento de la base misma de la cadena de atrasos y anormalidades que de fracaso en fracaso y de feudalización en feudalización parecía conducir inexorablemente al franquismo. Aunque sólo el principio, porque había aún muchas franjas por estudiar y muchos problemas por abordar. En gran parte, porque las relaciones entre los «fracasos» no parecían terminar de aclararse. Los historiadores de la economía se tomaron su tiempo antes de llegar a cuestionar, eso sí, no menos decisivamente, la idea del «fracaso» de la revolución industrial o la del atraso prácticamente absoluto de la economía española en la edad contemporánea. Así que, de momento, quedaba por establecer el tipo de relación que podía establecerse entre los «éxitos» de la revolución liberal y los «fracasos» de la economía.

EL DEBATE SOBRE LA NATURALEZA DEL FRANQUISMO

En el otro extremo de nuestra contemporaneidad las cosas procedían de forma distinta. De modo que en lugar de avanzarse en el proceso de revisión y enriquecimiento de las perspectivas a la hora de estudiar la dictadura franquista, apareció en el campo de la «izquierda historiográfica» una clara tendencia hacia la reafirmación cerrada del carácter fascista de la dictadura. ¿Cuáles eran las causas de esta evolución? ¿Por qué ese tratamiento dispar de los problemas del siglo XIX y de los del XX? Las razones, son ciertamente variadas. Por una parte, el siglo XIX estaba lo suficientemente lejano como para que su revisión historiográfica no comportase ninguna amenaza o sombra al radicalismo político y democrático de quienes protagonizaban esa revisión. Por otra parte, el XIX había sido, por razones antagónicas por supuesto, la «bestia negra» tanto del franquismo como de la izquierda radical, de modo que un cambio de perspectiva por parte de esta última no la alejaba un ápice de su conciencia antifranquista. Además, existía una suerte de «tradición liberal» integrada por historiadores de la talla de Miguel Artola, José M.a Jover y Vicens Vives, que había dado ya pasos decisivos en esta reevaluación del XIX español.

Con el franquismo sucedía de algún modo todo lo contrario. Todavía había que hacer las cuentas historiográficas con él y, por supuesto, algunas de las formaciones políticas de la derecha española tenían un inequívoco pasado franquista. Además, la mayoría de los historiadores y científicos sociales de la época habían vivido –habían experimentado– el franquismo, y podían considerar, por ello mismo, que ellos ya sabían lo que era el franquismo. En cuestiones de franquismo, a diferencia de lo que sucedía con el siglo XIX, todos éramos especialistas. Pero la razón más poderosa de ese nuevo impulso de la izquierda historiográfica hacia la reafirmación del carácter fascista de la dictadura se encuentra probablemente en otro lugar; muy relacionado por cierto con las propias ciencias sociales. En 1964, el sociólogo español afincado en la universidad de Yale, Juan José Linz, había lanzado su caracterización del franquismo como régimen autoritario. Diez años más tarde, bajo los auspicios de un hombre del régimen, aunque reformista, Manuel Fraga, aquel trabajo se publicó en España. El núcleo de las tesis de Linz unido a las circunstancias de la traducción castellana y la propia recuperación de las libertades, propició un

auténtico levantamiento de escudos por parte de un sector de la izquierda historiográfica que conduciría, entre otras cosas, a que el «debate Linz» y el «debate sobre la naturaleza del franquismo» vinieran a ser una y la misma cosa.

Lo que venía a decir Linz no era, en un aspecto sustancial, muy distinto de lo que había estado diciendo el marxismo renovado desde finales de la década de los sesenta. A saber, que la dictadura franquista no era estrictamente una dictadura fascista. Pero había otros aspectos en los que la diferencia era sustancial. En primer lugar, porque, se quisiera o no, el término autoritario, conllevaba un cierto embellecimiento de la dictadura franquista y una tendencia a identificar a toda ella con los años menos duros, los sesenta. En segundo lugar, y correlativamente, el régimen autoritario se definía por oposición a otro tipo de régimen, el totalitario, que tanto podía ser el nazi como el soviético. Lo que implícitamente venía a aislar al franquismo respecto de su marco de referencia más obvio: la categoría genérica de las dictaduras de derechas, fascistas o no. De este modo, súbitamente la dictadura franquista parecía haberse situado en una especie de limbo autoritario intermedio entre los males del totalitarismo y los bienes de la democracia del que podían formar parte, además, las experiencias históricas más variopintas con tal de que cumplieran aquella doble condición negativa.

No tenía nada de extraño consecuentemente que una de las reacciones a los planteamientos de Linz consistiese precisamente en la reafirmación del carácter fascista de la dictadura y en acusaciones, más o menos larvadas, de embellecimiento de la misma. Mucho más sorprendente resultaba el hecho de que buena parte de las críticas a Linz se hicieran desde los planteamientos del propio Linz. En efecto, la teoría de los regímenes autoritarios no deja de ser una simple aplicación de la teoría del totalitarismo, la cual se sitúa, por definición, en las antípodas de la teoría marxista. Pues bien, la paradoja radica aquí en que algunos autores marxistas españoles se dispusieron a combatir la aplicación de Linz de la teoría del totalitarismo... dando implícitamente por buena dicha teoría. Así, si Linz hablaba de la existencia de un pluralismo limitado había que demostrar que ese pluralismo no era tal; si Linz hablaba de la existencia de una mentalidad a diferencia de la ideología propia de los regímenes totalitarios, había que demostrar que el franquismo también tenía una ideología; si Linz prescindía de la «función social» de las dictaduras, había que reafirmar que el todo o el casi todo de una dictadura era la función social.

Fiel a la teoría del totalitarismo, a Linz sólo parecía interesarle si un régimen

tenía ideología o no, no en qué consistía esa ideología; fieles a su rechazo a Linz, a muchos de sus críticos sólo parecía importarles demostrar que el franquismo tenía una ideología, fuera ésta la que fuera. Fiel a la teoría del totalitarismo, a Linz parecía importarle poco –siempre en clave taxonómica se entiende– quiénes eran los componentes de ese pluralismo limitado; fieles a su rechazo a Linz, a muchos de sus opositores sólo parecía importarles que el pluralismo limitado en España había sido, de tan limitado, casi inexistente. Así, si se conseguía demostrar que el franquismo había tenido una ideología, aunque no fuera fascista, y había sido sustancialmente un régimen de partido único, aunque fuese más o menos «adulterado», se podría demostrar que el franquismo había sido un régimen totalitario y por ende –se suponía– fascista. Lo que se producía en suma, era una especie de mezcla entre dos paradigmas antagónicos, el del «fascismo» y el del «totalitarismo», con consecuencias no ciertamente clarificadoras.

No obstante las críticas recibidas, el núcleo de las tesis de Linz tuvo una amplia aceptación. Desde una perspectiva más dinámica, Guy Hermet caracterizaría al franquismo como «una especie de compendio del autoritarismo conservador contemporáneo» y como un régimen que se habría presentado sucesivamente como la última dictadura contrarrevolucionaria de orientación tradicionalista y como el prototipo de los regímenes autoritarios tecnocráticos. Desde un enfoque jurídico-político, J. Ferrando Badía lo definiría como «régimen autoritario-paternalista». El modelo del totalitarismo fue parcialmente asumido por Manuel Ramírez aunque para afirmar el carácter totalitario y de clase del régimen hasta 1945.

Entre la historiografía reciente, Stanley G. Payne ha acentuado el sesgo conservador del modelo enfatizando los efectos modernizadores del régimen al tiempo que deslegitimaba la opción republicana en la Guerra Civil. Aunque no dejaba de apuntar el fuerte contenido arcaizante del tradicionalismo cultural franquista o la existencia de una primera fase «semifascista» del régimen. Desde un perspectiva más equilibrada, Javier Tusell ha preferido la denominación de «dictadura no totalitaria» frente a la de «régimen autoritario», que sólo considera válida para la España de los años sesenta. El régimen de Franco carecería del «componente moderno, secular y revolucionario» del totalitarismo fascista, pero podría ser al mismo tiempo más dictatorial que éste dada su dependencia de la «voluntad de una sola persona». También Tusell apunta la existencia de una primera fase del régimen con importantes componentes fascistas, terminando por situarlo en un punto intermedio entre el fascismo italiano y la dictadura

salazarista en Portugal. Aun con todas sus matizaciones y logros «formales», este tipo de aproximación adolece de algunas de las insuficiencias de un paradigma, el del totalitarismo, que, como se ha visto, se construyó más para subrayar las coincidencias entre el nacionalsocialismo y el estalinismo que para profundizar en el conocimiento de las dictaduras de derecha del siglo XX. De ahí que el modelo termine por decir poco acerca de la naturaleza específica de la coalición de fuerzas que apoyó al franquismo y se resuelva en comparaciones abusivas con la Alemania nazi y la URSS, como en el caso de Payne, o, como en el de Tusell, en una excesiva personalización del carácter de la dictadura.

Desde una posición por completo diversa algunas de las primeras reacciones al planteamiento de Linz consistieron, como decíamos, en reafirmar el carácter fascista de la dictadura en tanto que dictadura de clase. Sentado dicho carácter, algunos autores, como José Félix Tezanos, cifraron las peculiaridades del fascismo español en el atraso de la sociedad española, o hablaron directamente, como Ignacio Sotelo de un «fascismo de subdesarrollo». Otros como Raúl Morodo definirían al franquismo como una forma peculiar de fascismo caracterizada por su ideología, tradicionalista y católico-corporativa. Y Josep Fontana intentó localizar la esencia, fascista, del régimen en su fase inicial, cuando éste se habría mostrado tal cual era, sin los posteriores «disfraces e interferencias».

Generalmente, la naturaleza fascista de la dictadura se ha sostenido desde perspectivas diferentes, aunque complementarias y fundamentadas siempre en su carácter de clase. Una de ellas, emparentada con los enfoques de la «modernización», apuntaba al objetivo puramente fascista de la dictadura de conseguir la desmovilización e integración forzada de las clases populares, pero explicaba las diferencias con otros fascismos en función del nivel de industrialización y la mayor o menor presencia en el proceso de las clases medias. Así, Gino Germani establecía una diferenciación entre fascismos totalitarios, como el alemán y el italiano, y fascismos autoritarios, como el español. En una dirección similar, Enzo Collotti ha diferenciado entre los «fascismos clásicos» y otros, como el español, caracterizados por la fuerte presencia de la Iglesia y el peso determinante de los sectores tradicionales (fuerzas armadas y fuerzas sociales dominantes) en detrimento de la forma autónoma de un amplio movimiento de masas; enfoque desarrollado también desde un mayor conocimiento de la experiencia española, por Luciano Casali.

La segunda perspectiva incide en que la dictadura franquista tendría la misma

función social de defensa del orden capitalista amenazado que las fascistas. También, como destaca Julián Casanova, los componentes de la alianza contrarrevolucionaria o «cartel de poder» serían esencialmente los mismos en todas esas dictaduras; aunque no lo fuera necesariamente el balance de fuerzas en el seno de esa alianza. Carme Molinero y Pere Ysas, en fin, han subrayado la existencia en el Estado franquista de los instrumentos de control político propios del Estado totalitario, así como la presencia en el discurso franquista de los elementos fundamentales del fascista. Lo que no les hace desconocer esa singularidad del «fascismo español» consistente en el protagonismo de los militares y el tradicionalismo católico, que explican como consecuencia en gran parte de la Guerra Civil.

El problema de este tipo de aproximaciones estriba en que tiende a reducir todos los procesos a su función social y de clase; ignorar la especificidad del fenómeno fascista; y relegar prácticamente a la categoría de epifenómenos al propio partido fascista y su ideología. Algunos de estos problemas han sido eludidos por la caracterización alternativa de la dictadura como despotismo reaccionario moderno (E. Sevilla, S. Giner y M. Pérez), dictadura bonapartista (B. Oltra, A. De Miguel), o régimen despótico-bonapartista (E. Sevilla y M. González). En todos estos casos se ha querido subrayar con ello el contenido de clase de la «coalición reaccionaria» en el poder, su fuerte impronta tradicionalista, el papel determinante del ejército y la escasa voluntad movilizadora del régimen. Este enfoque tiene, no obstante, el problema de recurrir a un concepto, como el de bonapartismo, que es excesivamente genérico e históricamente indeterminado. Paradójicamente, la noción marxiana de bonapartismo, en tanto que alude a un proceso de independización del poder político respecto de las clases dominantes, parecería más apropiado para explicar una experiencia como la fascista que no otra como la franquista cuyo carácter de dominación de clase se pretende subrayar. Tal vez por eso otros autores han recurrido a categorías menos genéricas. Así Antonio Elorza definía al franquismo como una forma de cesarismo concretada en una «dictadura personal, de base militar, con un sistema represivo fascista»; Manuel Pérez Ledesma ha optado por reasumir la fórmula de Azaña de la dictadura militar y eclesiástica de tipo tradicional; y Glicerio Sánchez lo ha definido como «régimen de estado de excepción duradero».

El riesgo de los enfoques considerados en último lugar es que parecen ganar en precisión lo que pierden en perspectiva comparada. Una dificultad que en casi todos los casos se ha orillado mediante el recurso a una serie de alusiones a la presencia en la dictadura franquista de algunos rasgos fascistas, semifascistas,

psuedofascistas, parafascitas, fascistoides o fascitizados, sin que, por lo general, estas referencias hayan ido acompañadas de un mínimo esfuerzo de conceptualización. La excepción más relevante al respecto la constituye el modelo construido por R. Griffin. Para éste el franquismo entraría dentro de la categoría de «parafascismo» entendiendo por esto unos regímenes contrarrevolucionarios en los que el poder es detentado por las élites tradicionales y los militares pero que adoptan una fachada populista y toda una serie de instrumentos de organización y control propios de las dictaduras fascistas. Estos regímenes, siempre insuficientemente populistas, nacionalistas y palingenésicos, podrían cooperar con los movimientos fascistas genuinos pero con el firme propósito de desnaturalizarlos, cooptarlos y, en última instancia, neutralizarlos. En una dirección similar, aunque incidiendo simultáneamente en el problema de la naturaleza de la coalición o alianza informal en el poder y en lo que había de genuino en la fascistización de las fuerzas de la derecha y élites tradicionales, he abogado por una caracterización de estos sistemas políticos como dictaduras fascistizadas. Desde esta perspectiva, el franquismo, en tanto que régimen fascistizado se habría caracterizado por su capacidad para combinar ciertos elementos de la rigidez propia de los fascistas con la versatilidad y capacidad de maniobra de los no fascistas.

Hecho este breve balance del debate sobre la naturaleza del franquismo, conviene recordar que raramente se ha conseguido evitar lo que podríamos llamar la sombra del debate Linz. Por una parte, el afán polémico y la necesidad casi compulsiva de rebatir al sociólogo de Yale ha propiciado que el debate se encerrara con frecuencia en una especie de nominalismo por el que lo único importante sería si el régimen podía ser considerado como autoritario o no, como fascista o no. Por otra parte y por contradictorio que pueda parecer, el debate se ha desarrollado las más de las veces desde una pasmosa ausencia de reflexión teórica. El propio nominalismo tendía a reducir el problema a una cuestión puramente «española» que podría resolverse haciendo abstracción de las grandes controversias y los distintos desarrollos historiográficos de los estudios sobre el fascismo o las dictaduras europeas del siglo XX. Con escasas excepciones, las referencias a este tipo de estudios y teorías parecían reducirse a una especie de «técnica del picoteo» por el que se tomaba de ellos aquello que mejor venía a la propia argumentación.

Todo esto ha venido a concluir en una especie de ensimismamiento de los estudios sobre el franquismo que es, a la vez, horizontal y vertical. Horizontal, porque tiende a desconocer los grandes problemas que la historiografía de otras

latitudes ha venido abordando respecto de las diversas experiencias dictatoriales. Vertical, porque el franquismo parecía convertirse en una especie de compartimento estanco, aislado también de los grandes problemas de la contemporaneidad española. La Guerra Civil parecía empezar a funcionar así como un gran dique historiográfico, como una divisoria de aguas según la cual habría una historia –y una historiografía– contemporánea de España que concluía con la Guerra Civil y otra que se iniciaba después de ella. De este modo, el franquismo se había venido a convertir casi en la única dictadura europea del siglo XX que podía ser estudiada al margen de sus orígenes sociales, políticos, ideológicos y culturales. Podía ser fascista con independencia de lo que hubieran hecho los fascistas durante la II República. Podía ser autoritaria con independencia de lo que hubieran hecho las derechas antidemocráticas durante ese mismo periodo. Sobre todo, podía ser una cosa u otra con independencia de lo que unos u otros pensaran. Es decir, de cuál era su ideología y cuáles los antecedentes de la misma. La historia del franquismo empezaba en 1936 –o 1939-, y a partir de ahí lo único que parecía contar es si el régimen podía ser encorsetado dentro del modelo de régimen autoritario o de dictadura fascista.

EL LUGAR HISTóRICO DE LA DICTADURA

Dadas todas estas circunstancias, no es de extrañar que el problema del franquismo haya venido a aislarse de los grandes debates y polémicas, políticas, culturales e historiográficas, que atraviesan el presente de la sociedad española. Tres series de factores concomitantes han venido a situar, en efecto, en el centro de las polémicas de actualidad dos cuestiones distintas pero profundamente interrelacionadas: el problema de la normalidad o anormalidad de la historia contemporánea de España y el problema nacional, esto es, el problema de la nacionalidad española en relación con las nacionalidades «periféricas».

¿Cuales son estos factores concomitantes? El primero tiene un carácter fundamental, aunque no exclusivamente, historiográfico. La tarea de revisión y normalización de la historia contemporánea de España al que aludíamos al principio ha proseguido, podríamos decir que de forma implacable, hasta el presente. Como nota más significativa de este proceso, hay que señalar la resolución del problema fundamental que señalábamos entonces. Ya no existe contradicción alguna entre el éxito, con mayores o menores matices, de la revolución liberal política y el fracaso, también con mayores o menores matices, de la economía española. Ahora se puede constatar por el contrario, que tanto en el plano político como en el económico, pero se podría añadir que también en el social y el cultural, la España decimonónica, y hasta al menos 1923, se movió en términos generales dentro de los mismos parámetros de las sociedades europeas más próximas. Nadie cuestiona que no hubiese elementos de atraso relativo en algunos planos, pero tampoco se ignora que estos no se se daban siempre, no abarcaban por igual todos los ámbitos y zonas geográficas, y no eran en modo alguno absolutos. Se reconoce, en fin, aunque no siempre, que España, con sus especificidades, estaba dentro –y no al margen– de ese marco europeo y que, sobre todo, caminaba en la misma dirección. Todo esto se ha querido expresar con el término de la normalidad, aunque, como veremos, no todos están de acuerdo con la expresión ni todos entienden lo mismo por ella.

La segunda constelación de factores es de naturaleza esencialmente política. Se refiere, al acceso al poder después de tres lustros de una derecha que podemos considerar ya esencialmente democrática. Tanto como triunfalista. Así lo

acredita el famoso «España va bien» del presidente del gobierno que desató tantas críticas como chanzas de la opinión, y que parecía coincidir «sospechosamente» con la idea de la normalidad de la historia española. Por otra parte, el nuevo gobierno de la derecha, parece haberse planteado como un objetivo fundamental el fortalecimiento de la cohesión nacional de España. La polémica sobre la enseñanza de la historia tuvo y tiene bastante que ver con todo esto. Aunque esta polémica haya permitido constatar también la existencia de un sector creciente de la intelectualidad española que, atravesando transversalmente las diferencias entre izquierda y derecha, se muestra especialmente preocupado por la unidad, la cohesión e incluso «el ser» de España.

El tercer factor concomitante tuvo mucho que ver con los fastos del 98. Esto es, la rememoración de aquella crisis finisecular que de algún modo estaba en «el origen de todo». Fue en aquel final de siglo, en efecto, cuando llegaron a su zenit los análisis y lamentos sobre la anormalidad, decadencia, descomposición y casi desaparición de España. Por otra parte, fue también entonces –pero esto es todo menos casual– cuando se pusieron los fundamentos, a veces solamente ideológicos, a veces también políticos y organizativos, de los nuevos nacionalismos españoles. Del españolista, centralista y uniformador, reaccionario y populista; y de los periféricos, descentralizadores y enemigos de la uniformidad, aunque inicialmente no muy alejados tampoco, en algunas de sus corrientes, de las mismas propensiones reaccionarias y populistas. Ni que decir tiene que nos referimos a «nuevos nacionalismos» y no a otras corrientes de signo inequívocamente democrático que pudieron seguir manteniendo posiciones de este signo dentro de proyectos políticos fundamentalmente españoles o «periféricos». Pero no está de más señalar, ya desde este momento, que mientras los nuevos nacionalismos «periféricos» mostraron una notable capacidad de evolución en dirección democrática, no se puede decir lo mismo del «nuevo nacionalismo español». Ni debería olvidarse que en las décadas centrales –y decisivas– del siglo XX el «viejo nacionalismo español» de origen liberal e inequívocamente democrático tendió a entenderse mucho mejor con los nacionalismos periféricos que con el «nuevo nacionalismo español».

No es nuestra intención, por supuesto, hacer aquí el más mínimo balance de cuanto se ha escrito sobre el 98, aunque no estará de más recordar que esta cuestión, nacional y nacionalista, ha estado, paradójicamente, tan omnipresente como ausente. Es decir, ha latido continuamente en el fondo de cuanto se ha escrito, pero pocas veces se ha hecho de ello el objeto central de una reflexión de largo alcance sobre la historia de España del siglo XX. Una laguna desde nuestro

punto de vista decisiva que enlaza, además, con otra de las más clamorosas ausencias en estos fastos del 98. En efecto, hablar de un 98 –1898– desde otro 98 –1998-, o, si se prefiere, de un fin de siglo desde el siguiente, lleva implícita la idea del «balance de un siglo». Pues bien, de modo no menos sorprendente, casi la mitad de ese siglo, los cuarenta años de franquismo, han venido a desaparecer, a pasar casi desapercibidos a la hora de trazar dicho balance.

De este modo, a través de estas tres series de factores concomitantes se han configurado los debates del presente acerca de la normalidad y el problema nacional de España al tiempo que se hurtaba la atención a ese periodo esencial de la historia de España constituido por el franquismo. La paradoja es tanto más llamativa si se tiene en cuenta que ello se produce, como apuntábamos, justo en el momento en que se cierra aquel ciclo de renovación-revisión de los estudios que veíamos abrirse grosso modo a inicios de los setenta. Podría decirse, en este sentido, que ese proceso se ha cerrado, en parte al menos, como un círculo que en lugar de alumbrar una serie de propuestas, más o menos alternativas, de reconstrucción de la contemporaneidad española, se ha venido dibujando a partir de compartimentos estancos. Al ensimismamiento a que pueden haber conducido los debates sobre el franquismo, parecería suceder ahora otro ensimismamiento complementario que tendería a aislar al propio franquismo de los análisis globales.

Pero que no se tracen grandes líneas de interpretación de la contemporaneidad española no quiere decir que no existan. Éstas existen y podría decirse que su ausencia explícita es probablemente la mejor demostración de su presencia, tácita pero determinante. Y dentro de ellas el franquismo puede tener una ausencia explícita aún más clamorosa, pero precisamente porque no se ignora, aunque se quiera ignorar, su lugar fundamental en la historia de la España reciente. Como veremos enseguida, en las dos grandes líneas «tácitas» que pueden rastrearse, el franquismo parece ser, bien el invitado de piedra cuya presencia resulta particularmente molesta, bien el invitado cuya presencia se invoca pero sólo como tal convidado de piedra.

¿Cuáles serían estas líneas y cuál su relación con el franquismo en el marco de los dos grandes debates actuales? La primera de ellas de signo liberal-conservador, que podríamos identificar como la del paréntesis, tendería a apreciar la normalidad sustancial de la España decimonónica y extendería este juicio favorable a la Restauración canovista. Ésta, en tanto que régimen liberal-oligárquico, habría arrastrado ciertamente, entre otros, el problema del

caciquismo, pero esa sería una consecuencia más que de las insuficiencias del sistema del bajo nivel de movilización de la atrasada sociedad española. A pesar de ello, el sistema podría haber evolucionado en dirección a la democracia parlamentaria de no haberse opuesto dos grandes obstáculos. Por una parte, una izquierda impaciente y radical, que de modo nada inocente tiende a confundirse con los regeneracionistas y con la política del todo o nada; y, por otra, la propia cúpula del sistema, Alfonso XIII, responsable en última instancia de su quiebra definitiva. La dictadura de Primo de Rivera habría abierto el camino a una república excesivamente radical, cuando no sectaria, que a su vez habría propiciado una reacción conservadora. Hubiere lo que hubiere de reacción lógica, aunque no por ello justificada, en la sublevación de julio de 1936, el régimen resultante habría ido mucho más lejos de cuanto hubiesen deseado la mayoría de las fuerzas de la derecha que habían combatido a la República. La progresiva personalización de la dictadura en la figura de Franco sería la consecuencia lógica, cuando no la causa misma, de todo ello. Muerto el dictador y establecida la monarquía parlamentaria, la sociedad española habría recuperado –después de un largo paréntesis- el camino allá donde lo había dejado a principios de los años veinte.

Desde el punto de vista del problema nacional, el régimen de Franco habría llevado hasta la exageración la defensa de la unidad y uniformidad de la nación española, propiciando a largo plazo un debilitamiento de la misma. La propia retórica nacionalista hasta la saciedad y su absoluta instrumentalización por la dictadura habrían terminado por desprestigiar todo nacionalismo español y hasta la defensa misma de la idea de España. Pero, precisamente por ello y tras la recuperación de la normalidad y la configuración del Estado autonómico, sería tarea tanto más urgente reforzar los mecanismos de vertebración de la nación española y hacer frente a los últimos factores de anormalidad y exageración que persisten: el carácter supuestamente insaciable de los nacionalismos periféricos. La recuperación de la idea de la nación española sería también una tarea urgente en tanto que elemento indispensable de cohesión social frente a las tendencias disgregadoras de la sociedad posindustrial y la pérdida de una serie de referentes morales que en otros momentos podían haber sido propiciados, mal que bien, por la Iglesia.

La otra línea, que podríamos denominar como la de la revelación, tendría un fuerte carácter, a la vez, reactivo y defensivo frente al triunfalismo implícito en la interpretación anterior. De ahí su tendencia a llamar la atención sobre aquellos aspectos de la España contemporánea en los cuales la singularidad, especificidad

o peculiaridad española respecto de las dinámicas europeas sería mayor. Sin embargo, ese impulso crítico no deja de presentar ciertas dificultades, toda vez que ello exige situarse en cierto modo a contracorriente de una línea de renovación historiográfica de la que algunos de quienes se sitúan en estas posiciones han sido protagonistas destacados. En efecto, prácticamente nadie insiste ya en la tesis de los fracasos sucesivos, desde la revolución burguesa hasta el de la industrialización. Pero, a falta de ello, se tiende a llamar la atención, como elementos de relativa anormalidad, sobre la reiteración de los enfrentamientos civiles en el siglo XIX y la construcción de un Estado liberal centralista, uniformador y poco respetuoso con las libertades cívicas. Sobre todo, el Estado liberal decimonónico –y aquí tiende a diluirse la separación entre el antes y el después del Sexenio democrático– habría tenido una débil capacidad nacionalizadora, tanto hacia dentro como hacia fuera. Hacia fuera, con la clamorosa pérdida, en dos tandas y sin que se produjera una reacción efectiva, del antiguo imperio colonial. Hacia dentro, por las propias deficiencias estructurales del Estado y por la excesiva presencia de la Iglesia, lo que habría propiciado un discurso nacionalizador débil y reaccionario.

La consecuencia lógica de estas deficiencias habría sido el surgimiento de los nacionalismos en las zonas más dinámicas del país, Cataluña y el País Vasco. Ésta sería, a la vez, la culminación y la mejor demostración de lo que había de peculiar en la España contemporánea. La crisis de la Restauración, la dictadura de Primo de Rivera y, tras el paréntesis republicano, la dictadura franquista habrían venido a constituir el fruto de la obra de los mismos actores y factores que venían actuando desde el siglo XIX. Al feroz nacionalismo centralista y uniformador de la dictadura franquista habría respondido el desarrollo de los nacionalismos periféricos, consecuencia, siempre lógica y necesaria, de las deficiencias democráticas y tendencias centralizadoras del Estado español. Implícita o explícitamente se vendría a sugerir, en fin, que la existencia misma de esos nacionalismos es el mejor ejemplo, cuando no la demostración misma, de las deficiencias y peculiaridades de una historia de España que se proyecta inevitablemente sobre el presente.

Por supuesto, estas dos grandes líneas de interpretación, tal y como las hemos definido aquí, no dejan de ser una especie de construcciones idealtípicas, en cuya descripción no se ha ahorrado, además, una cierta voluntad provocadora. Serán, pues, pocos los autores que se reconozcan en la totalidad o la mayor parte de cada una de ellas. Y esta circunstancia será tanto más apreciable y complicada allá donde se entrecruzan las prevenciones de izquierda frente a la normalización histórica con el distanciamiento u hostilidad respecto de los nacionalismos periféricos. Tampoco se trata de discutir aquí pormenorizadamente los supuestos de cada una de ellas, ni valorar algunos de los elementos más convincentes que, de forma más o menos aislada, laten siempre en este tipo de aproximaciones. Creo, sin embargo, que hay algunas reflexiones de carácter general que pueden formularse al respecto.

En primer lugar, el modo en que, como señalábamos más arriba, las reconstrucciones de la historia de la España contemporánea terminan por condicionar, al tiempo que ser condicionadas, por la presencia-ausencia del franquismo. En la primera de ellas, la del paréntesis, el franquismo termina por ser excluido exactamente como eso, como un simple paréntesis casi accidental en el marco de una historia, más que normal, normalizada. En la segunda, parece invertirse el proceso de revisión de la historia de la contemporaneidad española, para cerrar el círculo sobre bases bastantes similares a las de hace más de tres décadas: si entonces se podía ir de atraso en atraso o de feudalización en feudalización hasta el franquismo-fascismo, ahora se puede hacer lo propio de peculiaridad en peculiaridad. En lo que respecta al franquismo, las exigencias del radicalismo de este enfoque parecerían conducir, casi como por necesidad, a su caracterización del modo más terrible imaginado, como dictadura fascista. Lo que vendría a coincidir con las exigencias de aquel otro radicalismo que recordábamos cuando hablábamos del debate sobre el franquismo. Es una forma, desde luego, de romper los ensimismamientos y diques historiográficos que constatábamos entonces. Aunque no sea probablemente la más compleja, elaborada y convincente.

En segundo lugar, puede observarse la existencia de un cierto contagio o

impregnación nacionalista, más o menos consciente, en ambas reconstrucciones de la historia de la España del siglo XX que tiende a hacer perder protagonismo a actores y sectores fundamentales de esa historia, así como a situar en segundo término lo que ha sido seguramente el problema decisivo del siglo: la lucha por la democracia política y la igualdad social. Es verdad que estas dos últimas cuestiones no han marchado siempre de la mano, pero no es menos cierto que han sido las fuerzas que luchaban por ambas las que, por así decirlo, han «impulsado la historia» hacia adelante. Dicho de otro modo, no se puede construir la historia del siglo XX y de su logro principal, la democracia parlamentaria, como si casi no hubiesen existido las fuerzas políticas y sociales que más hicieron por ellas. Y dentro de estas hay que citar por supuesto a liberales consecuentes, republicanos, socialistas, cenetistas y comunistas, a las clases populares y a sectores fundamentales de las clases medias. Es bueno que la nueva derecha liberalconservadora esté dispuesta a recomponer los puentes con un viejo pasado liberal, pero no lo es tanto que se olvide que fueron otros los que entre tanto mantuvieron los objetivos democráticos. O que el liberalismo sin democracia de sectores fundamentales de aquella misma derecha derivó con sorprendente facilidad hacia un liberalismo contra la democracia antes de convertirse en ferozmente antidemocrático y antiliberal.

Por otra parte, los fastos del 98, con su polarización en torno al «problema de España» y del regeneracionismo, han tendido a favorecer, a veces inconscientemente, esta relativa evaporación de la izquierda. Entre otras cosas, porque unos y otros han tendido a dar por bueno el enunciado del problema -España- de los regeneracionistas, ignorando la existencia de líneas divisorias fundamentales entre ellos y al margen de ellos: a un lado, los que confiaban en los valores de la Ilustración, en la razón y en la acción de los ciudadanos, en la necesidad y perfectibilidad de la política parlamentaria y democrática; al otro, los que precisamente empezaban a poner todas o algunas de estas cosas en cuestión. Y no conviene olvidar que a un lado de esta divisoria se situarían gentes como Antonio Machado, Azaña, Morote, los republicanos o los socialistas, mientras que al otro estaban o hacía ahí se encaminarían los Costa, Ganivet, Unamuno, Baroja, Azorín u Ortega. Presentar como un todo indiscriminado al regeneracionismo y al radicalismo democrático es algo que puede venir bien a cierta derecha neoliberal o a cierta izquierda radical, pero no parece corresponder bien con las dinámicas de fondo de la sociedad española del primer tercio del siglo.

En tercer lugar, la mencionada impregnación nacionalista se ha plasmado

también en una tendencia a tratar los problemas del nacionalismo que emerge precisamente en aquella coyuntura desde el interior de las propias claves nacionalistas. Es verdad que numerosos escritos se han centrado, en ocasiones de forma particularmente brillante, en esta problemática. Muchos de ellos han tendido, sin embargo, a abordar la cuestión del nacionalismo español, o «periférico», como si ésta fuese una súbita erupción, mayor o menor, que tuviera poco que ver con los grandes problemas del momento, como el ascenso de las masas y el desafío de la democracia, y todo o casi con la idea de la decadencia y ruina de España o de la proximidad o lejanía de Europa. Sin embargo, había españoles para los que Europa significaba democracia y había españoles para los que la europeización podía darse con o sin democracia. El propio nacionalismo que emerge en esos momentos en España es un fenómeno puramente europeo que se corresponde a la perfección con los problemas de la nacionalización de las masas que está viviendo la Europa del momento. Y ese nuevo nacionalismo español, al igual que el europeo, es un fenómeno cuyas preocupaciones nacionales tienen una indudable carga política, la cual tiende a inscribirse en el marco de actitudes y construcciones de signo antiliberal, antidemocrático y antiilustrado. No en vano, para muchos de ellos decadencia de la nación y decadencia de una sociedad sometida al asalto de «las masas», eran una y la misma cosa.

Dentro de dicho contexto serán importantes las diferencias entre los nacional-católicos reaccionarios, que apostarán por una idea de España en la que lo católico y lo español se funden, y los esencialistas castellanistas, que buscan en la lengua, el paisaje o el paisanaje castellano las esencias de España. Pero esto no debe hacer olvidar que unos y otros estaban poniendo las bases para la construcción de un nuevo orden nacionalista que se iría definiendo progresivamente por oposición a la democracia liberal y parlamentaria. Se trata, en suma, de que unos y otros estaban empezando a minar las bases de la democracia liberal. Una cosa es empeñarse en buscar una especie de fascismo avant la lettre en Costa, los regeneracionistas o los noventayochistas y otra ignorar que es en estos años, en España, como en Italia, Alemania o Francia, cuando se empiezan a poner algunas de las bases ideológicas de sus futuras dictaduras.

En cuarto lugar, y consecuentemente, el franquismo debería analizarse desde el punto de vista ideológico dentro y no al margen de este proceso. Sus propios orígenes hay que situarlos en la reacción que se experimentó en toda Europa contra los avances de la democracia y el socialismo. La democracia española, la

II República, podía ser frágil e incluso cometer numerosos excesos de radicalismo o sectarismo, pero no debe olvidarse que en España, al igual que en el resto de Europa, se había ido forjando un pensamiento ideológico nacionalista capaz de aglutinar, cohesionar y legitimar a todos los sectores enemigos de la democracia. Lo que quiere decir que el rasgo más distintivo de la dictadura franquista sería precisamente su carácter de dictadura nacionalista. En la doble vertiente que el concepto tenía por entonces en Europa, esto es, en la antidemocrática y en la esencialista. Está bien que llamemos a ese nacionalismo nacional-catolicismo y que constatemos el alto grado de fascistización del conjunto ideológico resultante. Pero tan importante o más que esto es que recordemos esa esencia nacionalista de raíces tan específicamente españolas como genuinamente europeas. Dentro de esta perspectiva, debe recordarse que ese discurso nacionalista constituiría el punto de encuentro ideológico entre las principales fuerzas políticas identificadas con el bando franquista. Aunque existieran también diferencias en modo alguno irrelevantes entre los más específicamente nacional-católicos, que se remontaban a Menéndez y Pelayo y Acción Española, y los más populistas y fascistas que querían incluir entre su genealogía intelectual y –remarquémoslo– nacionalista, una «generación del 98» en gran parte construida al efecto.

Conviene recordar en cualquier caso que, unos y otros, todos los que se identificaron con el régimen, fueron igualmente responsables de la construcción e imposición de una idea de España uniforme, esencialista, eterna y excluyente. Por supuesto, todos ellos colaboraron con similar entusiasmo y determinación en la destrucción del más directo precedente de la España democrática y autonómica actual. Es verdad que en momentos sucesivos algunos de ellos rectificaron, entre otras cosas por el fracaso definitivo de su proyecto político, fuera éste el nacional-católico de matriz más claramente reaccionaria o el específicamente fascista. No es menos cierto que esa rectificación fue tanto más meritoria cuanto más lejano era el punto de partida, mayor fue su alcance y más honestamente se reconoció el camino recorrido. Pero de ahí a proyectar, como va haciendo alguna literatura, sobre estos sectores poco menos que la paternidad de la actual España pluralista media un abismo. Rectificaron y ello tiene un mérito inmenso. Pero rectificaron para confluir en una dirección que otros no habían abandonado.

Finalmente, y a modo de conclusión relativa al momento presente, cabría apuntar dos reflexiones específicas. Primera, que desde el punto de vista que aquí se sostiene, el problema de la normalidad o anormalidad de la historia de la

España contemporánea es probablemente irrelevante a la hora de explicar, justificar o anatematizar a los nacionalismos «periféricos». Tan normal puede ser la existencia de estos como su ausencia. Como la experiencia europea está demostrando recientemente, más podría hablarse de una especie de carácter precursor del caso español que de ningún tipo de retraso o anormalidad. Segunda, que en toda construcción relativa a la normalidad y los nacionalismos en la España contemporánea, el franquismo, en tanto que tal, debe ocupar un lugar central. Como dictadura nacionalista, excluyente y antidemocrática, contribuyó decisivamente a desprestigiar la idea de España. Consecuentemente, fue el régimen político que más ha hecho históricamente en la línea de destrucción y desmembración de la nación española.

Pero el franquismo no fue ni un paréntesis ni un epifenómeno revelador de los males de la contemporaneidad española, sino el producto consciente de una serie de actores políticos y sociales que encontraron en el nacionalismo español la mejor respuesta posible a los desafíos de la sociedad moderna. Entre ellos, y al unísono, los relativos a la democracia política, la igualdad social y la pluralidad nacional. Reintegrar todo esto en el marco de los grandes debates actuales sería probablemente un buen medio para enfrentarnos con todo nuestro pasado.

Nota bibliográfica

M. AZAÑA, Obras Completas, t. IV, México, Oasis, 1968; L. CASALI, «Il fascismo di tipo spagnolo», en L. Casali (a cargo de): Per una definizione della dittatura franchista, Milán, Angeli, 1990; J. CASANOVA, «La sombra del franquismo: ignorar la historia y huir del pasado», en El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939), Madrid, Siglo XXI, 1992; E. COLLOTTI, Fascismo, fascismi, Florencia, Sansoni, 1989; A. ELORZA, La modernización política en España, Madrid, Endymion, 1988; J. FONTANA, «Reflexiones sobre la naturaleza y las consecuencias del franquismo», en J. FONTANA (ed), España bajo el franquismo, Barcelona, Crítica, 1986; J.P. Fusi y J. PALAFOX, España: 1808-1996. El desafío de la modernidad, Madrid, Espasa, 1997; G. GERMANI, Autoritarismo, fascismo e classi sociali, Bolonia, Il Mulino, 1975; R. GRIFFIN, The Nature of Fascism, Londres y Nueva York, Routledge, 1993; G. HERMET, «Espagne: Changement de la Société. Modernisation autoritarie et Démocratie

octroyée. Des faites à leur interprétation conceptuelle», Revue français de Science Politique, 4/5 (1977); G. HERMET, Los católicos en la España franquista. I. Los actores del juego político, Madrid, CIS-Siglo XXI, 1985; R. KÜHNL, Liberalismo y fascismo. Dos formas de dominio burgués, Barcelona, Fontanella, 1982; J.J. LINZ, «An Authoritarian Regimen: Spain», en E. ALLARDT e Y. LITTUNEN (comps), Cleavages, Ideologies and Party Systems, Contributions to Comparative Political Sociology, Helsinki, Westernmarck Society, 1964 (traducción al castellano, 1974); J.J. LINZ, «From Falange to Movimiento-Organización: The Spanish Single Party and the Franco Regime, 1936-1968», en S.R HUNTINGTON y C.H. MOORE (eds), Authoritarian Politics in Modern Society, Nueva York-Londres, Basic Books, 1970; C.J. FRIEDRICH y Z.K. BRZEZINSKI, Totalitarian Dictatorship and Autocracy, Cambridge, Harvard University Press, 1956; J. MARTÍNEZ ALIER, «Notas sobre el franquismo», Papers, 8 (1978); A. DE MIGUEL, Sociología del franquismo, Barcelona, Euros, 1975; C. MOLINERO y P. YSAS, El règim franquista. Feixisme, modernització i consens, Vic, Eumo, 1992; R. MORODO, Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española, Madrid, Alianza, 1985; B. OLTRA y A. DE MIGUEL, «Bonapartismo y catolicismo. Una hipótesis sobre los orígenes ideológicos del franquismo», Papers, 8 (1978); M. PÉREZ LEDESMA, «Una dictadura "por la gracia de Dios"», Historia Social, 20 (1994); S.G. PAYNE, El régimen de Franco 1936-1975, Madrid, Alianza 1987; S.G. PAYNE, Franco y José Antonio, Barcelona, Planeta, 1997; N. POULANTZAS, La crise des dictatures, París, Maspero, 1975; G. SÁNCHEZ, Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-1959, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1996; E. SEVILLA, S. GINER y M. PÉREZ, «Despotismo moderno y dominación de clase: Para una sociología del régimen franquista», Papers, 8 (1978); E. SEVILLA y M. GONZÁLEZ, «Política social agraria del primer franquismo», en J. L. GARCÍA DELGADO (ed): El primer franquismo, Madrid, Siglo XXI, 1989; I. SAZ, «El franquismo ¿Régimen autoritario o dictadura fascista?», en J. TUSELL et al., El régimen de Franco (1936-1975), Madrid, 1993, t. I; I. Saz, «Les peculiaritats del feixisme espanyol», Afers, 25 (1996); I. SOTELO, «Sociología del franquismo o el franquismo en la Sociología», Papers, 6 (1977); J.F. TEZANOS, «Notas para una interpretación sociológica del franquismo», Sistema, 23 (1978); J. TUSELL, La dictadura de Franco, Madrid, Alianza, 1988; J. TUSELL, Franco en la guerra civil. Una biografía política, Barcelona, Tusquets, 1992; F. URBINA, «Formas de vida de la Iglesia en España: 1939-1975», en Iglesia y Sociedad en España (1939-1975), Madrid, Popular, 1977; S. VILAR, La naturaleza del franquismo, Barcelona, Península, 1977.

LOS NACIONALISMOS FRANQUISTAS

Los estudios sobre el nacionalismo en la España contemporánea son, como se sabe, relativamente tardíos, aunque, como es también perfectamente conocido, esos mismos estudios han experimentado un extraordinario desarrollo en las últimas décadas. Muy centrados inicialmente en los nacionalismos llamados periféricos, en los últimos años ha venido en darse una atención preferente al nacionalismo español. Como también sabemos, mucho de lo anterior ha venido a plasmarse en el ya famoso problema de la débil nacionalización española. La cual, en la formulación de su más destacado exponente, Borja de Riquer, tendría mucho que explicar en la emergencia, en su momento, y reafirmación, en la actualidad, de los nacionalismos periféricos.

Ahora bien, de todos estos debates hay algo que llama poderosamente la atención: se plantean los problemas de la construcción nacional española en el siglo XIX, de la nacionalización de las masas en las décadas interseculares y del lugar del desastre en dicho proceso, y se teoriza sobre los efectos de todo ello hasta en el presente... saltando por encima de la dictadura franquista. A lo sumo, se recuerda que la hipóstasis del nacionalismo que supuso dicha dictadura, con el correlativo desprestigio de la idea de España, ayudaría a explicar la fuerza de los nacionalismos periféricos en la España actual. Pero de lo que fue el nacionalismo franquista y el intento de nacionalización integral de la dictadura se dice poco o nada.

Hay que añadir enseguida que tampoco los estudios del franquismo han ayudado mucho a centrar el problema. Como sucedía en los países de nuestro entorno, un sector de nuestra historiografía veía en el fascismo una simple dictadura del capital para adscribir automáticamente el franquismo a dicha categoría. Tampoco había gran necesidad, en consecuencia, de profundizar en cuál pudiera ser la ideología de este último, si no era, claro es, para apuntar su carácter sumamente reaccionario. Las tesis de Linz, por otra parte, al negar la existencia de una ideología específica del franquismo, parecían despachar el problema. O, quizá, remitirlo a una compleja serie de influencias y mezclas ideológicas entre cuyos vericuetos podía aparecer, o no, el nacionalismo.

Por supuesto, las tesis de Linz constituyeron un interesante revulsivo para los

estudiosos españoles, especialmente para los contrarios a ellas. Si Linz había dicho que el franquismo no era fascismo porque entre otras cosas no tenía ideología, habría que encontrarle una costase lo que costase. Gracias a ello, se abrieron una serie de líneas de investigación que tuvieron como afortunado resultado la localización de una ideología en el franquismo: el nacionalcatolicismo. Se trataba, sin duda, de un importantísimo paso adelante, aunque desde mi punto de vista planteaba al menos dos problemas. Por una parte, lo de nacionalcatolicismo se refería más al componente católico que al nacionalista. Por otra, empezó a defenderse la idea de que, si bien la ideología nacionalcatólica no era fascista, el régimen que se legitimaba por ella sí que lo era. Con frecuencia, todo esto se remitía a la conocida tesis del arcaísmo ideológico de la derecha española contemporánea.

A mi juicio, este tipo de enfoques tuvo una serie de efectos decisivos. A saber: Primero, el nacionalismo de la dictadura siguió sin merecer mayor atención, con lo que venía a cerrarse un curioso círculo: ni los estudiosos del nacionalismo trataban del franquismo, ni lo estudiosos del franquismo trataban del nacionalismo. Segundo: puesto que la ideología del régimen era nacionalcatólica podría darse por sobreentendido que o bien la falangista lo era también o bien que no valía la pena ocuparse de ella, con lo que la más radical forma de ultranacionalismo de la España del siglo XX volvía a desaparecer del horizonte. Tercero: una ideología que o bien no había existido o bien no había tenido relevancia alguna no podía tener tampoco antecedentes u orígenes sólidos en la cultura española, por lo que, consecuentemente, el fascismo español venía radicalmente descuajado de sus antecedentes culturales en la crisis finisecular. Cuarto: puesto que el referente del nacionalcatolicismo no era el nacionalismo y podía ponerse en el debe del tradicional reaccionarismo católico español, tampoco tendría éste mucho que ver con el nacionalismo de los nacionalistas modernos, católicos y reaccionarios que, partiendo de la muy moderna Francia, recorrió Europa en las primeras décadas del siglo XX.

Frente a esta serie de planteamientos, mis hipótesis de partida son fácilmente previsibles. Son las siguientes: Primera: España experimentó la misma crisis finisecular que el resto de los países europeos y una de las consecuencias de ésta fue el surgimiento de una nueva cultura nacionalista, susceptible de evolucionar en dirección fascista; o de conectar con una cultura nacionalcatólica que tenía ya en Menéndez y Pelayo su gran referente. Segunda: durante la Segunda República, y fundamentalmente, como respuesta al reto democrático, se articularon y definieron de forma nítida, clara y coherente los dos nacionalismos

que iban a confluir, como aliadosenemigos, en el franquismo: el nacional-católico y el fascista. Tercera: las contradicciones y rivalidades en el interior del régimen franquista se plasmaron en una lucha política, ideológica y cultural sumamente compleja. Cuarta: esa pugna se planteó en gran medida en torno a la cuestión nacional, como no podía ser de otro modo tratándose de dos ideologías nacionalistas; y de una dictadura nacionalista. Quinta: el estudio de estos procesos es fundamental para situar el lugar del franquismo en el proceso de construcción de la nación española, tanto en relación con sus antecedentes como por lo que se refiere a sus efectos posteriores.

Formuladas las hipótesis generales de partida, me centraré especialmente en aquello que en cierto modo ha estado a punto de desaparecer como objeto historiográfico: el ultranacionalismo falangista. Subsumido casi siempre en el nacionalcatolicismo, identificado, cuando no, como un fascismo revolucionario pero honesto y traicionado, predispuesto, en algunos de sus más cualificados representantes, a una evolución liberal. Incluso se ha llegado –y esta es otra de las singularidades de nuestra historiografía–a ver en estos personajes a unos peculiares fascistas-pero-liberales. Hasta cuando se ha querido incidir en su carácter totalitario y por ende no liberal, se ha tendido a pasar por alto aquello que por encima de todo los definía: su ultranacionalismo.

Parece necesario partir del estudio de los orígenes culturales del nacionalismo fascista español, que no es sino el de las manifestaciones españolas de la crisis finisecular, y el de los orígenes y conformación de un nuevo pensamiento nacionalista que difiere tanto del nacionalismo liberal decimonónico cuanto del nacionalismo reaccionario. Entiendo que los referentes de ese nuevo nacionalismo son plenamente europeos y que, por lo tanto, se sitúa perfectamente en su tiempo. Dicho de otro modo, disiento radicalmente de aquéllos que han sostenido que se trataba de un «nacionalismo liberal tardío». Primero, porque ello supondría negar la existencia de un nacionalismo liberal en su propio tiempo. Y segundo, y sobre todo, porque ese nuevo nacionalismo seguía las trazas fundamentales de un nuevo nacionalismo europeo que no era precisamente liberal. Fundamentalmente, aquellas que se volvían contra los valores de la Ilustración y la Revolución Francesa, contra la razón y la noción de progreso, apelaban a un pueblo abstracto frente a un sistema político falso y hacían de la nación el norte de todo proyecto político. Fueron estos nacionalistas los que batieron con más fuerza el mito de la decadencia y degeneración de las

patrias e inauguraron el lamento esencialmente nacionalista acerca del escaso o débil patriotismo de sus compatriotas. Por eso quisieron fundamentar ese patriotismo en instancias más profundas, intrahistóricas y esencialistas: en la tierra y en los muertos, en el paisaje y el paisanaje, en la lengua o en los espíritus nacionales. La historiografía internacional, de Sternhell a Mosse, de Gaeta a Gentile, de Weber a Winock o Taguieff, de Griffin a Eatwell, ha subrayado ampliamente estos aspectos.

De todo esto había en muchos regeneracionistas y noventayochistas. Aunque me interesa destacar que estos no eran, en modo alguno, reaccionarios, ni tampoco llegaron a definirse como antiliberales. Eran, todavía, liberales críticos y nacionalistas inconformistas. Sus planteamientos eran tan susceptibles de ser desarrollados en líneas genuinamente democráticas –Azaña es, aquí, la referencia– como, andando el tiempo, en dirección fascista. No hay nada de excepcional en ello: el fascismo se nutrió en gran parte, en prácticamente todos los países, de esos sectores del radicalismo nacional no conformista.

Fue Ortega, en cualquier caso, quien se constituyó con el tiempo, junto con Unamuno, en el gran referente de los fascistas españoles. Muchas cosas eran las que separaban al primero del segundo. Pero no, desde luego, su común esencialismo castellanista o su progresivo distanciamiento de la razón. La idea de Europa era, como se sabe, la que más les diferenciaba. Sin embargo, la Europa de Ortega era una Europa de perfiles cambiantes. Nacionalista radical, Ortega estuvo dispuesto a buscar, siempre en el referente europeo, ya fuera el liberalismo, ya la socialdemocracia, la tabla de salvación de la invertebrada España. Pero cuando observó, tras la Gran Guerra y la Revolución Rusa, que toda una civilización –la liberal– había entrado en crisis, se revolvió contra la modernidad ilustrada para apostar por otra más nueva e inquietante, que iba más allá de la democracia y el capitalismo, en la que nuevos valores guerreros se impusieran a los industriales y en la que enérgicas minorías dirigentes acertarían a imponerse a las masas. En la nueva Europa, venía a decir enigmáticamente Ortega, pueblos como el español, que no se habían identificado con los valores de la edad moderna, podían encontrar su gran oportunidad.

Este fue, sin duda, un legado del nunca fascista Ortega a los fascistas españoles. El otro gran legado fue el de la idea de la nación como unidad de destino. Cierto que esa idea había sido expresada también de uno u otro modo por hombres como D'Ors o Unamuno, pero fue Ortega quien mejor supo enunciarla. Como Menéndez y Pelayo –el padre del nacionalismo reaccionario moderno– o

Unamuno, Ortega era plenamente consciente de la pluralidad cultural española. Pero así como el primero quiso hacer del catolicismo el cimiento de la unidad nacional y el segundo la remitió al mito castellanista, Ortega quiso localizarla en un proceso de agregación –no exento de imposiciones– de sucesivos núcleos independientes. Y localizó en Castilla -la Castilla que sabe mandar- el principio y núcleo de ese proceso de agregaciones. Más aún, consideró que el proceso no podía detenerse so pena de revertirse. La nación debía mirar al futuro cimentándose y reforzándose continuamente con nuevas y excitantes empresas exteriores. Europa podía ser una de ellas. Pero, ¿cómo? y ¿qué Europa? No falta, desde luego, quien ve en esta idea orteguiana la prefiguración de la Unión Europea. Muchos de sus discípulos, futuros fascistas, vieron dibujarse, por debajo de ella, otro nombre: Imperio.

El proceso de construcción del discurso ultranacionalista fascista español durante la II República debe estudiarse a partir fundamentalmente de sus tres grandes artífices: Ernesto Giménez Caballero, Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera. Ninguno de los cuales dejó de reconocer, por cierto, la magnitud de su deuda con Ortega, aunque tampoco olvidaran acompañar tal reconocimiento del correspondiente reproche.

A Giménez Caballero, el primer fascista español, corresponde el mérito de haber llevado a cabo, a finales de los años veinte, la primera construcción coherente del ultranacionalismo fascista. Una España intrahistórica y pretendidamente unamuniana constituye la primera plasmación de dicha idea. La España de los comuneros, popular y nacional, hostil a la Europa nórdica y burguesa, abierta al dinamismo catalán, dispuesta a renacer de sus cenizas, incluso en una perspectiva imperialista confederal en la que Cataluña y Castilla pudieran volver por sus fueros.

Sin embargo, unos años más tarde, en 1932, en su Genio de España, Giménez Caballero había moderado notablemente sus ínfulas populistas y más aún las catalanófilas. Pero, aun así, llevó a cabo la primera formulación fascista de la historia de España. Una historia presentada como un largo camino hacia la síntesis fascista de oriente y occidente, de individualismo y colectivismo, de capitalismo y de comunismo. El elemento central de esa historia había sido Roma. La imperial primero y la de la Contrarreforma después. La España del siglo XVI, con su César germánico y su servicio a la Roma contrarreformista,

habría encontrado su cénit, pero sólo para empezar a caer desde entonces en un proceso imparable. Imparable hasta que una nueva catolicidad –que no catolicismo-, identificada con la Roma fascista, pudiera servir de palanca para la restitución de las viejas glorias imperiales.

Más importante y decisiva aún sería la contribución de Ramiro Ledesma Ramos. Discípulo de Ortega, con una devoción sin límites hacia Unamuno, el que sería el más radical de los fascistas españoles pondría las bases fundamentales del ultranacionalismo fascista español: de un nacionalismo laico, imperial y revolucionario. Laico, porque Ledesma –y en esto también, por sorprendente que pueda parecer, Onésimo Redondo– defendió con una claridad meridiana que el nacionalismo revolucionario no debía confundirse en modo alguno con la religión, que la moral nacional estaba políticamente por encima de la moral religiosa. Imperial, porque, consciente también de la pluralidad española, hizo del Imperio el resorte fundamental de un renacimiento español en el que podría caber hasta una España federal. Revolucionario, porque Ledesma es el que se muestra más radical tanto en la dimensión social como en la nacional de su revolución nacionalsindicalista.

Radicalmente proyectivo también en su concepción nacional, se debe a Ledesma la más clara formulación de la idea de fracaso de la España contemporánea. Fracaso de carlistas y liberales –y aquí la equidistancia es casi absoluta-, fracaso de la Restauración, de la dictadura de Primo de Rivera y de la II República. Fracaso, ante todo y sobre todo, de la revolución nacional. Una revolución que habría de hacerse en pleno siglo XX utilizando el más poderoso de los resortes existentes, el de las masas.

De cuanto significa José Antonio Primo de Rivera en la historia del fascismo español me referiré aquí únicamente a un aspecto: el relativo al nacionalismo joseantoniano y su despliegue en torno a la noción de unidad de destino en lo universal, una especie de piedra filosofal que marcaría para siempre la evolución del falangismo. Muy orteguiano en su dimensión proyectiva, el nacionalismo del dirigente fascista tenía como característica más distintiva su sorprendente reconocimiento de la pluralidad española: de sus pueblos, de sus lenguas, de sus paisajes, de sus usos y costumbres. Y ello hasta el punto de que, con ingenuidad pasmosa, asoció explícitamente su idea de nación a esa dimensión etérea de unidad de destino, en la que por no entrar no entraba ni la tierra. Porque, si se bajaba a ella, decía, la batalla contra los nacionalismos periféricos estaba perdida.

El problema, para Primo de Rivera, estribaba en que, a pesar de todo, por debajo de esa noción abstracta, proyectiva y etérea, latía un nacionalismo sólidamente arraigado, hecho también de tierra y de muertos, de esencias, usos y costumbres, las castellanas, por supuesto. De este modo, el dirigente falangista pudo legar a sus sucesores dos concepciones de la nación española, la proyectiva de la Unidad de Destino volcada hacia el Imperio y la del esencialismo castellanista subyacente, que se expresaba casi siempre con la boca pequeña.

Una consecuencia fundamental me interesa subrayar de este legado: si la Patria no era la tierra, ni la lengua, ni los usos y costumbres, podía quedar reducida entonces simplemente a una única idea: la idea falangista. La simiente de la típica apropiación fascista de la patria había quedado sembrada.

Ya en la Guerra Civil, La Falange, privada de la guía de sus fundadores, unificada por decreto y desde arriba, subordinada por tanto al Estado y su Caudillo, Franco, intentó recomponer su discurso fascista. Lo hizo en unas condiciones sumamente difíciles que, por mor de la guerra, habían hecho de todos los combatientes «nacionales», tradicionalistas y fascistas, católicos e imperiales. La Falange se encontró a sí misma convertida en tradicionalista y católica, por definición, mientras que sus aliados-rivales, los de Acción Española, no le hacían ascos a presentarse como fascistas. Pero unos y otros intentaron reconstruir su propio discurso. Los nacional-católicos, como Pemán y Pemartín, pintaron un fascismo absolutamente católico y dijeron asumir una idea de Imperio que se resolvía en el pasado y se proyectaba como una nueva alianza del trono y el altar. Los falangistas, por su parte, ahora confesionalizados, intentaron una especie de captura del catolicismo, la definición de una forma superior de ser católico, que era, por supuesto, la falangista, la fascista. Ahora eran también, lo quisieran o no, hasta en el nombre, tradicionalistas, así que dijeron asumir la tradición, pero para vaciarla de todo contenido que no fuera el de hacer de ella una palanca para el futuro.

En sus intentos por recuperar las señas de identidad propias encontraron una vía de salida indisputada en aquellos mitos que mejor los definían, el de la palingenesia y la revolución. Palingenesia para incidir, una y otra vez, en la irreparable decadencia de la Patria hasta julio de 1936; para subrayar que el renacimiento alcanzado con la guerra y la victoria no podía detenerse en ella; que parar era caer de nuevo; que la victoria era sólo el principio de una aventura eterna. Esto suponía machacar dialécticamente, día tras día, a los enemigos de esa palingenesia, de ese continuo marchar y renacer. Y no tardaron en

encontrarlos: eran los vestigios del liberalismo que había que arrasar, pero eran también ignotos conservadores, defensores de la «vuelta a la normalidad», del apoliticismo o de un cómodo nacionalismo retórico de andar por casa.

El mito de la revolución operó en el mismo sentido. La revolución era nacional y social. Pero fuera de esto no parecía tener objetivos más definidos, salvo, claro es, el del poder absoluto para Falange. La revolución era un mito, como lo era la revolución pendiente y permanente. Esto es fascismo «en estado puro». La revolución debía ser continuamente invocada y, a falta de más precisos objetivos, sólo podía entreverse en las manifestaciones de masas, en la denuncia sistemática de sus «enemigos» y en su proyección hacia fuera, hacia la conquista exterior.

Quedaba en cualquier caso la tarea de reconstruir, de reinventar el ultranacionalismo falangista tras el corsé político e ideológico que le había sido impuesto con la unificación. Esta reinvención fue llevada a cabo, en cuatro planos: el de la Historia de España; el de la relación entre Patria y Religión; el de la reformulación de la idea de Unidad de Destino; y el de la diferenciación de su propio nacionalismo respecto de cualquier otro.

De lo primero se ocupó Tovar, poniendo a la Historia en el puesto de mando. La historia de España era ahora una historia más católica, más centrada, al modo de Giménez Caballero, en la Roma imperial y en la Roma de Trento, con su núcleo en la España contrarreformista. Sin embargo, Tovar compensó esta serie de concesiones con su sorprendente habilidad para reinventar el siglo XVI español. Un siglo cuyo catolicismo imperial se pobló de valores fascistas, totalitarios y populistas en la unidad de la fe; heroicos, agresivos y guerreros en su defensa; imperiales en su proyección; a tono con los tiempos en su momento. Y, por este estar a tono con los tiempos, introducía Tovar su noción ledesmista de la historia como palanca para la construcción del futuro, de la tradición como resorte de la revolución, de lo viejo como instrumento al servicio de lo nuevo.

De las relaciones entre Patria y Religión se encargó Laín en un libro, Los valores morales del nacionalcatolicismo. En él, más radical y revolucionario que en ningún otro momento, Laín llevaba a sus últimas consecuencias la idea de que sólo había una forma de ser español y católico a un tiempo: la falangista revolucionaria. Y en nombre de esa revolución nacional-proletaria arremetía

contra cualquier otra posible forma de ser católico; llevaba a cabo una enérgica defensa de la autonomía del Estado respecto de la Iglesia; y lanzaba sorprendentes varapalos a la Jerarquía eclesiástica.

De la idea de nación se había ocupado otro falangista de orígenes izquierdistas y formación alemana, Francisco Javier Conde, en una serie de entregas en Arriba. A la vez antológica y seminal, la aportación de Conde puede resumirse en los siguientes aspectos. Primero: puso de manifiesto, como no lo ha hecho nadie –y se ha tendido a olvidar– la fiebre nacional y nacionalista de la España de los vencedores. Segundo: puso magistralmente de relieve las bases laicas, revolucionarias y/o paganas del ultranaciona-lismo falangista, que localizó en Maquiavelo, la Revolución Francesa, Hegel u Ortega. Y, tercero, consiguió colorear de catolicismo todo ello con sistemáticas referencias ad hoc a San Agustín.

El paso ulterior de reinvención del nacionalismo falangista era el de su diferenciación respecto de cualquier otro. Sólo diré ahora, al respecto, que esos otros nacionalismos eran, por supuesto, el de la España liberal y decadente; el de los separatistas; y el de los nacionalistas de Acción Española, identificados con un nacionalismo pasaísta, retórico y superficial. Pero quiero resaltar también, por las confusiones todavía hoy existentes al respecto, que ese ultranacionalismo falangista, absolutamente fascista en esto, era nítida y visceralmente anticastizo. Para los falangistas, en efecto, el casticismo era una especie de condensación de todos los males de la fallida nacionalización anterior, un recreo en la decadencia, una autohumillación para hispanistas y turistas, una forma, en suma, de negar la proyección universal, exterior, imperial de su concepto de nación.

Era ahí, en la idea de Imperio, precisamente, donde se anudaban todos los hilos del ultranacionalismo falangista: sus mitos de la palingenesia y la revolución, su diferenciación respecto de cualquier otro concepto de la nación, sus ofertas de integración, incluso, a los rojos derrotados y a las regiones separatistas, su afán de agresión y conquista, en fin. Pero había otra dimensión, con frecuencia ignorada de esa proyección imperial: su absoluto y radical europeísmo. También para los falangistas –la influencia orteguiana en esto es transparente– el problema de la España decadente había estribado en su alejamiento de Europa. Así que «el más europeo de los pueblos», en palabras de Maravall, debía reintegrarse a ella; aunque, eso sí, en posición de mando. Éste era el núcleo del

Imperio falangista. Un Imperio tripartito –con Alemania e Italia-, fuente y garantía a su vez de una especie de Commonwealth hispanoamericana fascista.

Porque se trataba, en efecto, de esto, de un europeísmo y de un Imperio en una Europa totalitaria. Nunca como en 1940 y 1941 hubo tan radicales pronunciamientos de una fe totalitaria en lo que, por cierto, destacaron especialmente algunos orteguianos como Maravall o Lissarrague; además naturalmente, de los Ridruejo, Tovar o Laín.

En forma creciente –y en forma agónicamente creciente– todos los hilos del ultranacionalismo falangista se tensaron en una misma dirección, que pasaba, por supuesto, por la entrada en la guerra europea. El mundo había entrado en una nueva época, en una nueva civilización, la totalitaria. No había más opción, pues que sumarse a ella. O se entraba como país totalitario o se decaía hacia algún tipo de régimen de totalitarismo falsificado, como el de Rumania o la Francia de Vichy. O España entraba para mandar o permanecía al margen para perecer. El mito palingenésico, el de la revolución y el del Imperio se fundían en un desafío agónico que bien podía sintetizarse en el ahora o nunca.

Naturalmente, hubo poco o nada de todo esto. Fundamentalmente, porque el ahora o nunca se convirtió en nunca, con la derrota de los falangistas revolucionarios en la crisis de mayo de 1941. Derrota fundamental y de efectos decisivos. En efecto, más allá de sus consecuencias políticas inmediatas, su primera y más clara consecuencia fue la reafirmación de la subordinación de Falange a Franco. La nueva Falange, la Falange de Arrese, se dedicó a buscar la paz con los militares y la Iglesia, defendiendo su papel de tercer pilar del régimen –no ya el hegemónico– y aceptando que su suerte dependía por completo de la voluntad de un Caudillo más Caudillo que nunca. Esa nueva Falange era, también, más española –esto es, menos fascista– y menos heterodoxa –es decir, todavía más católica.

Se produjo también un auténtico linchamiento mediático de los derrotados de mayo, cuyo gran protagonista fue el Arriba España de Pamplona. El pretexto fue una pequeña reseña de Ridruejo en la que cuestionaba la validez del término Cruzada para denominar a la Guerra Civil. Y lo más significativo es que la extraordinariamente virulenta campaña que se orquestó a continuación parecía querer rematar a los caídos de mayo disparando contra su auténtica línea de

flotación: su heterodoxia unamuniana y orteguiana.

El contencioso tomó, además, una curiosa deriva nacionalista. El motivo para ello fue la apoteósica visita de Franco a Barcelona en enero de 1942. Recibido en Montserrat por todos los obispos catalanes, saludado por el Abad mitrado como sucesor de Carlos V y Felipe II, vitoreado por cientos de miles de barceloneses, aquel viaje de Franco se iba a convertir para muchos en una divina sorpresa. Por una parte, era Franco el que comparecía directamente, sin intermediarios, ante su pueblo; por otra parte, la dimensión católica era, tanto como la militar, sencillamente atronadora. Y, por otra, todo ello había sucedido en Cataluña, la anterior Cataluña separatista.

Lo que sucedió a continuación fue una auténtica apoteosis catalanófila del régimen. Parecería de repente que Cataluña había hecho tanto o más que Castilla en la construcción de España; hasta Franco pareció asumir la condición de heredero de Jaime I. Pero lo que había detrás de todo ello era, por así decirlo, más serio. Con la Cruzada iba Cataluña y, con Cataluña, la España regional, la España culturalmente plural de Menéndez y Pelayo. En este sentido los periódicos del régimen, con Arriba en primer plano, se poblaron de artículos cuyo objeto era poner en la picota la concepción esencialista y castellanista de España, el centralismo jacobino de origen francés y por ende antiespañol. Y, con todo ello, al noventayocho y, aunque no se dijera, a los caídos de mayo.

La vieja y en el fondo nunca ignorada pluralidad española volvía ahora a primer plano. Fracasadas o desestimadas, al menos por el momento, las vías de la revolución y el Imperio, se volvía ahora a una idea menendezpelayana, austriacista, de la unidad española. Una línea perfectamente acorde con la deriva nacionalcatólica que ya por entonces parecía imponerse a pasos agigantados. La pérdida de toda posición de poder por parte de Serrano Suñer, tras el atentado de Begoña en agosto de 1942, no hizo sino acelerar el proceso de desvanecimiento de todos los sueños del falangismo revolucionario.

Hubo, sin embargo, un último vuelo del Ave Fénix: la primavera falangista de 1948 a 1953, que siguió al proceso de oscurecimiento anterior. Y, en ese marco, la conocida polémica que enfrentó a los renacidos falangistas revolucionarios, como Laín, Tovar o Ridruejo, con hombres del Opus Dei como Florentino Pérez Embid y Calvo Serer. En cierto modo, los términos del enfrentamiento eran los mismos de la década anterior: falangistas frente a Acción Española, los hombres del Opus ahora; Revolución frente a Restauración; Estado frente a Iglesia, en el

plano de la enseñanza especialmente; Ortega y Unamuno en la boca de unos, Ortega y Unamuno como anatema para otros.

El ensayo de Laín España como problema, de 1948, constituyó el gran referente de la polémica y, podríamos añadir, no en balde. Porque lo que hacía el pronto rector de la Universidad Complutense no era otra cosa que una reactualización del ultranacionalismo falangista. Más noventayochista y orteguiano que nunca, pero también más esencialista castellano, Laín incidía en el primer supuesto fundamental del nacionalismo falangista: la existencia de una revolución pendiente que superara todos los problemas de España, que saldara todas sus fracturas, que terminara para siempre con las dos Españas.

Estaba claro que si España tenía un problema precisaba de una Revolución; o viceversa. Este era el núcleo de la respuesta de Pérez Embid y Calvo Serer: ya no había dos Españas sino una sola, la victoriosa de 1939; no había, por tanto, problema de España. Había, eso sí, problemas. El de la Restauración era uno, por supuesto, y el de la modernización económica era otro. De ahí «la españolización en los fines y europeización en los medios» de Pérez Embid.

Pero subyacía, de nuevo, una dimensión de la polémica, la regional, que, una vez más, ha pasado casi desapercibida. En efecto, tanto Pérez Embid como Calvo Serer atacaron por el lado del regionalismo, poniendo en la picota de nuevo al esencialismo castellanista y, con él, al noventayochismo. Calvo Serer, en particular, oponía a todo esto la España de las regiones optimistas, prósperas y dinámicas, la del País Valenciano, Cataluña o el País Vasco. La España de las regiones, en suma. Lo que siguió fue un debate, sorprendente para la época, en numerosos medios de comunicación, acerca de si España había de tener un centro, una cabeza o si debía ser simplemente regional.

En este contexto se produciría una especie de carrera por Cataluña en la que por esta vez, y de la mano de Ridruejo especialmente, los falangistas supieron aguantar el embate. Esto es, se declararon tan catalanófilos como sus rivales y tan dispuestos a reconocer la lengua y la cultura catalanas como aquellos. Aunque, claro es, no se refirieran a regionalismos.

Fue, en cierto modo, la última batalla, en el seno del franquismo, entre los dos nacionalismos franquistas. El falangista y el nacionalcatólico. El que había apostado por la revolución y el imperio –ahora ya sólo por la primera– para saldar la unidad de una España culturalmente plural y políticamente escindida. Y

el que había apostado por una España ya definida políticamente pero con un cierto regionalismo como horizonte.

Como es bien conocido, la polémica terminó con una nueva derrota falangista (aunque por el camino salieran también relativamente malparados Pérez Embid y, especialmente, Calvo Serer). Al final no hubo Imperio ni revolución, ni tampoco regionalización. Agotado culturalmente, sin horizontes reconocibles, el nacionalismo franquista quedó reducido a la, antes tan denostada, España de castañuela y pandereta. Tal vez no fuera una casualidad, después de todo, que los más radicales de los contendientes, Dionisio Ridruejo y Calvo Serer, terminaran en las filas del antifranquismo. O que un Vicens Vives, que no dudó en alinearse con los regionalistas nacionalcatólicos, terminara por convertirse en la gran referencia del nuevo catalanismo.

No creo que sea necesario, para terminar, que me extienda en exceso en unas conclusiones ya en gran parte desgranadas en esta exposición necesariamente selectiva. Señalaré, en todo caso, especialmente cuatro:

Primera: como creo haber demostrado, el ultranacionalismo fascista existió y tuvo una importancia real; estaba perfectamente diferenciado del nacionalcatólico; y, sin su estudio, es imposible conocer las dinámicas de fondo del régimen franquista.

Segunda: ese ultranacionalismo se definía como moderno, revolucionario, antinacionalista, anticastizo, europeista, integrador de los vencidos y aun consciente de la pluralidad cultural española. Todo ello, por supuesto, en nombre de una revolución fascista, totalitaria e imperial. Pero si prescindimos, por un momento, de esto último e introducimos el epíteto de liberal comprenderemos enseguida cuáles son las bases del mito del falangismo liberal.

Tercera: que ese ultranacionalismo no hiciese sino cosechar derrotas puede y debe explicarse a partir de estudios más complejos y generales de la dinámica del régimen. Pero que el hecho de que después de cada derrota mostrase una extraordinaria capacidad de rearticulación apunta más a la coherencia de su ideología fascista que a su banalidad.

Y cuarta: los problemas nacionales que se debatieron en el seno del franquismo fueron en gran parte los mismos que se habían debatido antes y se debatirían

después. No hay nada de extraño en ello, pues todo régimen que se impone a una sociedad termina, por decirlo con Gramsci, por incorporar sus contradicciones. Pero conviene retenerlo, porque tampoco las formulaciones y reformulaciones de esos problemas en el seno del régimen pueden ser ajenas a sus proyecciones posteriores.

EL PASADO QUE AÚN NO PUEDE PASAR

¿Está Francia enferma de memoria? se preguntan cada vez más filósofos, historiadores, periodistas e intelectuales franceses en general. La figura del personaje de Borges, Funes el memorioso, que no podía vivir porque no podía olvidar, parece crecer por momentos.

¿Hay una reacción en Francia frente a un supuesto o real exceso de memoria? podríamos preguntarnos nosotros. Lo cierto es que ante la presencia, en la prensa y la televisión, el cine y la literatura, los estudios históricos y los ensayos de todo tipo, y hasta en los procesos judiciales de «un pasado que no pasa», del recuerdo de Vichy y de la colaboración francesa en el exterminio de los judíos, son muchas las reflexiones que se han suscitado.

Hubo un tiempo, a partir de finales de los años setenta, en que el clamor por la memoria, por el deber de la memoria, el imperativo de la memoria se fue haciendo casi universal en Francia. Un clamor que encontraba pocos detractores. De un tiempo a esta parte, sin embargo, algo parece haber cambiado. Algunos historiadores alertan sobre los peligros de confundir historia y memoria, de reducir la primera a la segunda. Con frecuencia, se reproduce aquella consideración de Nietzsche acerca de la necesidad de fijar el límite a partir del cual el pasado ha de olvidarse para que no entierre al presente. De Maurice Halbwachs, tan citado en las últimas décadas por sus contribuciones seminales en el terreno de la «memoria colectiva», se recuerda ahora la contraposición que estableciera entre la memoria como «cuadro de semejanzas» y la historia como «cuadro de cambios». Uno de los más emblemáticos historiadores en el terreno de la exploración de la memoria, Pierre Nora, terminaba su multi-volumétrico Les lieux de memoire con una protesta contra la «era de la conmemoración»; y es ahora esto lo que más tiende a recordarse. La contraposición entre «deber de memoria» y «derecho de olvido» centra en la actualidad buena parte de las reflexiones de historiadores, filósofos, intelectuales y periodistas.[408]

Vaya por delante que en esto estoy más de acuerdo con aquellos que piensan que no hay contraposición absoluta entre memoria y olvido; que hay, desde luego, abusos de la memoria, pero que hay un imperativo de la memoria que por justicia, reparación y conciencia ciudadana no puede desaparecer; que el

recuerdo de Auschwitz es imprescriptible, que el «arte del olvido» habría que ejercerlo en todo caso a partir y nunca en contra de este imperativo. Se trata, en suma, de esa justa memoria de la que habla Paul Ricoeur.[409]

Lo que conviene retener, sin embargo, de esa polémica es que si puede plantearse ahora en los términos indicados es porque buena parte del trabajo de memoria como trabajo de duelo, es decir, un trabajo de rememoración lúcido y crítico, lo ha hecho ya la sociedad francesa. Hubo un tiempo, en efecto, en que los franceses no quisieron saber, en que de la Segunda Guerra Mundial y de la ocupación recordaban sólo los crímenes del ocupante o el heroísmo de la resistencia.[410] Incluso, tras la oleada represiva contra los colaboracionistas, a principios de los años cincuenta, se dictó un «olvido jurídico» en aras de la «reconciliación nacional» de los franceses, para no obstaculizar así las tareas de reconstrucción física y moral del país.[411]

La amnistía tuvo también algo de amnesia. Sobre todo, algo había quedado en el tintero: lo que había habido de genuinamente francés en las prácticas genocidas, así como el indudable apoyo social que encontró el régimen de Vichy. Por eso se ha podido escribir que hasta los setenta la memoria de los franceses sobre Vichy había sido «demasiado ciega».[412] Pero de esto hace ya tiempo. En las últimas décadas la sociedad francesa ha hecho las cuentas con su pasado, ha hecho su trabajo de duelo, se ha enfrentado con los aspectos más traumáticos del mismo y ha asumido la plena responsabilidad de muchas de las barbaridades que se produjeron entonces.

Buen ejemplo de ello lo constituyen las afirmaciones de Jacques Chirac, presidente de la República, en 1995, en el sentido de que los franceses habían participado en el exterminio, que Vichy era una historia francesa y no una historia impuesta por Alemania.[413] Lo hizo, además, en el 53 aniversario de la razzia de Vél'd'Hiv' en la que 9.000 policías y gendarmes franceses detuvieron en París y alrededores a 12.884 judíos para que fueran conducidos a los campos de exterminio (sólo una cuarentena de hombres –ninguna mujer, ningún niño– sobrevivió).

Es en ese contexto de trabajo de duelo ya hecho en el que cabe situar los actuales debates y polémicas a los que se hacía referencia más arriba. Dos cuestiones conviene retener en cualquier caso al respecto. En primer lugar, lo largo e intricado del camino que conduce a ese reconocimiento al que me refería más arriba.[414] Segundo, que la sociedad francesa se enfrentó con su pasado

traumático en dos fases claramente diferenciadas. La primera concluyó en un «olvido jurídico»; la segunda, emprendida dos décadas más tarde, llega a la actualidad.

Si esta es la situación en Francia, ¿cuál es la de España? Parece evidente que la nuestra es muy distinta. Por ello, la pregunta que deberíamos hacernos sería seguramente otra. Es decir, no tanto si está España enferma de memoria sino si lo está de olvido.

La respuesta es, desde luego, fácil: si de alguna enfermedad cabe hablar en España es de exceso de olvido y no de memoria. Sin embargo, aunque este es, sin duda, el diagnóstico correcto, hay toda una serie de reflexiones a formular al objeto de tener en cuenta la complejidad del problema, intentando eludir así la posibilidad de que todo quede en una constatación más o menos banal.

La primera de estas reflexiones consiste precisamente en constatar que es bastante lo que se está haciendo, lo que se ha hecho ya en el terreno de la recuperación de la memoria, de una memoria justa del franquismo. Por supuesto, los historiadores nunca dejaron de hacer sus deberes y en el terreno, por ejemplo, de la represión se llevó a cabo, prácticamente desde 1976 una investigación sistemática que ha llegado en la actualidad a una situación en la que ha sido posible establecer un balance relativamente satisfactorio en lo que respecta a la represión de la primera década.[415] Por otra parte, en los últimos años, las publicaciones y las iniciativas de todo tipo –conviene destacar aquí las de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica– han conducido a una situación en la que la presencia de la represión franquista y el reconocimiento a las víctimas de la misma ha avanzado extraordinariamente. Programas de radio o de televisión de amplísimo impacto, como los dedicados por la cadena SER a «los años difíciles»[416] o por la televisión catalana a «Els nens perduts del franquisme»;[417] decenas de publicaciones de amplia tirada sobre la represión y las calamidades de la posguerra, encuentros de homenaje a la guerrilla, congresos de historiadores sobre campos de concentración y prisiones, así como una larga serie de actos conmemorativos y reivindicativos dan cuenta de ello.

Si bien no del todo, algunas iniciativas legislativas van en la misma dirección. Los maquis ya no son bandoleros y delincuentes, aunque no cobren pensiones; los presos del franquismo reciben alguna pensión pero en condiciones bastante

restrictivas y no sin dificultades. Una comisión del Congreso de los Diputados, con el voto del Partido Popular, ha «condenado» finalmente la dictadura, reafirmado el reconocimiento moral de las víctimas de la guerra y la represión franquista e instado al gobierno a desarrollar «una política integral de reconocimiento y de acción protectora económica y social de los exiliados de la Guerra Civil así como de los llamados niños de la guerra».[418]

Todo un acontecimiento histórico, sin duda. Aunque con minúsculas. En primer lugar, la condena de la dictadura vuelve a ser elusiva: «nadie puede sentirse legitimado, como ocurrió en el pasado, para utilizar la violencia con la finalidad de imponer sus convicciones políticas y establecer regímenes totalitarios contrarios a la libertad y a la dignidad de todos los ciudadanos, lo que merece la condena y repulsa de nuestra sociedad democrática».[419] La pregunta aquí es obvia: ¿cuáles fueron esos regímenes totalitarios, así en plural? ¿Todos los del mundo? No parece que tan amplia perspectiva estuviera en la mente de nuestros parlamentarios. ¿Sólo los de España? Pero, entonces, ¿cuantos regímenes «totalitarios» ha habido en España? ¿La dictadura de Primo de Rivera? Nadie ni, desde luego, ningún historiador suscribiría esa idea. ¿Acaso la II República, pluripartidista hasta el final incluso en tiempos de guerra? ¿A qué viene entonces el plural? No hay duda de que sigue habiendo al respecto una fuerte prevención para llamar a las cosas por su nombre.

En segundo lugar, la declaración reincide en la equiparación de todas las víctimas de la Guerra Civil y las de la represión franquista, como si ambas cosas pudieran enmarcarse en un mismo proceso general, y advierte contra el peligro de «reavivar viejas heridas o remover el rescoldo de la confrontación civil», con lo que Guerra Civil y franquismo vuelven a ser de algún modo equiparados. Y aquí la distinción es, debería de ser, crucial. Porque el rechazo de la confrontación civil, de la Guerra Civil, y de las heridas que ella abrió no es de la misma naturaleza que el de una dictadura y las heridas por ella inferidas. No deberían situarse, pues, en el mismo plano.

Finalmente, es difícil encontrar menor solemnidad en una declaración. Adoptada por la Comisión Constitucional y no por el Pleno del Congreso; y, de creer al representante del PP, asumida por su parte con el fin de concluir de una vez con «el rosario de iniciativas parlamentarias que sobre esta cuestión se han presentado en la Cámara».[420] Loable propósito que esconde seguramente un alto contenido de conciencia cívica y pedagogía democrática. Porque se trata efectivamente de esto. De la existencia de una fuerte prevención a la hora de

enfrentarse abiertamente y sin ambigüedades con el pasado dictatorial por parte de sectores fundamentales de la sociedad y de la clase política españolas. Más aún, se trata de dar a este pronunciamiento pendiente la carga de solemnidad que requiere para que todos los fines de reparación moral, conciencia cívica y pedagogía democrática puedan finalmente verse cumplidos.

El problema no es, no debería ser, de utilización política del pasado contra el gobierno de la derecha en el poder. Entre otras razones, porque una acción semejante no fue llevada a cabo tampoco por los anteriores gobiernos socialistas o, porque, en el caso francés, no estuvo precisamente el presidente socialista de la República, François Mitterrand, entre los más entusiastas de la idea. Recordemos, una vez más, el episodio francés de Vél'd'hiv', un episodio conmemorativo en que aparecen sucesivamente comprometidos diputados, ministros, alcaldes, presidentes de las Cámaras, hasta llegar a la más alta magistratura del Estado. Proceso difícil y complejo, como decíamos, pero que culmina así, con la declaración de un presidente de derechas de la República francesa.

No es, por tanto, un problema de política partidaria, ni se trata de culpabilizar a nadie. Es un problema de calidad democrática, de cultura democrática. Tampoco tiene mucho sentido volverse hacia el pasado para encontrar congénitas cualidades democráticas en la derecha francesa y antidemocráticas en la española. No es cierto que la derecha francesa haya sido democrática «toda la vida» como consecuencia directa y obligada de la revolución de 1789. De hecho, el régimen de Vichy era una dictadura que gozó del apoyo de la práctica totalidad de la derecha francesa, un amplio consenso social y fue a buscar inspiración en las dictaduras de Franco y Salazar. No, lo que legitima como democrática a la derecha francesa actual es su ruptura abierta, nítida y sin matices con el régimen de Vichy de hace medio siglo, su reconocimiento ahora de lo que tuvo de genuinamente francés incluso en sus aspectos más terribles. No otra cosa se le pide a la española y, con ella, a toda la clase política, la más alta autoridad, el rey, incluida: un acto solemne de ruptura abierta, frontal y sin matices con el pasado franquista. Único modo de que ese pasado oscuro pueda pasar.

Si ésta es la situación, ésta su complejidad y ésta la conducta en absoluto lineal de las actitudes de las distintas fuerzas políticas en los últimos veinticinco años,

parece claro que las explicaciones, las indagaciones, no pueden reducirse a la localización de causas simples o culpables directos.

Uno de estos «culpables» es, ni más ni menos, la transición democrática. Esta ha venido a ser presentada como una especie de claudicación democrática que a través de un pretendido «pacto de olvido» habría echado un manto de silencio sobre el franquismo. Se supone, viene a decirse, que con la amnistía recíproca de entonces venía una amnesia por la que todos los actores políticos de la transición convenían en olvidar el pasado, el franquismo. Recordando lo que de traumático había habido en él, se decidía no desempolvar viejas disputas y rencores, condenando al olvido todo lo que pudiera constituir un obstáculo a la reconciliación y, por ende, al proceso de construcción democrática. Puede que hubiera algo de ello. Entre otros motivos, porque cuando se negocia no es desde luego la mejor forma de hacerlo el poner los muertos encima de la mesa. Pero no había ninguna prohibición de recordar.[421]

La situación entonces se caracterizaba por la existencia de dos dinámicas complementarias pero que apuntaban en la misma dirección. Por una parte, existía lo que bien podría denominarse una demanda social de olvido, de «echar en el olvido», que se había iniciado entre las clases populares tan pronto como en abril de 1939, que había ganado progresivamente a partidos y formaciones de la oposición y a aquellas que procedentes de los vencedores fueron rompiendo los vínculos con el régimen resultante, hasta alcanzar a sectores fundamentales de la Iglesia. De comunistas a católicos, de monárquicos a socialistas, la idea del nunca más una guerra civil fue ganando a los protagonistas. Era la idea de una reconciliación de vencedores y vencidos. Pero una reconciliación contra la dictadura. Una idea, la de la reconciliación, lo suficientemente poderosa como para que el mismo régimen intentara allá por los años sesenta una apropiación de la misma, evidentemente manipulada y que no buscaba otra cosa que su propia legitimación como régimen de la paz.[422]

Con la transición, esta idea se extendió, como ha recordado muy oportunamente Santos Juliá, al conjunto de las fuerzas democráticas, a las que procedían del régimen y a las que venían de la oposición antifranquista. Era la idea del nunca más una guerra civil que se iba a extender ahora a la dictadura. Desde el punto de vista, por supuesto, de nunca más una dictadura, pero también desde el punto de vista de «echar al olvido» a la dictadura misma. De lo que se trataba era de cerrar unas heridas que venían de la Guerra Civil y del franquismo a la hora de construir una democracia. Se trataba, por tanto, de huir de una posible espiral de

recriminaciones y, eventualmente, de responsabilidades que, sin duda, habría hecho poco menos que imposible el diálogo entre los distintos interlocutores. Todo ello comportaba que se adoptaran durante la transición lo que Stephen Holmes ha llamado, y Paloma Aguilar recuerda en este mismo volumen, «reglas mordaza». Es decir, unas reglas encaminadas a estabilizar la democracia que comportan, entre otras cosas, un sujetar «nuestra lengua» (para) asegurarnos unas formas de cooperación y compañerismo que de otra forma serían inalcanzables».[423]

El problema tenía, con todo, una dimensión –la segunda a que nos referíamos– que hoy no podemos ignorar. Se trataba entonces de construir una democracia en las difíciles condiciones marcadas por los terrorismos de extrema izquierda y de extrema derecha, así como por la existencia de esa espada de Damocles, nada retórica, constituida por el ejército. Así que la amnistía recíproca tenía también esta dimensión, diríamos táctica: desactivar las amenazas que se cernían sobre una democracia en construcción exigía también una amnistía recíproca que convenciese a muchos terroristas de que cuanto hubiesen hecho en el pasado no les iba acarrear el cumplimiento de largas condenas; y que convenciese también a los servidores del régimen franquista, especialmente a los vinculados a la represión, que tampoco se les iban a pedir cuentas por el pasado.

Todo esto reflejaba una situación que, como recuerdan los casos de otros países, no tenía nada de excepcional.[424] Se trataba de «olvidar» un pasado para construir un futuro en paz y democracia. La «demanda social» era una propensión a no recordar, a olvidar un pasado que había sido la fuente de todas las desgracias y cuya presencia podía contribuir a reabrir viejas heridas, a malograr el presente y comprometer el futuro. Había unas generaciones que no querían recordar, como había una clase política democrática que sabía que ese era el camino en el que debía desenvolverse.

Sin embargo, todo eso tenía un coste, libremente asumido, perfectamente justificado, producto de la lucidez política, pero coste al fin. No abrir las heridas del pasado suponía una renuncia implícita a hacer de la memoria de la dictadura una fundamentación de la naciente democracia; suponía renunciar –en los términos empleados por Enzo Traverso a propósito de la crítica al totalitarismo– a una señal irremplazable para mantener abierto el horizonte de libertad.[425] Se producía, parafraseando ahora a Paul Ricoeur, en el marco de una necesaria operación de utilidad pública, un daño innegable a la verdad y la justicia.[426] Pero el pasado proseguía, como indica este mismo autor, «en las tinieblas de la

memoria colectiva».

Lo que se producía era en cierto modo una paradoja: el recuerdo de un mal –la Guerra Civil– había marcado los límites por donde debía transitar la transición; pero para que ésta se llevase a término felizmente era el recuerdo de otro mal el que se eclipsaba. La democracia española nacía curada de memoria –de la Guerra Civil– pero «enferma» de olvido –del franquismo. Los eufemismos con que se empezó a hablar por entonces del anterior régimen o el anterior Jefe del Estado, que ocultaba denominaciones como dictadura o dictador, son la mejor muestra de ello.

Todo esto no implica, como se habrá podido adivinar, crítica alguna a la transición. Se hizo lo que se pudo y se hizo bien. Se respondió a una demanda social y a una necesidad política. Se procedió además de modo similar a lo que se había hecho en otros países. El trabajo de duelo estaba hecho, pero solo en parte, como había sucedido en otros países. También como en estos otros ejemplos, lo que había quedado pendiente no tardaría en volver. Las «tinieblas de la memoria colectiva» seguían su curso. Antes de verlo, sin embargo, convendría retener que los enfoques pretendidamente de izquierdas que denostan el «pacto del olvido» de la transición vienen a incidir en una visión de esta última que, paradójicamente, acentúa el papel de las élites de origen franquista en la misma. En efecto, al presentarla como una forma de claudicación, parece desconocerse lo que en la transición hubo de equilibrio de fuerzas y por ende de participación ciudadana a través de una larga serie de movilizaciones que condujo finalmente a que la única reforma posible fuera la que las élites franquistas habían intentado evitar siempre: la democrática.

No, definitivamente, la tarea de desvelar lo que queda oculto, de activar el recuerdo archivado, es una tarea actual. Algo muy normal. No se adelanta nada echando las culpas una vez más al pasado, aunque este sea el relativamente reciente de la transición.

Si lo que se hizo en la transición era lo que había de hacerse y si no hay que buscar culpables en lo acaecido o dejado de acaecer en los últimos veinticinco años, ¿qué explica la generalizada denuncia acerca del olvido del franquismo? ¿de dónde viene esa actualidad hoy máxima de la memoria del franquismo? La respuesta estaría, sin duda, en lo que apuntábamos acerca de la inexistencia de

un posicionamiento claro y rotundo de nuestra democracia; como lo estaría en la existencia de toda una serie de cuestiones pendientes, como veremos más adelante; o estaría, simplemente, en aquel proseguir en las tinieblas de la memoria colectiva.

Todo esto explicaría, desde luego, el por qué, pero no el cómo o el cuándo. No respondería, en suma, a la pregunta clave: ¿por qué ahora? Desde mi punto de vista habría dos claves fundamentales que señalan claramente las diferencias respecto a las que analizábamos respecto de la transición.

La primera vendría dada por la existencia de una democracia consolidada bien alejada de los riesgos y amenazas a que esa democracia se vio sometida cuando daba sus primeros pasos. No hay ya amenazas de golpe de Estado y el terrorismo, aun con sus terribles costes políticos y de vidas humanas, no parece constituir una amenaza determinante para la democracia. Los fantasmas de la Guerra Civil y el enfrentamiento fratricida pertenecen ya al pasado, no ejercen tutela alguna sobre el presente. De este modo se puede volver la vista atrás para satisfacer aquellas demandas de verdad y justicia que un día quedaron archivadas.

La segunda y, seguramente, la decisiva, es que se ha producido un cambio radical de lo que se ha dado en denominar la demanda social. Una demanda que entonces era de «olvido» y ahora es de memoria. Ésta es, en mi opinión, la razón de la amplitud y profundidad del fenómeno, la que hace que éste no pueda verse como el resultado de la acción de determinados agentes parciales.

La demanda social de memoria se alimenta a su vez, de cuatro fuentes. En primer lugar, de la aparición de nuevas generaciones que a diferencia de las anteriores quieren saber.[427] Son, como en Francia, Alemania o Italia, los nietos de los hechos traumáticos, los que no se sienten en modo alguno responsables de ellos. No son ya los que sufrieron o hicieron sufrir; no son tampoco aquellos hijos que no querían recordar el dolor, paterno o propio; no son ya aquellos hijos que temían saber lo que había hecho su padre, cuáles los actos de que podía sentirse responsable o culpable. Son los nietos que quieren saber por qué se sufrió tanto y se desencadenó una represión sin piedad contra los vencidos y opositores; que no temen saber ya lo que hubo de correcto o incorrecto en las actitudes de sus abuelos. Que quieren, simplemente, saber y entender, sin miedo.

En segundo lugar, parece dibujarse un terreno de encuentro entre algunas de las

generaciones que hicieron la transición y las nuevas que no la vivieron. Se dibuja este terreno en la percepción, que creo equivocada, de que entonces no se hizo lo que se debía. Pero se dibuja también en otro terreno que parece más coherente y fructífero: la idea de que una cultura democrática firme y sólida, de una conciencia cívica, de una democracia de buena calidad, sólo puede descansar en el enfrentamiento abierto con un pasado que fue todo lo contrario de la democracia, que no puede caer en el olvido sin que se incorpore al presente la plena conciencia del mismo.

En tercer lugar, la demanda de justicia, verdad y reparación moral, física y, a veces también material, de las víctimas y de sus sucesores. Aquellos que durante todo el tiempo debieron llevar en silencio sus desgracias, sin osar siquiera airearlas y que hoy exigen conocer la suerte de sus familiares, rescatarlos del olvido, recuperar sus restos. Rescatarlos, en suma, de un anonimato que es, en sí mismo, una ofensa a la memoria y a la dignidad.

Finalmente, conviene no olvidar que esta demanda social conecta perfectamente con una tendencia generalizada en todos los países que han experimentado a lo largo del siglo XX experiencias traumáticas, desde los países fascistas y Francia, cuyo movimiento hacia la recuperación de la memoria se inicia en la década de los setenta, a los que han efectuado más recientemente en Europa del Este, América Latina o la República Sudafricana, sus transiciones a la democracia. Una demanda «normal», por tanto, que se halla inscrita además en un boom global de la memoria en el que la aceleración contemporánea del tiempo parece provocar un intenso pánico al olvido.[428]

Ciertamente, las claves y fuentes enunciadas no agotan las respuestas. Aunque conviene diferenciar claramente la labor de los historiadores de la demanda social, que no siempre van de la mano, parece evidente que sin el trabajo de aquellos en las últimas décadas la situación actual sería distinta. Con sus investigaciones sobre todos los aspectos de la dictadura, sus publicaciones, sus explicaciones en las aulas –en las universitarias y en las de secundaria– han propiciado un saber que durante dos décadas apenas ha conseguido una proyección mediática mínimamente significativa, pero sin el cual la actual apuesta por la memoria encontraría bases de alimentación más frágiles.

Desde una perspectiva distinta se podría considerar también la existencia de razones vinculadas a la actual coyuntura política. En concreto, a la presencia en el gobierno del Partido Popular, un partido de tan inequívocas resonancias

franquistas en un tiempo como de incuestionables credenciales democráticas hoy. Más que su presencia en el gobierno, sin embargo, podría estar funcionando una reacción frente a sus actitudes en la segunda legislatura, algunas de las cuales, como su deriva nacionalista en política interior y exterior, sus reformas educativas no consensuadas o su escaso talante negociador, podrían estar despertando ciertas prevenciones o recuerdos de un pasado mediato. Al fin y al cabo, los usos de la memoria son complicados; y, aunque no entremos aquí más a fondo en la cuestión, no parece fuera de lugar establecer algún tipo de relación entre la voluntad de buscar referencias nacionales y legitimadoras hasta en Atapuerca y la escasa propensión a hacerlo en el traer al presente, para condenarlo, un pasado bastante más cercano. Alternativamente, el pasaje a la oposición del PSOE habría desencadenado la tentación de utilizar el recuerdo del pasado como arma arrojadiza frente al gobierno. Aunque también habría contribuido a liberarlo de algunos de los reflejos de las actitudes respecto de la memoria propias de la transición perpetuadas a través de las legislaturas socialistas.

En cualquier caso, si el análisis que aquí se ha llevado a cabo es mínimamente correcto habría que convenir probablemente en que este último factor, cualquiera que sea su importancia, funciona más como un plus añadido a una dinámica más amplia, profunda y generalizada que como una causa de la misma.

Todo lo anterior demuestra la existencia de una demanda social de memoria y, consecuentemente, de un deber de memoria. Sin embargo, hay otras dimensiones de la memoria, otras memorias que no son precisamente las democráticas que están presentes por doquier y que lastran seriamente nuestra cultura política. La memoria no es única ni unívoca, dibuja también un terreno de confrontación y de reapropiaciones alternativas del pasado que pueden perseguir las finalidades más distintas. Tampoco la demanda social de memoria es unívoca, ni va siempre en la dirección de la que aquí nos ocupamos. Hay, por ejemplo, una memoria nostálgica, acrítica, benévola y autocomplaciente, como la que analiza en este mismo volumen Vicente Sánchez-Biosca. Y hay también, en lo que aquí nos interesa, otra memoria, la franquista, o la que se generó durante el franquismo, que sigue existiendo y operando en áreas y dimensiones nada banales de la vida colectiva.

Se tiende a olvidar, en efecto, que si algo caracteriza a los regímenes

dictatoriales es su voluntad de controlar la memoria de sus ciudadanos, de crear e imponer una memoria, nueva y distinta, que es, a la vez, una reconstrucción del pasado y una construcción de presente. Fruto de todo esto es la existencia de una memoria fijada en el inconsciente colectivo y una memoria fijada en el presente a través de toda una serie de elementos simbólicos de los que monumentos y callejeros constituyen la más clara expresión. Frente a esta memoria no cabe otro recurso que el trabajo serio de memoria, un trabajo crítico y con fines de pedagogía democrática.

¿Cuáles son estas áreas y qué es lo que queda por hacer en las múltiples dimensiones de lo concreto? Sin ninguna pretensión de exhaustividad, podrían señalarse al menos tres plenamente significativas.

Primera. Las reparaciones, morales y físicas, de las víctimas de la represión constituyen una tarea obligada, en el límite más elemental de toda idea de justicia. Cuando se discuten –o racanean– fondos para la exhumación de las fosas de republicanos fusilados o para la reflotación de un submarino, su tripulación incluida, hundido por los nazis frente a las costas de Málaga, funciona el esquema de «no reabrir heridas», al que en última instancia todos somos sensibles. Pero este es un esquema que puede obedecer tanto a la idea del nunca más una guerra civil surgida de las clases populares y asumida muy pronto por todas las oposiciones al franquismo cuanto a la reapropiación franquista del mismo.

Si se analizan, a modo de contraste, otras actuaciones conmemorativas, la idea que aquí se plantea aparece con toda claridad. Es lo que sucede con la exhumación de los caídos de la división azul en territorio ruso.[429] A todos nos parece natural y justo, porque, además, lo es desde el punto de vista de la más pura humanidad y porque tiene su lógica en el marco de las políticas de reconciliación germano-rusas. Pero aquí se considera, se naturaliza, la idea de que no es lo mismo exhumar los cadáveres de un enfrentamiento fratricida, lo que puede reabrir viejas heridas, que los de los españoles que murieron en el extranjero. Dejando de lado la paradoja de que la exhumación allá pueda verse como trabajo de reconciliación y la exhumación aquí de lo contrario, o casi, la paradoja estriba, por ejemplo respecto del caso de Málaga, en que unos españoles habían caído víctimas de los nazis y los otros habían participado con ellos en una guerra de agresión, conquista y destrucción. La presencia en todo esto de una «clave nacional», revela la persistencia de una forma de pensamiento, hipostasiada en el franquismo e incorporada al inconsciente, que

condiciona la selección de los deberes de memoria y derechos al olvido. De los españoles que lucharon directamente en la Segunda Guerra Mundial contra el totalitarismo nazi, de los que formaban en la vanguardia del ejército que liberó París, nadie parecía acordarse.[430]

Segunda. El franquismo contribuyó decisivamente a fijar la idea de los años sesenta, como años de paz, orden, prosperidad y desarrollo. Ésta es, como se sabe, una de las ideas más claramente fijadas en la memoria colectiva. Es lo que el franquismo «tuvo de bueno». Se trata de un terreno en el que el trabajo de la memoria democrática no ha entrado o lo ha hecho todavía en escasa medida. Falta, sin duda, en este terreno, toda una tarea de pedagogía democrática. De lo contrario, todo el protagonismo va en beneficio de unos personajes, los tecnócratas –bien dedicados, por otra parte, a cultivar su propia memoria-[431] frente a cambios económicos, sociales y culturales anónimos. La resistencia social, política y cultural de aquellos años tiende a caer así en el olvido. Como el hecho de que todo lo que se hizo en estos terrenos fue al margen o contra el régimen. Como el hecho, en fin, de que incluso en aquellos años la represión en forma de despidos, detenciones, torturas o incluso la muerte, en la calle o frente al paredón fue en términos relativos superior a la de la Italia fascista. De ahí la oportunidad del libro de Sartorius y Alfaya.[432]

Tercera. La memoria fijada del franquismo en el plano simbólico parece haber quedado consolidada. De atender al callejero de la capital española resultaría que la Guerra Civil española fue combatida por un nutrido abanico de generales todos ellos con nombres y apellidos frente a un ignoto y anónimo, en todos sus escalones, ejército republicano.[433] El Valle de los Caídos, lugar de memoria donde los haya, no hace sino resumir esa presencia en muchas iglesias de las listas de los «caídos por Dios y por España». Las estatuas de Franco aún presiden algunas plazas públicas. Monolitos, obeliscos, placas, escudos y hasta nombres de colegios públicos honran, un poco por todas partes, la memoria de los hombres de la dictadura. En ciudades y pueblos se fija el recuerdo, con las correspondientes estatuas, de paisanos que fueron ministros de la dictadura. Por supuesto, no se trata de promover una política de demolición de esta memoria fijada de la dictadura. Pero sí de subrayar que ésta no está contrarrestada, después de más de un cuarto de siglo de democracia, por una política de simple reconocimiento a cuanto hicieron los españoles de a pie, en su vida cotidiana y, también, en la lucha por los derechos y libertades más elementales. ¿Dónde están los monumentos dedicados al exilio, al emigrante, a los presos del franquismo, a los muertos por las fuerzas de orden público en Granada, Madrid, El Ferrol,

Barcelona...?

No es, en modo alguno una cuestión baladí. Si un observador extranjero –o español, pues, como sabemos, «el pasado es otro país»-[434] fijara la atención en todos estos elementos simbólicos y conmemorativos, podría llegar a la conclusión de que en España hubo una guerra que ganaron unos fijados en calles y monumentos, que perdieron otros cuyo rastro desaparecería con ellos, y que un día, mucho más tarde, apareció una Constitución, un rey... con un inmenso vacío en medio.

El deber de memoria no es sólo por tanto una exigencia en sí mismo, es la respuesta a la conciencia de que existen otras memorias que en su momento fueron impuestas y que en cierto modo siguen operativas. Es una razón más, en suma, para celebrar que, de algún modo, estemos en la hora de la memoria. En la de la realización de un trabajo de duelo pendiente, que es también el de la fundamentación democrática de las bases democráticas de la actual democracia, que es también el que responde a una creciente demanda social. ¿A quién puede molestarle? Salida de las tinieblas, la memoria colectiva puede desarrollar ahora su trabajo. Es la condición necesaria también para un olvido selectivo, para la construcción de un país democrático definitivamente reconciliado con su historia y su memoria. Dicho de otro modo, el «derecho al olvido» como un objetivo para mañana nos enfrenta al imperativo de la memoria hoy.

[408] Puede verse para todo esto T. Ferenczi (dir.), Devoir de mémoire, droit à l'oubli, París, Complexe, 2002.

[409] P. Ricoeur, «Esquisse d'un parcours de l'oubli», en T. Ferenczi (dir.), Devoir de mémoire, droit à l'oubli, op. cit., p. 22.

[410] Como sucedía también con los organismos creados para el estudio de la guerra. Cf.,P. Lagrou, «Historiographie de guerre et historiographie du temps présent: cadres institutionnels en Europe occidentale, 1945-2000», Bulletin du Comité international d'histoire de la deuxième guerre mondiale, 30-31 (1999-2000), pp. 191-215.

[411] H. Rousso, Vichy. L'événement, la mémoire, l'histoire, París, Gallimard, 2001, p.683.

[412] F. Dosse, Història. Entre la ciència i el relat, Valencia, Universistat de València,2001, p. 179.

[413] Cf., G. Noiriel, Les origines républicaines de Vichy, París, Hachette, 1999, pp. 42-43.

[414] Cf., E. Conan y H. Rousso, Vichy. Un passé qui ne passe pas, París, Fayard, 1994, pp. 33-65.

[415] S. Juliá (coord.), Víctimas de la guerra civil, Madrid, Temas de Hoy, 1999.

[416] Y cuyos textos se han recogido en un volumen que anda ya por la 8.a edición: C. Elordi (ed.), Los años difíciles. El testimonio de los protagonistas anónimos de la guerra civil y la posguerra, Madrid, Aguilar, 2002.

[417] También recogido en libro con sendas ediciones en catalán y castellano: R. Vinyes,M. Armengou y R. Belis, Els nens perduts del franquisme, Barcelona, Ed. Proa-TV3, 2002; id, Los niños perdidos del franquismo, Barcelona, Plaza & Janés-TV3, 2002.

[418] Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados. Comisión Constitucional,

20 de noviembre de 2002, p. 20511.

[419] Ibidem.

[420] Citado en S. Juliá, «Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición», Claves de razón práctica, 129 (2003), pp. 14-24.

[421] Para todo esto, la lúcida reflexión de Santos Juliá en el artículo citado.

[422] La obra de referencia al respecto es, P. Aguilar Fernández, Memoria y olvido de la guerra civil española, Madrid, Alianza, 1996.

[423] S. Holmes, «Gag Rules and the Politics of Omission», en J. Elster y R. Slagstad, Constitutionalism and Democracy, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

[424] Para una visión de conjunto, A. Barahona, P. Aguilar y C. González, Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias, Madrid,Istmo, 2002.

[425] E. Traverso, Le totalitarisme. Le XXe siècle en debat, París, Seuil, 2001, pp. 109-110.

[426] P. Ricoeur, «Esquisse d’un parcours de l’oubli», op. cit.

[427] Para una reflexión general al respecto, J.W. Müller, «Introduction: the power of memory, the memory of power and the power over memory», en J.W. Müller (ed.), Memory and Power in Post-War Europe. Studies in the Present of the Past, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-35.

[428] A. Huyssen, En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización, México, FCE, 2002, especialmente, pp. 13-40.

[429] «Doble rasero para las fosas de guerra», El País, 24 de marzo de 2003.

[430] Aunque también aquí puede constatarse, dentro del actual momento memoria que venimos analizando, una dinámica de rescate del olvido. Así, por ejemplo, en el personaje de Miralles en la novela y película Soldados de Salamina; o en el recientemente aparecido libro de Pons Prados, E., Republicanos españoles en la segunda guerra mundial, Madrid,La esfera de los libros, 2003.

[431] Memorias que, como se sabe, son legión y entre las que destacan las de ese gran artífice de la España actual que habría sido Laureano López Rodó.

[432] N. Sartorius y J. Alfaya, La memoria insumisa, Madrid, Espasa, 1999.

[433] Cf., A. Reig Tapia, Memoria de la guerra civil. Los mitos de la tribu, Madrid,Alianza, 1999, p. 27.

[434] T. Judt, «The past is another country: myth and memory in post-war Europe», en J.W. Müller (ed.), Memory and Power in Post-War Europe, pp. 157-183.



Franco y sus obispos

En los ensayos recogidos en este volumen se acomete una visión general de la evolución de los estudios sobre el fascismo internacional, así como de la evolución del fascismo español desde sus inicios hasta su incardinación en la dictadura franquista. También se aborda el viejo debate sobre la naturaleza de esta última como referencia para un estudio del régimen de Franco a partir de distintas perspectivas que van desde su misma configuración, en el ámbito de lo que podría denominarse la alta política, hasta el de la vida cotidiana. Finalmente, al situar el franquismo en el marco más amplio de la historia contemporánea de España y subrayar su carácter esencialmente nacionalista, el volumen intenta salir al paso de recientes manipulaciones, reivindicar el papel del historiador y contextualizar el imperativo de memoria de la sociedad española sobre ese oscuro periodo.

